MIZUMURA

La herencia de la Madre

Minae Mizumura

Traducción de
Tomoko Aikawa

Edición de
Luisa Borovsky

AH

Minae Mizumura

La herencia de la Madre

Un folletín

Traducción de Tomoko Aikawa

Edición de Luisa Borovsky

Adriana Hidalgo editora

BajaLibros.com

Mizumura, Minae
La herencia de la madre / Minae Mizumura; editado por Luisa Borovsky. - 1a ed revisada
Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Adriana Hidalgo Editora, 2016.
Libro digital, Book app for iOS - (Narrativas)
Archivo Digital: descarga
Traducción de: Tomoko Aikawa.
ISBN 978-987-3793-74-5
1. Literatura Japonesa. I. Borovsky, Luisa, ed. II. Aikawa, Tomoko, trad. III. Título.
CDD 895.6

narrativas

Título original: *Haha no Isan - Shimbun Shôsetsu*
Traducción: Tomoko Aikawa
Edición literaria: Luisa Borovsky

Editor: Fabián Lebenglik
Diseño: Gabriela Di Giuseppe

© Minae Mizumura, 2012
First published in Japan in 2012 by Chuokoron-Sha Inc., Tokyo
Spanish translation rights arranged with Minae Mizumura
through Japan Foreign-Rights Centre /
Ute Körner Literary Agent, S.L.
www.uklitag.com
© Adriana Hidalgo editora S.A., ٢٠١٦
www.adrianahidalgo.com

Maqueta original: Eduardo Stupía
ISBN 978-987-3793-74-5

Queda hecho el depósito que indica la ley 11.723

Prohibida la reproducción parcial o total sin permiso escrito de la editorial.
Todos los derechos reservados.

La herencia de la Madre

Primera parte

1. Larga conversación telefónica en la noche de la despedida

–Y entonces, ¿cuánto nos devolverá Golden? –preguntó Natsuki, la hermana mayor.

Golden es el nombre de la residencia geriátrica donde vivía nuestra Madre. En realidad, era "Golden Years", es decir, "Años Dorados", pero todo el mundo lo abreviaba.

–Unos diecisiete millones de yenes[1] –dije bajando espontáneamente la voz, aunque la ventana frente al escritorio estaba cerrada aquella medianoche, ya entrado el otoño.

–¿Por qué? ¿En tan poco tiempo desaparecieron diez millones?

–Así parece.

Golden implicaba un costo de veintisiete millones de yenes. Era una residencia apropiada para la Madre, teniendo en cuenta que para el pago de la cuota de ingreso y las subsiguientes cuotas mensuales había vendido el terreno de sesenta y ocho *tsubo*[2] de Chitose Funabashi donde Natsuki y Mitsuki se habían criado. La Madre había pasado allí ocho meses. Los primeros tres, sin problema. Luego enfermó de neumonía. Cuando tuvo la certeza de que la Madre moriría, Mitsuki empezó a buscar en los folletos de Golden los porcentajes de reintegro.

Una y otra vez recurrió a la calculadora para confirmar que la cuenta fuera correcta: al momento del ingreso habían pagado el treinta por ciento de la matrícula. El saldo se pagaría mensualmente a lo largo de siete años.

–Pensé que viviría al menos diez años más, por eso gastamos tanto en detalles. Ahora veo que fue una tontería –se lamentó Mitsuki.

Para decorar con visillos la pequeña habitación de la Madre las hermanas compraron muchos metros de un exquisito encaje francés. Mitsuki se dedicó con fervor, sin escatimar en gastos, a embellecer ese cuarto. Los miembros de la familia Katsura siempre privilegiaron "lo bello", algo que enorgullecía a las hermanas, sin importar qué tipo de relación tuvieran con su Madre. Natsuki, la hermana mayor, puso empeño en colaborar con la decoración, pero aun así no alcanzó el nivel de la detallista Mitsuki. Sin embargo, en ese instante reflexionaba sobre el asunto como si esos detalles la hubieran obsesionado.

–En aquel momento no dudábamos de que permanecería mucho tiempo en la residencia –replicó, intentado consolar a Mitsuki.

–Es cierto.

–Considerando lo que Ella dejó para nosotras, no es tan grande el gasto –opinó Natsuki.

La hermana mayor se refería a la Madre de una manera distante. La llamaba "Ella".

Sobre el escritorio se desplegaba la "tabla de reintegro de dinero", junto a muchos objetos de distintas formas y colores que habitualmente se guardaban en el cajón inferior del lado izquierdo.

En ese cajón había una envejecida libreta de ahorro postal y otras libretas bancarias con motivos de rayos y timbrados; *hanko* de diferentes tamaños, redondos u ovalados, hechos de marfil y laca *urushi*;[3] certificados de acciones; anotadores donde se habían escrito diversas cifras; y fajos con billetes de diez mil, cinco mil y mil yenes. Arriba de todo se encontraba el presupuesto de una empresa funeraria.

–Me pregunto cuánto se gastó en total –se dijo Natsuki, como si se suplicara a sí misma una explicación. En los últimos tiempos la relación de Natsuki con Ella se había vuelto algo difícil e incómoda, hasta que un buen día la Madre decidió dar por terminada esa situación. De repente empezó a contar para todo –incluida la administración de sus finanzas– con Mitsuki, la hija menor que hasta entonces estaba desligada de sus asuntos. La hermana mayor, que no era buena para manejar dinero, aceptó esa decisión y desde entonces se mantuvo alejada de los temas económicos.

–Teniendo en cuenta el importe que nos reintegrará la residencia, cada una recibirá algo más de treinta y cinco millones de yenes –dijo Mitsuki. No parecía mucho dinero para su hermana mayor, que había logrado un matrimonio ventajoso desde el punto de vista económico. Pero cuando se disponía a decirlo, Natsuki comentó:

–Es un importe interesante.

Para evitar que su marido y su hija escucharan la conversación telefónica, como de costumbre, se había encerrado en la sala del piano, que tenía aislación acústica.

Dejamos el cadáver de nuestra Madre en la empresa funeraria y fui con la familia de Natsuki a un restaurante de *shabu shabu* que no cierra sus puertas hasta tarde. Cenamos fondue de carne a la japonesa y nos despedimos a eso de las once de la noche.

La muerte de la Madre nos provocó emociones que nos impidieron dormir a ambas. Mi hermana mayor me llamó para compartir conmigo su sensación. Sólo yo podía comprenderla. A fines de marzo, aprovechando que por cada siete años de trabajo en la universidad le corresponde un año sabático, mi esposo había viajado a Vietnam con la excusa de hacer una investigación. Natsuki podía llamar sin inconvenientes, aun de madrugada. Acababa de hacer el cálculo del

dinero que la Madre nos había dejado cuando sonó el teléfono. Las dos hermanas nos sentíamos liberadas, cada una a su manera, porque la relación con nuestra Madre fue diferente para Natsuki y para mí. Sin embargo, el entusiasmo que brotaba de todo nuestro cuerpo por habernos liberado de aquella Madre era el mismo.

–No puedo creerlo. De repente tengo mucho dinero. Seguramente para la familia Shimazaki no es un gran importe, pero lo es para mí –dijo mi hermana mayor.

Se refería a la opulenta familia de su marido violonchelista. Aunque llevaba años junto a ese hombre y el casamiento le había permitido elevar su nivel económico y social, nunca se sintió parte de la familia de su esposo. La suegra le reprochaba que en su interior seguía perteneciendo a la familia Katsura, lo que siempre creaba discusiones con su suegra. En realidad, a las dos nos pasaba algo parecido.

–¿En qué lo gastarán ustedes? –preguntó Natsuki a continuación.

Ese "ustedes", que se refería a Tetsuo y a mí, me desorientó. Me limité a responder por lo que concernía a mí misma.

–No lo sé... Me gustaría tratar mi cuerpo con sesiones de masajes y acupuntura, ir a las aguas termales, tomar licencia en mi trabajo en la facultad.

–¡Por supuesto! –dijo Natsuki–. Y Tetsuo chan[4] se alegrará de poder comprar el apartamento en Minato que tanto deseaba, el saldo se puede pagar en cuotas –añadió, refiriéndose al marido de su hermana.

Mi hermana ignoraba que ni siquiera le hablé a Tetsuo para decirle que la Madre estaba grave. Preferí no dar explicaciones y preguntar:

–¿Y en qué lo gastará Natsuki chan?

Ella vivía con Yuji, su esposo, en un apartamento de más de 150 m² en Kamiyama-cho, un barrio residencial de categoría vecino a Shibuya.[5] Estaba totalmente pago, no quedaban cuotas pendientes. Además compartía con sus cuñados un terreno heredado con dos casas en Oiso.

–Tampoco lo sé. Hasta ahora me sentía inferior, no tenía dinero propio. Ahora me quedo tranquila. Puedo comprar el piano Steinway, y si es necesario puedo divorciarme. Y además, me he liberado de Ella a los cincuenta años. Soy muy afortunada. Era algo imprevisible.

–Así es.

–Al verla perdía las ganas de seguir viviendo, me quitaba vitalidad.

–A mí también –coincidió Mitsuki.

Durante el tiempo en que la Madre me tuvo a maltraer, cada día sentía menos ganas de vivir. Un día de verano

–coincidió con la época en que la menstruación comenzó a

espaciarse– sentí frío a causa del aire acondicionado. El sistema nervioso autónomo falló, un malestar generalizado se prolongó varios días. Por si esto fuera poco, de pronto la Madre sufrió la que sería su última fractura y las dos hermanas comenzamos a sentirnos cada vez más débiles. Aunque de pequeña Natsuki había sido sana y fuerte, sus ojos se enfermaron. Por mi parte, nunca había tenido buena salud, y mis dolencias empeoraron. Por no mencionar que Tetsuo era para mí un dolor de cabeza.

Imagino que ahora, en el refrigerador de la empresa funeraria, el cadáver de la Madre se va congelando. Desde la piel hacia el interior, hasta los órganos. Se congelarán hasta el fondo esos ojos redondos, tan abiertos, que cerraron las manos de la enfermera. ¿Su blanca y espesa cabellera se congelará también?

"Aujourd'hui, maman est morte."[6] Así comienza la primera novela francesa que leí. Hoy es la noche de la despedida. Según la tradición budista japonesa todos los miembros de la familia deben permanecer despiertos para pasar juntos la última noche con el ser querido que se fue de este mundo, entre sahumerios, con las luces de la casa encendidas para que esa última noche nunca termine. Ahora muchas personas mueren en los sanatorios, no sé cuántas familias conservan esa costumbre, las cosas varían de un año a otro. Pero nosotras no queremos acompañar a nuestra Madre en su despedida de este mundo. No sentimos culpa por dejarla en manos de desconocidos, empleados de la funeraria, y pasar esta noche haciendo la cuenta de su herencia. Ni se nos ocurre ir a verla hasta pasado mañana, cuando la hayan puesto en su ataúd.

–Mañana podremos descansar un poco.

Con esas palabras me despedí de mi hermana. Después de cortar el teléfono apagué también la computadora. No tenía ganas de escribirle a mi esposo para avisarle de la muerte de la Madre. Había dos horas de diferencia entre Japón y Vietnam. Él estaría preparando dos tragos, algo para comer. Cuando estábamos en casa me gustaba verlo en la cocina, era algo natural. Pero no tenía derecho a enterarse de la muerte de su Madre mientras dedicaba su tiempo a una mujer joven.

Me fui a la cama. La luz del velador alumbraba la novela francesa que leía junto a la cama de la Madre mientras esperaba su muerte. Apagué también esa luz. En la oscuridad no cayeron lágrimas. De la mañana a la noche me había ocupado de la muerte de la Madre. Sólo me quedaba el cansancio.

Recordé que la Madre tampoco lloró la muerte de la abuela. Habían pasado más de diez años, la veía distinta en mi recuerdo. Caminábamos por la costa de Atami cuando entre risas dijo que no existía su Kan-ichi. Luego agregó: "Qué tonta la abuelita, pensó que

ella era O-Miya”.[7]

Pero de repente el recuerdo de la abuela le hizo temblar la voz. Se esforzó por no llorar. Me adelanté sin hacer comentarios para no ver la melancolía de la Madre, que clavando su bastón en la arena de la playa trataba de seguirme.

2. Pañuelito como prado florido

Como suele suceder con las mujeres con gran sentido de la ética, Mitsuki siempre creyó que no tenía derecho a considerarse infeliz. Siendo tantas las desdichas, las injusticias y las tragedias de los seres humanos en este mundo. El hecho de que una persona como ella se sintiera infeliz debería ser motivo de castigo.

Por supuesto, si se toma como parámetro a esas mujeres rubias con ojos celestes que nacen en lugares privilegiados como el distrito 16° de París o el Upper East Side de Manhattan, el hecho de nacer en un suburbio de Francia o los Estados Unidos es sinónimo de infelicidad, pero Mitsuki podía considerarse afortunada por haber nacido en Japón. Creció en un ambiente de nivel medio y la Madre, avanzada para su época, la envió a estudiar a París. Su marido era profesor de la universidad donde ella misma tenía un cargo de profesora interina y su situación económica era bastante buena. En consecuencia, no tenía derecho a considerarse infeliz.

Sin embargo, un buen día Mitsuki dejó de pensar que era feliz. A medida que los años pasaban, sentía que su cuerpo quedaba aprisionado en una maraña de hilos viscosos que opacaban su piel y su corazón. Dejó de caminar con paso ágil, dejó de sonreír. Se apagó el brillo de sus ojos. Nada quedó de aquella niña alegre que cantaba y bailaba.

¿El cambio empezó cuando quedó en evidencia la infidelidad de Tetsuo? ¿La maraña viscosa comenzó a aprisionar el cuerpo de Mitsuki cuando el padre fue internado en un lejano sanatorio? No, en realidad fue cuando en la vida de la Madre apareció aquel hombre. Tenía algunas imágenes difusas de esa época: el padre quedaba solo, sin que nadie lo cuidara, con la mirada perdida, en la casa de Chitose Funabashi. Por entonces empezaron las desagradables sensaciones.

Con el tiempo el hilo viscoso de la infelicidad cobró más fuerza, formando una trama en torno al cuerpo de Mitsuki. Y su malestar se agravó después de aquel día en que sufrió el frío del aire acondicionado. A duras penas llegó a su casa y se metió en la cama. Durmió bien, pero al día siguiente siguió sintiendo frío. El termómetro indicó que su temperatura apenas alcanzaba los treinta y cinco grados.

“El cuerpo humano puede sobrevivir con treinta y cuatro grados”, dijo el joven médico al que consultó. Con indiferencia le explicó que una mujer de mediana edad como ella podía resistir sin dificultad el aire acondicionado del hospital. No le recetó ningún medicamento. Al

regresar a su casa, Mitsuki buscó en Internet algún dato que pudiera ser útil. La medicina occidental no mencionaba casos como el suyo. En las páginas en japonés, en cambio, se decía que muchas personas mostraban los mismos síntomas. El aire acondicionado les enfriaba el cuerpo, en particular las manos, los pies y el bajo vientre; la espalda y los hombros quedaban rígidos, como de hielo; sentían cansancio. Sucedía con frecuencia en mujeres de la edad de Mitsuki. Aunque no pudo determinar si se trataba de una dolencia propia de mujeres orientales, recurrió a una médica que le prescribió medicamentos orientales y acupuntura. Y empezó también un tratamiento psicológico, por lo que tomaba ansiolíticos, antidepresivos y somníferos.

Su salud siempre había sido frágil, desde la escuela primaria. Cuando se resfriaba tenía fiebre, se cansaba con facilidad, pero su juventud le permitía sobrellevarlo. Después de aquel primer síntoma a causa del aire acondicionado, su humor nunca mejoró. La agobiaba el asunto del padre, el deterioro de la Madre –que empezó a encorvarse como si cargara en la espalda el peso de la culpa–, la relación con Tetsuo. Trataba de restarle importancia a esas cuestiones pero la sensación de vacío era cada vez mayor.

Las pequeñas infelicidades empezaron a formar una melodía cuyo ritmo y volumen fue en aumento. El final a toda orquesta había llegado a fin del año anterior.

Tal vez por ser japonesa Mitsuki habría dicho, como Zeami,[8] que había atravesado los dos primeros estadios del teatro Noh –introducción y exposición– para llegar al rápido final. Una pesadilla.

“Soy infeliz”, se dijo. Si en un cuento infantil había una princesa que nunca reía, una mujer madura y enferma podía permitirse expresar su infelicidad.

Ocurrió a las dos de la tarde del 28 de diciembre.

Las universidades donde trabajaban Mitsuki y Tetsuo estaban cerradas por las vacaciones de fin de año. Tetsuo se puso una “camisa de intelectual” planchada con apresto, y salió alrededor de las diez y media. Tenía que presentarse a un reportaje para una revista. El mote de “camisa de intelectual” era invención se Mitsuki. Lo aplicaba a una coqueta prenda de estilo chino que se lleva sin corbata, y que lucen habitualmente los representantes del mundo de la cultura cuando se presentan en televisión.

Aquel día Mitsuki se sentía muy bien. Aunque en general volvía cansada del supermercado y se acostaba, entusiasmada por la proximidad del Año Nuevo se puso a guardar en la heladera la comida que había comprado para el festejo. Subió a una escalera para sacar de la alacena una caja envuelta en papel de arroz de color ocre, donde se

encontraba la vajilla para servir el *toso*.[9] Luego repasó cuidadosamente con un paño seco todos los utensilios que utilizaría esa noche para poner la mesa y los colocó sobre el mueble donde se apoyaba el televisor de pantalla plana. Toda la vajilla estaba decorada con pinos. La laca *urushi* estaba casi intacta. En las cajas, incrustaciones de nácar dibujaban grullas en vuelo. El juego pertenecía a la familia Katsura. Lo había heredado porque la Madre y Natsuki no querían tenerlo en su casa.

Luego tomó el florero alto que había comprado con Tetsuo en Okinawa. Colocó dentro ramas de bambú con frutos rojos, lo dejó junto a la vajilla y puso en la puerta un par de *kadomatsu*.[10]

El apartamento se convirtió en un hogar listo para recibir el nuevo año. Mitsuki solía pasar el 31 de diciembre y el 1º de enero en Toride, en la casa natal de Tetsuo. El 2 de enero regresaba para festejar junto a la Madre y la hermana mayor "el Año Nuevo de la familia Katsura"[11] en ese apartamento. Aunque era un poco estrecho, conservaban el lugar de reunión por tradición: antes Mitsuki pasaba a buscar a su padre por el geriátrico y festejaban allí esa fecha. Para la Madre, desde que su novio se esfumó, el hecho de celebrar el Año Nuevo reuniendo a las mujeres de la familia pasó a ser un gran acontecimiento. Siendo 28 de diciembre, no había tiempo que perder.

Tan cerca del fin de año Mitsuki no podía darse el lujo de descansar. Después de colocar el *kadomatsu* fue a su cuarto. Era traductora *part-time* y tenía entre manos un trabajo urgente, además la limpieza de la casa y el lavado de la ropa no estaban terminados. Pero ante todo debía escribir unas cartas. Dos amigas de su época de estudiante le habían anunciado por correo la muerte de sus padres y quería enviarles sus condolencias.[12]

¿Diciembre es el mes en que mueren los ancianos?, se preguntó Mitsuki. Envidió a sus amigas, que podían mandar esas líneas para disculparse. Buscó el papel de Kyukyodo[13] y la lapicera. Delineó las letras realzando los trazos, puso la carta en un sobre y entonces se dio cuenta de que le hacían falta estampillas comunes de ochenta yenes. Las que tenía –con flores de colores llamativos o con motivos *ukiyo-e*–[14] no eran adecuadas para enviar condolencias. Entró en el cuarto de trabajo de Tetsuo para buscar estampillas comunes. En general no entraba en el cuarto de su esposo más que para limpiarlo. En el centro del escritorio se veía el gran monitor, entre libros y documentos desordenados. Pero en ese desorden él encontraba lo que necesitaba, de modo que Mitsuki evitaba acomodarlo, simplemente quitaba el polvillo y pasaba la aspiradora. Por supuesto, nunca abría los cajones del escritorio.

Sin embargo, aquel día abrió el primer cajón sin pensarlo, para

buscar las estampillas. Sus ojos distinguieron colores desconocidos. Su mano tomó un pañuelito de seda rosada bordado con pequeñas flores azules, verdes y amarillas, del tipo que suele venderse en tiendas para jovencitas. “Tetsuo es un hombre delicado, un poco afeminado tal vez, pero es hombre”, pensó. Normalmente usaba pañuelos comunes que le compraba su esposa o los que se repartían en la calle en forma gratuita, como publicidad. En ese cajón ella había encontrado una ninfa escondida, tan preciosa como odiosa: Tetsuo tenía intimidad con una mujer joven.

Con el pañuelito en la mano, quedó petrificada. De pronto sonó el teléfono de la sala de estar. Respondió desde el teléfono auxiliar de la habitación de su marido.

–¿Es la casa de la señora Mitsuki Hirayama? –preguntó la voz de una mujer desconocida–. La llamo desde un hospital. Su madre, Noriko Katsura, sufrió una fractura y recién fue ingresada en ambulancia. Entre sus pertenencias encontramos su número de teléfono.

El pañuelito floreado se deslizó burlón por la mano de Mitsuki y cayó al piso. De inmediato llamó a la hermana mayor. Natsuki primero se molestó pero enseguida dijo que no podía dejarle a ella toda la carga y que iría al hospital.

Mitsuki miró el reloj. Tetsuo estaba en reunión y, formal como era, sin duda había apagado su teléfono celular. Le dejó un mensaje en el contestador diciéndole que cenara solo porque la Madre se había fracturado, y se dirigió al hospital.

Espero en un banco del pasillo de la sala de emergencia. Aparece nítida en mi mente la imagen del pañuelito y mientras tanto otra idea revolotea en mi cabeza:

Mi Madre morirá.

Esa Madre morirá.

Por fin morirá.

Por supuesto, lejos estaba de imaginar lo que en realidad ocurrió.

Al parecer, me había llamado una enfermera. Explicó que la Madre se había fracturado las piernas y el hombro cerca de su casa, frente a la tintorería. Quien llamó a la ambulancia fue el tintorero.

Unas fracturas no son suficientes para matar a una persona. Pregunté cómo estaba su cabeza. Según me respondieron, bien. “Entonces, no va a morir. Pero es una anciana, tiene más de ochenta años. Tal vez el golpe producto de la caída le provoque un derrame

cerebral", me dije. Las hipótesis pasaban por mi mente, una tras otra. Al cabo de media hora la puerta de la sala de emergencia se abrió. Me llamaron por mi nombre. Entré. Vi compartimentos separados por cortinas de color crema.

Me guiaron hasta uno de ellos.

La Madre –acostada boca arriba, la cara bien maquillada con base y lápiz labial, como siempre– al reconocerme empezó a rogar:

–¡Perdón, Mitsuki! ¡Perdón!

3. El baño portátil

“Por favor, no se caiga. Por favor, no dé más trabajo a sus hijas”, le rogaban a menudo Natsuki y Mitsuki. Tal vez por eso, en la ambulancia y mientras la examinaban, la Madre había esperado angustiada que aparecieran.

Mitsuki sabía que la Madre humilde y débil pronto se transformaría en la mujer de siempre. De todos modos, por un instante el pedido de perdón fue un consuelo.

La radiografía comprobó que el hombro y el cuello femoral derechos se habían fracturado. El hombro estaba totalmente destrozado. Después de la imprescindible operación, sería necesario que la Madre pasara un mes en un sanatorio especializado. Luego tendría por delante varios meses de rehabilitación.

–¿Volverá a caminar? –preguntó Mitsuki al médico.

–Dependerá de ella. Si se esfuerza lo suficiente, volverá a caminar.

La Madre, con sus lindos ojos bien abiertos, miraba desde su cama al médico y a Mitsuki. Como no oía bien, no entendía su conversación. Y no se atrevía a hacer preguntas. A juzgar por su actitud, el médico era una persona muy ocupada.

Mitsuki acercó su cabeza a la almohada de la Madre y le repitió las palabras del médico. Después le preguntó por qué se había caído. Ella contestó que no lo sabía. Recordaba que mientras acomodaba en su carrito las sábanas que retiró de la tintorería sopló una ráfaga de viento. Cuando se dio cuenta estaba en el piso.

Más de diez años atrás, un joven que iba a toda velocidad en su bicicleta la atropelló, causándole la fractura del cuello femoral izquierdo que la obligó a usar bastón. Desde entonces le costaba andar. Cuando salía sola caminaba empujando un carrito de compras de los que usan las ancianas.

Natsuki entró en la habitación con su habitual aspecto de señora opulenta a pesar de que no llevaba una sola joya. Al verla, la Madre le tendió la mano izquierda, diciendo:

–Ah, Natsuki, me fracturé otra vez...

Algo desconcertada por esa actitud, que la conmovió, la hija mayor aferró su mano.

–No te preocupes, mamá –le dijo con una ternura que hasta entonces la Madre jamás le había inspirado.

Después de llamar a la cuidadora especializada que la visitaría al

día siguiente, las dos hermanas fueron a la casa de Chitose Funabashi a buscar las cosas necesarias para la internación. A su regreso la Madre ocupaba la cama que se encontraba junto a la ventana de la habitación doble que habían pedido para ella. Pese a que mermarían sus ahorros, no toleraron la idea de que fuera una paciente más entre las muchas que poblaban las hileras de camas de una sala común. El padre, por el contrario, había permanecido siete años en una de esas salas, sin tener siquiera la posibilidad de estar cerca de una ventana. Aun en estas circunstancias, la Madre era más afortunada.

–Ah, la señora Noriko está llegando a su fin –dijo, no bien vio las caras de las hijas. Cuando hacía alguna reflexión crítica, la Madre se refería a sí misma como "la señora Noriko". En aquel momento su expresión acompañaba el tono grave de sus palabras.

También Mitsuki y su hermana reflexionaron, en silencio.

A medida que el paso de los años le restaba posibilidades de diversión, la Madre repetía cada vez con más entusiasmo que mientras viviera tenía que disfrutar de la vida. A partir de ese día no habría posibilidad de diversión alguna, lo sabía. También sus hijas lo sabían. Y aunque no ignoraban que les traería grandes complicaciones, cuando oyeron sus tristes palabras desearon de todo corazón acompañarla en el tramo final.

–Mi excelentísima Madre, aleje de su mente esas ideas negativas. Todavía le queda mucho tiempo de vida y nosotras estaremos a su lado. Después de la rehabilitación podrá caminar de nuevo, ya lo verá –dijo Mitsuki. Como la sordera de su Madre la obligaba a hablar en voz alta, aun en medio de su desolación no pudo dejar de pensar que la anciana que ocupaba la otra cama, si no era sorda también, se distraería con los entretelones de la relación entre la Madre y sus hijas.

–Estaría mejor muerta –dijo la Madre con un profundo suspiro.

–Pero estás aquí, así que tendrás que seguir viviendo

–respondió Mitsuki, bajando la voz por consideración hacia la paciente que descansaba al otro lado de la cortina de color crema.

–Habría preferido morir –insistió la Madre.

–Después de la operación harás un tratamiento de rehabilitación y podrás caminar de nuevo –dijo Mitsuki, con la íntima convicción de que, si bien con más dificultad que antes, apoyándose en el bastón la Madre volvería a caminar.

En lugar de responder a sus palabras de consuelo, la Madre recorrió la habitación con la mirada y preguntó:

–¿Hay dinero suficiente para pagar todo esto?

–Sí –afirmó Mitsuki con seguridad, aunque el saldo de la cuenta de

ahorro no era tranquilizador.

–¿Y llamaste a la cuidadora?

–Por supuesto, la llamé enseguida.

–Muy eficiente, así es mi hija –opinó la señora Noriko. Luego se dirigió a la hija mayor, que acomodaba sus cosas sin hablar ni prestar atención a lo que sucedía.

–¿Me has traído mi remedio?

Natsuki, que solía delegar en su hermana menor el cuidado de la Madre, le señaló una bolsa con medicamentos. La Madre asintió con la cabeza y comenzó a darle una larga lista de órdenes: pedir que no le llevaran el diario y la vianda que recibía dos veces por semana; avisar a la vecina que la ayudaba a separar residuos para reciclar que estaba internada, y darle una caja de dulces como agradecimiento; recibir las sábanas de la tintorería, agradecer que hubieran llamado a la ambulancia y entregarles también a ellos una caja de dulces; pedir a la cuidadora que le devolviera el DVD de *Romeo y Julieta* con coreografía de Nureyev y el de *Aída* cantado por Pavarotti al señor de la peluquería que es amante de las flores; decir a todos que no deseaba recibir visitas. Y aunque seguramente Mitsuki ya lo sabía, le recordó que los sellos de los bancos estaban en el estuche de maquillaje de cuero rojo que le había regalado el tío de Yokohama, guardado en la heladera. Las libretas, entre los repasadores, debajo de la pileta. Y en la estantería, a la derecha, las tarjetas de crédito. En los bolsillos del abrigo de seda, la campera, el abrigo de casimir y el impermeable barato había billetes; también en algunos pantalones y en las carteras. Se esforzó por no olvidar ningún detalle, ya no confiaba en su memoria. Su hija menor tomó nota de todas sus instrucciones.

Enterado de que las hijas de la accidentada habían llegado, el cirujano se hizo presente en la habitación. Después de aclarar que no era médico de cabecera, explicó en detalle la situación: la Madre ya había sufrido fracturas en la muñeca derecha, el hombro izquierdo y el cuello femoral izquierdo. En esta oportunidad, además del cuello femoral derecho, el hueso del hombro derecho se había hecho trizas. Con estos antecedentes, aunque pudiera usar el bastón con la mano derecha, la prótesis no soportaría ningún movimiento brusco. A lo sumo podría caminar aferrando un pasamano.

Tratando de recordar cómo era la sala que la Madre utilizaba como dormitorio, Mitsuki planteó al médico la posibilidad de colocar un pasamano en la pared, desde la cama hasta el baño.

–Será mejor preparar un baño portátil y colocarlo junto a la cama –aconsejó el cirujano. Mitsuki sintió un nudo en la garganta. Él agregó–: Por su avanzada edad sería conveniente que dispusiera de una silla de ruedas. Le sugiero considerar la posibilidad de que viva en

un instituto para personas mayores.

El médico hablaba de una manera práctica y sucinta sobre un asunto que Mitsuki y Natsuki apenas lograban asimilar. Ellas lo escuchaban conteniendo la respiración. La Madre lo escuchaba con sus ojitos.

Para las hermanas, el deseo de que la Madre muriera era abstracto, poético. Pero escuchar al médico hablando sobre el baño portátil las enfrentó con la realidad. Con grandes reverencias lo despidieron, agradeciendo sus consejos. Luego Mitsuki se inclinó hacia la Madre y mientras le acariciba el brazo, con una piadosa cuota de eufemismo le comunicó las novedades.

–¡Baño portátil! ¿En mi habitación? –exclamó con disgusto la Madre–. Es una idea detestable –agregó, mirando el techo.

–Es sólo una posibilidad –intentó tranquilizarla Mitsuki.

–Para mí es imposible. No vuelvas a hablar del tema, ni siquiera en broma.

4. El esposo disfruta de su destilado

–Ni imaginé que no podría usar el bastón –dijo la hermana mayor mientras se dirigían a la estación.

–Yo tampoco –confirmó Mitsuki.

–Creo que lo más sencillo será buscar una residencia geriátrica. Deberías decírselo tú, lo tomará mejor –opinó Natsuki con voz rencorosa.

–Puede ser –respondió Mitsuki después de pensarlo un momento–, pero convendría esperar un poco.

Las hermanas acordaron que sólo se lo dirían si después del tratamiento de rehabilitación la Madre no estuviera en condiciones de vivir sola.

Mitsuki vivía cerca de la estación Ogikubo en la línea Marunouchi. Al llegar a su casa sentía su cuerpo más pesado que de costumbre. Tetsuo apareció enseguida en el vestíbulo. Ella tuvo la sensación de que había cortado abruptamente una comunicación telefónica.

–¿Cómo fue todo? –preguntó Tetsuo con el tono de siempre. Por supuesto, ignoraba que su esposa había encontrado el pañuelito floreado.

Mientras se sacaba los zapatos, Mitsuki comenzó a explicar la situación. Se lavó las manos antes de ir a la sala y puso en la mesa el arroz con pollo que había comprado.

–No has cenado todavía... ¿Te gustaría tomar un poco de espumante? –ofreció Tetsuo.

–Sí, gracias.

Tetsuo aumentó la temperatura de la calefacción, fue a la cocina y sacó de la heladera una botella de vino espumante. Él ya se había servido otra bebida. En general bebían algo juntos antes de dormir. Era una buena oportunidad para que Mitsuki le contara en detalle lo ocurrido a la Madre, pero el recuerdo de aquel pañuelito le pesaba como plomo en la garganta, le impedía conversar. Si no hubiera surgido el asunto de la Madre habría podido dar rienda suelta a sus sentimientos pero dadas las circunstancias no tenía ganas. Sentada a la mesa empezó a mover con indiferencia los *o-hashi*.[15] Hasta entonces, las dos veces habían sido mujeres mayores que él. Ahora era una mujer joven. Se sentía inevitablemente más vieja. Ajeno a los pensamientos de Mitsuki, en la cocina con muebles blancos Tetsuo vertía una bebida añeja de color oscuro en un vaso que había

comprado en una feria de antigüedades.

Mirando a su esposo, que llevaba a la cintura un delantal a la manera de un camarero de café, Mitsuki advirtió su coquetería. Pensó que treinta años antes no habría tenido medios para permitírsela. Había nacido en Toride, prefectura de Ibaraki. Su padre trabajaba en la tesorería de la fábrica del tío pero provenía de una familia de agricultores de una zona más alejada. Tetsuo la había llevado una vez a la casa de sus abuelos, donde en aquellas habitaciones con tatami ella se sintió como en un cuento de otra época.

Mientras comía su arroz con pollo Mitsuki siguió observando sin querer a Tetsuo, que estaba preparando bocados para los dos. Se había occidentalizado, escribía artículos en publicaciones especializadas, era inteligente y su condición física era mejor que la de Mitsuki. No era la clase de hombre que necesita atraer a las mujeres con dinero, él mismo lo sabía. Por otra parte, estaban tratando de ahorrar para mudarse a un apartamento en el centro de Tokio. Y aprovechando las bajas tasas de los préstamos, podían conseguir un crédito para el depósito inicial.

Tetsuo no le daba motivos para quejarse, y además, ¡sabía cocinar! Para cualquier mujer habría sido el marido ideal. Tal vez un pañuelito no fuera prueba suficiente de que Tetsuo tenía una amante joven... pero Mitsuki no dudaba. Por desgracia había antecedentes. Y en los últimos seis meses sus apariciones en los medios de comunicación lo ausentaban a menudo de su casa y volvía tarde por la noche.

Cuando Tetsuo se sentó a la mesa, Mitsuki empezó a hablar.

–Para ella fue un shock la idea del baño portátil.

–Claro, mamá es tan coqueta, no es para ella, pobrecita. Tetsuo llamaba “mamá” a la madre de su esposa.

La Madre siempre había sido considerada una mujer bella. A su avanzada edad, con sus canas y la espalda encorvada, la bella se había convertido en una señora coqueta. Su coquetería ya no era necesaria, es más, resultaba impropia para su condición, pero era el vestigio del sueño que había perseguido toda su vida.

“¿Al lado de la cama un baño portátil? De ningún modo.” Así había dicho la Madre. Cuando Mitsuki se lo contó a Tetsuo, él lanzó un profundo suspiro. Lamentaba su situación.

Mitsuki pensó que aun en esa situación para la Madre no dejaba de ser importante cubrir su cama con sábanas finas. Tenía varios juegos que mandaba a la tintorería y los reemplazaba no bien empezaban a desgastarse. Recordó la última compra que hicieron juntas en una gran tienda: un juego de sábanas. Ella se había ofrecido a comprarlas y la Madre había insistido en ir para elegirlas. Le encantaba pasear y ya no podía hacerlo a menudo. Salir de compras era su diversión

favorita, más que ir a cenar. No era tan divertido para sus hijas, que debían cargar los paquetes y ayudarla a caminar con el bastón, pero las hermanas apovechaban la ocasión para conversar. Con el bastón colgando de un cinto de cuero que llevaba en la muñeca, y apoyándose en un andador que la tienda Isetan ofrecía a los ancianos, la Madre miraba con brillo en los ojos los productos que se exhibían. Isetan era su lugar de compras preferido. Y le complacía que hubieran reparado en la necesidad del andador.

–Qué bueno. Se ocupan de cada detalle –dijo casi con emoción.

–En Japón hay muchas personas mayores adineradas –respondió fríamente Mitsuki.

Aquel día compraron un juego de sábanas floreadas que costaba unos treinta mil yenes con la tarjeta Isetan de la Madre. Para sorpresa y tranquilidad de sus hijas no hubo más compras. Cuando se dirigían al ascensor, de repente la Madre detuvo su andador. Frente a sus ojos apareció otro juego de sábanas. El diseño también era floreado pero más delicado y el género, de mejor calidad, tenía un brillo satinado.

Los ojos de Mitsuki también quedaron clavados en esas sábanas. Compartía con la Madre su debilidad por las telas. Pero estas sábanas costaban más de setenta mil yenes y opinó que no era una compra adecuada para una jubilada que vivía de sus ahorros.

La Madre se encaprichó como una niña.

–Si la vida de mamá gira en torno a la cama, creo que podría darse ese lujo –argumentó.

Las hijas no lograron disuadirla, de modo que devolvieron las sábanas más ordinarias y fueron a comprar las más caras.

–Mamá, no te sobra el dinero, no deberías hacer estos gastos –le recriminó Mitsuki, casi llorando a pesar de la cercanía de la vendedora.

La Madre asintió sin darle importancia.

Mitsuki pensó que la cama de la Madre, siempre cubierta con hermosas sábanas, parecía un festival de la pimavera. Poner al lado un baño portátil desvanecería la ilusión, dejaría al descubierto el costado feo y triste de la vejez.

Tetsuo no podía ocultar su predilección por las bebidas alcohólicas. Degustaba lentamente su whisky añejo. Sin mirarlo, Mitsuki le dijo que no podría ir a casa de sus suegros para festejar el Año Nuevo. Debía acompañar a la Madre en el sanatorio y ocuparse junto a su hermana de las tareas que les había encargado. No dijo que, por si no fuera suficiente con el accidente de la Madre, estaba el otro asunto, la sombra de esa mujer joven. No tenía ganas de representar el papel de la esposa feliz frente a la familia de Tetsuo. Después de unos segundos de silencio, él dijo que regresaría el 30 de diciembre, antes de lo

acostumbrado y que se encargaría de la comida para que Mitsuki chan pudiera dedicarse a cuidar a la Madre. La sombra de la mujer joven y esbelta se delineó con más nitidez.

El matrimonio se fue a dormir. Con la excusa de atender sus respectivos trabajos, Tetsuo y Mitsuki dormían en habitaciones separadas. Desde su cama Mitsuki vio aparecer una sombra flotante: no era la mujer joven sino la Madre en silla de ruedas.

Camino a su casa desde la estación Mitsuki pasaba habitualmente por una plaza donde antiguamente había una fábrica de hilo de seda. Sólo sobrevivían el portón de hierro forjado, los imponentes muros de ladrillo, algunos árboles altos y una escultura que representa al gusano de seda con las alas abiertas. Huellas de una época en que la fabricación de seda era un símbolo de la industria japonesa.

Ahora muchos ancianos en sillas de ruedas contemplaban el verde de la plaza en compañía de sus esposas o nueras o de cuidadoras que se distinguían por su expresión serena y la suavidad con que hablaban. Sin embargo, a Mitsuki le entristecía la mirada ausente de los ancianos, su gesto vacío o incluso malhumorado. Aunque el día fuera soleado y los árboles estuvieran en flor, ya no tenían fuerzas para apreciarlo.

Mitsuki se imaginó empujando la silla de ruedas de la Madre.

“¿También ella tendrá esa expresión?”, se preguntó.

5. La casa al fin en venta

Veinticuatro horas antes la Madre podía caminar sola con ayuda de su bastón y ella ignoraba la existencia del pañuelito floreado. Mitsuki pensaba cuánto había cambiado la vida en un solo día. Le costaba aceptarlo.

A punto de salir de su casa, Tetsuo le ofreció acompañarla. Le dijo que sería suficiente con que pasara a visitar a la Madre al día siguiente, antes de ir a Toride. Con la mente ocupada en todas las responsabilidades que le esperaban, Mitsuki se dirigió a la estación. Al llegar al sanatorio pasó primero por la tienda. El día anterior las enfermeras le habían dado una lista de cosas necesarias: una faja, un sorbete para tomar agua, pijamas y ropa interior, toallas. Podía traer las toallas de casa de la Madre, pero quería conseguir algunas mudas. La ropa que usaba normalmente era demasiado lujosa, le apenaba escribir el nombre con marcador indeleble y se arruinaría en la lavandería del sanatorio.

La tienda del sanatorio estaba bien provista. Cerca de la entrada vio los comestibles: salsa de soja, condimentos para arroz, ciruela fermentada, sopa de miso instantánea, galletitas saladas y dulces. En el fondo se vendían cepillos, pastas dentífricas, vasos y todo tipo de cosas útiles para la vida en un hospital. Mitsuki pasó un buen rato en el sector de pijamas para mujeres. Finalmente eligió cuatro. No eran baratos, costaban tres mil yenes cada uno. Cualquier ciudadana común de Japón los habría recibido con agrado. Pero ella sabía que la Madre jamás los habría elegido.

De todos modos, satisfecha con aquellas prendas de tela liviana, suave, abrigada, agradable al tacto, estampada con flores de tonos pastel, fue al sector de la ropa interior. Allí había un hombre. No era joven. Usaba un traje oscuro. Parecía petrificado, en su actitud había una gran tristeza. Mitsuki se acercó algo vacilante. El hombre se dio cuenta de que su presencia la incomodaba y se alejó un poco. Él no se sentía molesto, tampoco parecía quedarse en ese lugar porque no supiera qué prenda elegir sino porque podía estar a solas con su tristeza. Mitsuki se apresuró a elegir entre la montaña de ropa seis camisetas y seis bombachas del talle de la Madre, también de estilo muy diferente a las prendas de encaje que solía usar. Le hacía gracia y le apenaba a la vez que su Madre se viera obligada a aceptar esa ropa interior carente de toda sensualidad. Cuando salía de la tienda echó un vistazo al hombre. Se emociónó pensando que la tristeza es un

sentimiento normal para un hospital y que sin embargo le parecía milagroso.

–¿Por qué demoraste tanto? –preguntó la Madre al ver a Mitsuki.

–Estuve ocupada, tenía que hacer llamados y compras. La Madre la miraba fijo, con los ojos brillantes, lo que anunciaba que tenía algo en mente. Mitsuki fingió ignorarlo, dejó las bolsas con las compras y empezó a leer los documentos que le habían dado las enfermeras: política de protección de los datos personales, nota de consentimiento para la cirugía, consentimiento de transfusión. Tenía que completarlos y entregarlos con firma y aclaración. No era posible detallar todos los antecedentes médicos de la Madre, mencionó la hipertrofia cardíaca, la disautonomía, la osteoporosis, algunas fracturas anteriores. De la medicación que tomaba normalmente, sólo anotó la que habían llevado al sanatorio.

Una vez entregados los documentos, la Madre miró nuevamente a Mitsuki y dijo:

–Mitsuki, mamá va a ingresar en una institución. Al parecer había pasado toda la noche pensando, desde que oyó hablar del baño portátil. Mitsuki se preguntó si la paciente que compartía la habitación estaba prestando atención a las palabras de su Madre.

–¿Lo dice de verdad, mamá?

–De todos modos no podré salir de casa. Habría sido mejor morir, pero no lo conseguí. Ya no puedo vivir sola, no hay forma. Mamá se rinde.

La Madre siempre fue inteligente. A Mitsuki le emocionó que esa inteligencia funcionara a la perfección. Se sintió agradecida. Sin embargo, enseguida surgió en ella una duda: ¿era posible que una mujer egoísta como la Madre se adaptara a la vida grupal en un instituto geriátrico?

–En una institución hay que aguantar muchas cosas –comentó.

–¿Qué otra cosa puedo hacer? –preguntó la Madre, resignada.

–Aunque la habitación sea individual, hay horarios para despertar, comer y bañarse.

–Lo sé –dijo, y mirando el techo, agregó–: Fallé, no logré morir.

La Madre empezó a sollozar. En la juventud jamás había llorado delante de sus hijas. Como no podía mover las manos, lloraba mirando el techo, tiesa en su cama. Mitsuki se acercó y acarició su brazo. Habría deseado decirle: “Por suerte, está viva”. Pero fue incapaz de pronunciar esa frase y al menos quiso consolarla con ese gesto.

–¿Vendrán a visitarme? –preguntó con la nariz congestionada por el llanto.

–Por supuesto.

–¿Seguro?

–Sí, seguro.

Mitsuki hizo una breve pausa antes de decir:

–Estaría bien el lugar que fuimos a ver, no queda lejos de Chitose Funabashi.

Dos años antes, a raíz de que una amiga buscaba una residencia para su madre, Natsuki recibió información que luego entregó a Mitsuki. De sus averiguaciones resultó que el lugar más cercano para ambas hermanas era Golden Years. El ingreso era caro y también las cuotas mensuales, pero si vendían la casa de Chitose Funabashi y a eso sumaban la jubilación de la Madre, había dinero suficiente para que pasara allí cien años. Un día la llevaron a conocer el lugar. Ella aceptó a desgana, diciendo que aún podía vivir sola. Pese a todo, le gustó el empapelado con florcitas de la entrada.

–El lugar es agradable, y cómodo para ustedes dos –comentó la Madre.

–Allí será fácil visitarla a menudo –dijo Mitsuki, aunque por las dudas aclaró que no sería posible hacerlo todos los días.

–Espero que vengan tan a menudo como puedan. Por favor, mamá no tendrá más diversión que las visitas de sus hijas –respondió la Madre con voz llorosa. Aunque era habitual que apelara a su debilidad para enternecer a las hijas y así manejarlas, en aquel momento parecía hablar con el corazón.

Por su parte, Mitsuki suspiró aliviada al saber la decisión de la Madre.

Al fin se podía vender la casa de Chitose Funabashi. La casa de la época de la abuela ya no estaba, nada le provocaba nostalgia, se sintió liberada. No había podido venderla para su padre porque era el recurso con que contaban para mantener más tarde a la Madre. El tema de la venta había sido motivo de largas conversaciones entre la Madre y las hijas.

Hasta los cuarenta años el padre había pasado por varios trabajos. Después creó una firma comercial que fracasó. Lo perdió todo y empezó a trabajar en una oficina como asalariado. En esas condiciones, la jubilación que obtuvo fue mediocre. Por entonces la Madre trabajaba, ganaba bien ayudando a la tiíta, pero aun así no podía prescindir de la jubilación. Sus ingresos, incluida la jubilación, alcanzaban los ciento sesenta mil yenes, una cifra que permitía vivir con decoro. Por supuesto, para ella no fue suficiente y recurrió a sus ahorros, que fueron mermando.

A la Madre le gustaba gastar, pero también era una persona realista que no quería caer en bancarrota. La tiíta, con su gran sentido estético, confeccionaba *haori* de lana, chaquetas que se llevan sobre el

kimono, de estilo moderno. Elegante y esbelta, la Madre las impuso como moda entre las mujeres.

La tiíta sabía hacer negocios y también sabía ahorrar. Además conocía los hábitos de la Madre y le había recomendado hacer un fondo común de inversión. Gracias a ello, a la muerte del padre, junto con la pensión y unos seguros de vida, dispuso de ahorros considerables de los que, sin embargo, quedaba poco.

Cada vez que Mitsuki miraba el saldo de la cuenta bancaria trataba de tranquilizarse pensando en el terreno de sesenta y ocho *tsubo* de Chitose Funabashi. El valor de la propiedad no se debía a la casa, porque tenía más de treinta años, sino a la ubicación del terreno, en el barrio de Setagayaku. Hasta entonces la Madre había pensado que cuando sus ahorros se agotaran, ofrecería como garantía el terreno de Chitose Funabashi para pedir un préstamo al esposo de Natsuki. Le parecía justo. “He invertido tanto en esa hija”, se decía. También consideraba que su hija menor podía prestarle el dinero que ahorraba con su marido, para no poner en evidencia que Natsuki, a diferencia de ella, se había casado con un hombre perteneciente a una familia adinerada.

De pronto apareció la hermana mayor.

–¡Cuánto trabajo! –se quejó al entrar en la habitación, y a continuación se puso a contar todas sus diligencias. Mitsuki la interrumpió.

–Mamá va a ingresar en la residencia geriátrica. Fue idea suya.

En la cara de Natsuki se dibujó la sorpresa.

6. El lóbulo frontal se derrite

Natsuki se acercó a la Madre.

–¿Es verdad, mamá?

–También a ti te pido que por favor me visites siempre que puedas.

Pasada la sorpresa, la hermana mayor quiso decir algo irónico, pero respetuosa de la decisión de la Madre, respondió con serenidad:

–Sí, te voy a visitar, mamá.

Ese día las hermanas se sentaron en sendas sillas plegables junto a la cama de la Madre. Se pusieron los lentes, escribieron el nombre en cada prenda y aflojaron las cinturas de los pantalones de pijama. Después de los setenta años, la espalda de la Madre se había encorvado y se le había abultado el vientre, toda su ropa necesitaba arreglos en la cintura.

–No estudiamos esto en la materia de labores hogareñas en la primaria –comentó Mitsuki, torpe para esas tareas. La hermana mayor, que no tenía buena vista, era más habilidosa.

Mitsuki trataba de escribir Katsura –el apellido de la familia– en los lugares menos visibles de las prendas porque recordaba que en el bolsillo delantero del pijama del padre se leía “Katsura” con letras muy grandes. Lo habían internado en un hogar para ancianos alejado y al principio tenían que llevarse la ropa para lavarla en casa. Una tarea cansadora. Por suerte, un buen día una empresa se hizo cargo del lavado.

La Madre casi nunca iba a verlo, pero fue la primera en enterarse de que ya no tenían que ocuparse de lavar. Las llamó desde el teléfono del sanatorio para decírselo y enseguida fue al kiosco a comprar un marcador negro para rotular las pertenencias del padre. Cuando Mitsuki fue a visitar a su padre lo encontró con el nombre Katsura escrito en el bolsillo del pecho. Parecía un presidiario. Sintió rabia, la Madre no había tenido la menor consideración con su esposo.

Las hermanas siguieron con su tarea. De repente, la Madre dijo:

–Si se vende Chitose Funabashi, dejen para mí sólo lo necesario y dividan el resto entre ustedes. El dinero es más valioso en la juventud.

La Madre había sido una esposa terrible pero era generosa con sus hijas.

–Pero, mamá, quizá vivas cien años –replicó su hija menor.

–No lo deseo, en absoluto.

Por primera vez desde el accidente la Madre estaba de muy buen humor. Fue uno de sus últimos momentos de normalidad. Poco después, la invalidez y la proximidad de la muerte la llevaron a la locura senil.

Mitsuki llegó a su apartamento y le contó a Tetsuo la decisión de la Madre. Él puso su cara de quién sabe qué y al rato dijo:

–Entonces, va a vender la casa de Chitose Funabashi.

En fin, qué podemos hacer.

Mi esposo no se atrevía a decir que la Madre habría podido morir más fácilmente, que habríamos podido ser dueños de la mitad del terreno de Chitose Funabashi sin demoras, tal como él soñaba. Pero yo lo sabía y disfrutaba al oírlo.

El día siguiente sería 31 de diciembre.

Tetsuo decidió ir a casa de sus padres un día antes de lo habitual, con lo cual una espina quedó clavada en el corazón de Mitsuki. Antes pasaría por el sanatorio a visitar a la Madre. Ella iría primero, sola. Al salir entregó a Tetsuo cuatro sobres con el *Otoshidama*, el bono de Año Nuevo para los niños y los ancianos de la familia. Un sobre con cien mil yenes, otro con treinta mil yenes y dos de diez mil yenes. Para los padres de Tetsuo, la cuñada y los sobrinos. El padre de Tetsuo tenía ochenta y un años y la madre setenta y seis, todavía conservaban buena salud. De todos modos, vivían con la familia del hermano menor y podían contar con la cuñada. El hermano menor era, como sus padres, buena persona. La esposa también era amable. Gracias a ellos, aparte del apoyo económico no era necesario encargarse del cuidado de los padres, aunque normalmente la responsabilidad le habría correspondido a la esposa del hijo mayor. Teniendo en cuenta esa situación, Mitsuki no podía dejar de agradecerles.

Cuando Tetsuo pidió la mano de Mitsuki se comprometió a que ella no tendría que encargarse del cuidado de los suegros. Y cumplió. Pero por ser hombre, no demostraba su gratitud a la familia. Al recibir de su esposa los sobres dijo: “¡Qué guena nuera!”, imitando el acento campesino del padre. Mitsuki recordó la cara con que los recibía la cuñada –una sonrisa de satisfacción le redondeaba los pómulos– y salió con pasos muy livianos.

Trató de no pensar en Tetsuo. Tenía que ir a la casa de Chitose Funabashi, vaciarla y preparar el ingreso a la residencia geriátrica. Le preocupaba su propia salud, pero por lo menos había podido salir de la nebulosa sin fin y ver una perspectiva hacia el futuro.

La hija mayor se comunicó con Golden Years a primera hora de la mañana. Le informaron que pronto habría un lugar disponible, y que en caso de ser necesario podría ingresar en otra residencia de la misma cadena y mudarse no bien hubiera disponibilidad. Le causó

desazón oír “pronto habrá un lugar disponible”, aunque en realidad debía alegrarse de que no le dijeran “por un tiempo no habrá disponibilidad”.

Cerca de la estación se oían las voces de los vendedores de adornos de bambú de Año Nuevo. A pesar de la tristeza, la llegada del fin de año se hacía sentir y eso animó un poco a Mitsuki. No sabía que de ahí en más comenzaban los días infernales.

–¡Tarde!

Como el día anterior, lo primero que oyó fue una recriminación. Pero la Madre tenía un aspecto distinto. Tendió la mano izquierda, que ahora se veía obligada a usar. Cuando Mitsuki se acercó aferró sus dedos con fuerza y empezó a hablar como si tuviera fiebre.

–Anoche se llevaron mis remedios. Pedí varias veces que me los devolvieran, pero no. Sin remedios me siento muy insegura. Por favor, que la enfermera me traiga los remedios.

La Madre lloriqueaba, como de costumbre en los últimos tiempos. Pero nunca había mostrado una cara tan insegura. Parecía un animalito compungido. Tenía los labios contraídos y fruncía el ceño, porque desde la noche anterior no hacía más que pensar en una sola cosa. Como el somnífero que tomaba todas las noches no lograba hacerla dormir la Madre había consultado a un médico, sin saber que era el mismo que atendía a Mitsuki y que a ambas les había prescripto el mismo ansiolítico. Al principio tomaba media pastilla, pero pronto con la diligente ayuda de la cuidadora pudo cortarlas en cuartos y comenzó a tomar un cuarto en distintos momentos del día. El ansiolítico se convirtió en una especie de muleta para la Madre –su dependencia era doble, porque también Mitsuki dependía de esa medicación– y siempre tenía bajo la almohada un frasquito del tamaño del dedo gordo lleno de trozos de píldoras blancas. Si a pesar del somnífero despertaba en la mitad de la noche, sacaba del frasquito una dosis.

Respondiendo a los ruegos de la Madre, Mitsuki fue a la enfermería para pedir que le dieran sus medicamentos. Para su sorpresa, la enfermera a cargo le dijo con tono fatigado que la Madre había recibido su dosis de somnífero y ansiolítico, pero cuando Mitsuki insistió en que la Madre estaba muy ansiosa le entregó los medicamentos sin oponer resistencia. Tal vez el médico la había autorizado a hacerlo si la familia de la paciente insistía. De todos modos, le recordó que era peligroso excederse con ese tipo de drogas. Mitsuki le agradeció su atención y su consejo, y se despidió con una reverencia.

Al llegar a la habitación con el “botín de guerra”, la Madre la recibió con besos y caricias. Esa efusividad a la usanza occidental era

desconocida en ella, al menos en su relación con las hijas. Tal vez con aquel hombre se había comportado como las heroínas del cine de Occidente que admiraba en la adolescencia, pero con las hijas sólo la congoja extrema que le provocaba su situación pudo desbaratar la compostura japonesa. Mitsuki se desconcertó por completo. ¿El lóbulo frontal de la Madre se había derretido? Al parecer, no podía pensar más que en esos medicamentos. Por suerte una cortina evitaba que el espectáculo quedara a la vista de la otra paciente.

No bien tomó su pastilla la Madre se tranquilizó. Agradeció repetidamente la ayuda de Mitsuki, aseguró que habría muerto sin su medicación. La hija no le prestó atención. Se sentó a su lado y siguió rotulando objetos: la caja de la dentadura postiza, el cepillo dental, la pasta dentífrica, la caja de pañuelos de papel, el estuche de los lentes. La Madre se entretuvo observando la tarea.

De repente entró Tetsuo. Lucía un abrigo de pelo de camello que había comprado en las ofertas del mes de febrero y traía una cesta con flores violetas especialmente elegidas, muy sofisticada y moderna. La Madre no estaba al tanto de que Tetsuo chan la visitaría. Al principio abrió los ojos con sorpresa pero enseguida se esforzó por premiar su amabilidad.

–Son fantásticas, la habitación se verá muy colorida –dijo con una sonrisa coqueta al recibir las flores.

–¿Cómo está? –preguntó Tetsuo.

–¡La vida de Madame Noriko se acaba!

7. Sangre de O-Miya san

La Madre y Tetsuo mantuvieron una conversación trivial. Él la adulaba, ella respondía con falsa modestia.

–Aun en el hospital conserva usted su belleza.

–Qué cumplido. Ni siquiera tengo puesta la dentadura postiza. No estoy en condiciones de recibir visitas.

–No es así, para nada.

Ese tipo de conversación, que no solía molestar a Mitsuki, aquel día no le cayó bien. No sólo porque cargaba con el asunto del pañuelito. La llegada de Tetsuo con su espléndida cesta de flores mostraba que estaba completamente desubicado.

Nada puede ocultar la infelicidad que reina en un hospital. A lo largo de los años la vejez, la decadencia, lo van impregnando. No hay desinfectante capaz de limpiar ese efecto. La aparición de Tetsuo con su canasta de flores fue un acto que demostró su insensibilidad hacia esa tristeza. Es cierto que no era una actitud deliberada, más bien la manifestación de que su vida estaba en un momento de auge y él se sentía muy satisfecho. Aun así, su desconsideración no pasó inadvertida para la Madre, que por otra parte advertía también la incomodidad entre su hija y su yerno. Sin embargo, apreciaba a Tetsuo.

Nunca le dedicaba palabras despectivas, como lo hacía con Yuji, el esposo de Natsuki.

La visita de Tetsuo duró menos de diez minutos. Mitsuki lo acompañó hasta el ascensor, donde él dijo que no era necesario que lo saludara por teléfono hasta el 1º de enero, como restándole importancia a los festejos de fin de año. Ella entendió que no debía llamarlo. Llevaba un bolso de viaje, no solía ir tan elegante a casa de sus padres. Todos esos detalles confirmaban sus sospechas pero no tuvo ganas de decir nada.

De regreso en la habitación a Mitsuki le sorprendió el cambio de expresión de la Madre. Disgustada, miraba fijo la pared.

–No me gusta, para nada –dijo al ver a su hija–. ¿No se da cuenta? Yo en esta situación y él llega con sus flores. Perdón, me molesta esta canasta, por favor, llévatela a tu casa –pidió, señalando con la cabeza las flores colocadas en la mesa que atravesaba la cama.

–Es un poco descortés con Tetsuo chan –se vio obligada a decir Mitsuki en defensa de su esposo.

–Dijo que iba a Toride. No regresa a la casa de Suginami, ¿verdad?

–Aun así es descortés.

–Me molesta, no quiero verla.

–Pero tampoco yo regreso directamente a casa, tengo que hacer compras y no quiero cargar con este paquete.

–Entonces, puedes tirar a la basura esta porquería.

Parece una burla.

Mitsuki no recordaba que la Madre hubiera pronunciado alguna vez palabras tan drásticas. Se asombró y se entristeció. La Madre percibía claramente la verdad. De pronto, impulsada por una reacción incontrolable, tal vez a causa del deterioro del lóbulo frontal, la señora Noriko empezó a gritar:

–¡No quiero vivir sin razón, por favor, tienes que matarme!

–¡No quiero arruinar mi vida por haber cometido un asesinato! –respondió Mitsuki con la misma vehemencia. La situación no le creaba culpa, la irritaba.

La Madre comenzó a llorar en silencio. Mitsuki la miró fijo. También ella deseaba que muriera, lo había deseado durante mucho tiempo. Y sin embargo, en la medida de sus posibilidades también había intentado procurarle felicidad.

–Tenemos que aceptar la realidad con una actitud más positiva –dijo en tono reflexivo.

Sus palabras sonaron a mera formalidad. Mitsuki no era capaz de expresar amor por la Madre y ella lo percibió. Ambas callaron. La hija reanudó la tarea de rotular objetos. La enferma le pidió tres veces su ansiolítico. Le entregó una dosis. Después de ayudarla con la cena le anunció que al día siguiente la visitaría Natsuki chan y salió, llevando la canasta de flores.

Tenía sed. Fue hacia la máquina expendedora de bebidas. De pronto vio al hombre de traje oscuro que había descubierto en la tienda. Estaba muy pálido y, como el día anterior, parecía ignorar la presencia de otros seres humanos. Ella lo siguió con la mirada hasta que entró en una habitación. El cartel de la puerta decía: “Wakako Matsubara”. Un nombre antiguo y distinguido. Seguramente en esa habitación individual se encontraba su esposa. Giró la cabeza. Una enfermera empujaba una silla de ruedas con una mujer muy delgada que usaba un gorro de lana. Supuso que Wakako Matsubara tenía cáncer.

Era invierno. La noche llegaba temprano. Afuera ya había oscurecido.

Al salir de la estación del metro Mitsuki, como siempre, atravesó la plaza iluminada por las farolas. La cantidad de vagabundos –que la

recesión acrecentaba– la hizo pensar en la gente que recibiría el nuevo año sin techo. Levantó la cabeza para mirar el cielo invernal. Respiró hondo. El veneno de la Madre la estaba contaminando. Recordó la actitud odiosa con que rechazó la canasta de flores y también la sonrisa complaciente que había cubierto como una máscara su cara surcada por las arrugas. Se le erizó la piel.

La Madre había dejado a Mitsuki a cargo de su abuela, una mujer ciega que consintió a su nieta. Los que conocían la historia familiar, a sus espaldas llamaban O-Miya san a la abuela y decían que la Madre tenía sangre de O-Miya san. ¿Tenía algo que ver con O-Miya san esa sonrisa lisonjera? Mitsuki tuvo la certeza de que era la sonrisa que la Madre le dedicaba a aquel hombre.

Al día siguiente Mitsuki se quedó todo el día en casa. La hermana mayor iría al sanatorio junto a su esposo, su hija y su hijo. El hijo, que estudiaba en los Estados Unidos, pasaba las vacaciones de Navidad en Japón. Mitsuki trató de no pensar en Tetsuo y avanzar con la traducción que debía entregar los primeros días de enero, pero fue en vano. La agobiaban las responsabilidades. Dejó de lado su trabajo para hacer una lista de las diligencias previas al ingreso de la Madre en la residencia geriátrica. A mitad de la tarea se desplomó en la cama. La tensión de los tres días anteriores la había extenuado.

A la tarde la hermana mayor la llamó para contar cómo había sido el día en el sanatorio.

–Ayer pedía a gritos que la matara –dijo Mitsuki.

–Hoy estaba más calmada, decía cosas amables, pero se la veía un poco rara. Por lo demás, seguía exigiendo esto y aquello, es agotadora –respondió Natsuki.

No bien las hermanas terminaron su conversación el teléfono sonó otra vez. Era Tetsuo. Ante todo, para recordarle a su esposa que no hacía falta que lo llamara hasta el 1º de enero. Pero seguramente se sintió culpable, porque a continuación preguntó, muy amable:

–¿Cómo está mamá?

–Como de costumbre –respondió Mitsuki. En su mente apareció la imagen de la canasta de flores que había desechado–. ¿Cómo están el padre y la madre?

–También como de costumbre. Tienen buena salud.

Mitsuki no tenía ganas de prolongar la conversación y cortó enseguida. Se preguntó si a Tetsuo le llamaba la atención que su esposa, siempre locuaz, estuviera tan callada.

Cuando se disponía a dormir oyó campanadas. La última noche del año la campana del templo Myoho de Horinouchi suena ciento ocho veces para purificar las ciento ocho maldades del mundo. Un año nuevo empezaba. Se acostó escuchando el sonido de la campana

sagrada. Desde que su salud se deterioró el cansancio le enfriaba el cuerpo. Apoyó la mano en el vientre y lo sintió helado, como si dentro tuviera un bebé muerto.

8. Fantasmas vivientes

Las campanadas trajeron a mi mente recuerdos del pasado. Como flotando llegó hasta mí la imagen del sanatorio donde mi padre pasó sus últimos años. Se encontraba en un lugar alejado al que llegábamos tomando trenes y ómnibus. En aquella época la mayoría de los centros de salud obsoletos renovaban sus edificios. El sanatorio de mi padre no fue la excepción, pero la remodelación del sector para personas mayores fue postergada, de modo que no cambió su aspecto miserable y sucio, que transfería a sus pacientes. En cierto modo, fue una bendición que a causa de su diabetes mi padre no tuviera buena vista.

En medio de un pasillo largo, recto y ancho se encontraban los baños y la enfermería. Cerca de allí estaban los pacientes que requerían más atención. Como mi padre no necesitaba cuidados frecuentes le asignaron la sala más alejada. La compartía con otros enfermos, algunos postrados a causa de un ataque cerebral. Los que podían moverse en silla de ruedas o caminar arrastrando los pies iban solos al baño, a visitar amigos que habían hecho en otras salas y al comedor. Mi padre era uno de ellos.

Tenían atención médica de avanzada, les servían tres comidas diarias, en el verano el lugar era fresco y en el invierno, abrigado. Aunque la comparación sea desproporcionada, poco después de la muerte de mi padre me impactó un artículo sobre la muerte de la Madre Teresa de Calcuta. A través de ese artículo supe que en respuesta al mensaje de Dios, ella había creado en India un hogar para los ancianos y los enfermos que vivían en la calle. Para los que nadie amaba o cuidaba, para los que eran considerados una carga y eran dejados de lado. Creó un lugar donde alguien los vería morir.

Esa idea quedó grabada en mi corazón. Cada vez que visitaba a mi padre me sentía culpable por haberlo abandonado, sentía que esa sala compartida era similar a aquel hogar de los que esperaban la muerte.

Cuando ingresó en el sanatorio el padre caminaba erguido desde su habitación hasta el baño. “Camina con la espalda recta”, le enseñaba a su hija cuando era pequeña. Era un rasgo que denotaba el linaje familiar. Los hombres de sucesivas generaciones, hasta los abuelos de Mitsuki, habían sido médicos. En el porte del padre, al igual que en las fotos de color sepia, se podía reconocer al heredero de una familia noble. Antes de la guerra había pertenecido a la clase media adinerada pero la repentina muerte del abuelo de Mitsuki cambió la situación económica. Sin embargo, pese a la pobreza el padre recibió una

educación que lo diferenciaba de la clase de personas que poblaban el sanatorio. El director era cristiano y buena persona.

Gracias a su influencia, las enfermeras, las mucamas y todo el personal eran muy amables y reverentes, pero el padre no se comunicaba con otros pacientes.

El encierro y la enfermedad se concentraban en el aire. La atmósfera opresiva obligaba a Mitsuki a respirar hondo antes de entrar. En el pasillo se encontraba con personas seniles que se movían con dificultad. Por la forma de caminar se notaba que muchos usaban pañales. Distintas figuras, grandes y pequeñas, de hombres y mujeres, caminaban entre las sillas de ruedas como fantasmas vivientes. El padre, que había nacido en una espaciosa mansión, murió en un cubículo de 2 m2. Apenas unas cortinas aislaban su cama, la segunda junto a la ventana de una habitación para ocho personas. No había silla para él, tenía que sentarse en esa misma cama. A veces Mitsuki abría el casillero donde guardaba sus escasas pertenencias, lo cubría con el abrigo de Burberry, le ponía los zapatos de cuero y el sombrero Fedora, y lo tomaba del brazo para salir a pasear. A él siempre le había gustado caminar.

El vecindario que rodeaba al sanatorio era semejante al Chitose Funabashi de cuando Mitsuki era niña. Había casas, bosques de bambú y un arroyo, algo contaminado. Pero si cerraba los ojos podía volver en el tiempo y oír la voz de su padre diciendo: “Camina con la espalda recta”. Por entonces el padre todavía escuchaba radio y grabaciones sentado en su cama. A medida que pasaba el tiempo la huella de su cuerpo hundía el colchón. Mitsuki no se atrevía a ordenarle que cambiara de posición. Tal vez fue al segundo año cuando descubrió que no veía bien. Su padre había comprado en el kiosco un paquete de galletas que pagó con un billete de mil yenes y no esperó el vuelto. Ella, decepcionada por la mezquindad de la naturaleza humana, lo reclamó a la cajera, que la miró sorprendida y le entregó más de quinientos yenes en monedas.

–Papá, pida siempre el cambio –recomendó en voz alta, para que la mujer la oyera.

Tres o cuatro años después de que la Madre depositara al padre en el sanatorio, Mitsuki lo llevó a su casa. Se había mudado a su apartamento de más de 70 m2 y aprovechó que Tetsuo estaba de viaje por África. El padre veía cada vez menos y estaba cada vez menos lúcido. No entendía por qué lo habían sacado del sanatorio, no era Año Nuevo, y al día siguiente dijo:

–Mitsuki, papá quiere volver a casa.

A ella le causó una extraña tranquilidad saber que para el padre el sanatorio se había convertido en su casa. Para entonces padre e hija

solamente paseaban tomados del brazo por la terraza del sanatorio. Más tarde, las caminatas se limitaron al pasillo. Pero el padre necesitaba moverse más. Sentado en el banco del pasillo, movía los brazos siguiendo las indicaciones de Mitsuki aunque tal vez no le encontrara sentido. Ella siempre se preguntaba qué pensaría su padre. Cuando le aferraba la mano para anunciar que era hora de irse, él le recomendaba que fuera con cuidado y desde su cama la saludaba inclinando la cabeza. Infaltablemente le daba las gracias.

Después de su neumonía fue trasladado a la sala más cercana a la enfermería. Se había debilitado, se enfermaba a menudo, pero logró sobrevivir un año más. La pesada carga que significó para Mitsuki llegó a hacerle desear que su propio padre muriera lo antes posible.

El apartamento del barrio de Suginami estaba cerca de Horinouchi, donde había una funeraria. Se decía que allí los terrenos eran más baratos porque caían las cenizas de la chimenea. En la estación era normal ver hombres de traje negro mostrando carteles con nombres como “Familia Yoshimura”, “Familia Tanaka”, “Familia Kato”, y raramente alguno como “Familia Mitarai”. Cuando los veía sentía envidia.

La gente se muere.

El padre resistió bastante. Su madre pertenecía a una familia de longevos pero su abuela paterna había muerto joven, y también su padre, a los cincuenta años. Con esos antecedentes, entristecía a sus hijas diciendo que no viviría mucho. Sin embargo, pasó siete años en el sanatorio.

La Madre, la culpable de haber trasladado al padre a ese lugar, no iba a verlo casi nunca. Para no pelear con ella Mitsuki dejó de hablar sobre el tema. El último año, cuando la atropelló una bicicleta y empezó a usar el bastón –y además se separó de aquel hombre– no apareció por el sanatorio. Las hermanas al principio iban dos veces por semana, después una, más tarde se turnaron para ir y desde que el padre ya no pudo levantarse de la cama, alguna de ellas iba a visitarlo cada quince días.

Sólo Mitsuki estuvo presente cuando el padre murió. Le correspondía a Natsuki ir a verlo, pero no quiso regresar de la quinta de Oiso. Desde el sanatorio avisaron que el estado del padre era crítico. Fue a principios de septiembre, no habían empezado las clases de la facultad y Mitsuki estaba en su casa para recibir la llamada. Los teléfonos celulares no eran comunes por entonces. Llamó a la hermana mayor pero en la quinta no atendió nadie. Dejó el mensaje en el contestador. Luego llamó a la Madre, que con toda tranquilidad dejó que ella fuera sola. Pese a que caminaba con bastón habría podido tomar un taxi, pero no tuvo la menor intención de mostrarse apenada

o arrepentida. En realidad, Mitsuki no quería que lo hiciera a último momento. Aun así, diez años después seguía preguntándose por qué había actuado de esa manera.

Tetsuo estaba en la universidad, le dejó el mensaje a la secretaria. La hermana mayor regresó muy tarde a su casa, no recibió el aviso a tiempo. Mitsuki presenció sola cómo el padre cambiaba de color debido a la cianosis. Fue una muerte silenciosa. El médico no supo cómo explicarla. “No hubo una causa definida. Diría que ya no tenía deseo de vivir.”

Poco después apareció Tetsuo, rodeó con su brazo el hombro de Mitsuki y la acompañó en la negociación con la empresa funeraria. Por entonces se llevaban bien, estaban en plena reconciliación, él se había separado de su primera amante. Como después de la debacle familiar el padre siempre repetía que “no eran necesarias las ceremonias”, decidieron eludir los ritos pese a la disconformidad del encargado de la funeraria.

Natsuki llegó cuando ya era tarde. No dejaba de llorar. Sentía que durante toda la vida se reprocharía haberse tomado esas semanas de descanso. Era la hija preferida, por haber sido la primera o tal vez porque se parecía más a la Madre, aunque el padre también había dedicado a Mitsuki su amor, simple y honesto, que compensaba a las hermanas de la conflictiva relación con la Madre. Mientras sonaban las campanadas de fin de año, Mitsuki tomó sus medicamentos para combatir la ansiedad y la depresión y sus píldoras para dormir. Se preguntó si la culpa que sentía con respecto a su padre podía ser perdonada. El resonar de la campana parecía afirmar que el pecado era una condición propia del ser humano.

9. La Madre sentada en campo árido

El año empezó con días borrascosos.

Uno de esos días, de regreso en su apartamento, al quitarse el abrigo Mitsuki se dio cuenta de que lo llevaba mal abotonado. Más que vergüenza sintió emoción. Si eso ocurría era porque estaba muy ocupada cuidando de su Madre. Pero de inmediato se dio cuenta de otra cosa: sus esfuerzos nunca serían suficientes para hacerla feliz. Esa sensación no alivió su cansancio, por el contrario, lo acentuó.

Esa noche pensó en las mujeres que aparecían como por arte de magia en el parque de gusanos de seda. No eran prostitutas. Eran mujeres mayores que caminaban entre el verdor iluminado por las farolas, serias, con paso firme y veloz. Era evidente que lo hacían para mejorar su condición física.

Cuando era una joven recién casada miraba con frialdad esos cuerpos donde ya no se distinguía la cintura. No entendía para qué se esforzaban, qué sentido tenía el entrenamiento. Un buen día comenzó a pensar que seguramente esas mujeres tenían que cuidar de algún anciano en casa y necesitaban fortalecerse. Tal vez se vieran obligadas a cambiar pañales, algo que ella nunca hizo con la Madre. Si lo supieran, probablemente la despreciarían. Aun así Mitsuki empezó a tenerles simpatía.

Se dispuso que la Madre fuera operada el 5 de enero.

–¿El médico sabe ya que soy miembro de la Asociación de Muerte Digna? –preguntó ella.

–Sí, sí, ya se lo dije –respondió Mitsuki.

–Por favor, no acepten ningún tratamiento para prolongar artificialmente la vida.

–Son sólo fracturas, nada de eso va a pasar.

Al cabo de cinco horas en el quirófano, la Madre regresó viva.

Mitsuki sintió gratitud hacia su país, donde el Estado se hace cargo de los ancianos sin importar el costo, y hacia los médicos y enfermeras que siempre mostraron la mejor disposición hacia la Madre pese a que era una persona fatigosa. Ella no era del todo moderna, no lo consideraba el derecho natural de cualquier enfermo. Sintió también algo de culpa al recordar que una proporción importante de los impuestos se destinaba al cuidado de los ancianos y que las cuentas del Estado estaban en rojo. Más allá de sus pensamientos, el personal del sanatorio se dedicó a curar a la Madre con la mayor solicitud.

Al día siguiente de la operación le retiraron la sonda urinaria y para su sorpresa, un día después pudo llevarla en silla de ruedas a la sala de rehabilitación.

Poco a poco el cuerpo de la Madre fue regenerándose. Su psiquis, por el contrario, se deterioraba cada día. Gracias a los sedantes se mantenía calmada, pero debido a la humillación e incomodidad de no poder hacer sus necesidades sin molestar a alguien casi no comía. Las hermanas se turnaban para acompañarla desde la hora de la cena hasta que se dormía, tal como ella quería.

Diez años antes había pasado una temporada en un hospital, cuando la bicicleta la atropelló y le fracturó el fémur izquierdo. En aquel entonces tenía avidez por los sabores refinados: las ciruelas de Kishu, la carne agridulce de la tienda Asakusa Imahan, el condimento para arroz con sabor a salmón que vendían en la sección de alimentos gourmet de Isetan. Esta vez la comida parecía causarle asco. Por supuesto, no tenía ganas de hacer sus ejercicios de rehabilitación, no había señales de que deseara recuperarse. Empezado el año, empezaron también las clases de Mitsuki en la facultad. Además, una amiga la contrataba para hacer traducciones del francés. Sólo ocasionalmente podía rechazar un trabajo porque de lo contrario muy probablemente buscarían a otra persona con más disponibilidad.

Al mismo tiempo las demandas de la Madre fueron en aumento, no tanto porque se la viera más activa sino por inercia, así era ella. Por ejemplo, un día la Madre quiso un espejo de mano. Mitsuki le llevó el peine y las cremas que solía usar pero se “olvidó” del espejo. Por suerte el espejo tallado de Kamakura donde la Madre solía mirarse largo rato era demasiado grande para encontrarle lugar en la habitación del sanatorio y además le habría resultado imposible sostenerlo con sus bracitos tan delgados y frágiles. Se dijo que prefería ahorrarle la tristeza de ver su cara sin maquillaje, sin lápiz labial y sin la dentadura postiza. Y así era, aunque en parte también se debía a cierta pereza. No tenía ganas de ir hasta una tienda donde fuera posible conseguir un espejo más adecuado. Por fin, camino al sanatorio encontró un día una calle con tiendas y en una de ellas, entre una infinidad de artículos para la coquetería femenina descubrió un espejito con mango adornado con pequeños brillantes que formaban una corona, del tamaño justo. Al día siguiente se lo entregó a la Madre, que lo recibió con un “gracias” sin emoción y se lo devolvió enseguida.

La Madre, siempre maquillada aunque pasara todo el día en casa, con el paso del tiempo dejó de divertirse con el maquillaje. Últimamente prefería ver DVD.

En la habitación del sanatorio había un televisor pero a la Madre

no le interesaba. Tampoco veía la tele en su casa, se quejaba de que la programación de la emisora NHK había bajado de nivel y le aburría. Aunque todavía le interesaba el noticiero de la noche y las transmisiones de funciones de ópera, ballet o conciertos a los que ya no podía ir en persona, mayormente usaba la pantalla del televisor para ver películas. Por supuesto, cine occidental. Un correo privado le llevaba a casa los DVD que Mitsuki alquilaba por Internet.

–¡Qué aburrida estoy! –decía a menudo como si fuera una niñita–. ¿Puedo ver algún DVD o escuchar un CD?

Para entretenerla, Mitsuki le llevó al sanatorio un reproductor portátil. La Madre no pudo manejarlo, su cabeza no andaba bien y era torpe con la mano derecha, no consiguió siquiera abrir la tapa. Entonces siguió pidiendo cosas descabelladas, como libros impresos con letra grande porque no quería usar sus lentes.

Mitsuki trató inútilmente de complacerla hasta que un día no pudo más y le recriminó entre llantos:

–Mamá, hago un gran esfuerzo para venir a verla todos los días, en este momento tendría que estar trabajando. También tendrías que hacer tu parte, esforzarte un poco.

La Madre interrumpió por un instante sus quejas.

–Solamente cuento con Mitsuki –dijo–, ¿qué sería de mí si ella se disgustara conmigo? –Y se echó a llorar. Mitsuki se preguntó si la Madre era sincera o, una vez más, representaba el papel conveniente para la ocasión.

Más allá de esa duda, estaba claro que para ella Natsuki ya no contaba.

–Por eso es que le pido que sea un poco tolerante. La Madre, como era previsible, siguió con sus letanías.

Mitsuki dijo que tenía que ir al baño. Caminó por los pasillos hasta la biblioteca. Ya sabía de ese lugar, donde en general no había nadie. En algún momento pensó que podía usarlo para trabajar. Se sentó en un sillón y las lágrimas que contuvo frente a su Madre brotaron silenciosas. Mientras las secaba con su pañuelo, alguien entró. Vio la misma espalda que había visto por primera vez en la tienda del sanatorio, la del hombre de traje oscuro. Él se sorprendió al reconocer a Mitsuki. Ella al principio se sintió incómoda. Nadie, ni siquiera Tetsuo la había visto llorar. Pero sin saber por qué, poco a poco su presencia se fue haciendo agradable.

La diferencia entre senilidad y locura es difusa. Con el paso de los días la Madre estaba más senil. También más loca.

Al mes de su traslado al sanatorio de rehabiltación ya usaba su ropa de calle y comía con los demás internados en el amplio comedor con grandes ventanales que dejaban pasar la luz.

Allí era común que los ancianos tuvieran dificultad para movilizarse. Sin embargo, durante la comida conversaban y reían. La Madre, en cambio, se mantenía apartada, solitaria. Su infelicidad era visible. No podía aceptar su destino. En su gesto duro asomaban el cansancio y la ira.

Aislada de los demás, parecía sentada en un campo árido, un campo de hierba seca, mientras un viento helado hacía volar las briznas silenciosas a su alrededor.[16]

10. Restos del sueño perfumado

El terreno de Chitose Funabashi fue comprado por una inmobiliaria que se encargó de la demolición de la casa y lo dividió para vender lotes más pequeños. Fue mucho más rápido de lo imaginado. Cuando Tetsuo supo la cifra que pagaron dijo que se podía haber negociado para obtener un poco más. Para Mitsuki la mejor decisión fue vender por esa suma, porque de esa manera no sería necesario pedir préstamos para pagar la matrícula de ingreso a la residencia geriátrica. No comentó con su esposo cómo repartiría con su hermana lo que pudiera quedar de la herencia. Era imposible hacer previsiones sin saber cuánto tiempo viviría su Madre.

Las hermanas se turnaban para visitar a la Madre y juntas iban a la casa de Chitose Funabashi. Trabajaron como hormigas para vaciarla. No había tiempo para entregarse a la nostalgia.

Amigas y conocidas les habían dicho que las ancianas no pueden desprenderse de sus cosas. Una de ellas contaba que el primer piso de la casa de su madre llevaba diez años convertido en depósito. En la planta baja los abrigos y las bufandas se apilaron sobre la cama hasta que tuvo que dormir en el sillón. Las montañas de objetos apenas le dejaban un paso por donde caminar hacia la cocina apoyando las manos en la pared. Pero no permitía que sus hijas los ordenaran.

Por suerte a la Madre le encantaba acomodar, poner en orden las cosas y tirar lo que ya no usaba. Sin embargo, cuando las hijas se pusieron a revisar las estanterías y los cajones, surgió un alud de objetos que les causó una mezcla de gracia y pena. En primer lugar, les sorprendió la cantidad de medicamentos orientales y occidentales para las más diversas afecciones. Unos recetados, otros de venta libre. La Madre, siempre detallista, había escrito en cada envase la fecha de vencimiento con su letra redonda. Algunos llevaban ahí más de diez años. Era evidente que su salud no era buena desde hacía tiempo. Aun así, la médica de acupuntura solía destacar su capacidad de recuperación. Y era verdad que cuando se resfriaba o tenía fiebre se curaba más rápido que su hija. Al ver esa extraordinaria cantidad de medicamentos, Mitsuki pensó por primera vez que posiblemente la Madre había tenido la esperanza de sobrellevar dignamente su destino de anciana.

Muchas cosas bien guardadas eran inútiles. Por ejemplo, el equipo de costura que para la Madre había sido indispensable desde la adolescencia, cuando empezó a coser sus ropas occidentales. Como le

encantaba escribir cartas tenía guardados sobres delicados, tarjetas hermosas. También ropa interior con encaje que a las hijas les pareció algo atrevida. Y medias. No toleraba las pantimedias y conservaba sus antiguas medias de nylon con ligas. Con tantos pares sin estrenar habría podido abrir una tienda propia. Como ya nadie las usaba, aunque con pena las hermanas abrieron uno tras otro los paquetes para separar el papel de los residuos plásticos e inflamables. Había también cantidad de zapatos finos que no podían aprovechar porque no eran de su medida. Vestidos largos que seguramente la Madre había lucido en veladas musicales, de los que no podía desprenderse aunque sabía que no volvería a usarlos. Lo peor era el tapado de visón. Lo había comprado muchos años antes, cuando todavía no se alzaban voces en contra de convertir animales en prendas de lujo. Para entonces la situación económica de la familia Katsura ya no era holgada y eso le causó algún remordimiento, pero al cabo de un tiempo ese sentimiento desapareció y llevar ese abrigo fue para ella un motivo de alegría y orgullo. Para las hijas era nada más que una prenda anticuada con olor a naftalina. Pese a su valor, no sabían qué hacer con ella. Abundaban los DVD de óperas y conciertos. Y los cosméticos. Natsuki era la encargada de comprarlos. La Madre no se atrevía a pedírselo a Mitsuki, que se habría negado por considerarlos demasiado caros.

Apareció también una montaña de las famosas sábanas de la Madre seguida por otra montaña de pañuelos de seda. Aunque ya no vestía con la elegancia de antaño, pensaba que un buen pañuelo le daba un toque distinguido y aprovechando que a Mitsuki le gustaban las telas cada vez que viajaba al exterior le pedía ese tipo de souvenir. Los objetos lujosos acumulados en estanterías y cajones dotaban de un aire especial a aquella casa reconstruida en los años setenta con un criterio estándar y aburrido. Los colores suaves o fuertes, el olor de la naftalina y los perfumes, la textura de los encajes y las sedas eran huella de las ilusiones que la habitaban.

La Madre solía dejar en claro que no le interesaban las joyas para diferenciarse de la abuela que –según se decía– tenía debilidad por los diamantes.[17] Pero sus gastos superfluos, insensatos considerando su situación económica, hablaban de su ilusión de ser como las divas del cine occidental que tanto admiraba o como las señoritas que ilustraba Junichi Nakahara para las tapas de la revista *Amiga de las chicas*[18] que ella leía en la juventud.

¿Por qué había perseverado tanto en esa ilusión? Sus hijas consideraron que tal vez su locura no fuera senil sino congénita.

–¡Mitsuki chan! –gritó Natsuki.

Mitsuki interrumpió un momento su tarea y salió al pasillo que

comunicaba la sala con la cocina. Su hermana sostenía un almohadón. Encima se veían distintas cosas guardadas en el depósito del fondo, cerrado desde la muerte del padre. Diapositivas a color de los viajes de negocios del padre, los boletines de la primaria de Natsuki y Mitsuki, sus dibujos y trabajos prácticos, un álbum de fotos de juventud que olía a humedad, un cuaderno que tenía pegadas las cartas de los amigos de la guerra ya muertos. También los álbumes de figuras que juntaba la Madre en la época de secundaria, donde se podía apreciar su admiración por Greta Garbo, Marlene Dietrich, Gary Cooper, Arletty. Las hermanas se entusiasmaron inspeccionando la historia de la familia Katsura. De repente vieron en el fondo una caja, de las que contienen los elementos para la ceremonia del té. Adentro había algo envuelto en papel de arroz color ocre con pequeñas manchas más oscuras. Al desatar el paquete, la tapa de la memoria se abrió.

–El kimono de *Konjiki yasha* –dijo Mitsuki.

–Todavía está aquí –agregó Natsuki.

Se sabía que cuando la abuela escapó de su primer marido vendió todo lo que pudo, pero conservó el kimono que llevaba el día que por casualidad se reencontró con Kan-ichi san. Era una leyenda familiar.

Mitsuki, que impulsada por la historia familiar había leído *Konjiki yasha* en sus años de secundaria, recordó que la novela describía un kimono del color gris que usaban los nobles, con cinco símbolos que identifican al clan. Tal como el que tenía delante en ese momento. Al oler su perfume las dos hermanas se sintieron transportadas de la era Showa a la era Meiji, más de cien años atrás.[19]

11. Gmail

La Madre siguió aparentemente sentada sola en el campo árido durante toda su internación en el sanatorio. También siguió exigiendo que sus hijas la acompañaran todos los días a la hora de la cena. Era la única paciente que recibía visitas a diario. Si Mitsuki hubiera teni do un trabajo asalariado, habría sido imposible. Sabiendo que una vez que ingresara en la residencia geriátrica no podría verla tan a menudo quiso espaciar las visitas pero los reclamos y el gesto desdichado de la Madre pudieron más. Con otras personas disimulaba la tristeza de no ser la misma de antes, llegó incluso a aceptar que antes de dormir colocaran el baño portátil junto a su cama. Pero, en lo profundo era tremendamente infeliz y su infelicidad hacía sufrir también a las hijas.

Un día Natsuki llamó a su hermana menor.

–Sólo está tomando el somnífero.

–¿Por qué lo dices?

–Porque es el único medicamento que se consume, quedan pocas píldoras. Por eso tiene sueño durante el día. Así combate la tristeza. Tenemos que pedir al sanatorio que lo controle.

Intentaron hablar con ella pero se puso frenética.

Entonces consultaron al psicólogo, que estuvo de acuerdo en controlar la medicación. En adelante sólo le administrarían una píldora diaria.

La rehabilitación no fue satisfactoria. Diez años antes la Madre se esforzó por volver a caminar soportando los dolores. Ahora, cuando parecía dejar de aferrarse a la vida, su máximo logro era levantarse de la silla de ruedas para sentarse en el inodoro, siempre con algún punto de apoyo. Aun así no podía hacerlo sola, habría sido imprescindible que alguien estuviera atento a sus movimientos, por lo que la incontinencia urinaria y el estreñimiento empeoraron.

Un buen día Golden Years nos informó que tenían una vacante. Debido al traslado de su hijo, uno de los internados se mudaba a Kobe, donde había un establecimiento de la misma cadena. Esa fue la explicación oficial, pero es posible que alguien hubiera muerto y evitaran dar ese tipo de noticias por la aprensión que generan.

Golden permitía decorar las habitaciones y consideré que tendría tiempo suficiente para acondicionar el último hogar de la Madre. Convencida de que viviría aún mucho más, ignoré mi cansancio y trabajé con el deseo de que la pequeña habitación fuera cómoda y

agradable. Elegí un delicado papel para la pared, y también el piso de madera. Para ocultar la vista al estacionamiento colgué una cortina de encaje francés. Y en una estantería colocamos un tiesto con flores de porcelana, un antiguo frasco de perfume veneciano, una caja de orfebrería con perlas. Y por supuesto, el tradicional florero de vidrio artesanal de Edokiriko del color rojo que tiene el cielo al atardecer. Era un regalo del abuelito de Yokohama, padre del tiíto de Yokohama. La Madre lo consideraba uno de sus tesoros, de modo que lo utilizamos para un arreglo con flores de colores delicados que parecían naturales, lo primero que se veía al entrar en la habitación.

–Parece que de repente apareció mucho dinero –comentó Tetsuo, sorprendido al ver el lugar.

Quise recordarle que era dinero de la Madre, pero cerré la boca. Aunque siempre me había preocupado por el derroche, me alegraba de no reparar en gastos para rodearla de belleza en sus últimos días. Sin embargo, también lo hacía con culpa, recordando que la Madre había abandonado a su esposo en aquel hogar para ancianos. Como me recomendaron, compré una silla de ruedas fabricada en Alemania. Cambié el televisor por un plasma más grande. Elegí prendas de poliéster, aptas para la lavadora y el secarropa de la residencia geriátrica y solamente algunos chalecos y cárdigan de lana, que habría que limpiar en la tintorería. Recorriendo tiendas descubrí que en Keio de Shinjuku había una variedad de productos para ancianos coquetos.

Cuando al cabo de dos meses se decidió que no valía la pena continuar la rehabilitación en el sanatorio, Tetsuo viajó a Vietnam. Yo lo había acompañado antes en sus viajes. La primera vez fuimos a California. La segunda, a Okinawa. Pero había desistido de hacer este viaje aun antes de la internación de la Madre. La última vez que me alejé unos días de Tokio, Natsuki tuvo que llamar a la ambulancia por una brusca hipertensión. Luego, en diciembre, ocurrió el accidente. Y apareció el pañuelito floreado.

Desde que descubrí el pañuelito, me alegró saber que viviríamos separados por un tiempo.

–Una vez que esté instalada en la residencia, vendrás a pasar unos días conmigo –dijo Tetsuo después de pasar a saludar a la Madre.

–Así lo haré –prometí.

Él se disponía a viajar –sin duda, con otra mujer– mientras yo me disponía a atender las necesidades de mi madre anciana. Nuestra distancia era cada vez más grande. Tetsuo me parecía un ser de otro planeta. Tratando de no recordar ese pañuelito floreado tan bonito y odioso me dije que cuando la situación de la Madre estuviera resuelta pensaría en él, en nosotros.

Tetsuo habría sido de ayuda en la mudanza –Yuji es algo frágil

para esas tareas– pero de todos modos no tenía ganas de pedírsela. Nos despedimos cuando subió al taxi que lo llevaría a la estación de Shinjuku, donde tomaría el Narita Express al aeropuerto.

La íntima convicción se convirtió en la verdad.

Fue muy poco antes de que la Madre ingresara en la residencia geriátrica. Tetsuo llamó por teléfono para avisar que había llegado bien. Luego envió un e-mail diciendo que ya se encontraba en el apartamento que tenía reservado, pero aclaró que sólo los hoteles de lujo tenían buena conexión a Internet y le resultaría difícil comunicarse.

Escribí una respuesta breve y simple. Apagué la computadora y me levanté de la silla. Enseguida la encendí de nuevo. Me conecté a Gmail. Ingresé en la casilla de Tetsuo. Cuando él recorría el mundo en sus viajes de estudios me pedía que revisara el e-mail durante su ausencia. Era antes de que usara Gmail, tal vez hubiera cambiado la clave. Pero al ingresarla, milagrosamente funcionó.

En la casilla había muchísimos mensajes intercambiados con la misma mujer. Naturalmente no resistí la tentación de leerlos. Pasé toda la noche leyendo dos años de comunicación escrita entre mi esposo y ella. Todo sugería que la relación había empezado incluso antes. En un momento dado, a juzgar por la molestia que me causaban los ojos hinchados por el llanto, supuse que tendría el aspecto de Oiwa san.[20] No me habría gustado que la Madre me viera así. Interrumpí la lectura para buscar hielo, lo envolví en una gasa y lo mantuve apretado contra mis ojos. Se me congelaron los dedos.

El frío se extendió por todo el cuerpo cuando, para mi sorpresa, en uno de los mensajes Tetsuo accedió al insistente pedido de la mujer adjuntando una foto mía. Ella respondió contenta: “Da lástima, la verdad es que no tiene sentido comparar”. Lloré por la humillación. Durante un rato no pude seguir la lectura. La novia de mi esposo era joven y cruel. Era inteligente.

Pensé que me ocuparía del tema de mi matrimonio después de terminar con la mudanza de la Madre a la residencia geriátrica. Por el momento, esa amable mujer tenía todo previsto: ella y Tetsuo pasarían un año en Vietnam. Si yo intentaba visitarlo encontrarían alguna manera de desalentarme. Y poco antes de regresar a Japón, él tenía que anunciar el divorcio por escrito y no volver a nuestro apartamento.

Mientras escurría la gasa miré en el espejo a la mujer que inspiraba lástima. Me pregunté qué cara tendría ella. Seguramente atractiva, como yo cuando era joven, o más. A Tetsuo le gusta llamar la atención.

A la madrugada, a pesar de que tomé un baño de inmersión muy

caliente, mi cuerpo seguía helado. Por si fuera poco, amaneció con una lluvia torrencial. Camino al sanatorio el viento hacía que la lluvia golpeara mi cara. ¿Eran gotas o lágrimas lo que mi pañuelo trataba de secar? Al llegar con los pies empapados me sentía totalmente miserable.

–Hoy hice de cuerpo muy bien, me siento bien –dijo la Madre al verme. Ella, siempre tan perspicaz, no pareció darse cuenta de que mis ojos estaban hinchados.

–Qué bueno –le respondí.

12. Le temps des cerises

"Le temps des cerises" es una canción del siglo XIX que la gente todavía canta.

Quand nous en serons au temps des cerises
Et gai rossignol et merle moqueur
Seront tous en fête
Les belles auront la folie en tête
Et les amoureux du soleil au cœur
Quand nous chanterons le temps des cerises
Sifflera bien mieux le merle moqueur[21]

Las cerezas maduras son redondas, frescas y rojas. Pero pronto caen como gotas de sangre. A Mitsuki siempre le gustó la letra de esta canción. Especialmente cuando el cantante sube el tono para decir "Les belles auront la folie en tête" y la voz queda flotando en el aire. "Les belles" son las mujeres hermosas, "la folie" es la locura, la "tête" es la cabeza. Podría traducirse como "en la cabeza de las bellas hay locura", teniendo en cuenta que el francés es lengua de amor cortés que denomina "bellas" a las jovencitas enamoradas. Sin embargo, la traducción más apropiada al japonés sería "las lindas señoritas".

Cuando son jóvenes, las señoritas son alocadas, aunque no por causa de un hombre en particular sino simplemente por ser frescas y bonitas. Por eso enamoran a los hombres. Las letras de *chanson* reflejan una sabiduría popular. Las canciones populares de hoy ensalzan el mundo de la juventud y, naturalmente, dado que los jóvenes son los reyes del consumo en materia de productos musicales, estas canciones despiertan un fervor que las convierte en éxitos masivos. Aquellas *chansons* de otra época hablan, en cambio, de lo efímero de la juventud, con la tristeza y la melancolía de quien añora ese momento. Son para la gente que ya vivió su vida.

Por lo menos, así lo creía Mitsuki. Y a medida que pasaban los años confirmaba esa idea.

Las jovencitas son alocadas. Aunque ya no lo recordara, Mitsuki era una de ellas antes de conocer a Tetsuo. Mitsuki no era hermosa. Según le habían contado, cuando nació sus padres enmudecieron al verla,

cruzaron miradas y suspiraron. La Madre tuvo la amabilidad de repetir para ella varias veces el relato de aquel episodio. También le explicó que el nombre elegido en caso de que naciera una niña era Mitsuki, y que cuando la vio dudó de que fuera correcto porque en su escritura el *kanji*[22] incluía la letra que significa "hermosura". La franqueza de la Madre no hirió a Mitsuki, tal vez porque la abuela O-Miya san –sólo la hija y las nietas la apodaban de ese modo– decía a sus dos nietas que eran hermosas por igual. La Madre recordaba el sentimiento de inferioridad que en la infancia le causaban sus pobres vestidos. Y para demostrar que la pobreza era una etapa superada en su vida vestía a sus dos hijitas con el mismo esmero. En el Japón de posguerra, azotado por la miseria, todo el mundo decía que eran niñas muy bonitas. Con sus vestidos idénticos, sus guantes blancos y sus adornos norteamericanos, lo eran, sin lugar a duda.

Por otra parte, si bien Natsuki era más bonita que su hermana menor y más parecida a la Madre, a la señora Noriko tampoco le parecía hermosa. Y aunque nunca fue objeto de burla, al igual que Mitsuki no recibió elogios. Pero a diferencia de Mitsuki, ella se sentía herida. Era más sensible en ciertos aspectos.

En el universo de la Madre una mujer hermosa era una actriz de cine, en especial del cine occidental. No era casual que ella misma cultivara un estilo occidentalizado. Y en ese disparatado universo suyo, tanto su propia madre, O-Miya san –a quien todos consideraban una mujer bella– como sus hijas eran menospreciadas.

Ya adulta, cuando Mitsuki comprobó que muchas madres tenían una actitud sádica hacia sus hijas se preguntó si lo disfrutaban. Las hermanas hablaban del tema en secreto y opinaban que si la Madre deseaba hijas hermosas habría debido elegir un marido bien parecido. Por supuesto, su razonamiento pasaba por alto que si esas dos personas no se hubieran casado ellas no habrían nacido. Además de tener un rostro poco agraciado, la estatura –otro parámetro de belleza– tampoco favorecía a Mitsuki, superada por Natsuki y la Madre, en ese orden. La Madre sentía pena por su hija. Sin embargo, pese a su estatura y a ser parecida a su padre, para Mitsuki llegó el momento en que la mirada de los hombres empezó a desviarse de la Madre para dirigirse a ella, y pronto fue cortejada. Ya graduada en la universidad, fue solicitada y mimada, como todas las jóvenes que llevaban una vida libre de preocupaciones. También ella, a su turno, se convirtió en una jovencita alocada.

Ahora, cuando camina por la ciudad, cuando viaja en tren o entra en un restaurante, las jovencitas le provocan un sentimiento extraño. Comprueba que cada una de ellas tiene un concepto propio del orgullo de ser mujer y se pregunta si es un rasgo congénito, determinado por su ADN o sus hormonas, o se debe a la crianza. Niñas que hasta hace

poco se ensuciaban jugando a la pelota de repente se obsesionan por el sexo. Otras, por el contrario, adoptan una actitud tan femenina como pudorosa, discreta, que le recuerda el estilo de la Madre y más aún de la abuela, que fue geisha en la juventud.

Por eso, respetuosa de la diversidad, frente a su sobrina Jun evitaba hacer comentarios sobre modelos de belleza femenina.

A Mitsuki no le parece malo tener más conciencia y orgullo de ser mujer, pero agradece que en su época las niñas que crecían en un hogar común y corriente no tuvieran que preocuparse por el futuro. Por entonces no se esperaba que las mujeres se destacaran como estudiantes o profesionales. Sin embargo, considerando la historia de Japón –y la del mundo entero– lo que entonces parecía normal era extraordinario: vivir sin tener conciencia de que "Le temps des cerises" es apenas un instante y ser tan alocadas como quisieran.

Más allá de las pautas sociales de la época, Mitsuki fue a la Universidad de Aoyama, donde junto a jovencitas de buena familia estudió literatura francesa. Y formó parte del grupo de teatro de la universidad, una manera de encarnar la locura juvenil.

Después de graduarse, gracias a un contacto de la facultad Mitsuki siguió actuando en un teatro pequeño. Al mismo tiempo daba clases de inglés a alumnos de la secundaria que preparaban el examen de ingreso a la universidad. Con el dinero que ganaba podía pagar clases de canto y así, junto a una amiga que actuaba con ella en el teatro empezó a trabajar en un bar de Ginza que necesitaba atraer al público. Se sentía feliz con sus actividades.

Las mujeres jóvenes recién recibidas en la facultad eran valoradas en cualquier lugar. En particular en aquel bar de Ginza. Mitsuki podía cantar en francés gracias a la influencia de la Madre y dado que había heredado de su padre la aptitud para aprender idiomas, con la ayuda de un diccionario traducía las tapas de los discos importados de Francia. ¿Cuál habría sido su futuro si hubiera seguido allí? Pensaba casarse pero no imaginaba con quién. Y casi con seguridad no habría conocido a Tetsuo.

Mientras tanto, la Madre –que aún trabajaba con la tiíta– estaba totalmente dedicada a su hija mayor. A su regreso de Friburgo después de una experiencia alemana poco exitosa Natsuki enseguida se casó. Entonces la Madre se tomó un respiro y se dio cuenta de que la hija menor estaba haciendo cosas que ella no aprobaba.

Natsuki no buscó empleo una vez graduada en la escuela de música. Antes de viajar a Friburgo para seguir con sus estudios sólo daba clases de piano a las vecinas. Y en aquella época no se esperaba que trabajara después de casarse, de modo que la Madre no quería obligar a Mitsuki a conseguir un trabajo. Pero le parecía que su hija

menor estaba a la deriva. Le preocupaba que cantara para un público masculino en un bar donde se servían bebidas alcohólicas y que regresara muy tarde a casa.

Un día de primavera –habían pasado dos años desde la graduación de Mitsuki– la Madre, que por entonces tenía poco más de cincuenta años, mientras doblaba la ropa lavada en el comedor le preguntó:

–Mitsuki, ¿qué vas a hacer de ahora en adelante?

13. Tocar fondo

–¿De qué hablas?

La Madre extendió su brazo, agarró una toalla y continuó:

–Me parece que ese tipo de lugar no es adecuado para una señorita decente.

–"Ese tipo de lugar" es el bar donde canto –dijo Mitsuki. Y recordó las caras de los *amis* que frecuentaban el lugar. Esos jóvenes estudiosos consideraban que la *Françe* era el símbolo de la civilización occidental y que el *chanson* era muy apropiado para transmitir el espíritu de la música francesa–. Me dejan cantar de vez en cuando, nada más.

–Sí, lo sé, también me gustaría hacerlo si fuese joven –dijo la Madre. El tema era delicado, no quería descalificar lo que hacía su hija–. Y aunque vas a ese lugar no fumas ni bebes –agregó, en alusión a Natsuki, que había adquirido malos hábitos en Alemania–. Pero, si sigues con eso, cada vez tendrás más años...

La Madre trató de controlarse para no decir abiertamente que no se podría casar. En aquella época las mujeres se casaban alrededor de los veinticinco años. Mitsuki pensaba casarse... algún día. Pero al escuchar a la Madre reparó en que, ocupada con su hermana, no le había prestado atención durante mucho tiempo. Y sin pensar, respondió en tono de reproche.

–Es mejor que ir a París. Más barato.

La Madre mantuvo la boca cerrada unos segundos, antes de preguntar con calma:

–Mitsuki, ¿quieres ir a estudiar a París?

Y esperó la respuesta con las manos quietas, interrumpiendo por un momento su tarea de doblar la ropa. Mitsuki, en cambio, hurgaba en la montaña de prendas con olor a sol de primavera para seleccionar las medias de su padre.

–No importa qué quiero, no se puede. La familia Katsura ya tocó fondo.

Sin proponérselo, lo dijo con tono irónico. Pero así era, la familia Katsura había gastado todos sus ahorros. Y esa tarde de primavera, mientras ordenaba las prendas de su padre Mitsuki recordó como si fuera una película cada una de las escenas en las que la Madre había decidido gastar esos ahorros, siempre para Natsuki.

Primero, para que estudiara dos años en Friburgo. Durante más de veinte años el valor del yen con respecto al dólar se había mantenido

estable; de repente la cotización del yen aumentó pero aun así la familia Katsura tenía el nivel de ingresos de un asalariado promedio, lo que ganaba la Madre no hacía mucha diferencia.

Luego, para construir la casa. Al principio pensó que estando Natsuki de viaje nadie tocaría el piano y podrían vivir en un apartamento. La idea parecía buena, después de la guerra la casa ya era antigua y necesitaba reparaciones. Sin embargo, contemplando la necesidad de casar a sus hijas –en realidad, a su hija mayor, por entonces Mitsuki no era parte de sus preocupaciones– le pareció mejor impresionar a la familia del novio con una casa más presentable. La abuela ya había muerto, de modo que con el asesoramiento de un arquitecto amigo se hizo una casa de estilo occidental, sin habitación con tatami.[23] La construcción se pagó en cuotas; los gastos de la mudanza, el alquiler del apartamento y los muebles nuevos se pagaron al contado. La mesa donde aquel día se apilaba la ropa era uno de esos muebles.

No bien se mudaron a la casa nueva llegó una carta por vía aérea, tal como lo anunciaba el sobre ribeteado de azul y rojo. Natsuki decía que deseaba continuar sus estudios en el extranjero un año más. La intuición le dijo a la Madre que algo raro pasaba con su hija. Se había marchado de Japón con la cara llorosa. Al llegar a Alemania, en sus cartas contaba que no le gustaban las papas y repollos que le servían en la pensión, que en el cuarto hacía frío y que los alemanes no eran amables. Todo sugería que deseaba regresar. Sin embargo, durante el segundo año no escribió mucho.

La Madre llamó por teléfono y le hizo algunas preguntas. Resultó que Natsuki estaba enamorada de un profesor de piano que tenía esposa e hijos. Por ese motivo no quería volver a Japón. Natsuki peleó a gritos con la Madre a través del teléfono hasta que el padre fue a buscarla a Alemania: un gasto innecesario. La hermana mayor regresó indignada. Pero antes de que se cumpliera un año de su vuelta a Japón se anunció su casamiento. La Natsuki que había partido de Haneda era una señorita japonesa común y corriente. La que volvió a Haneda era una mujer oriental de nacionalidad indefinida. La hija correcta que obedecía a la Madre había dado paso a una especie de hippie, un arquetipo de la década. Llevaba el cabello largo con un poco de permanente, jeans y tacos altos. Fumaba mucho y consumía bebidas alcohólicas en cantidad. Las amonestaciones de sus padres no modificaron en absoluto su conducta.

–Me arrepiento de haberla enviado a Alemania –decía el padre.

–Antes no era tan cabeza dura –opinaba la Madre.

Sin embargo, la nueva Natsuki seguía visitando a la familia de la Madre en la casa de Yokohama. Tal vez porque no podía hacer otra

cosa. En esas ocasiones se ponía un vestido, trataba de disimular los hábitos liberales aprendidos en Alemania para no herir a la Madre. Y por ese mismo motivo concretó su casamiento con Yuji, que también frecuentaba la casa de Yokohama. Por supuesto, la boda significó un gasto enorme.

Mirando la montaña de ropa lavada Mitsuki recordaba como si fuera ayer la fiesta en el Hotel Imperial. Rememoró a la novia emocionada, y a la Madre, que más emocionada aún lucía con gracia su kimono y saludaba a todos los invitados. Esa imagen contenía el profundo sentimiento de la Madre hacia Yokohama. El brillo de la araña –como es habitual, aparatosa, de mal gusto– resplandeció en su memoria. Pero sus sensaciones eran oscuras. Siguió doblando ropa. Aunque no veía su cara, sabía que al otro lado de la pila de ropa la Madre hacía lo mismo.

A través del *bow window* el sol iluminaba la cocina comedor orientada al Sur. Era la parte más occidental de la casa, la más luminosa, y también albergaba el espacio más importante y tradicional: el *tokonoma*.[24] Allí estaba el florero de cristal Edokiriko del color del atardecer que la Madre atesoraba, aunque por aquella época los gastos se habían restringido al mínimo y raramente se lo veía con flores.

De repente, la Madre preguntó:

–Mitsuki, ¿quieres ir a estudiar a París? –y dejando de doblar la ropa repitió la pregunta.

–Por mucho que quiera, no se puede, ¿verdad? –respondió Mitsuki. Bajó la mirada y dijo otra vez, para sí misma: “No se puede”.

La frustración la hundió en una sensación lúgubre. Su panorama era tan oscuro como un cielo tormentoso, cada vez más negro. Contuvo el llanto. La repentina pregunta de la Madre dejaba a la vista que siempre había preferido a su hija mayor.

En el corazón de la Madre, la casa de Yokohama ocupaba un lugar preciado, la consideraba muy especial. Y siempre había estado vedada para Mitsuki. Ese tratamiento injusto, desigual, había sido lo normal, algo tan previsible como que el sol salga por el Este.

14. Lecciones de Yokohama

Mitsuki era una niña de quinto grado de la escuela primaria. Aquel día bajaron de la línea Toyoko en la estación cercana a Yokohama y subieron la pendiente hacia la parte alta de la ciudad. A la derecha el parque mostraba sus colores invernales. Desde el Norte soplaba el viento frío. El camino era muy arduo para la pequeña Mitsuki. El atardecer y el aire gélido la entristecían, se sentía pesada. De repente la Madre giró la cabeza hacia ella.

–Mitsuki, ayuda a Natsuki a llevar su cartera –dijo, y al ver que su hija menor la miraba con recelo, agregó–: Me preocupa que se le enfríen los dedos y no pueda tocar el piano.

Las hermanas tenían edades y estaturas diferentes. Natsuki había cumplido trece años, iba a la escuela secundaria, ya menstruaba, era alta y saludable. La hermana menor era una niñita muy menuda. Sin embargo, la Madre le dio esa orden. Y si bien la hermana mayor no era descarada, la orden de la Madre era definitiva, de modo que entregó la cartera a su hermanita.

Aunque la cartera de partituras de Natsuki no era pesada la hermana menor cargó con el peso de la injusticia. El alma de Mitsuki salió de su cuerpo y desde el cielo observó los rostros de la Madre y la hermana. La Madre, alta y esbelta, abrigada con un *haori* de lana, iba maquillada. Su gesto expresaba emoción y algo de preocupación: se preguntaba si Natsuki lograría demostrar sus progresos como pianista.

Las dos hermanas seguían a la Madre como dos patitas siguen a su mamá pato, con pasitos breves y firmes. La patita más grande lo hacía sin pensar. La pequeña también, hasta que recibió la cartera de las partituras. Entonces, en el corazón de la niña Mitsuki surgió una sensación, más que de envidia, de desigualdad. En realidad, esa escena reflejaba el trato desigual que recibía comúnmente. Y cada vez que surgía en ella esa sensación, la recordaba.

Mitsuki también estudiaba piano. Así como en la era Edo[25] las señoritas aprendían poesía y caligrafía, tocaban *koto*[26] y bailaban danzas japonesas, a partir de la era de Meiji los temas occidentales suplantaron a los japoneses. Dado que había sido privilegio de las niñas de la alta sociedad, tocar piano era un símbolo de prestigio al que todas las familias de clase media deseaban acceder y por eso enviaban a sus hijas a tomar lecciones para convertirse en pianistas.

En la sala de una mansión occidental, sentada frente a un piano negro y lustroso una doncella pulsa las teclas con sus dedos delicados

que nunca han tocado otras cosas: esta imagen quedó grabada en el corazón de las niñas japonesas de antes de la guerra. En la posguerra, a medida que Japón prosperaba, los hogares asalariados empezaron a comprar pianos y enviaron a sus hijas a tomar clases. Entre ellos, la familia Katsura. En este caso, además de las circunstancias históricas influyó la necesidad de la Madre de ver realizadas sus ilusiones en su hija mayor. Aun antes de que naciera, había decidido que Natsuki estudiaría piano con el tiíto de Yokohama. Afortunadamente su hija no sólo tenía un parecido físico con ella, también tenía deseos de aprender piano. Aunque de no haber sido así, nada habría podido contrariar la decisión materna.

Las dos hermanas estudiaron con el mismo profesor. Todos los sábados, al volver del colegio se ponían sus mejores ropas y salían de la casa de Chitose Funabashi llevando sus carteras de partituras. El tiíto de Yokohama no daba clases para niños porque, según decía, no le gustaba enseñar los rudimentos, de modo que las dos hermanas empezaron a aprender piano con una discípula que vivía en Denenchofu. Hasta que un buen día, de repente Natsuki empezó a estudiar con el tiíto. Como era pequeña, Mitsuki no entendía el porqué. Y como además no le gustaba mucho practicar con el piano, se sintió aliviada. A partir de ese momento, la Madre siempre acompañó a la hermana mayor a sus clases.

El tiíto de Yokohama, primo de la Madre, era un hombre prominente. Fundó el departamento de música de una facultad para mujeres famosa en Yokohama, donde fue profesor y luego, rector.

Aunque normalmente las alumnas particulares del tiíto de Yokohama eran hijas de familias encumbradas, seguramente con su dulce voz la Madre consiguió algún descuento en el precio de las clases. Natsuki se convirtió en la alumna más joven del tiíto de Yokohama y la Madre soñaba con que, al igual que él, su hija se perfeccionara más tarde en Friburgo. Teniendo en cuenta la situación económica de la familia sabía que era imposible ofrecer la misma formación a las dos hijas. Sin embargo, trató de ser, desde su punto de vista, equitativa. Dado que las niñas de la familia Katsura también estudiaban danzas, cuando Natsuki empezó a tomar clases de piano con el tiíto de Yokohama, la Madre decidió que interrumpiera las clases de ballet. Y Mitsuki, que siguió estudiando piano con la discípula del tiíto, pasó de un estudio de danza clásica de su barrio a otro importante y famoso. Formalmente, no había desigualdad. Sin embargo, el gasto de dinero y, sobre todo, la manera de tratar a cada hija eran distintos. La Madre siempre permanecía junto a Natsuki cuando ella practicaba y la acompañaba a sus clases. Dos veces por mes ambas partían hacia Yokohama, sin que la lluvia o el viento pudieran vencerlas.[27] El rito continuó hasta que Natsuki terminó la

secundaria. Para asistir a su clase de piano ella se retiraba antes del colegio. En esas ocasiones la Madre daba por terminado su trabajo más temprano y se vestía con su kimono más lindo. Nunca acompañó a Mitsuki a sus clases de piano o de danza clásica. Y tampoco fue a verla en sus presentaciones.

Siendo una niña pequeña, tenía que ocuparse ella misma de acomodar la ropa que se cambiaba y pedir ayuda a la madre de alguna compañera para subir el cierre de su traje de danza. Al salir de la clase todas las niñas compraban leche con sabor a frutilla en el kiosco de la estación. A ella la Madre sólo le daba dinero para pagar el boleto de tren. Tenía sed y se sentía miserable, huérfana.

Además, en la casa sólo Mitsuki tenía que ayudar con los quehaceres del hogar. Después de la muerte de la abuela, a quien la Madre hacía trabajar mucho, durante algún tiempo la familia contrató una mucama. Pero una vez que las chicas fueron capaces de ocuparse de sus cosas, como Natsuki era lenta por naturaleza y no podía descuidar sus estudios de piano, a menudo la Madre llamaba a Mitsuki para pedirle "alguna cosita".

La Madre era una mujer enérgica. En el trabajo con la tiíta no tenía horarios fijos y cuando se quedaba en casa limpiaba, cocinaba, cosía, arreglaba el jardín, no descansaba un momento. Mientras tanto, Natsuki se ejercitaba en el piano. Y Mitsuki tenía que abandonar el sillón donde le habría gustado leer tranquilamente una novela cada vez que su nombre, pronunciado por la vibrante voz de la Madre, resonaba en toda la casa.

Sin embargo, esa desigualdad le parecía natural. Mitsuki no se disgustaba ni envidiaba a su hermana, que todos los días tenía que enfrentarse con el piano. Era mejor ayudar a la Madre, oírle decir que ella era "muy buenita". Al principio, le encargaba hacer compras. En los alrededores de Chitose Funabashi aún quedaban muchas huertas donde compraba pepinos y berenjenas. Todavía era habitual llevar una cacerola con asas para el tofu, no se habían impuesto las bolsas plásticas. Tampoco los supermercados, aunque a veces compraba allí la carne y los pescados. Mitsuki recordaba aquella época, cuando desde la cocina escuchaba las melodías que su hermana tocaba en el piano y el padre la llamaba elogiosamente "mi mujercita".

A veces Natsuki iba a su clase en Yokohama los domingos. Entonces Mitsuki podía acompañarla, luciendo boina y zapatos de cuero. El viaje era largo, tenían que combinar dos trenes, pero al llegar a la lujosa casa del tiíto sentía que el esfuerzo valía la pena y justificaba el entusiasmo de la Madre.

Ya en el vestíbulo revestido de madera, la Madre se comportaba como una persona de la familia. Con el *obi*[28] de su kimono colocado al

estilo *o-taiko*,[29] se dirigía junto a sus hijas hacia el fondo de la casa. Abría la puerta corrediza de papel y saludaba con donaire al abuelito de Yokohama, padre del tiíto. También él llevaba un kimono elegante y fumaba pipa. Mientras esperaban que terminara la clase en curso, la mucama les traía una bandeja con bebidas y dulces. La Madre le hacía los debidos cumplidos, para beneplácito del abuelito de Yokohama. En realidad no había entre ellos lazos de sangre –el anciano era el viudo de la difunta tía de la Madre– pero, más allá de algún incidente, mantenían una relación afectuosa.

Cuando la alumna anterior a Natsuki se retiraba, la Madre acompañaba a su hija mayor a la sala donde se hallaban los dos pianos de cola. Mitsuki permanecía en el comedor, leía alguna novela y bebía el té que le servía la mucama.

De vez en cuando el abuelito de Yokohama aparecía por allí, pedía que le trajeran café y le decía:

–Te gusta leer, Natsuki chan, ¡muy bien!

Aunque el abuelito solía confundir los nombres de las hijas de "Nonko chan" –el apodo de Noriko– su voz era amable.

También solía pasar por el comedor la esposa del tiíto de Yokohama. Los miembros de la familia Katsura la llamaban "Madame Butterfly". Por entonces era la soprano más famosa de Japón y a la usanza occidental, llevaba calzado incluso dentro de la casa. Los tacos altos de sus sandalias anunciaban que llegaba para dar órdenes a la mucama. Si antes de regresar a la sala donde ensayaba advertía la presencia de Mitsuki, decía en voz alta:

–¡Ah, otra vez nos visitan Nonko chan y sus hijas!

Su voz no era amable como la del abuelito. Por el contrario, había un dejo de desprecio hacia Noriko. Mitsuki lo percibía con claridad. Entonces se despertaba en ella una profunda solidaridad hacia su hermana, y sentía pena por la Madre que vanamente anhelaba pertenecer a ese lugar, a esa familia.

15. La casa en lo alto[30]

Desde la infancia la Madre sintió adoración por la casa de Yokohama. Construida en un terreno alto, siempre estaba iluminada por el sol. En cambio, la casa donde había crecido Noriko estaba abajo, siempre a la sombra. La posición geográfica reflejaba la posición social de los habitantes de ambas casas. También era significativo el hecho de que aparentemente estuvieran cerca y sin embargo fuera necesario recorrer un camino largo y sinuoso para llegar desde la casa de abajo a la de arriba. Una especie de símbolo que presagiaba el destino de la Madre.

Cuando Noriko empezó el colegio, su padre –que viajaba por todo el país– se trasladó a Tokio por asuntos de trabajo. Alquiló una casa cercana a la de su hermana mayor, casada con un hombre de Yokohama. La inocente niña con melena no sabía por qué a su madre no le estaba permitido entrar en la casa de sus parientes. Tampoco sabía que sus padres no estaban legalmente casados, y que si bien su padre la había reconocido era una hija ilegítima, "hija natural", como se decía por entonces. Aun así, se daba cuenta de que en la casa iluminada por el sol había cosas maravillosas que faltaban en la suya y le despertaban veneración. En la casa alquilada donde vivía sólo había cuartos de tatami. La casa construida en lo alto tenía una sala de estilo occidental que olía a madera lustrada y un gran piano que tocaba su primo, siete años mayor, el mismo que más tarde sería el tiíto de Yokohama.

La madre de Noriko nunca pudo ver los libros encuadernados, muchos de ellos extranjeros; los sillones y sofás, muebles occidentales desconocidos para ella, al igual que la mesa del comedor, que tenía casi su misma altura. La casa olía a café molido y a frutas tropicales que traía el abuelito, por entonces capitán de un buque mercante de ultramar. Por ese motivo había elegido vivir cerca del puerto de Yokohama, la puerta principal de Japón al exterior.

Los días feriados el abuelito de Yokohama fumaba su pipa en la biblioteca. En el jardín cubierto de césped se cultivaban flores occidentales: rosas, dalias, tulipanes. Por allí correteaba un terrier escocés, muy raro en Japón por esa época. Y en la casa vecina vivía una señora francesa. Los domingos el primo llevaba a la Madre a la iglesia, donde siendo niña descubrió la alegría de cantar. La pequeña cantaba con entusiasmo, confiada en que seguiría visitando la casa de Yokohama. Pero el mundo de los adultos no era tan inocente como su

corazón de niña.

Gracias al hermano mayor su padre consiguió un trabajo en Osaka y Noriko se mudó allí con sus progenitores, ambos oriundos del oeste de Japón.

El mundo cambió por completo.

"Dos por dos son cuaaatro", repetían los compañeros de colegio en Osaka. El acento de la región sobresaltaba a Noriko. En la iglesia los niños moqueaban y chillaban. Le parecía estar en otro planeta. A medida que crecía, iba comprendiendo su realidad y atesoraba los deslumbrantes recuerdos de la casa de Yokohama. Leía la revista *Amiga de las chicas* y admiraba a las modelos japonesas y occidentales que usaban ropas coquetas a la moda de Occidente. Pronto pudo ver las películas occidentales: las imágenes del cine y las de Yokohama se superpusieron. Yokohama también estaba lejos.

Una vez, camino a la escuela secundaria, pidió a su padre que le comprara ropa nueva al estilo occidental y que en las vacaciones de verano le permitiera ir a Yokohama. Dos semanas de ensueño aumentaron su adoración por aquel lugar, pero pasaron muy rápido.

En medio de su triste vida en Osaka, un día llegó a la ciudad el tiíto de Yokohama convertido en joven y talentoso pianista. Sus amigos, y el fascinante halo del arte que los rodeaba, cautivaron a la joven Noriko. Esa fascinación por el arte occidental –muy común por entonces entre los japoneses– coincidía con la fascinación que le provocaba la casa de Yokohama.

Al mismo tiempo, era consciente del abismo que separaba a una jovencita pobre de esos seres elevados. Y si bien esa realidad sólo profundizaba su devoción por el universo de Yokohama, al terminar la escuela secundaria Noriko tomó una decisión fundamental para su vida: no aceptó casarse con el hijo heredero de la peluquería vecina. Para entonces su padre había formado un nuevo hogar con otra mujer. Ella y su madre vivían en una casa humilde de Osaka: en la planta baja tenía una habitación de dos tatami y una cocina de tres tatami. En la planta alta, una sala de seis tatami con un balcón para tender la ropa. La ubicación era más céntrica, pero la vivienda era más vieja, más sucia y más pobre que la anterior. Entre sus vecinos había un cantor de *gidayu*,[31] unmaestro de tambor japonés, una mujer que trabajaba en una casa de geisha, otra que era amante de un hombre rico, un carpintero, un cocinero y un bailarín. El matrimonio parecía la única manera de escapar de este ambiente. Pero la joven de diecisiete años, aunque asustada y desesperada ante esa situación, tomó otra decisión: en lugar de hacerse cargo de su madre –lo normal para una hija natural– la dejaría en casa de un pariente para trabajar como aprendiz en la casa de Yokohama.

–Ni loca me casaría con ese tipo –aseguró Noriko.

–¿Crees que puedes conseguir algo mejor? –le preguntó su madre–. ¿Con qué clase de hombre aceptarías casarte?

Con un hombre como el tiíto de Yokohama, por supuesto. Pero no podía decírselo a su madre, una mujer sin educación que no comprendía el valor del arte y la cultura. Nadie pudo hacerla cambiar de idea. Era tan joven como obstinada. Por consiguiente, Noriko fue a la casa de Yokohama en calidad de aprendiz. De la noche a la mañana abandonó el lenguaje de Osaka y adoptó el de la alta sociedad de Tokio. La tía le enseñó los quehaceres domésticos: limpiar, lavar ropa, cocinar. Ella aprendía con entusiasmo y para diferenciarse de las sirvientas usaba kimono de manga larga.

La tía tenía dos hijos varones: el tiíto y su hermano, mucho menor que él. De modo que trató a Noriko como una hija. Su marido, al que más tarde llamarían el abuelito de Yokohama, también le dio la bienvenida.

La Madre empezó a comportarse como si fuera la señorita de la casa de Yokohama.

Sus dos años en esa casa fueron como un sueño, unas veces dulce y otras, amargo. La Madre conservaba en su álbum varias fotos del tiíto de Yokohama. Parecía un actor, tan hermosa era su figura. Había estudiado piano en la escuela de música de Tokio, que hoy es la facultad de arte. Luego empezó a trabajar como pianista, siempre de smoking con camisa blanca y rodeado de rosas. Era el ídolo de las chicas que tocaban el piano y las rosas simbolizaban a sus admiradoras.

La Madre fue rotundamente ignorada. Pronto su primo hermano tuvo una prometida. Una mujer que tenía todo lo que ella no tenía. Era la hija de un profesor de la universidad. Provenía de una familia distinguida. Había estudiado canto en la misma escuela de música de Tokio y su futuro como soprano era promisorio. Las expectativas se confirmaron: cuando la compañía Fujiwara –la primera compañía de ópera de Japón– se presentó en el Metropolitan Opera House de Nueva York, obtuvo el papel protagónico en *Madame Butterfly*. La Madre tenía aptitud para el canto, pero nunca pudo estudiar formalmente. Su orgullo era haber cantado en la ceremonia de graduación de la escuela secundaria. Sin duda, el contraste con la prometida de su primo era terrible.

El casamiento del primo, por quien tenía devoción, la desilusionó. Pero no le causó una herida profunda, sabía que era un ídolo inalcanzable, él nunca le prestó atención. Ella, en el mejor de los casos, era la encargada de lustrar su piano.

Cuando el ídolo inalcanzable y Madame Butterfly celebraron su

boda en el Hotel New Grand de Yokohama no sintió envidia. Estaba enamorada de su propia figura vestida con el kimono de manga larga más impactante de la fiesta. Para su dicha, un invitado preguntó si era una princesa, una dama de noble origen.

Más allá de algunos sinsabores, sus días en Yokohama fueron fabulosos. Le confeccionaron un kimono tras otro de acuerdo con la estación, aprendió ikebana y se instruyó en la ceremonia de té. Participó en el coro que cantaba himnos en la iglesia, donde entabló amistad con la tiíta, que fue como una hermana para ella. Recibió dinero para salir con sus amigos, del que nunca supo si era producto de la generosidad de su tía o si lo enviaba su padre a modo de disculpa por haber abandonado a su familia. La Noriko que que dormía sobre un tatami gastado en un humilde rincón de Osaka parecía haberse esfumado.

No obstante, la realidad no era tan benévola. La tía no sabía qué hacer con esa joven enamorada de su nueva imagen. Noriko tenía la edad justa para contraer matrimonio y ella era responsable de encontrarle un marido adecuado. Para lograrlo, en primer lugar debía superar un gran obstáculo: su acta de nacimiento como hija natural. También debía buscar a una persona que se hiciera cargo de su madre, a quien le estaba vedado el ingreso en la casa de Yokohama.

En esa casa, donde habían tratado a Noriko como una hija más, causó revuelo que se pusiera de novia con un tenor que la llamaba Mimí.[32] El tenor le enseñó algunas arias de ópera que Mitsuki durante la infancia oiría cantar a la Madre con su potente voz de soprano en la casa de Chitose Funabashi. Era un hombre de buena familia, del mismo nivel de Madame Butterfly, lo cual la enorgullecía. Pero al mismo tiempo, se daba cuenta de que no podían mostrarse juntos. Se veían a escondidas cuando ella iba a sus cursos de ikebana o de ceremonia del té.

Él aseguraba que tenía intenciones de casarse y que hablaría con sus padres. Y enamorado como estaba, lo hizo. Los padres, que solventaban sus estudios, lo embarcaron de inmediato rumbo a Alemania para que perfeccionara su técnica. Además le reprocharon a la familia de Yokohama su falta de cuidado y vigilancia, y recibieron la obligada disculpa.

Y así, por no respetar las convenciones sociales, la “pobre” Noriko chan se convirtió en la “descarada” Noriko chan.

16. El acta del registro civil

"Tenemos que arreglar el matrimonio de la descarada Nonko chan lo antes posible", decidió la tía. Y enseguida hizo circular la foto de presentación de la Madre entre los visitantes y alumnos de la casa de Yokohama. El método funcionó, gracias a la belleza de Noriko. Y en el trato personal su inteligencia reforzó la primera buena impresión.

Muy pronto apareció un candidato aceptable. No era muy rico, pero su familia descendía de samuráis, como la familia paterna de la Madre. Su padre era universitario y él también. Tenía siete años más que ella, ya trabajaba y recibía un sueldo. Por si fuera poco, era bien parecido. Y aún más: por ser el segundo hijo no tenía necesidad de compartir la casa con sus padres y Noriko chan podría vivir con su madre. Formarían una pareja ideal desde todo punto de vista.

La tía se sintió muy conforme con el resultado obtenido. Su hermano, el padre de Noriko chan, le estaba muy agradecido. La madre de la novia se alegró porque ya no tendría que vivir en casa de sus parientes, donde no se sentía a gusto. El abuelito de Yokohama, por quien la Madre tenía tanta simpatía, no lo dudó: era el matrimonio ideal. Nonko chan, que por entonces tenía diecinueve años, no tenía prisa por casarse pero comprendió que debía hacerlo.

Se anunció la boda. Contra todo lo previsto el padre de la novia gastó mucho dinero en la fiesta de casamiento. De acuerdo con la costumbre japonesa compró todo el ajuar para los recién casados, que incluía dos roperos de *kiri*,[33] espejo y tocador con tallas al estilo de Kamakura, juegos de sábanas de satén bordado, futón con diseños *rinzu* y demás. Fue una manera de recompensar a la hija que llevaría a su madre a su hogar de casada. Por entonces Noriko no imaginaba que años después abandonaría esa casa para vivir con otro hombre, que sería el padre de Natsuki y Mitsuki.

"No habría logrado casarme con él de no haber sido por la guerra. La familia Katsura tenía prestigio."

Desde la infancia, Natsuki y Mitsuki escucharon muchas veces esta frase de la Madre. Sin embargo, como ignoraban cuál era su pasado no entendían qué significaba. No había fotos de la boda y si preguntaban a la Madre cuándo fue el casamiento, ella respondía: "Justo después de la guerra". Para las hijas la palabra guerra era un concepto muy difuso, de modo que se contentaban con la respuesta.

El misterio se reveló cuando Mitsuki empezó la facultad. Sin motivo aparente, la Madre pidió copias de los certificados en el

registro civil de Itabashi, donde estaba el consultorio Katsura. Ese día el padre no estaba en casa. Las tres mujeres terminaron de cenar. Lavaron los platos. Luego, la Madre dijo con firmeza:

–Natsuki, Mitsuki, vengan a sentarse conmigo.

Las hermanas se miraron y volvieron a sentarse en las sillas del comedor.

–Veamos estos papeles –continuó la Madre. Abrió el sobre de manila que tenía en sus manos y dejó a la vista de sus hijas su certificado de matrimonio.

Las hijas la miraron desconcertadas. La Madre suspiró profundamente antes de hablar.

–Mamá se había casado antes, pero el divorcio no figura en el registro.

Natsuki y Mitsuki ya eran dos mujeres. No se sorprendieron demasiado. La Madre siguió adelante con su explicación: no había hablado del tema hasta ese momento porque, según dijo, quería que sus hijas tuvieran una infancia normal a diferencia de ella, que era hija natural. Pero temía que su primer matrimonio estuviera registrado porque sería un dolor de cabeza para el futuro de sus hijas. En aquella época esos detalles tenían mucha importancia.

–Tampoco por el lado de papá –agregó contenta, desplegando el papel azulado.

–¿También para papá era el segundo matrimonio? –preguntaron las hijas.

–Por supuesto.

Esta vez Natsuki y Mitsuki se sorprendieron. Lo que parecía previsible para la Madre era una audacia en el caso del padre.

–¿Por qué se divorció un señor como papá? –preguntó Mitsuki.

La Madre enunció con tono de superioridad una explicación clara y simple:

–La primera esposa era una aburrida y además no era hermosa.

En realidad la primera esposa del padre era bonita, como se supo años después. Según la versión de la familia del padre, la Madre le había quitado deslealmente el marido a esa mujer, haciéndola sufrir. Era cierto que esa versión provenía de personas que no tenían simpatía por la Madre, pero conociéndola, las hijas la consideraron bastante creíble. La primera esposa, joven y sin hijos, regresó a la casa paterna y volvió a a casarse.

–¿Mamá tenía hijos? –se atrevió a preguntar Mitsuki.

–Sí, tenía una hija –respondió la Madre, y agregó vacilante–: Se me murió después.

Cuando la niña tenía cinco años la dejó en la casa de su exmarido.

Él y su segunda esposa la criaron. Tuvo un hermano. Murió ahogada en el lago a los doce años. Las dos hermanas escucharon sin hacer comentarios, ni siquiera cuando la Madre afirmó:

–Era una hermosura.

A pesar de que no la habían conocido, Natsuki y Mitsuki se apenaron por su hermana.

Tal vez porque la avergonzaba, la Madre no mencionó el motivo de su divorcio. Siguió hablando de la inteligencia de su segundo esposo, que al parecer era explicación suficiente. Cuando su padre supo que tenía intención de divorciarse la consideró indigna. Dijo que cortaría toda relación con ella. Pero el tiempo fue pasando y poco a poco se reconciliaron. Fue un buen abuelo para Natsuki y Mitsuki cuando eran niñas.

Por suerte –aunque sea desconsiderado decirlo– la tía de la Madre había muerto a causa de un infarto cerebral antes del divorcio, sin enterarse de que se había esforzado en vano. El tío –es decir, el abuelito de Yokohama– que no tenía relación sanguínea con la Madre, fue más tolerante. Siguió recibiéndola en la casa de Yokohama.

La Madre guardó el papel azulado en el sobre y se dijo:

–Vaya una a saber por qué no quedó registrado...

El documento del registro civil apareció nuevamente en la época en que Natsuki viajó a Alemania. A su regreso de Friburgo, la Madre la envió a la casa de Yokohama para que acompañara con el piano a Madame Butterfly. Podría decirse que la Madre sabía calcular, pero no era calculadora. El deseo de que su hija mayor ingresara en el círculo de Yokohama no tenía la intención manifiesta de conseguirle un matrimonio favorable. Tan sólo deseaba que Natsuki perteneciera a ese lugar, que hiciera realidad el sueño que fue inalcanzable para ella. El casamiento de Natsuki con Yuji superó sus expectativas.

La cantante de ópera tenía en ese momento una alumna. La joven pertenecía a una familia relacionada con políticos, más encumbrada que la de Yokohama. Después de graduarse en la escuela de canto donde enseñaba el tiíto se había casado con el heredero de los dueños de un sanatorio en Daikanyama. Por entonces se dedicaba a criar a su hijo y tomaba clases para perfeccionarse como cantante.

Yuji, su hermano, tocaba el violonchelo. Un día, después de comer en el barrio chino de Yokohama pasó a buscar a su hermana mayor. Así comenzó todo. Yuji, en general muy tranquilo, se volvió muy activo. Con o sin excusa se presentaba en la casa de Yokohama cuando Natsuki estaba por allí, y pronto la invitó a salir.

Al saberlo la Madre se dirigió a Yokohama. Llevaba en su cartera el sobre del registro civil. Informó a sus parientes que ella y su marido eran divorciados y les hizo un pedido: si la familia de Yuji se

interesaba en las circunstancias familiares de Natsuki, debían omitir ese dato. Y en lo posible, debían evitar mencionarlo a cualquier persona.

Para personas como sus parientes de Yokohama era imposible comprender lo que la Madre sentía. El pedido los asustó. Los antecedentes familiares de la Madre no eran motivo de orgullo: era hija natural, reconocida por su padre. La madre de la Madre también era hija natural, no reconocida. La madre de la madre de la Madre era geisha, por lo que probablemente también fuera hija natural. Para la Madre, Natsuki era la primera hija legítima después de varias generaciones. Sin embargo se preguntaba cuál sería formalmente la condición de Natsuki. El certificado demostraba que había sido inscripta en el registro civil como hija legítima y que no se registraban los primeros matrimonios de sus padres. Yuji tenía tres años más que Natsuki. Se había graduado en la escuela de música del instituto Juilliard de Nueva York, un indicio de que pertenecía a una familia acaudalada. Era mucho más caro formarse allí que en Europa. Cuando conoció a Natsuki buscaba trabajo en alguna orquesta y también, una futura esposa.

Tal vez porque Natsuki era diferente de las chicas con que solía tratar, o porque ella al principio no se interesó demasiado en él, la atracción fue irresistible. Y verdaderamente, en esa época Natsuki estaba más bella que nunca. Cuando Yuji la presentó a la familia, su padre le dijo: "¿Cómo conseguiste una chica tan hermosa?".

A la familia Shimazaki no le agradaba que los Katsura fueran simples asalariados. Sin embargo, el padre de Yuji aprobó su elección. Había adoptado el apellido de su mujer[34] y como heredero del patrimonio familiar lo había acrecentado, por lo cual su palabra era respetada.

El hecho de que Natsuki hubiera estudiado en Alemania también pesó a su favor. Los parientes de Yokohama evitaron comentarios sobre los antecedentes de la Madre y pusieron énfasis en los méritos de la familia paterna de Natsuki. Por su parte, los Katsura estaban más que satisfechos con la posición económica y social que exhibían los Shimazaki.

¿Qué pensaba la propia Natsuki? Tal vez se dejó llevar por el entusiasmo del novio. No se atrevió a rechazar a un hombre que pidió su mano con tanta pasión. Menos aún, a contrariar a la Madre negándose a contraer un matrimonio ventajoso.

La hija de la "pobre Noriko chan", que más tarde se convirtió en la "descarada Noriko chan", había conseguido un novio de primer nivel. Sería más rica que sus parientes ricos. No obstante, dado que ellos no tenían una hija casadera, la familia de Yokohama se enorgulleció de

haber actuado como “Celestina” de esa unión. La Madre, recordando la actitud que había adoptado la tía al saber de su relación de juventud con aquel tenor, se sintió satisfecha. Por fin ella y su familia lograban ingresar en el círculo de influencia de los parientes encumbrados.

17. A de *arigatoo*[35]

El casamiento con un millonario era un proceso trabajoso. Antes de la ceremonia se organizó una comida formal en el Hotel New Grand de la que participaron los padres de los novios y la familia de Yokohama. Mitsuki también fue invitada. El padre de Yuji era por su origen un hombre muy enérgico, audaz y poco atento al protocolo. Aprovechando esa circunstancia, la Madre conversó animadamente con él.

Durante la reunión la familia Shimazaki comentó sus vínculos con personajes importantes. Los Katsura eludieron el tema de su historia familiar con mucha seriedad. El momento difícil llegó cuando la familia Shimazaki anunció que deseaba formalizar la entrega de la dote en la casa de la novia. La familia de Yokohama decidió que no era necesaria su presencia pero la madre de Yuji insistió en que la ceremonia se realizara como era debido. El novio ya había visitado la casa de Chitose Funabashi.

No ignoraba que su familia deseaba conocerla y saber más sobre los Katsura pero no imaginaba que fuera necesaria la ceremonia del *yuino*. Los antiguos ritos japoneses no parecían concordar con el casamiento de dos jóvenes aficionados a la música occidental.

Por primera vez la familia Katsura advirtió con claridad sus diferencias con la familia Shimazaki. La Madre y sus hijas se alegraron de que la casa de Chitose Funabashi hubiera sido remodelada. De alguna manera, alivió su sentimiento de inferioridad. Sin embargo, a Natsuki no le parecía precisamente una mansión si la comparaba con las casas que había conocido en Europa o con la residencia de los Shimazaki. La familia del novio vivía rodeada de antigüedades en un terreno de trescientos *tsubo* que albergaba una casa de té del clan Matsue.

Comprendiendo que los Shimazaki se decepcionarían al conocer la casa de Chitose Funabashi, la Madre trató de mejorarla con algunos trucos. Dado que comprar un juego de mesa y sillones era gasto excesivo para una sola visita, decidió cambiar los cortinados. Eligió una tela más importante y junto a sus hijas confeccionó también almohadones bordados. Las tres mujeres trabajaron varios días y noches.

Un día, mientras cosía a máquina la Madre levantó la cabeza y dijo:

–Si usan fertilizante natural arruinarán todo nuestro esfuerzo.

En las huertas de los alrededores los agricultores solían utilizar abonos naturales y cuando lo hacían el hedor invadía la casa aun con las ventanas cerradas. Mitsuki, que tenía cierta amistad con el vecino, decidió visitarlo para pedirle que no lo hicieran el día señalado para la visita.

–¡Natsuki chan se casa! –exclamó el vecino.

Mitsuki se inclinó para confirmarlo. Recordó que cuando era pequeña ese hombre llegaba a la casa de los Katsura con sus baldes, donde luego llevaba el contenido del pozo negro del baño para abonar su campo: la misma familia que ahora se molestaba por el mal olor en alguna época lo había generado.

–¿Con quién?

–Es un músico y bastante más rico que nosotros.

A pesar de su sombrero de paja y la toalla al cuello para secar el sudor, por ser dueño de un campo en Chitose Funabashi aquel vecino también era un hombre bastante rico.

–Muy bien, felicitaciones –dijo. Y recordando que cuando Mitsuki y su hermana eran niñas, sus tres hijas se asomaban a la ventana para oír las melodías que tocaba Natsuki, agregó–: Extrañaremos su piano.

La Madre y sus hijas colocaron pantuflas nuevas, prepararon té de *sakura*[36] y se dispusieron a participar del rito de entrega de la dote. La bandeja de madera blanca hizo que la familia Katsura se sintiera cercana al emperador. El padre, que habitualmente calificaba a estas ceremonias de arcaicas y absurdas, la recibió con expresión seria y serena. Poco después Natsuki se vistió de blanco.

Si bien Yuji era el segundo hijo, los lujos no se limitaron a la ceremonia en el Hotel Imperial. La familia Shimazaki compró para los recién casados una casa en Kamiyama-cho, junto a Shoto.[37] El piano vertical de Natsuki no armonizaba con ese entorno, por lo que sus padres sumaron a sus regalos de boda un gran piano Yamaha.[38]

Por entonces nadie imaginaba que los japoneses dejarían de usar tan pronto el kimono como prenda cotidiana. La unión con la familia Shimazaki obligó a la familia Katsura a proveerse de kimono ceremoniales, para ir de visita, para asistir a funerales –de invierno y de verano, porque la gente no elige cuándo morirá–, cada uno con su respectivo *obi*. Era costumbre que en la fiesta de boda la novia cambiara de vestido. Natsuki cambió de vestimenta dos veces, una manera de estar a la altura de la adinerada familia de Yuji. El primer kimono fue un *furisode* –kimono con mangas largas– que le prestó Satsuki, la hija de la tiíta, bordado con hilos dorados y plateados.

Para la ceremonia de casamiento la familia Katsura tuvo que invitar parientes lejanos de la rama paterna, con los que prácticamente no había tenido trato. De otro modo no habría reunido

ni la mitad de los invitados que convocó la familia del novio, que se habría sentido avergonzado ante sus padres.

La familia Katsura tenía una política en materia de dinero: no gastar en relaciones familiares y compromisos sociales sino en los propios miembros de la familia. Sin embargo, el casamiento de Natsuki revolucionó sus costumbres. Ignorando el consejo de la tiíta, los Katsura gastaron todos sus ahorros.

Aquel cálido y soleado día de primavera, mientras doblaba ropa con la Madre, Mitsuki repitió:

–La familia Katsura ya tocó fondo.

Luego siguió juntando en silencio los pares de medias marrones, azules y grises de su padre hasta que desde el otro lado de la mesa resonó la voz decidida de la Madre.

–Voy a pedirle un préstamo a la tiíta. No es una suma muy grande, pronto podré devolverla.

Si bien la empresa de comercio exterior del padre había fracasado, gracias a que dominaba el inglés pronto consiguió un empleo en una firma comercial importante, con un sueldo bastante bueno. La Madre no tenía tantos clientes como antes –ya no se vendían muchos kimono, el negocio se estaba acabando– pero todavía trabajaba con la tiíta y tenía un ingreso mensual aceptable. Sus cálculos mentales le dijeron que podía afrontar la deuda.

Cuando Mitsuki levantó la cabeza para mirarla, agregó:

–Sólo por un año, ya no tienes edad para estar perdiendo el tiempo. Y no tiene sentido que estudies canto. Con tu voz, no tienes futuro. Sería bueno que perfecciones el francés.

Mitsuki nunca había pensado en convertirse en cantante, sabía que la voz de la Madre sonaba mejor que la suya.

–Entonces, ¿puedo ir a París? –preguntó, pasmada. La hija menor, acostumbrada al tratamiento desigual, no podía creer que también ella estudiaría en el extranjero.

La Madre asintió.

–Podrías trabajar como traductora. Por ejemplo, podrías traducir revistas de moda francesa. Es un trabajo bien pago –comentó, pero al ver que el argumento no contentaba a su hija, añadió–: También podrías traducir novelas.

–En un futuro lejano –replicó Mitsuki con una sonrisa tímida, y después bajó la mirada.

Se sintió agradecida y quiso decírselo a la Madre, pero de pronto recordó que Natsuki nunca agradeció los gestos de la Madre, ni siquiera pronunció la “a” de *arigatoo*. Le pareció que hacerlo implicaba reconocer una diferencia congénita entre ella y su hermana.

–Como nunca te quejabas, sin querer te hemos relegado –se justificó la Madre.

Mitsuki enmudeció. La excusa de la Madre abrió el baúl de los recuerdos. No pudo agradecer, apenas dijo que no tenía importancia y trató de continuar con la tarea de doblar la ropa.

–Perdón, Mitsuki –dijo inesperadamente la Madre. No había pasado mucho tiempo desde que Natsuki eligiera su traje de novia en la tienda más famosa de Aoyama mientras la hermana menor conseguía telas de oferta con las que ella misma hacía sus vestidos de *chansonnier*. Y en la boda de Natsuki se había vestido con un *furisode* con mangas tres cuartos heredado de su hermana. Sin embargo, tal vez el abandono por parte de la Madre le había dado cierta independencia, por lo que no estaba del todo disconforme. El padre, por su parte, si bien trabajaba en una empresa comercial era un hombre interesado en la literatura, la música y el arte en general que había incentivado a sus hijas para que estudiaran esas disciplinas. Gracias a él la familia Katsura gozaba de una libertad inexistente en otras familias japonesas. En realidad, a Mitsuki nunca le había faltado nada.

Pero a pesar de todo, las diferencias con su hermana crearon en ella una frustración oculta que la llevaría a casarse con Tetsuo en París. En aquel momento, por supuesto, no imaginaba cuál sería su futuro. Sólo oía a la Madre sin levantar la vista.

–Es que Natsuki es tan... –dijo vagamente la Madre, que más allá del deseo de enmendar sus errores, deseaba sinceramente enviar a su hija menor a París y consideraba que el objetivo justificaba el gasto.

El padre estuvo de acuerdo con la decisión. Pero a diferencia de Natsuki, la hija menor de los Katsura no viviría sola sino en casa de una familia francesa, para evitar complicaciones indeseadas. Gracias a un amigo norteamericano que había conocido cuando se dedicaba al comercio exterior, el padre encontró una familia ideal, que vivía en un suburbio de París llamado Saint-Cloud. En aquel momento no sabían que era una zona privilegiada. Les entusiasmó que la familia tuviera una hija joven, tímida y muy aficionada a la lectura. Pese a la reticencia de los anfitriones, la familia Katsura insistió en pagar las comidas de Mitsuki.

–¡Qué adorable! En realidad, yo también quería ir a París –exclamó Natsuki mirando a su hermana, que guardaba cosas en la maleta grande. Por primera vez Mitsuki experimentó una sensación de superioridad.

–Puede enamorarse de un hombre con quien pueda casarse. Y en lo posible, un japonés, porque no hablo otro idioma –aclaró la Madre. Para ella, los occidentales sólo existían en las escenas de película.

A Mitsuki el comentario le resultó vulgar y decidió pasarlo por alto, sin imaginar que su futuro cumpliría el deseo de la Madre.

18. Cambiando de cielo

Un cielo otoñal la recibió en París. Mitsuki se sorprendió. No fue porque las paredes de piedra gris estuvieran un poco sucias sino porque a partir de sus lecturas literarias consideraba que estudiar en París era un privilegio para gente adinerada y aristocrática, y las cosas habían cambiado. Cuando ella llegó la mayoría de los orientales que vivían en París no eran japoneses sino vietnamitas, por haber sido Vietnam colonia francesa, y chinos, que se diseminaban por todo el mundo. En ambos casos, habían emigrado y trabajaban en restaurantes de comidas típicas de sus respectivos países. Sólo los japoneses iban hasta el otro lado del planeta para estudiar, además, por supuesto, de los muchos japoneses que habían visitado la Ciudad Luz como turistas para hacer compras en la orilla derecha del Sena. En la orilla izquierda abundaban los estudiantes japoneses provenientes de familias menos pudientes, hijos de funcionarios de provincias, profesores y maestros, o comerciantes. El precio del pasaje se abarataba año tras año, al tiempo que Japón se transformaba en un país altamente industrializado, el más desarrollado de Asia, y la cotización del yen favorecía a los japoneses.

De modo que, aunque con algún esfuerzo, los padres podían realizar el sueño de enviar a sus hijos a estudiar en el exterior. En particular, idiomas, que a diferencia de la música no requerían formación previa. Ya no era cierto que "*Furansu* se encuentra lejos".[39]

–*Mademoiselle*, ¿recién llega a París? –preguntó en su lengua natal un japonés al terminar la primera clase en la Alianza Francesa.

A Mitsuki le avergonzó que la llamara *mademoiselle*. No era una señorita tan joven. Él, muy extrovertido, la invitó a tomar café en el bar del instituto. Entre el humo de los Gauloises un grupo de japoneses formaba una ronda distendida. La mayoría eran hombres. Ella se preguntó si las familias enviaban prioritariameunte a los varones a estudiar en el extranjero por limitaciones económicas o porque les inquietaba lo que pudiera ocurrirles a las hijas mujeres lejos del hogar. La atmósfera relajada, paradójicamente, la puso tensa.

–Ella es Mitsuki Katsura –la presentó su nuevo amigo. Los demás comentaron que era un lindo nombre. Él preguntó desde qué parte de Japón había viajado.

–DesdeTokio –respondió Mitsuki.

–¿Qué zona de Tokio?

–Chitose Funabashi.

–¿Funabashi, en la provincia de Chiba?

–No, en Setagaya.

Después de terminar la primaria en Chitose Funabashi, Natsuki y Mitsuki fueron a una escuela secundaria privada para mujeres cerca de la línea de tren de Odakyu. Luego Mitsuki fue a una universidad en Aoyama, donde había compañeras que también se habían criado en el distrito de Setagaya, aunque se decían oriundas de alguno de sus barrios: Kaminoge, Fukazawa, Kyodo, Chitose Funabashi.

Los hombres que iban a escucharla cantar no solían ser de Tokio pero conocían los nombres de los barrios y Mitsuki pensó que Setagaya les sonaría mejor. Pero a estos jóvenes con acento de Osaka les causaba gracia el acento de Tokio con que ella lo pronunciaba.

–¿Setagaya? ¿Un lugar *fashion* donde hay políticos, directivos de empresas y artistas de television? –preguntó uno de ellos.

Cuando llegó a París, Mitsuki sintió que realmente había salido de Tokio. Al cambiar de cielo ella misma parecía haber cambiado. Se transformó en la princesa de un cuento de hadas.

A la hora de cenar no se quedaba charlando con otros estudiantes. Se dirigía sola a Saint-Cloud. Si bien la familia francesa que la albergaba vivía en una casa relativamente pequeña, por encontrarse en esa zona residencial desde el primer día sus compañeros la miraron como a una señorita de buena familia. Mientras otros estudiantes vivían en un ático y temblaban bajo la ducha fría del baño compartido, Mitsuki se bañaba en una bañadera donde era posible ahogarse, jugando con la espuma como en una escena de cine occidental. Al atardecer, los demás jóvenes caminaban por las calles frías rumbo al comedor estudiantil feo y barato o se dirigían a su casa sombría para cocinar. Ella se sentaba a la mesa en el comedor de un hogar francés, debajo de la araña brillante, donde le servían una entrada y un plato principal, y terminaba la cena con un postre usando una servilleta de tela, como una dama. Y los fines de semana sus anfitriones, oriundos de Borgoña, la llevaban en auto a su casa en la costa del Mar del Norte.

Aunque Mitsuki aclaraba que sus padres sólo pagaban el gasto de los alimentos, los prejuiciosos estudiantes japoneses no le creían. Por añadidura, Natsuki y Yuji fueron a visitarla, y ellos eran ricos más allá de cualquier prejuicio.

Cuando sus compañeros de estudios le preguntaron qué hizo después de graduarse en la facultad, ella –con cierta vacilación– dijo la verdad. Entonces corrió el rumor de que era cantante o actriz, no de cine sino de teatro porque para ser actriz de cine Mitsuki habría debido ser una beldad. Esas habladurías le causaban gracia. No era

bella y rondaba los veinticinco. Según los criterios de la época, ya debía estar casada. Sin embargo, en la ciudad más bella del mundo Mitsuki disfrutó su temporada de cereza en sazón. Vivió rodeada de hombres, no sólo japoneses, que pujaban por acompañarla hasta la estación de tren o sentarse a su mesa en el café. No bien perdió el aire de turista, hombres de distintas nacionalidades empezaron a fijarse en ella. Aprendió a caminar rápido sin prestar atención a sus insinuaciones. Pero la ciudad parecía susurrarle al oído: "Enamórate, enamórate", y Mitsuki caminaba como quien baila un vals. En París se sintió enamorada de sí misma. Y contagió ese enamoramiento a los demás. Le habría gustado que la Madre –que siempre había despreciado su aspecto– lo supiera.

No obstante, no perdía la noción de la realidad. Un día, tendida boca arriba en la cama se tocó el vientre con la mano derecha y comprobó que el ombligo no estaba en el centro. De acuerdo con la regla de gravedad, significaba que debía enderezarse. Pero cuando giró un poco, el ombligo se desplazó hacia el otro lado: se sintió fláccida y deforme. Estaba claro que ya no tenía el cuerpo de una jovencita.

Tampoco su cabeza era la de una veinteañera. No sólo estaba enamorada de sí misma. Como los japoneses después de la llegada de los buques de Perry,[40] estaba fascinada con el paisaje de París, el que tenía frente a sus ojos cuando viajaba en el tren o cuando se sentaba en un café. Empezó a pensar que le gustaría seguir viviendo allí. Pero se dio cuenta de que no vivía con sus propios recursos. Para lograrlo debía encontrar un medio de vida.

El otoño pasó. Con el invierno apareció un hombre con quien podía hablar de todo a solas en el café. Era Tetsuo.

–Hay chicas que trabajan de prostitutas porque no quieren volver a Japón.

–¿Prostitutas?

–Así es.

–Es preferible volver a Japón.

–Ellas no quieren. Y aunque lo hicieran, les resultaría difícil volver a vivir en Japón.

¿Qué podía hacer una chica japonesa como Mitsuki para quedarse en París? Tenía que encontrar algún trabajo que le diera independencia económica.

Desde que leyó en una novela traducida al japonés una escena donde se bebía té de verbena Mitsuki había deseado conocer el sabor de esa infusión. En ese preciso instante tenía frente a sí una tetera similar a la del libro. Le encantaba tomar té de verbena. Enfrente se hallaba el habitual pocillo de café expreso de Tetsuo: era la bebida

más barata.

–Los japoneses pueden volver a su país, hay gente que no tiene adónde volver –dijo Tetsuo, fumando sus Gauloises, y concluyó–: Mitsuki chan, aún no sabes nada del mundo. Tienes mucho que aprender.

En invierno, a las ocho de la mañana París todavía estaba a oscuras y a las tres de la tarde empezaba a oscurecer de nuevo. El sol se ponía temprano. Los días eran grises y el frío del invierno era mas frío porque faltaban sus rayos.

19. La ciudad mágica

"Tienes mucho que aprender", solía decirle Tetsuo. Por entonces la avergonzaba. Mitsuki creía que verdaderamente no había aprendido nada del mundo.

Antes de la época más cruda del invierno empezó a estudiar en la Sorbona. Se hizo amiga de Masako, una joven de cabello corto que parecía un chico. Mitsuki no conversaba a solas con hombres. Pasaba mucho tiempo en el café con su amiga. Los jóvenes la miraban desde lejos. Mitsuki se sintió aliviada cuando apareció Tetsuo y se animó a conversar con ella. Tetsuo era dos años mayor y llevaba tres años viviendo en París con una beca del gobierno francés. Los estudiantes japoneses se dividían entre los que viajaban por su cuenta y unos pocos becarios. No se mezclaban porque mientras los estudiantes comunes llegaban sin conocimientos básicos de francés, los *boursiers* ya habían aprobado exámenes difíciles y tenían un objetivo: ser profesores universitarios. Eran un grupo de elite. Tetsuo era un caso especial. Normalmente los becarios se movían sólo entre su casa y la biblioteca. Para Tetsuo, en cambio, París era su cable a tierra. Y en aquel momento Mitsuki no solamente estaba enamorada de sí misma sino también de París.

La ciudad tenía distintas caras. Había gitanas con pañuelos en la cabeza que con un brazo sostenían a su bebé y tendían la otra mano pidiendo monedas. París no era muy hospitalaria para los inmigrantes cansados que después de muchas horas de trabajo regresaban a sus casitas de los suburbios en ómnibus repletos. Tampoco era hospitalaria con los turistas que no hablaban francés. Los parisinos y parisinas tenían un gesto hosco. El metro estaba oscuro y sucio y los túneles olían a orina. Hacia los suburbios la arquitectura moderna, impersonal, reemplazaba los antiguos edificios del centro. Como toda gran ciudad, tenía su costado desagradable.

A Mitsuki, que vivía en una casa de la zona residencial, París le mostraba su costado más bello. Uno de los aspectos más positivos era la amabilidad de sus anfitriones franceses. Todos los miembros de la familia eran muy atentos con ella. El señor de la casa no conversaba mucho pero sus gestos eran amables. La señora la llamaba *ma petite japonaise* y le hablaba animadamente. La hija, que era tímida pero tenía muchos conocimientos de literatura, le ayudó a aprender de memoria las poesías de Apollinaire: *Sous le pont Mirabeau coule la Seine...*

Desde la casa donde vivía, Mitsuki veía serpentear a lo lejos el Sena, que corría bajo el puente Mirabeau. También podia distinguir la torre Eiffel. Pero lo que más la impresionaba era la manera en que la vida cotidiana se conectaba con las tradiciones. La casa donde se alojaba, si bien moderna, respetaba el estilo tradicional francés: desde el vestíbulo se veía la curva que describía la escalera; en la sala se destacaba la antigua chimenea y un espejo con marco dorado. La historia del pasado vivía en la casa. Hasta en el sencillo dormitorio de Mitsuki había una cama, un escritorio y un armario de madera traídos desde la casa de campo, que tenían más de cien años. La familia vivía conectada con sus ancestros.

Cuando había visitas en la mesa se encendían velas y el efecto del vino invitaba a creer que la escena transcurría en el siglo XIX. La hija aportaba a la decoración detalles novedosos que armonizaban la modernidad con la antigüedad. Lo mismo ocurría en París. La ciudad no era la que Mitsuki había imaginado a través de las canciones. Al atardecer, las luces del puente de Alejandro III empezaban a brillar. Notre Dame era inmensa desde lejos y delicada al verla de cerca. Desde el cerro de Montmartre se podía observar un hermoso panorama nocturno: todas las estrellas del firmamento parecían haberse concentrado sobre esa capital.

El universo de las canciones francesas relataba historias de amor y muerte, mencionaba poetas anónimos, describía a las prostitutas del puerto y a los mendigos debajo de los puentes. Pero bajo esa capa romántica había una ciudad concreta e incluso algo dura, como los numerosos edificios de piedra. En la realidad, en lugar de esos personajes románticos predominaban las autoridades que diseñaban el proyecto urbano. Y aunque muchos lamentaron la desaparición de los curvos senderos medievales, lo fundamental se conservó y el resultado fue una ciudad de ensueño.

Mitsuki reflexionó sobre la historia, la civilización, el conocimiento, conceptos algo ajenos para ella que sin embargo empezaron a adquirir significado concreto. Percibió la felicidad de que París no fuera una ciudad de extremo Oriente que rechazaba otras culturas. Comprendió por qué los japoneses que visitaban París solían regresar a su isla solitaria y lejana con un dulce recuerdo y un dejo de amargura.

No obstante, también había estudiantes japoneses, becarios o no, que se quejaban de París: “Es una cárcel de piedra y roca”. “Es una ciudad tan fría como su gente.” “Es muy artificial, no huele a tierra.”

Pero Tetsuo era diferente. Le gustaba París. Al parecer, el hecho de vivir allí le produjo una mutación, se convirtió en un hombre que no desentonaba con la ciudad. Vestía al estilo francés, con bufanda y

maletín de cuero como los estudiantes parisinos. Alto y esbelto, tenía una fisonomía acorde con su ambiente y lo sabía.

Al principioTetsuo se sentaba en un rincón, no se destacaba entre los demás estudiantes. En algún momento comenzó a sentarse cerca de Mitsuki y más tarde siempre se lo veía a su lado. En general los becarios eran muy orgullosos pero Tetsuo se mezclaba sin dificultad con los estudiantes no becados. En aquel momento Mitsuki no advertía que dedicaba a la vida social el tiempo que debía pasar estudiando en la biblioteca.

Un buen día Tetsuo la invitó a dar un paseo hacia el norte del Bulevar Saint Germain, por la calle Jacob, la calle Bonaparte, donde había pocos turistas. Mitsuki avisó que no cenaría en Saint-Cloud y esa noche visitó la mansarda donde Tetsuo preparó la cena usando un repasador como delantal. En el techo inclinado había un ojo de buey. Antiguamente vivían allí los criados. Luego los estudiantes de escasos recursos empezaron a usarla como apartamento. Era su caso. No podía pagar siquiera un alquiler en el Barrio Latino por lo que debía contentarse con una vivienda fuera del centro de la ciudad.

Una vez que empezaron a frecuentar el apartamento, naturalmente Tetsuo y Mitsuki empezaron a intercambiar más que palabras. Tetsuo había tenido algunas novias mayores que él, de las que parecía haber recibido algunas enseñanzas. Sabía cómo hacer las cosas. Aunque para Mitsuki no era la primera vez, en la estrecha cama de Tetsuo empezó a oír que tenía mucho que aprender y también compartió con él las risas. A Mitsuki esa burla cariñosa le despertaba admiración. Comenzó a creer que ese hombre le estaba destinado, pese a que distaba de ser como el hombre al que Yosano Akiko le dedicó su *tanka*.[41] Mitsuki adoraba el momento en que subía las escaleras del antiguo edificio donde vivía Tetsuo. Como los franceses son ahorrativos, después del primer piso la luz se apagaba automáticamente y debía avanzar a tientas en la oscuridad hasta volver a encenderla, cada vez con más entusiasmo a medida que se acercaba al ático. “Los moradores de menos recursos están cerca del cielo, de las estrellas, tienen sueños más elevados”, pensaba. Y mientras tanto cantaba en susurros “Sì. Mi chiamano Mimì”, imitando la voz de la Madre. Objetivamente era una chica asiática de cara chata pero en el escenario de París se sentía la protagonista de *La Bohème*. Tetsuo era su maestro en las cosas de la vida pero ella podía enseñarle sobre la ópera de Puccini. Lo hizo en su primera visita. Le explicó que Puccini eligió como escenario el Barrio Latino, donde vivían los músicos, artistas y filósofos escasos de dinero pero con grandes ilusiones. Como Rodolfo, el poeta novio de Mimí. El cumpleaños número veinticinco de Mitsuki estaba cerca y dado que las velas tenían un papel fundamental en el encuentro entre Rodolfo y Mimí, surgió la idea de cenar a la luz de las velas para celebrarlo.

20. Declaración de amor en el ático

El cumpleaños de Mitsuki coincidió con la llegada de la primavera a París. La familia francesa no supo que era ese día. No habría podido decirles a personas tan bondadosas que no lo festejaría con ellos. Mitsuki salió con sus botas de tacos altos. No eran cómodas para subir hasta el séptimo piso pero impulsada por la esperanza de encontrar la mesa con su vela encendida sintió que trepaba por una escalera que la llevaba al cielo.

Golpeó la puerta. Tetsuo se demoró un rato. Cuando la puerta se abrió Mitsuki quedó sin aliento. En el piso, en las ventanas, en las estanterías, por todos los rincones había velas encendidas que flameaban como si ondearan en el cielo. Tetsuo había apagado las luces eléctricas para crear ese fantástico efecto. Mitsuki casi se desmayó de emoción. Sintió que estaba protagonizando un sueño.

La cena concluyó con té de verbena. Ella ignoraba que la escena siguiente marcaría su futuro. La cara de Tetsuo de repente se endureció.

–Me ofrecieron empleo en Japón –dijo. La miró fijo y encendió un Gauloises–. En Tokio.

Sólo entonces Mitsuki se dio cuenta de que Tetsuo estaba más parco que de costumbre.

–¿Cuándo empezarías?

–En el otoño.

Ella se tranquilizó. Había previsto regresar a Japón en esa época, aunque no lo tenía decidido.

–¿Qué quieres hacer, Tetsuo chan?

–Aceptar esa oferta –respondió sin desviar la mirada. Mitsuki se inquietó. Había contemplado la posibilidad de casarse con Tetsuo, pero creyó que se quedarían en París, que vivirían juntos en el ático comiendo baguettes y queso. Podían llevar una vida decente aunque los padres les enviaran la mitad del dinero que recibían entonces. Y sus padres no se opondrían a que se casara con un estudiante japonés. Sin embargo, el empleo en Japón implicaba que tendrían que irse de París juntos. Ella no tenía ganas de separarse de Tetsuo y al mismo tiempo tenía muchas ganas de quedarse en París.

Tetsuo le explicó que había recibido el ofrecimiento de un profesor que lo tenía en alta estima, conocido en los medios de comunicación. En marzo se retiraría de la universidad nacional donde trabajaba y

empezaría a trabajar en una universidad privada donde al año siguiente se crearía una Facultad de Relaciones Internacionales. Por aquella época muchas facultades empezaban a armar nuevas carreras relacionadas con asuntos internacionales.

Él sería uno de los responsables del proyecto. Aunque todavía quedaban muchas cosas por definir ya sabía que no enseñaría literatura francesa sino idioma francés. Pero con el tiempo tendría la oportunidad de ser profesor titular y podría continuar su carrera académica en la facultad hasta jubilarse.

El profesor conocía muy bien a Tetsuo, más de lo que Mitsuki lo conocía en aquel momento. Sabía que no era una persona perseverante, capaz de dedicar su vida a investigar rigurosamente la literatura francesa. Pero era una persona que se adaptaba fácilmente a situaciones nuevas, podría ser un buen comodín para construir una nueva carrera.

Mitsuki pensó un poco, recordó a su padre, que habría sido investigador si la situación económica de la familia se lo hubiera permitido.

–¿No quieres quedarte hasta completar la tesis de doctorado? –le preguntó.

–No –respondió Tetsuo sin dudar–. Llevo aquí más de dos años pero estoy estancado con la tesis.

Hasta ese momento Mitsuki había creído que Tetsuo no le hablaba sobre su tesis porque no entendería del tema. No adivinaba por qué tenía tanto tiempo para compartir con ella.

–Además, el título de doctor no es garantía para conseguir empleo en Tokio –agregó Tetsuo. Bajó la mirada y mirando la mesa continuó–: Si no tuviera empleo, Mitsuki no se casaría conmigo en Tokio.

Por primera vez Tetsuo hablaba de casarse. El corazón de Mitsuki se aceleró. No supo qué decir. Se hizo un largo silencio. Las llamas ondulantes de las velas dibujaron sombras en la pared.

De pronto Tetsuo levantó la cabeza.

–No vengo de una familia de buen nivel –dijo. A Mitsuki le sorprendió el tono de su voz. Su cara se veía muy oscura a la luz de las velas.

–La mía no es precisamente distinguida, ya lo sabes –dijo Mitsuki, risueña. Siempre le había dejado en claro a él y a Masako que la riqueza de la familia francesa que la albergaba no tenía nada que ver con la familia Katsura. Sin embargo, nunca supo hasta qué punto lo comprendían.

–No hablo de riqueza –respondió Tetsuo, molesto.

–¿Te refieres a que son asalariados? Tetsuo sonrió.

–Mentí un poco. No quería que me despreciaras.

A continuación explicó cuál era su origen. Su padre era el tercer hijo de una familia de agricultores pobres. Su madre provenía de una familia similar y tuvo que cuidar de sus hermanos por ser la mayor de todos.

–Mi madre fue siempre muy delgada. Sólo comía medio cuenco de arroz para servir más a su esposo y sus dos hijos jóvenes. Nunca se compró ropa, ni siquiera ropa interior, la hacía ella misma reformando las prendas viejas de mi padre. Así podía vestir mejor a los hijos.

Tetsuo relató que fue a la escuela superior por sus buenas notas, con la recomendación de un profesor, y que durante sus años escolares le avergonzaba que su madre no tuviera ropa apropiada para asistir a las reuniones de padres. Como tantos otros jóvenes de la era Showa, debido a la pobreza Tetsuo no tuvo una habitación donde colocar el escritorio para estudiar. Su lugar de estudio fue el fondo del pasillo de la casa.

Cuando terminó la secundaria la empresa del tío se subió a la ola del crecimiento económico de Japón y entonces su padre comenzó a trabajar como tesorero de la empresa. La situación ecónomica de la familia mejoró, la madre pudo comer un poco más, se hicieron reformas en la casa. Pero excepto Tetsuo no había ningún pariente universitario. Claramente, su familia no estaba formada por aficionados al arte como los Katsura sino por personas que se ganaban el sustento con el sudor de su frente.

La vida en su pueblo poco había cambiado, el orden de los asientos en las ceremonias funerarias, los chismes de los vecinos, los campeonatos de béisbol de la secundaria seguían siendo los de un pueblito. Él deseaba salir de esa situación.

El padre de Tetsuo apenas había terminado la primaria oficial de su época. La madre había completado la secundaria, le gustaba leer y se enorgullecía de que su hijo fuera un buen estudiante que logró ir a la universidad. Aunque no aprobó el examen de ingreso de la universidad nacional de Tokio porque no era bueno en matemática, al menos pudo ingresar en la facultad de estudios extranjeros. Sin embargo, cuando decidió hacer un posgrado surgió un conflicto: su hermano menor empezó a trabajar en la compañía del tío después de terminar un terciario técnico. Se esperaba que también él empezara a trabajar. El padre no admitía la idea de seguir manteniéndolo y menos aún, de que el hijo mayor no colaborara con la economía familiar. La madre tuvo que rogarle con lágrimas que le permitiera hacer el posgrado. En ese momento decidió dar un gran salto. Estudió con mucho empeño para conseguir la beca del gobierno francés. En dos años completó la maestría. Al tercer año viajó como becario a París.

Mitsuki miraba fijo a Tetsuo. Lo veía diferente. No la trataba como de costumbre, como si fuera un poco tonta. Estaba pálido y nervioso. Luchando con su orgullo, le dijo con una voz casi inaudible que si se casaba con él no tendría problemas económicos. Que a pesar de ser el hijo mayor no habría necesidad de que él cuidara de sus padres. Que en caso de que sus parientes la repudiaran él la protegería. Que si ella quería hacer un posgrado él se ocuparía de los gastos. Ese día, Tetsuo realmente la amaba. Mitsuki no imaginaba quién era en realidad ese hombre y se enamoró de él. Se sintió en el paraíso y dijo que sí a su propuesta de casamiento.

–¿Realmente estás dispuesta a casarte con una persona como yo? –preguntó Tetsuo, todavía serio y pálido.

–Por supuesto. No importa que sea con una persona como tú –respondió burlona Mitsuki, que en ese momento todo lo veía color de rosa.

Las velas que flameaban de repente parecían cantar una canción de amor.

21. La luz y la oscuridad de las hermanas[42]

Se hizo tan tarde que casi perdió el tren para volver a Saint-Cloud. Tetsuo la acompañó hasta la puerta de la casa. Su anfitriona francesa advirtió que Mitsuki se sonrojaba al entrar y supo el porqué. Empezó a decir "Ohlàlà!" y toda la familia se alegró. El marido buscó en el sótano una botella de champán y la enfrió en un balde con hielo para que brindaran juntos.

De ahí en más todo pasó muy rápido.

Tan resuelta como la Madre, la hija menor escribió una carta de varias hojas para contar a sus padres las novedades y para darles información sobre la familia de Tetsuo. Enfatizó el hecho de que no sería necesario que ella cuidara de los suegros porque lo haría el hermano menor, que trabajaba en la empresa de su tío y además vivía con sus padres. Y pidió consentimiento para presentar la solicitud de matrimonio sin demora, en la Embajada de Japón en París.

Después de escribir la carta Mitsuki daba volteretas en el aire como una bailarina. Se sentía orgullosa de sí misma. Recordó los preparativos para la boda de Natsuki, cuando la hermana mayor y la Madre eran tan unidas. Para entonces la cara de disgusto con que Natsuki había regresado contra su voluntad a Japón se había esfumado. Madre e hija iban juntas a hacer compras para preparar el casamiento. Al principio, feliz de que su hermana contrajera un matrimonio ventajoso, Mitsuki las acompañaba entusiasmada y les ayudaba a cargar la compra. Pero a medida que la actitud de la Madre dejaba en evidencia que ignoraba por completo a la hija menor, las bolsas que cargaba le parecieron más pesadas. Decidió que su casamiento sería distinto.

Natsuki se había resistido un poco al principio para hacer luego su vida de acuerdo con las expectativas de la Madre. A Mitsuki le parecía poco inteligente, no deseaba ese tipo de vida. En la carta que escribió a sus padres decía expresamente que, a diferencia de su hermana mayor, había elegido su propia manera de vivir.

La Madre respondió enseguida: "Mitsuki es buena y tanto papá como mamá confían en su decisión".

En junio, con Masako como testigo, la pareja presentó la solicitud de matrimonio en la Embajada de Japón en París. En lugar de organizar una fiesta, utilizaron el dinero que les regalaron para hacer un viaje de bajo costo por Europa. Finalizado el viaje Mitsuki regresó a Japón con Tetsuo, el "souvenir de París". Tetsuo no dijo qué sintió al

enterarse de que la familia Katsura no era rica. En cambio, la familia Katsura dio su aprobación al souvenir parisino de su hija: “Muy lindo, tiene un aire noble y fino”, dijeron. A los padres de Mitsuki no les importó el origen de Tetsuo. El padre era un hombre progresista y consideraba equivocado juzgar a las personas de acuerdo con su cuna. A la Madre, el yerno de familia opulenta la había hastiado. Consideró que si Tetsuo estudiaba en París su familia debía ser mínimamente decorosa. Además, tomaba la sopa sin hacer ruido y comía hábilmente spaghetti con el tenedor. Sin embargo, cuando conocieron a la familia de Tetsuo los padres de Mitsuki vacilaron. “Depende de ustedes dos, de la pareja”, dijeron.

Los padres de ambos novios no tuvieron muchas oportunidades de encontrarse. Cuando lo hicieron la Madre comentó con cierta ironía que no eran de la ciudad y alguna vez les dedicó un comentario un poco despectivo porque le hicieron un regalo que no consideró de buen gusto, pero nunca habló mal de Tetsuo.

En la primavera, con el comienzo del siguiente año lectivo Mitsuki empezó su posgrado en el departamento de literatura francesa de una universidad privada de renombre. No veía mucho futuro en el canto, había abandonado el piano y la danza clásica, sus lecturas eran azarosas y aunque sin aspiraciones de ser investigadora, quería hacer algo para estar a la par de su marido. Además, el posgrado era una inversión. Si dominaba el francés, en el futuro podría contribuir con la economía de su hogar. Por el momento podía dar clases de inglés a los chicos de secundaria que debían aprobar sus exámenes.

No tenía muchos otros gastos, por ejemplo, no tenía necesidad de comprar ropa ya que recibía suficiente de la Madre y la hermana.

–¡Qué adorable! –dijo Natsuki cuando visitó a Mitsuki en el apartamento alquilado donde vivía entonces, mientras observaba los libros de idioma francés en la biblioteca del hogar de los recién casados.

–Vivimos muy modestamente –respondió Mitsuki. Pero estaba contenta. Había bajado el telón de la época de las cerezas. Y en aquel momento sentía que el fin de esa época no significaba el fin de su vida. Tampoco reparaba en que el reloj de su vida no se detendría.

Natsuki parecía feliz por el regreso de la hermana pero raramente descontenta con su vida matrimonial. Yuji había conseguido trabajo en la mejor orquesta del Japón y poco después nació Jun. El joven matrimonio y su hija vivían cerca de los padres de Yuji, pero en casas diferentes. Así nadie podía criticar que todas las tardes Natsuki llegara hasta el subsuelo del gran almacén Tokyu de Shibuya para comprar comidas preparadas en una casa de platos tradicionales de Kioto. Ella daba algunas clases de piano, por lo que podía decirse que trabajaba

como profesora. Su vida parecía feliz. Sin embargo ella parecía infeliz.

Natsuki se sentía sola. Para la familia Shimazaki lo importante eran las fechas en que se rendía culto a la memoria de los ancestros, tanto como los partidos de golf y las reuniones de fin de año donde todos debían ver juntos el último programa anual de la televisión. Los miembros de esa familia, incluido el enérgico suegro, no tenían nada que ver con "el arte y la cultura" que la Madre veneraba con sus ojos brillantes. Los Shimazaki miraban televisión, no veían películas nuevas ni viejas, no escuchaban música. Leían revistas, no libros.

La hermana de Yuji estudió canto en la universidad porque no había estudiado piano durante la secundaria. Yuji fue violonchelista porque el difunto abuelo materno era amante de la música occidental. Y por no ser el primogénito y heredero de la familia sino el segundo hijo, pudo decidirse por el violonchelo. El abuelo era un hombre de muy buen gusto. Él había coleccionado las porcelanas antiguas de la familia. La madre de Yuji, su única hija, no heredó ese buen gusto. No tenía nada en común con la familia de Yokohama que la Madre adoraba, tampoco con el mundo artístico que naturalmente deleitaba a Natsuki. La esposa no lograba relacionar al Yuji que se reía a carcajadas mirando un programa cómico de television con el Yuji que tocaba el violonchelo en la orquesta.

De visita con Jun en casa de sus padres Natsuki se quejaba de la familia Shimazaki. Ella y la Madre reían juntas de la mediocridad de sus integrantes. Eso no era todo. Tal vez alentada por la actitud de la Madre, pronto Natsuki se enamoró de un joven arquitecto que peinaba su flequillo hacia un lado. Lo conoció en el parque Yoyogi, donde llevaba de paseo a Jun. Estaba sentada en un banco cuando él se acercó y empezó una conversación.

–Este lugar es mejor durante el día, por la noche hay gente que come, bebe y arma escándalo. No es agradable, ¿verdad? –dijo mirando a las personas que custodiaban los lugares para el festejo de *Hanami*.[43] Tal vez por tener el flequillo peinado para el costado observaba el mundo desde un costado inusual e irónico. Sorprendentemente, Natsuki lo presentó a la Madre y consideró la posibilidad de divorciarse. Pero a la Madre no le causó buena impresión, le pareció "enfermizo, con la cara pálida y fea". Lo recordaba callado, esbozando una leve sonrisa mientras Natsuki ofrecía abundantes explicaciones: ese hombre trabajaba en un estudio de arquitectura y tenía expectativas de tener su propio estudio algún día. Vivía con sus padres porque ganaba poco. Pero con su sueldo y los ingresos de Natsuki podrían alquilar un apartamento decente. La familia tenía un negocio, no pasaban necesidades, pero él y su madre no se llevaban bien, de modo que no podía pedirle apoyo económico. Si la Madre permitía que Natsuki diera clases de piano en la casa de

Chitose Funabashi, podría ganar lo suficiente. Además, él estaba de acuerdo en que ella se quedara con Jun, aclaró orgullosa, convencida de que ese hombre con flequillo peinado para el costado era un genio y que algún día sería el arquitecto más renombrado de todo el mundo. La Madreescuchó suexposición. Siempre habíaconsentido los deseos de su hija, con excepción del asunto que la trajo de regreso de Alemania. Sin embargo, esta vez Natsuki había traspasado el límite de la Madre. A punto de desmayarse, prefirió no hacer comentarios delante del pretendiente. Temía que Natsuki hablara del asunto con Yuji. Ambas sabían que en ese caso no podría contar con el apoyo de la familia natal, por lo que Natsuki fue muy cautelosa. Pero al día siguiente de la presentación del candidato comenzó una lucha sin cuartel. Jun fue la involuntaria espectadora de sus peleas. Por suerte era muy pequeña y no entendía cuál era el motivo. Natsuki le reprochaba a la Madre que también hubiera abandonado a su primer marido. Ella se defendía diciendo que la situación era muy diferente. Las discusiones terminaban invariablemente en gritos y llantos.

Un buen día, cansado de la situación, el arquitecto se fue sin que se lo pidieran. La realidad dejaba en claro que era inútil cualquier intento de desequilibrar a su favor la disputa entre madre e hija.

Natsuki reaccionó con un intento de suicidio. Fue con Jun a Chitose Funabashi y tomó una enorme cantidad de somníferos. Cuando la Madre regresó pidió enseguida una ambulancia. Por fortuna llegó a tiempo. Natsuki solo pasó una noche en el hospital. A su esposo le dijeron que tuvo una fiebre repentina y se quedaría unos días a descansar en la casa materna junto con la pequeña Jun.

¿Qué había llevado a Natsuki a tomar esa decisión?

¿El rencor hacia la Madre, que siempre le impuso sus propios sueños? ¿El odio hacia ella, que nunca le permitía hacer lo que deseaba?

“Parece una novela barata…”, opinó la Madre cuando Mitsuki llegó al hospital.

22. La destrucción de la familia Katsura

A partir de entonces la Madre abandonó afectivamente a Natsuki. Empezó a tratarla con frialdad. Ya no era la misma persona que había criado como si fuera su alter ego, no comprendía los desvelos de la Madre, una hija ilegítima que se esforzó por lograr para ella una vida honorable. Sin embargo, formalmente la relación continuó, dando repetidas oportunidades de que una y otra manifestaran sus rencores. Ambas iban con sus mutuas quejas y reproches a Mitsuki. Natsuki, que desde chica respetaba a su hermana por ser más independiente que ella, idealizaba el matrimonio de Mitsuki y Tetsuo.

–¿Con Tetchan puedes mantener conversaciones intelectuales? –le preguntó un día a su hermana menor.

–Sí, a veces.

–¡Qué adorable! ¡Muy lindo! –exclamó entre suspiros. Sin embargo, Natsuki pareció conformarse con su situación. Pronto nació su segundo hijo, un varón. No volvió a tener amoríos, se comportó como una señora. Para mitigar su sensación de aislamiento en la familia Shimazaki adoptó una gata y un gato. Pero a partir del *affaire* de Natsuki la relación entre la Madre y Mitsuki nunca volvió a ser la de antes.

Si la vida de la familia Katsura no hubiera tenido tantos vaivenes, ¿habría sido diferente la vida matrimonial de Mitsuki? Es cierto que su casamiento fue consecuencia del trato desigual que la Madre dio a las dos hermanas desde la infancia. Sin embargo, si después de aquella aventura de la hermana mayor la familia Katsura se hubiera comportado de otra manera, el casamiento y la vida de Mitsuki habrían sido diferentes. Si no hubiera sido necesario acompañar a la Madre en su locura, Mitsuki no habría perdido su fuerza y su alegría.

Aunque hubiera descubierto cómo era el verdadero Tetsuo, habría podido cuidar la relación con él para que no buscara una amante fuera de casa. O bien habría podido detenerse a pensar en esa relación mucho antes.

Cuando aquel hombre apareció en la vida de la Madre la relación con su hija mayor ya no era buena. Para entonces la familia de Yokohama había perdido su atractivo. El abuelito había fallecido sin que esto significara para la Madre un gran dolor. El tiíto se había jubilado y con la vejez su silueta de príncipe había dejado paso a una gran barriga. A Madame Butterfly ya no le asignaban roles estelares. En Japón el nivel de vida mejoraba y la sociedad se modernizaba, por

lo cual no era necesario seguir soñando con las bondades de Occidente. Fue lo que le sucedió a la Madre. Y coincidió con el cierre del negocio de la tiíta, que le dejaba tiempo libre. Necesitaba algo en qué aplicar su energía arrolladora.

Pasados los cincuenta y cinco años de edad y los treinta de casada decidió tomar clases de *chanson*. Se puso coqueta, ahora con ropa occidental, aunque no tan refinada como los kimono de su época con la tiíta. Su brillo se iba opacando. Las otras estudiantes eran más jóvenes y frívolas. Ella las despreciaba porque no amaban el arte, sólo cantaban para llenar el tiempo.

El día de la presentación de las cantantes, al entrar en el camarín Natsuki y Mitsuki se encontraron con un cuarentón todo vestido de blanco que se peinaba la melena con la mano. Varias mujeres lo rodeaban y la Madre era una de ellas, se destacaba por su estatura y su vestido largo. Parecía imposible que ese hombre fuera el profesor, pero lo era. Tenía un estilo decadente. Por su aspecto imaginaron que tiempo atrás habría tocado la guitarra por las calles de Shinjuku. No tenían elementos para imaginar más sobre su vida y sus sentimientos pero a Mitsuki le pareció que se tomaba las cosas a la ligera.

–No podría presentarse frente a Yuji san –dijo Natsuki con voz seria.

Después del espectáculo Mitsuki llamó a la Madre por teléfono.

–¿Por qué no aprendes formalmente a cantar? –le preguntó.

–Porque ya no puedo sacar bien la voz. No pude aprender formalmente en su momento, ahora sólo puedo entonar *chansons*.

Tenía razón. De todos modos a Mitsuki le resultaba desagradable que por haberse distanciado de Natsuki la Madre se identificara tan abiertamente con ella. De todos modos, coincidía con ella en que "a veces las letras son mejores en japonés". Era real. Por ejemplo, cuando usaban la palabra *sakurambo*,[44] que recuerda la silueta de una mujer joven, redondeada y amorosa, como ocurre con la palabra *cerise* en francés o *cherry* en inglés.

Para Mitsuki el hecho de que la Madre aceptara sin avergonzarse a ese tipo de hombre como profesor significaba que había perdido la dignidad. Por otra parte, para los japoneses Francia había dejado de ser el modelo cultural a imitar. Incluso la denominación de "clase de *chanson*" era vaga porque también se enseñaban canciones norteamericanas y algunas canciones de moda en Japón.

C'est bon era el nombre de la escuela de *chanson*, situada a una estación de Chitose Funabashi rumbo a Shinjuku. El profesor vivía en Noborido, seis estaciones después de Chitose Funabashi, junto a su esposa e hijos. Pronto la Madre empezó a trabajar de secretaria en esa escuela algunos días de la semana. Le encantaba salir de casa y

además el profesor le pagaba algo. Al principio a Mitsuki le pareció un buen trato. Hasta el día en que visitó la casa de Chitose Funabashi y detectó una situación fuera de lo normal: se dio cuenta de que la Madre estaba enamorada de ese profesor de *chanson*. Es bastante común que las mujeres se enamoren de sus profesores. Y más probable en mujeres de una familia con antecedentes de casamientos irregulares, divorcios e intentos de suicidio. En aquel momento Mitsuki no le dio mucha importancia.

Cuando la aventura de la Madre quedó en evidencia habían pasado varios años desde que comenzara a tomar clases de *chanson*. Coincidió con el agravamiento de la diabetes que el padre padecía desde hacía tiempo. Pasadas las ocho de la noche Mitsuki recibió una llamada. Desde la empresa donde trabajaba su padre le avisaban que lo habían llevado en ambulancia al hospital. Se había desvanecido por deshidratación pero lograron estabilizarlo. Según le dijeron habían encontrado su nombre en la agenda del padre y decidieron llamarla porque la Madre no atendía el teléfono.

Mitsuki salió inmediatamente hacia la estación de metro que la llevaría al hospital, en el centro de Tokio. Antes avisó a Natsuki pero considerando que ella tenía dos niños de edad escolar y que el padre había superado el estado crítico no consideró necesario que la acompañara. Durante el viaje pensó que ese tipo de episodios podrían repetirse. Y tuvo la premonitoria sensación de que a pesar de haber sido relegada en la infancia, no sería su hermana mayor sino ella quien tendría que resolver los asuntos de la familia Katsura.

El padre reconoció a Mitsuki y no preguntó por la Madre. Años después sería obvio que sabía donde estaba y que estaba acostumbrado a que regresara tarde a casa pero no quería decírselo a su hija. Ella no lo sabía, nunca llamaba a la Madre en el horario de su clase de *chanson*. Se le ocurrió que aún la encontraría en la escuela. Sintió que el folletín de mal gusto estaba llegando demasiado lejos.

En la guía de páginas amarillas del teléfono público del hospital buscó el número de la escuela. Atendió ese hombre. Le dijo que era la hija de Noriko Katsura y pidió hablar con ella. En el auricular se oyó la voz del hombre diciendo: “Noriko san, la llama su hija”. Luego le pasó el teléfono.

–Mitsuki, ¿qué pasó? –preguntó la Madre con naturalidad.

23. El hombre insuficiente

La obsesión en absoluto desinteresada de la Madre por la familia de Yokohama o el hecho de que ocupada en proyectar un futuro promisorio y una boda conveniente para Natsuki hubiera ignorado a su hija menor, no generó rechazo en Mitsuki. Cuando la ocasión lo permitía, mimaba a la Madre y recibía su cariño. Pero desde que el padre enfermó tuvo la horrible sensación de estar frente a un ser ponzoñoso.

Con el paso del tiempo la diabetes del padre se fue agravando. Se vio obligado a abandonar el empleo que había conseguido después del fracaso de su empresa. Permanecía en la casa llena de telarañas, acostado en su cama con la mirada perdida. Luego le operaron los dos ojos. Por efecto de la anestesia quedó un poco aturdido y por si eso fuera poco empezó a padecer enfermedades que no tenían nada que ver con la diabetes, por lo cual tuvo que volver al hospital.

Al cabo de un mes de internación, a punto de darle el alta el médico llamó a la Madre. Le dijo que tendría que dedicarle muchos cuidados: alimentarlo con comidas aptas para diabéticos, inyectarle insulina y no olvidarse de darle los demás medicamentos por la mañana y por la noche. Y en general, tendría que ayudarlo con todo porque su visión seguiría disminuyendo. La Madre frunció el ceño. Al ver su expresión, el médico dijo:

–Por supuesto, podría delegar esos cuidados en un sanatorio. Si la familia no puede hacerse cargo, sería lo mejor para el paciente.

La Madre se apropió de esa frase del médico y la enarboló como si fuera el estandarte del emperador.

–Es mejor para papá, eso dijo el doctor –se justificó. Sus dos hijas se ofrecieron a visitar regularmente al padre. Natsuki dijo que podía dedicarle algún tiempo, sus hijos ya no eran tan pequeños. Pero la Madre la desalentó de inmediato con el argumento de que estaba enferma. En su opinión nunca había vuelto a ser la misma después del intento de suicidio. De todos modos, no hubo oportunidad de discutir porque por aquella época Natsuki tuvo una rara e incurable enfermedad en los ojos. Ningún estudio pudo determinar la causa, parecía haber mimetizado la dolencia del padre. Le prescribieron esteroides en cantidad que le provocaron edemas en todo el cuerpo. Con la disminución de la dosis la hinchazón disminuyó también pero ella se sentía muy débil y pasaba mucho tiempo en cama. Con respecto a Mitsuki, la Madre sentenció que siempre había sido débil y

además debía atender su trabajo.

El médico buscó entonces un sanatorio que pudiera ocuparse del padre, cercano a la prefectura de Saitama, y escribió una carta de presentación. En Japón no existían aún seguros de salud que contemplaran el cuidado de los padres ancianos. Salvo algunas instituciones comunales o provinciales sólo había hogares de ancianos del nivel de hoteles de lujo, nada al alcance de un asalariado. Aunque se vendiera la casa de Chitose Funabashi para pagar un sanatorio relativamente económico, no quedarían recursos para afrontar la vejez de la Madre.

Mitsuki consideró la posibilidad de llevar al padre a su casa. Pero en ese momento aún vivía en un apartamento de escasos 60 m2 y Tetsuo trabajaba mucho en casa. Con un enfermo no podría seguir haciendo su vida normal. Pese a la culpa que le generaba, borró la idea de su mente. Por su parte, Natsuki sentía que su propia enfermedad ya era una molestia para la familia Shimazaki. Tampoco podía recibir al padre en su casa. No obstante, tenía esperanzas de recibir alguna ayuda económica de la familia de su esposo, aunque no podía decirle con sinceridad en qué condiciones internarían al padre, así como no podía hablarle con sinceridad sobre el novio de la Madre. Entre todas estas consideraciones llegó el día en que el padre se quitó el piyama y se puso el traje para salir del hospital universitario de Tokio. Sin pasar por la casa de Chitose Funabashi hizo un viaje de hora y media en taxi hasta el lejano sanatorio. Mitsuki lo acompañó. Él creía que pronto estaría en condiciones de regresar a su casa. Ella prefirió acariciarle el brazo y no decirle la verdad. Al día siguiente fue a verlo. En la pared de la cabecera de la cama sujetó con chinches láminas con flores de loto pintadas por Monet.

Durante los primeros años la Madre se turnaba con las hijas para visitarlo. Poco a poco fue espaciando sus visitas. Natsuki, agobiada por su enfermedad, tampoco se encargaba del padre, de modo que cuando Mitsuki rondaba los cincuenta años la responsabilidad había quedado prácticamente en sus manos. Para volver a casa a tiempo de cenar con Tetsuo visitaba al padre los días en que no tenía clases en la universidad. Por supuesto, sentía la carga física que le imponían esos viajes, pero más pesada era la carga psicológica por la triste situación de su padre. Era muy duro mantener la relación con la Madre comportándose como la “hija comprensiva”. Pero cada vez que intentaba tomar distancia de ella, con su gran sensibilidad la Madre lo percibía, comenzaba a lisonjearla y a comportarse correctamente, es decir, a visitar al padre.

–Ayer también fui, lo encontré bien –informaba deliberadamente a su hija por teléfono.

La situación se prolongó durante años hasta que la Madre de repente mostró su última carta. Dijo que su novio se había comprometido a cuidar de ella y desde entonces dejó de presentarse en el sanatorio.

El padre siguió viviendo más años de los previsibles y a pesar de su enojo, o de lo mucho que le costaba aceptar la realidad, Mitsuki se consoló pensando que después no sería necesario cuidar a la Madre.

Empezó a desear claramente la muerte de la Madre cuando el padre enfermó de neumonía. Ocurrió no bien Tetsuo partió a California. Las clases no habían empezado y Mitsuki se alojó en un hotel cercano al sanatorio, frecuentado por hombres de negocios, para cuidar al padre todos los días. Una vez que la enfermedad cedió, siguiendo las indicaciones de las enfermeras le daba la sopa con cuchara y terminada la cena volvía en taxi al hotel donde leía o miraba televisión. Natsuki, que todavía estaba enferma, la llamaba todas las noches para preguntar por la salud del padre. A su sentimiento de culpa Mitsuki respondía con un tono irónico. Por entonces hablaba por teléfono con Tetsuo casi a diario. Aún no había descubierto su *affaire* y podía contarle de su enojo con la Madre y pedirle consuelo.

Cuando se diagnosticó la neumonía del padre llamó inmediatamente para avisar a la Madre. Ella la atendió algo confusa al principio. Luego, con voz adulona dijo:

–¡Qué afortunado es papá por tener tan buena hija!

–y anunció–: Mamá se hace cargo del gasto del hotel. Al cabo de unos días la Madre llamó para preguntar:

–¿Cómo está papá?

–Sin novedad –respondió Mitsuki. En realidad ya estaba mejorando pero no tenía ganas de que ella lo supiera. Luego permaneció en silencio.

Al parecer la Madre decidió ignorar su frialdad. Adoptó un tono decidido que fue volviéndose más dulce a medida que explicaba:

–Ya lo había pensado antes, pero quería decírtelo cuando estuviéramos tranquilas... Yo pagaría tu parte, por supuesto... y me llevarías de nuevo a Europa. Seguramente recibiremos el seguro de vida de papá.

Dos veces Mitsuki había accedido a viajar con la Madre a Europa. En la época del posgrado y unos años después. La primera vez también había viajado Tetsuo. En las dos ocasiones la familia Katsura pagó todos los gastos. Más tarde la Madre viajó con el grupo de *chanson*.

–Antes de morirme quiero ver París –declaró la Madre con la voz alegre de su juventud.

La furia de Mitsuki le impidió contestar. Sintió que la habitación del hotel daba vueltas a su alrededor.

–¿Por qué no vas con el profesor? Todo el dinero es tuyo –dijo al fin con ironía, sosteniendo con fuerza el teléfono.

–Es que con él no me gusta viajar al exterior –respondió la Madre con tono inocente–. Es el típico japonés que no sabe conversar en francés, no puede disimular su origen campesino. No funcionó en el viaje anterior. Para mí ya fue suficiente.

Al rememorar aquel diálogo, Mitsuki no pudo recordar cuál fue su respuesta. Pero recordó claramene su deseo de que la Madre muriera. Esa noche, antes de dormir, en la oscuridad dijo en voz alta: “Hoy murió mi mamá”. Y desde esa noche deseó con desesperación que llegara el día en que esas palabras tuvieran un significado literal.

Mitsuki siempre había considerado que el hombre elegido por la Madre no era el adecuado para ella, que sólo le servía para aplacar su insatisfacción. Al verla con el cabello teñido de negro, vestida con elegancia, bebiendo vino –aunque no debía hacerlo– en los restaurantes, nadie habría dicho que contaba setenta años. La Madre se empecinaba en disfrutar al máximo los años que le quedaban, bailando en el escenario de la vida con su pareja insuficiente. Ese hombre era sólo una manera de llenar el tiempo. Mientras tanto su esposo perdía su dignidad de ser humano día tras día y su hija, atrapada en los viscosos hilos de la infelicidad, no podía disfrutar de su vida.

Sin embargo, aunque no lo hiciera tan a menudo como antes, cuando se presentaban compañías extranjeras de ópera y ballet la Madre siempre quería ir con sus hijas. Ese hombre no podía acompañarla debidamente. Era insuficiente, le faltaba algo. Es cierto que ella ya no era joven, tampoco rica, pero habría podido prescindir de la relación amorosa con él si no hubiera sido la vía para huir del matrimonio, para alejarse de un marido castigado por todos los aspectos negativos de la vida, por la enfermedad y la vejez.

24. Las estaciones de la vida

El padre se recuperó de la neumonía. Mitsuki volvió a su casa y durante dos días, sentada frente a la computadora, se dedicó a escribir una carta de ocho páginas dirigida a la Madre. Esta vez iba en serio: le anunciaba que si insistía en continuar la relación con ese hombre, las dos hijas se arreglarían para cuidar al padre sin su colaboración y cortarían para siempre el vínculo con ella. Al finalizar le indicaba que no respondiera por teléfono sino por escrito.

Dos días después, sin embargo, al levantar el auricular Mitsuki oyó el grito de la Madre:

–¡¿Cómo es posible que escribas esa carta a tu Madre?!

Casi me da un ataque al corazón.

Esa misma tarde la atropelló la bicicleta y se fracturó el cuello del fémur. Tal vez después de recibir esa carta caminaba un poco distraída. Fue necesaria una operación importante, seguida por cuarenta días de internación. Cuando salió del hospital no estaba en condiciones de vivir sola. El novio no podía cuidarla, tenía trabajo, esposa e hijos. La carta de Mitsuki quedó sin efecto. Aunque a desgana Natsuki también se vio obligada a atenderla. Mientras tanto el hombre desapareció.

La Madre, que a pesar de sus setenta años hasta entonces parecía joven, tras el accidente se convirtió en una anciana con la espalda encorvada. Dejó de teñir su cabello blanco. Después de la internación, cuando salió a la calle caminando con bastón, dijo:

–Fui castigada.

Mitsuki estaba de acuerdo, pero no se animó a confirmarlo, ni siquiera en tono de broma. Más allá de cualquier broma, no fue aquel hombre sino las hijas –en especial, la menor– las que recibieron el castigo de cargar con la Madre. Mientras caminaba a su lado en silencio, se preguntaba dónde había quedado la advertencia de su carta. De su hombro colgaba la cartera de la Madre junto a la suya. No quería criticar a esa mujer que a duras penas caminaba. Además, sabía que sus palabras, por duras que fueran, no cambiarían en nada la situación.

Aquel hombre dejó de ser tema de conversación. Un año después, cuando el padre murió, la Madre ya no podía caminar libremente, por lo que el viaje a Europa quedó en el aire. Por entonces Mitsuki soñaba a menudo que hablaba con la Madre, la veía animosa y le decía

“podrías cuidar a papá en casa”. Entonces se despertaba.

Pensando en su pobre padre sentía rencor hacia la Madre a quien debía cuidar porque cada día su decadencia iba en aumento. La tristeza por el destino del padre y por la injusticia que beneficiaba a la Madre anidó en Mitsuki de una manera irreversible.

Para su sorpresa, después de la desaparición de aquel hombre el frenesí que impulsaba la vida de la Madre no acabó. Tal vez para dominar la angustia, para ocultarla, o porque los golpes físicos y psicológicos habían desequilibrado su espíritu, así como empezó a usar bastón, empezó a maquillarse y a manifestar sus caprichos. Mitsuki no tuvo la valentía de abandonarla. Porque siendo una hija japonesa fusionarse con su Madre era parte de su idiosincrasia, o quizá porque la personalidad de la Madre se lo impedía. Sabía que después de las peleas, los gritos y los llantos sentiría lástima por ella y que la relación sólo terminaría cuando la Madre con su último aliento le hubiera consumido toda la energía.

Se consolaba pensando que la decadencia de la señora Noriko se había alejado junto con aquel hombre, que volvía a ser la de siempre y buscaba nuevamente su compañía y la de Natsuki.

La Madre quería volver a salir sola. Gracias a que durante un año una acupuntora la atendió en su casa con gran empeño, con más de setenta años y después de un accidente tan severo, apoyada en su bastón pudo viajar en tren para ir al cine, un ingrediente insustituible en su vida. A pesar de que la edad avanzó sin dar tregua, dificultando sus salidas, no desistió de su pasión por el cine occidental. Cuando ya no pudo salir sola compró un reproductor de video. Hasta entonces lo había considerado un aparato engorroso pero sus hijas le enseñaron a manejar el control remoto como a una niña de jardín de infantes. Después de recibir repetidas explicaciones de sus hijas, llevando su paciencia al límite, y de leer una y otra vez las instrucciones escritas con letras grandes lo logró. Y así sus hijas sumaron a otras tareas, como la compra de libros que la Madre leía con voracidad, el alquiler de los videos que ella quería ver.

La Madre quería ir al teatro. Quería hacer compras. Quería comer en un restaurante. Y como ya no podía salir sola para todo era indispensable que la acompañaran las hijas.

Para hacer más llevadera la tarea de acompañante las hermanas preferían hacerla juntas. La Madre llamaba por teléfono, con voz dulce pedía que la llevaran a tal o cual lugar, insistía cuatro o cinco veces hasta que las hijas aceptaban. Por lástima o porque les ofrecía una obra de teatro interesante.

De todos modos Natsuki y Mitsuki pronto se arrepentían. La Madre les resultaba una carga muy pesada, sin atenuantes. Entre otras cosas,

porque debían acompañarla al baño. Pero además, por todos los recaudos necesarios para la salida. Cuando iban a buscarla a la casa de Chitose Funabashi la encontraban sentada y maquillada, con un pañuelo en la mano. Al igual que ella, en la mesa esperaban prolijamente ordenadas todas las cosas que necesitaría. A causa de la fractura su estatura había disminuido y le costaba ver el escenario, por lo que llevaba dos almohadones plegables de un novedoso material liviano que colocaba en el asiento. Llevaba también una manta térmica para cubrirse las rodillas y una botellita de té verde porque siempre tenía sed. Las hijas repartían estos accesorios en sus carteras mientras la Madre iba al baño por efecto de sus nervios. Volvía a hacerlo al bajar del taxi, a veces nuevamente antes de que empezara la función, siempre en el intervalo –causando molestias a los demás espectadores– y antes de volver a casa. Además, cada vez debía quitarse y ponerse el abrigo, lo que hacía aún más lento el trámite.

Una noche, después de haber visto *La Bohème*, al llegar a su casa la Madre declaró:

–Lamentablemente ya no iré al teatro.

Su decisión causó cierto alivio a las hijas, aunque en esencia la Madre no cambió, siguió tan exigente como de costumbre. Mitsuki, que trataba de no hablar sobre el padre, un día no pudo tolerar la sobrecarga de pedidos.

–Me cuesta entender que mi Madre, que envió a mi padre a un modesto sanatorio, considere imprescindibles todas estas cosas –le dijo, esforzándose por dominar su furia.

–¿Todavía me culpas por ese asunto? –gritó la Madre. Mitsuki se consoló pensando que la Madre no estaba tan senil como creía: aún se acordaba del asunto del padre y también se acordaba de que su hija no se lo perdonaba. En la vida las etapas suelen sucederse como las estaciones del año. En el caso de la Madre, nada parecía cambiar con el paso del tiempo. Impulsada por una profunda sensualidad vivió en permanente frenesí desde la primavera hasta entrado el verano. A medida que el otoño avanzaba ese modo de vida empezó a parecer fuera de lugar. Y ya en pleno invierno el hecho de que no hubiera aprendido ninguna lección de la vida era, más que trágico, tragicómico.

Cada noche Mitsuki llamaba a la Madre para preguntar cómo había pasado el día. Natsuki no era tan piadosa, pero también lo hacía de vez en cuando. La Madre trataba de ser considerada y esperaba hasta las ocho de la noche para hablar con su hija. Hasta que un día, contrariando la costumbre, llamó por la mañana. Mitsuki se puso en guardia.

–¿Sabes qué hice anoche? –dijo la Madre al otro lado del teléfono.

La noche anterior su hija había terminado la comunicación recomendándole que se cuidara porque la tormenta podía causar cortes de luz. La Madre dijo que prepararía velas, lo que significaba que no tenía linterna. Una antigüedad que resultaba cómica.

–No lo sé.

La Madre rio con recato, tapándose la boca, como las mujeres de otra época, y explicó con entusiasmo:

–Apagué todas las luces de la casa, prendí una vela, y pasé toda la noche cantando en voz muy alta las canciones que conozco, una tras otra. Con esa tormenta, ningún vecino podía oírme.

Mitsuki no hizo comentarios. Imaginó la casa bajo la tormenta, iluminada por la luz de la vela. Una vieja de cabello blanco cantaba a viva voz. Una escena digna de ser protagonizada por una bruja.

–Pero me di cuenta de que no podía sacar la voz como corresponde.

–Ajá...

–La *Madame* Noriko se acabó.

Poco después Mitsuki recibió la noticia del fallecimiento de su anfitriona en París, una mujer más joven que la Madre. La época de las cerezas había quedado lejos, las dos hermanas envejecían, cada una a su manera. Para Mitsuki había quedado muy lejos el día en que Tetsuo, pálido y nervioso a la luz de las velas le propuso matrimonio en el ático del edificio de París. En aquel momento no podía imaginar que ese hombre fuera capaz de causarle tanto daño. La primera vez el dolor fue tan grande que la segunda la encontró anestesiada. De ahí en más, contrariando sus sentimientos, trató de restarle importancia. Se dijo que el paso del tiempo se lleva inevitablemente consigo la felicidad.

Con el paso de los años sus malestares físicos también se acentuaban y se volvían permanentes, anunciando su vejez. Pero prefería pensar que algún día, liberada de la carga de la Madre, podría recuperarse. Así transcurrió su vida hasta el fin de ese año, cuando la Madre se accidentó y descubrió los e-mails que Tetsuo intercambiaba con su joven novia. Fue un gran golpe. No sólo porque sería abandonada sino porque se sintió acabada como mujer. Siempre ocupada cuidando de otros, no había cuidado de sí misma. Y no se había preparado para envejecer.

Sólo lloró la noche en que leyó esos e-mails. En las semanas que siguieron, antes de dormir trataba de no pensar en Tetsuo. La Madre ocupaba todos sus pensamientos. Recordando su paso por el hospital de rehabilitación, su traslado a la residencia geriátrica, se preguntaba cómo sería su propia vejez. Con los ojos cerrados la veía solitaria en el comedor, con el gesto duro y la mirada perdida en el vacío. Y

suspiraba pensando que cuando amaneciera debería volver a verla.

Al llegar al hospital, encontraba a la Madre tal como la había imaginado: sola, sentada en un campo árido donde el viento hacía bailar silenciosamente a su alrededor las hojas secas.

25. Agradecimiento formal

Cuando la Madre salió del hospital de rehabilitación las flores de *sakura* empezaban a abrirse. Llegaba la primavera. Mitsuki se dedicaba a las traducciones que podía hacer en casa. A partir de abril pidió un año de licencia en la facultad. Su amiga Masako, que era profesora interina en otra carrera, pudo hacerse cargo de sus clases. Como Mitsuki, había empezado siendo profesora de francés, pero cuando dejó de ser obligatoria una segunda lengua extranjera se dedicó a enseñar inglés. El trabajo le venía bien porque era divorciada y estaba en condiciones de hacerlo, era muy sana, fuerte y responsable. Si surgía algún inconveniente buscaría una suplente. Siempre había reemplazado a Mitsuki cuando ella viajaba acompañando a Tetsuo, incluso durante uno de sus años sabáticos. En esta oportunidad Mitsuki le explicó que se debía a la situación de la Madre. Por falta de tiempo de ambas la conversación fue telefónica.

–Lo siento. Mi madre está muy activa y sana. Todavía da lecciones de vida –respondió Masako.

–¡Qué envidia! –comentó Mitsuki con voz débil. Se preguntó si la fortaleza física era un rasgo genético. El asunto de Tetsuo le recordó los músculos naturalmente torneados de las piernas de su amiga.

A los treinta años Mitsuki y Masako criticaban a sus amigas que se casaban, se transformaban en amas de casa y, según su opinión, envejecían porque no usaban la cabeza. A los cincuenta comprobaban que el trabajo demandaba a las mujeres más esfuerzo físico y psicológico y que por el contrario, las envejecía más. Si además tenían una madre anciana, la situación era grave.

El día en que la Madre fue trasladada al Golden coincidió con el momento en que las flores de *sakura* estaban en su esplendor. La vitalidad de la primavera se reflejó ese día en la Madre, que también empezaba una nueva etapa. Su fuego interior pareció reavivarse. Por primera vez desde su accidente, a fin del año anterior, mostró interés por el mundo que la rodeaba. Una vez instalada en la camioneta empezó a mirar por la ventana. Apreció las flores de *sakura*. Dijo que sin, saberlo, ellas creaban la primavera. Después de mucho tiempo sus ojos volvieron a brillar. Se sorprendió al ver esas blancas nubes floridas, símbolo de vida que renace, en cada rincón de la ciudad. La Madre no sabía entonces que esa sería su última primavera. Tampoco Mitsuki.

Cuando entró en la habitación de la residencia geriátrica decorada

por sus hijas, la sonrisa no fue artificial. “¡Oh!”, exclamó encantada al ver el florero de Edokiriko del color del atardecer que le regalara el tiíto de Yokohama, con flores que sin ser naturales eran delicadas. A continuación sus ojos pasearon por las cortinas con muchos pliegues adornadas con encaje y bordados. Advirtió que la cama estaba cubierta con las sábanas que usaba en la casa de Chitose Funabashi y en las estanterías descubrió sus objetos favoritos. Todo se había dispuesto para alegrarla. Dando vueltas con su silla de ruedas observó cada detalle hasta que por fin se dirigió a Mitsuki, que la acompañaba ese día.

Noriko san miró a su hija con ojos brillantes y en tono formal le pidió que se sentara. Mitsuki, que se disponía a acomodar las cosas que habían traído, entre molesta y desconcertada le preguntó para qué. Por fin se sentó. La Madre bajó la cabeza y dijo:

–Mitsuki, muchas gracias por todos estos detalles. Muchas gracias, de corazón. –Su voz sonaba llorosa y de sus ojos caían lágrimas. Su inteligencia le permitía advertir que Mitsuki no le deseaba larga vida y sin embargo se esforzaba por mitigar los padecimientos de su vejez. Por ese esfuerzo quería expresar formalmente su gratitud.

Las palabras de la Madre, dichas de corazón, llegaron al corazón de Mitsuki.

–Sé que de todos modos es difícil, habrá que tener paciencia –contestó.

Después de aquel día la Madre ya no volvió a ser la de antes, su cerebro fue deteriorándose sin cesar. Sin embargo, se contaba entre el diez por ciento de los internos de Golden que no estaban completamente seniles. Aun así, nunca se integró a esa comunidad. En parte, porque no oía bien y no podía participar normalmente de las conversaciones. También porque algunas mujeres, de noble cuna, hablaban con un lenguaje muy elevado, y porque en ciertos casos la senilidad les impedía mantener el hilo de la conversación. La orgullosa Madre prefería permanecer solitaria.

Cuando Mitsuki la visitaba su cara llorosa no podía ocultar su infelicidad. Y sus palabras dejaban en claro su demencia. Por ejemplo, cuando desde la silla de ruedas repetía que al oír ruidos extraños se había asustado y había salido corriendo.

En el Golden la Madre no tenía motivo de queja. La señora Kiyokawa, la encargada, era una mujer paciente que afrontaba los asuntos molestos como si no lo fueran. Respondía con increíble solicitud a los pedidos egoístas de la Madre. En general, todo el personal era muy amable con ella. Pero como si fuera un castigo por la frivolidad con que había vivido, una fuerza demoníaca parecía haberse apoderado del espíritu de la Madre. Su alma no tenía paz y

trataba de encontrarla en las porciones de blancas píldoras de su ansiolítico. Se aferraba al frasquito que contenía esas píldoras como si fuera un amuleto. Por eso las hijas consideraron contraproducente quitarle a la Madre el control de ese medicamento –las enfermeras dosificaban el hipnótico o el laxante– a pesar de que la hacía dormir durante el día.

Así fue como dos veces se cayó de la silla de ruedas. En ambos casos tuvieron que trasladarla al hospital para hacer radiografías. La primera vez la acompañó Mitsuki, y la segunda, Natsuki. Por supuesto, después de estos accidentes Golden dijo que necesitaba controlar todos los medicamentos. Entonces, para no aumentar la ansiedad de la Madre a Mitsuki se le ocurrió una idea: reemplazar las píldoras por placebos. En la farmacia que se hallaba frente a la estación buscó sustancias inocuas que tuvieran un aspecto semejante al ansiolítico. Consiguió varios suplementos vitamínicos. Los cortó en trocitos para comparar el olor, el sabor, la dureza. El más apropiado pareció un suplemento de calcio. Las pastillas del tamaño de una moneda de cien yenes se partían con facilidad y eran apenas más duras que las de ansiolítico. Con la esperanza de que la Madre no se diera cuenta, cambió el contenido del frasquito. Por supuesto, la Madre advirtió la diferencia pero Mitsuki le restó importancia al detalle y ella no opuso resistencia.

Con el tiempo, la senilidad de la Madre se volvía más evidente. A los infaltables llamados nocturnos de Mitsuki respondía formalmente pero cada vez le costaba más relatar qué había pasado durante el día. No recordaba que Tetsuo no estaba en Japón. Encargaba que le enviaran nuevos DVD de películas occidentales pero no podía seguir el hilo de la historia y enseguida la cambiaba por otra. No comprendía que ya no era aquella jovencita que soñaba con ser como las divas del cine y no podía vivir sin ver sus películas. Llegado el verano la Madre solía llamar a su hija para preguntarle entre sollozos:

–Mitsuki, ¿mamá tiene frío o calor?

Y a continuación, dependiendo de la respuesta, pedía camisetas con mangas de distintos largos. Al oírla, también Mitsuki –que padecía el aire acondicionado de los tansportes cada vez que viajaba al Golden– tenía ganas de llorar. Ella y su hermana intentaron espaciar las visitas, sin éxito. No sólo porque la Madre les inspiraba lástima sino porque, cada día más débil, necesitaba atención permanente. Los cuidados de la señora Kiyokawa no alcanzaban.

Agobiada con estas responsabilidades, Mitsuki no tenía tiempo para pensar en el asunto de Tetsuo. Un día, antes de dormirse recordó en la oscuridad los e-mails de su marido y esa mujer. La humillación la hizo gritar con furia animal. Pero al despertar, el hecho de que una mujer

joven se propusiera quitarle a su marido le pareció elemental y absurdo. La humillación se transformó en desprecio. Tal vez por eso cuando Tetsuo llamó para preguntar “cómo está mamá” se limitó a responder: “loca”.

26. El último *sashimi*[45]

Uno de los síntomas típicos de la demencia de los ancianos es la obsesión por la comida. La Madre no fue la excepción. Golden le permitía cenar en su habitación si alguna de sus hijas la atendía y obviamente, ella insistía en que lo hicieran. De todos modos adelgazó mucho y tratando de que recuperara peso las hijas decidieron llevarle *sashimi*, su plato favorito. No obstante, dejaban de lado la estética presentación que lo caracteriza porque para aliviar las dificultades de tragar y digerir en la residencia le servían la comida triturada. Así el pescado no sólo perdía su buen aspecto sino también su delicado sabor pero la Madre lo comía con apetito mientras que el menú de la residencia quedaba intacto. Por pudor, para no desmerecer la comida que preparaban en Golden, Mitsuki se la llevaba para desecharla en su casa.

Entusiasmada con el *sashimi*, la Madre empezó a pedir torta para el postre. Teniendo en cuenta que era su única diversión las hijas le compraban tortas especiales, hechas a pedido por las mejores confiterías. Y olvidando que la comida suele ser el único pasatiempo de un anciano, comenzaron a dejar en el cajón de la mesa de luz varios paquetes de galletitas. La indicación de comer uno por día no fue respetada y pronto tuvieron que entregarlas al personal de la residencia para que los administrara. En respuesta, la Madre empezó a tocar el timbre con insistencia para que le alcanzaran sus galletitas hasta que los auxiliares de Golden se hartaron. Las hijas tuvieron que inventar una nueva estrategia: repartir las galletitas en paquetes más chicos y pedir que de todos modos se las negaran tantas veces como fuera posible.

En los rostros extenuados de Natsuki y Mitsuki podía verse que no escatimaban esfuerzos procurando en vano hacer mínimamente feliz a su Madre, cada día más alienada. Al entrar en la habitación con la compra de *sashimi*, *keeki* y *kukii* [46] veían un ser ovillado como un gato en la silla de ruedas. Nadie encontraba explicación a la tristeza y ansiedad extremas de la Madre. Ni siquiera ella misma. Por momentos, cuando la veían tan infeliz, cuando no distinguía a sus hijas, a ellas les parecía más piadoso que perdiera por completo la conciencia o que se fuera al otro mundo. Pero esa idea les recordaba que aún faltaba un largo camino para llegar al desenlace y sentían por anticipado un cansancio comparable al del ahogado que trata de salir a flote desde un lago sin fondo. No imaginaban que los días de la

Madre en Golden terminarían tan pronto.

Era verano. Pasadas las nueve y media de la noche llamó la señora Kiyokawa. Se oía la sirena de la ambulancia. La Madre tenía fiebre alta, ya habían intentado que la atendieran en dos sanatorios pero estaban completos. Ahora iban camino al tercero, donde podían recibirla si la hija lo autorizaba, porque la mayoría de las habitaciones eran privadas, es decir, muy caras.

Mitsuki vaciló apenas un instante y dio su consentimiento. No tenía sentido preocuparse por ese tema. Luego llamó a su hermana y le avisó que iría sola. Era tarde, no podía esperarla. Se pintó los labios, consultó el mapa para saber cómo llegar al sanatorio, puso en su bolsa los siete elementos necesarios para protegerse del aire acondicionado y salió a la calle para tomar un taxi. Una vez sentada en el auto, se puso gorra, cárdigan y pañuelo. Y se cubrió las rodillas con un chal. Recordó el día en que la Madre se cayó de la silla de ruedas. Se preguntó si había ocurrido otra vez, y cuántas veces podía repetirse la escena. Desde el taxi distinguía el paisaje nocturno de la ruta 7 que solía ver desde las ventanas del ómnibus. En ese momento, Tokio le parecía una ciudad indefinida de algún rincón de Asia, sin brillo, alegría o cultura propia. Una ciudad pobre y triste.

Al salir del ascensor, la esperaba la señora Kiyokawa. En general era muy jovial pero aquel día la tensión la avejentaba. Entró en la habitación. La Madre estaba acostada con los ojos abiertos, muy redondos. Le habían puesto una máscara de oxígeno. Hacía tiempo que no la veía acostada. A pesar de tantas tortas y galletitas su cuerpo era una tabla debajo de la sábana.

La máscara de oxígeno destacaba sus ojos. Habían perdido la fuerza, el brillo. Estaban turbios. Los labios, violáceos. Respiraba muy agitada, con la boca abierta, de donde asomaba la lengua inexplicablemente torcida. Parecía tener mucha flema, los bronquios hacían ruidos raros.

Pero estaba consciente y al verla tendió la mano izquierda, la que más usaba desde el accidente de fines del año anterior. Mitsuki la aferró y ella devolvió el gesto con una fuerza increíble. Sus dedos eran poco más que huesos pero irradiaban calor.

Llegó un médico de guardia. Aunque aclaró que el aparato digestivo no era su especialidad se animó a diagnosticar neumonía por inhalación. Y explicó que más allá de que el antibiótico resultara efectivo, era improbable que aliviara el sufrimiento. Con cara muy seria sugirió que, considerando la edad avanzada de la Madre, no debían descartar ninguna posibilidad. Mitsuki lo miró sorprendida. Él no se inmutó. Desde su punto de vista, todo era normal. La señora Kiyokawa seguía tensa pero no parecía sorprendida. Saludó con una

reverencia al médico y luego de despedirse de la paciente y su hija se dirigió al ascensor. Mitsuki no recordaba que un médico le hubiera dicho algo parecido cuando su padre tuvo neumonía. Para no usar el teléfono celular desde el sanatorio preguntó en la enfermería dónde había un teléfono público. Le indicaron que fuera al subsuelo.

–Entonces, es el fin –dijo Natsuki cuando la puso al tanto de lo que sucedía. En esas palabras no se detectaba su habitual ironía. Por el contrario, se la oía más calmada. Esa serenidad hizo que su hermana entendiera la gravedad de la situación. Regresó a la habitación de la Madre, que seguía respirando con dificultad y con los ojos muy abiertos. Le acarició el brazo, piel y hueso. Le explicó lentamente y en voz alta que tenía neumonía y eso le provocaba fiebre muy alta, pero que esperaban que gracias a los antibióticos se recuperaría.

La Madre asintió con la cabeza como una niña.

Mitsuki se sentía cansada pero aun así, animada. Sin quitarse el cárdigan siguió acariciando el brazo de la Madre, que respiraba trabajosamente con los ojos entrecerrados. De pronto, con la voz ronca dijo:

–Estás ocupada, deberías irte.

Las palabras consideradas de su Madre la conmovieron. Se levantó diciendo que volvería a la mañana y apretó con fuerza sus manos. Cuando salía de la habitación la Madre tenía los ojos cerrados, posiblemente dormía. Ya no había ómnibus. Mitsuki tomó de nuevo un taxi y otra vez se puso la gorra, el cárdigan, el pañuelo y el chal en las rodillas. Mirando el paisaje a través de la ventanilla del auto pensaba en el *sashimi* de la noche anterior. Lo había comprado en un supermercado que encontró por el camino, no era el de siempre. Cinco lonjas del besugo que le encantaba a la Madre costaban más de mil yenes. Una bandeja más abundante de ostras, salmón y pez limón costaba seiscientos yenes. No era necesario hacer ahorros porque llevaba la billetera de la Madre que ahora tenía mucho dinero, pero la costumbre de cuidar los gastos le impidió comprar el besugo, era demasiado caro.

La hermosa decoración de la bandeja de *sashimi* fue groseramente trozada con tijeras de cocina en la habitación de la Madre, en particular el salmón porque era muy firme. Habría debido mirar a la Madre mientras comía. No lo hizo. Se entretuvo haciendo paquetes de galletitas para entregar a las enfermeras, de espaldas a ella. La Madre devoró el *sashimi* sin avergonzarse, algo inimaginable para su hija, acostumbrada a ver siempre sus modales elegantes. Hasta que empezó a toser y de su boca empezó a salir mucosidad. Entonces recuperó el pudor, pidió disculpas y se limpió la boca. Al cabo de unos minutos el acceso de tos había pasado. Pero poco después se repitió con más

fuerza y durante la noche tuvo fiebre.

A Mitsuki le parecía imposible que la Madre terminara tan repentinamente sus días. Se preguntaba si era la culpable por haber elegido el *sashimi* más barato y haberlo cortado groseramente. ¿Ella la había matado? Mientras hacía estas reflexiones, de pronto se dio cuenta de que pasaba junto al templo Myoho.

Al llegar a su casa fue a su escritorio y encendió la computadora para buscar datos sobre la neumonía por inhalación. Se enteró de que era uno de los motivos frecuentes de la muerte de los ancianos. Debido al deterioro de las funciones respiratorias y la dificultad para tragar, la comida se mete en el pulmón. Y la dificultad para expectorar provocaba la infección pulmonar.

Aunque tuviera parte de responsabilidad en la causa de la neumonía, Mitsuki se dijo que ella no había matado a la Madre. Se fue a dormir. Ya en la cama dejó de importarle saber si era culpable de ese incidente. La Madre no podía tener quejas de ella. La había atendido muy bien. Sólo una idea dominaba su mente: al fin se liberaba de aquella Madre. Seguramente la hermana mayor tampoco dormía, dominada por el mismo pensamiento. De no haber sido medianoche la habría llamado. En la oscuridad recordó la cara inocente de Tetsuo.

27. Nutrición parenteral

Al día siguiente Mitsuki se encontró con la hermana mayor en el camino y juntas entraron en la habitación del sanatorio.

La Madre estaba acostada sin máscara. La boca abierta en busca de oxígeno parecía una caverna oscura de la que seguía asomando la lengua torcida. Respiraba con ruidos de fuelle. A la luz del día se distinguían en su cara manchas tan moradas como sus labios.

–Mamá... –dijo Mitsuki apoyando la mano en el hueso artificial de su hombro.

La Madre no estaba dormida. Miró fijo a sus hijas.

Las reconoció.

–¿También está aquí Natsuki? –preguntó con esfuerzo. Casi no podía mover la lengua.

–Así es, aquí está la hermosa hija Natsuki –respondió la hermana mayor señalándose coqueta a sí misma.

–Qué tontería, no es gracioso –dijo la Madre, riendo un poco a pesar de su condición, y miró a Mitsuki–.

¿Dónde estoy?

Evidentemente, su capacidad de comprensión era errática. Mitsuki se agachó para explicarle al oído lo ocurrido durante la noche. La Madre, como solía hacerlo en los últimos tiempos, asintió como una niña. De pronto dijo:

–Tengo hambre.

No supieron si era hambre de verdad. Para ella comer se había vuelto un entretenimiento. Por otra parte, no parecía una actitud propia de una persona al borde de la muerte, como había sugerido el médico. Mitsuki sintió culpa y un dolor en el pecho: no deseaba la mejoría de su madre. Siguió hablando con ella, le dijo que por el momento no podía comer pero no debía preocuparse, se estaba nutriendo a través del suero. En realidad, el suero bajo en calorías no tenía demasiados nutrientes.

–¿Ni siquiera caramelos? –preguntó con voz casi inaudible la Madre mirando la bolsa de suero.

–Lamentablemente no.

–Es aburrido.

Las hijas no supieron qué decir.

–¡Qué aburrido! –repitió la Madre, esta vez en voz más alta, a pesar

de que la lengua reseca por tener la boca abierta se negaba a cooperar.

Mitsuki se esforzó por conservar la calma.

–Mamá, hay que aguantar un poco.

Entonces la Madre respondió con voz ronca, casi de hombre, pero con su entonación de siempre:

–Ya es suficiente, no quiero seguir viviendo de esta manera.

–Lo mismo de siempre –dijo Natsuki en voz baja. Mitsuki estaba a punto de reír pero de repente apareció el médico de cabecera.

Era un hombre de estatura media, bien parecido, de unos cuarenta años, con expresión agradable y abundante cabello negro. Parecía muy simple y serio, aunque algo en él hablaba de una persona negligente. Las hijas lo trataban con gentileza aunque no les despertaba simpatía. Se notaba que pertenecía a una familia acomodada, que no había enfrentado dificultades en su vida. En los últimos tiempos la situación de la Madre les había permitido conocer a distintos médicos y evaluarlos era ya un hábito para Natsuki y Mitsuki.

–Tenemos que ver si este antibiótico tiene efecto. La edad avanzada hace todo más difícil, espero que puedan comprenderlo –dijo, repitiendo las palabras del día anterior–. Si intentara quitarse el suero tendríamos que restringir sus movimientos –agregó.

–Sí, doctor –asintieron las hermanas y se despidieron de él.

Enseguida Mitsuki se acordó de un asunto importante.

–¡Ah! Debo mostrarle aquel papel. La declaración que nuestra Madre firmó en la Asociación de Muerte Digna. Siempre reclamaba que lo hiciéramos cuando la llevaban en ambulancia –le dijo a su hermana.

Mitsuki salió al pasillo para detener al médico de guardapolvo blanco. Llevaba el papel que la Madre había firmado a los sesenta años, pidiendo que en su persona no se utilizaran medios artificiales para prolongar la vida. En los últimos tiempos lo llevaba siempre en su cartera junto a la etiqueta de ropa interior que le gustaba a la Madre, donde se leía el talle y la marca. Se decía que eran cada vez menos los médicos que se oponían a la muerte digna. ¿Qué opinaría este médico de cuarenta años?

–Comprendo –dijo el médico después de echar un vistazo al papel.

Mitsuki continuó con cautela.

–Cuando empezó con sus dificultades para tragar la comida ella no quiso sonda nasogástrica ni alimentación a través de perforaciones del estómago –explicó.

El cuidado de su madre anciana la había obligado a aprender nuevos vocabularios que habría preferido ignorar. No fue una

experiencia estimulante. En la infancia, en la casa de Chitose Funabashi, donde aún reinaba la pobreza de posguerra, leyendo novelas occidentales aprendía nuevas palabras que sonaban mágicas: "conífera", "molino de viento", "chimenea", "carruaje de cuatro caballos", "hada", etc. Esas palabras traducidas eran aún más atractivas que las hermosas ilustraciones de los libros. La introducían en un mundo nuevo. Mitsuki quería convertirse rápidamente en adulta, usar "medias de seda", "guantes de encaje", "capas de terciopelo", "lápices labiales", "raso negro".

La realidad no coincidió con sus sueños. El brillante porvenir que había imaginado fue suplantado por la necesidad de aprender palabras tan poco poéticas como "zona femoral tibial" –donde la Madre había sufrido una fractura diez años antes–, "trastornos de deglución" o "sonda nasogástrica", y utilizarlas como si las conociera desde su nacimiento.

Al volver a la habitación de la Madre, la hermana mayor preguntó qué había dicho el médico.

–Dijo que comprendía.

–¿Será verdad?

A partir de ese día las hermanas se turnaron para ir a ver a la Madre. Trataron de que no le faltaran flores frescas. Hasta entonces habían evitado llevarlas, tanto a Golden como al sanatorio, para no molestar a otras personas. Ahora iban todos los días, podían ocuparse de cambiarlas.

El antibiótico no fue efectivo. Pero el hecho de que la Madre estuviera acostada sin hablar aliviaba la carga psicológica de verla cada día. Alimentada sólo con suero de bajas calorías, la Madre empezó a adelgazar. Como indicaba la guía de internación, Mitsuki había llevado cepillo de dientes y pasta dentífrica. Las enfermeras con guantes de goma se encargaban de limpiarle la boca con una gasa húmeda, despegaban esputos negros y removían musgos de la lengua. Era peligroso que la Madre tragara una sola gota de agua. Para evitar que se tragara los dientes incisivos le quitaron primero la dentadura de arriba y dos días después la de abajo. Desde ese momento la boca de la Madre fue un enorme cráter.

Cuando despertaba una enfermera absorbía la mucosidad de la nariz con una sonda. La Madre reaccionaba al dolor tratando de librarse de ella y Mitsuki tenía que ayudar sosteniéndole las manos. Era penoso, pero después del procedimiento podía respirar algo mejor. Así transcurrieron cuatro días más. Las hermanas cambiaban las flores marchitas y se contaban las novedades por teléfono. Mitsuki llevaba su computadora portátil, trabajaba en su traducción y de vez en cuando levantaba la cabeza para contemplar la bolsa de líquido lechoso

colgada arriba de la cabeza de la Madre.

–Quiero caramelos –decía la Madre en sus momentos de lucidez.

Aún podía reconocer a su hija. Cuando la veía le tendía los brazos diciendo “Mitsuki”.

Una semana después las hijas empezaron a perdonarla porque pronto moriría. Les parecía increíble que ese día llegara. ¿Estarían soñando? Aunque les apenaba que la pobre Madre fuera vista en ese estado lamentable, las dos hermanas empezaron a comunicarse con gente que debería despedirse de ella antes de su partida al otro mundo. El médico convocó a la familia. Preguntó si estaban de acuerdo en continuar con el suero de bajas calorías a pesar de que el antibiótico no daba resultados. Las dos hijas contestaron que sí y comprendieron que la muerte de su Madre estaba cerca. Después de responder, rogaron para sus adentros que el médico no percibiera su alegría. Las hermanas almorzaron más tarde de lo normal pero muy animadas. “Increíble”, fue la palabra que las dos pronunciaron. No imaginaban que a la mañana siguiente el médico volvería a hablar con ellas.

28. Despedida postergada

–Se está recuperando de la neumonía por sus propios medios –avisó el médico por teléfono al conocer los resultados de los estudios–. Al parecer, no será esta vez –agregó. A Mitsuki la frase le sonó irónica. A continuación le pidió que fuera al sanatorio porque tenía que decirle algo. Ella fue sola. Prefirió informar después a su hermana, con más detalle. Entró en la enfermería donde el médico, inexpresivo, enfrentaba a la computadora. Lo saludó. Él dijo que necesitaba cambiar al suero de altas calorías. Le pidió que lo consultara con su hermana antes de autorizarlo porque necesitaba que las dos estuvieran de acuerdo.

–Es probable que se cure –afirmó.

Si eso ocurría, la Madre podría comenzar con los ejercicios de deglución.

Ese día Mitsuki aprendió cantidad de palabras nuevas. Según dijo el médico, hasta ese momento la Madre recibía el suero a través de una vena periférica. Ahora estaban en condiciones de utilizar una vena central, que permitía suministrar un suero con mayor concentración de azúcares, aunque con su peso setecientas calorías serían suficientes. La cifra no tenía mucho significado para Mitsuki. Sentía el pecho oprimido. La voz del médico le sonaba lejana y aunque sólo habló unos minutos a sus oídos parecieron prolongarse más allá de las reglas de la física.

–Muchas gracias por todo. Contamos con usted –respondió. Su propia voz le sonaba ajena. El mundo que abría una perspectiva luminosa de repente había vuelto a la oscuridad. En una noche la situación había cambiado por completo.

“Ya me parecía... La Madre no se me morirá, no se nos morirá. ¿Qué dirá mi hermana?”, pensaba mientras se dirigía lentamente a la sala de teléfonos públicos. Las lágrimas le nublaron la visión, la escalera empezó a desdibujarse. Sin darse cuenta, empezó a pensar en voz alta. Por suerte nadie podía oírla.

–¡Oh! –exclamó Natsuki. Después hizo silencio por un rato. También la hermana mayor se sintió caer del mundo de la luz al de la oscuridad–. Todavía no nos dejará en libertad –dijo con tono depresivo. A continuación se oyeron sus sollozos–. ¿Cuándo podremos librarnos de ella? Tal vez nos sobreviva. En este momento, literalmente me siento morir.

–Yo sentí lo mismo –dijo Mitsuki con ironía. Las palabras de su hermana le sonaban exageradas, teniendo en cuenta que había recibido tanta dedicación y dinero durante años, y que la Madre sólo se había volcado a su hija menor a partir de su accidente, porque Natsuki estaba enferma y no podía atenderla debidamente.

–Seguramente te tocó la mayor carga –admitió Natsuki–, pero el daño fue mayor para mí porque no pude vivir mi propia vida.

Tenía razón. Mitsuki había vivido su vida, aunque después hubiera fracasado. Ahora imaginaba a Tetsuo en la cocina junto a una mujer joven, cocinando y bebiendo varias copas de vino sin emborracharse, como los hombres occidentales. Antes Tetsuo cocinaba para ella, todavía era el hombre que en París pidió su mano en una velada romántica, al que ella le había dado el sí. Ese fue el comienzo de los tropiezos en su vida. Pero su hermana mayor desconocía esta historia.

Mitsuki cambió de tema. Se enfocó en cuestiones prácticas.

–Por suerte tenía dinero. Podrá seguir internada.

–Sí, es verdad –coincidió la hermana mayor–. Pero aún no nos liberará –agregó con voz lúgubre.

Mitsuki almorzó fuera del sanatorio. Al volver a la habitación siguió trabajando en su computadora. De vez en cuando miraba con indiferencia la cara de la Madre que dormía. El pecho volvía a hacer ruidos. Cuando despertó, le dijo al oído:

–Mamá está mejorando.

La Madre abrió sus ojos. Por su expresión, había entendido que tenía motivo para alegrarse. Rio con la boca desdentada, sin preocuparse por coquetear, aunque con la actitud lisonjera de siempre, que tanto disgustaba a sus hijas.

–Sé que es difícil, pero todavía te quedan fuerzas, te estás recuperando.

La Madre asintió.

Aunque desanimadas por el cambio de situación, las hermanas siguieron turnándose para visitar el sanatorio.

Con el correr del tiempo, para su propia sorpresa Mitsuki comenzó a desear que la Madre se recuperara. Unos meses antes la Madre en su silla de ruedas de Golden le daba lástima. Ahora prefería esa figura a la anciana que miraba el techo con la boca abierta. Un día tuvo la valentía de preguntar a una enfermera si alguna vez podría volver a comer por su propia cuenta. Le respondió que por su edad, aunque sobrellevara la neumonía, le costaría volver a tragar. ¿Eso significaba que seguiría alimentándose con suero y moriría de a poco?

El valor de hemoglobina en la sangre de la Madre era muy bajo. No se podía precisar la causa aunque a juzgar por las deposiciones se

debía a un sangrado interno. El médico dijo que necesitaría una transfusión de sangre. Después de conversar con su hermana mayor Mitsuki se negó a autorizarla. Para acallar el remordimiento se dijo que si la Madre moría estaría simplemente cumpliendo su destino. Pero curiosamente la Madre dejó de sangrar y el valor de la hemoglobina aumentó.

Cuando el médico pidió por segunda vez una transfusión la Madre estaba en franca recuperación de la neumonía, por lo que era un procedimiento necesario para una mejora completa. De todos modos, si el origen del sangrado era incierto la Madre no podría regresar a Golden. De mala gana, las dos hijas accedieron.

El día de la transfusión Mitsuki llegó al sanatorio en el momento en que dos personas bajaban del vehículo de la Cruz Roja con un refrigerador plateado. Recordó los carteles que que la Cruz Roja colocaba en Shinjuku, frente a Isetan, pidiendo donantes voluntarios de distintos grupos sanguíneos.

La transfusión, contrariamente a lo previsto, no produjo mejoría. Todos los días, al entrar en la habitación, la Madre aferraba con desesperación las manos de su hija y abría la boca para decir:

–Ya estoy cansada.

La hija también, pero no tenía ganas de decirlo. Trataba de serenar a la Madre para dedicarse a su traducción. Un día recordó al hombre triste de traje oscuro que vio a fin de año. Se preguntó cómo estaría la señora Wakako Matsubara. Después miró a la Madre que dormía con la boca abierta. Pensó que la habría extrañado más si hubiera muerto antes. Por ejemplo, si hubiera muerto cuando ella era niña. Habría crecido sin madre, pero la habría extrañado y querido mucho más. Esa hija que la Madre había abandonado cuando se fue de la casa del primer marido había podido añorarla, recordarla. Tal vez su breve vida había sido más feliz.

¿Cuál sería el momento apropiado para que la Madre se fuera de este mundo?

Poco después la Madre empezó sus ejercicios de deglución. El médico, el especialista en rehabilitación y las enfermeras la rodearon con gran ceremonia. La levantaron para realizar un suave masaje en la garganta y le dieron una cucharada de sopa viscosa. Luego la auscultaron con el estetoscopio para comprobar que pudiera tragarla. Por supuesto, la Madre no pudo.

Mientras tanto la bacteria que causaba la neumonía se había vuelto resistente al antibiótico. Por eso la enfermedad no se curaba. Los médicos indicaron tomar ciertos recaudos, usar máscara al entrar en la habitación, desinfectarse las manos al salir. En esas condiciones, el regreso a Golden era cada vez más improbable. A las dos hermanas el

verano les parecía eterno.

Mitsuki iba mecánicamente al sanatorio todos los días, bajo el rayo del sol. Mientras su hermana mayor viajaba en taxi por la ruta 7 hacia el Norte ella tomaba un ómnibus hacia el Sur. Natsuki le aconsejó que usara el dinero de la Madre para los viáticos pero ella sólo se permitía ir en taxi cuando su salud no le dejaba alternativa: el aire acondicionado del ómnibus en pleno verano era fuerte. Al principio para no tener frío salía con camiseta de invierno, en la caminata hacia la parada del ómnibus transpiraba mucho y luego con el aire acondicionado del ómnibus se enfriaba. Entonces, para evitar que la camiseta se humedeciera decidió ponerse paños de lino sobre el pecho y en la espalda. No fue efectivo, al quitárselos en el ómnibus comprobó que de todos modos la camiseta se había humedecido. La mejor solución fue llevar una muda completa para cambiarse una vez que llegaba al sanatorio. Su bolso pesaba cada vez más.

Al entrar en la habitación de la Madre automáticamente se ponía la máscara y apagaba el aire acondicionado. Las enfermeras y otros auxiliares, por ser jóvenes y estar en movimiento, no tenían frío. Al parecer tampoco la Madre, tal vez por el calor que le daba el suero o porque no tenía mucha conciencia. Era sólo un cuerpo acostado con la boca abierta.

29. Huesos bajo las lápidas

Las personas a las que habían anunciado la pronta muerte de la Madre empezaron a desfilar por el sanatorio. Entre ellas, Masako. Se había divorciado y había criado sola a su hija, con gran esfuerzo. Ya adulta, la hija sufría de un trastorno de alimentación y no duraba en ningún puesto de trabajo. En la cara de Masako se veía su cansancio.

–Tu mamá me ayudó tanto... –le dijo a Mitsuki, mirando la cara de la Madre cubierta por la máscara.

Masako visitaba a menudo la casa de Chitose Funabashi. Durante el divorcio no regresó a la casa de sus padres. Eran demasiado estrictos. Se quedó con la Madre, que fue muy atenta con ella.

También pasó por el sanatorio un pariente lejano del padre. Como era un hombre solo, sin más familiares, había vivido en su casa y lo consideraba su hermano mayor aunque no tenían relación sanguínea. La Madre, que había abandonado a su marido en un sanatorio, no le caía bien. Pero era una persona muy honesta y correcta. Para consuelo de Mitsuki, le contó que cuando visitaba al padre él le decía que sus hijas lo cuidaban mucho.

El hermano menor del tiíto de Yokohama y su esposa se hicieron presentes en el sanatorio. El tiempo, lamentablemente, no perdona. El tíito y su Madame Butterfly se habían ido al otro mundo mucho antes. La Madre era uno de los pocos testigos vivientes de la época de esplendor de la familia de Yokohama.

Otra de las visitantes fue Satsuki, la bondadosa hija de la tiíta. Los nombres Natsuki y Mitsuki, derivados de Satsuki, fueron elegidos para honrar sus virtudes. Satsuki chan había envejecido, en lugar de sus rizos de muñeca ahora peinaba canas. También la tiíta estaba en silla de ruedas en una residencia geriátrica.

Una compañera del taller de *chanson* fue a visitar a la Madre. Después de largo tiempo sin verla había reanudado la comunicación telefónica y a veces iba a cocinar para ella en la casa de Chitose Funabashi. Conocía al “profesor”. Según dijo, ya tenía nietos y se había convertido en un abuelito cualquiera. La jubilación de su esposa, que había sido profesora de secundaria, le permitía vivir decentemente.

Por último apareció una pariente de la rama materna. La Madre la trataba como sobrina, es decir que también era nieta de O-Miya san. Sin embargo, no parecía tener “sangre de O-Miya san”. Era una

persona muy franca y refiriéndose a la Madre dijo en voz alta: “Vivió muy bien, se dio todos los gustos, puede despedirse contenta de este mundo”.

Al ver a la Madre todos recordaban su belleza y seguramente les apenaba encontrarla en ese estado. Las hijas la incorporaban en la cama cada vez que llegaba alguien y le decían el nombre del visitante. Ella parecía despertar de repente y respondía con suma formalidad, les estrechaba la mano y con lágrimas en los ojos les decía cuánto los apreciaba, como si no estuviera senil.

La Madre no volvió a estar bien. Su garganta ruidosa no podía tragar ni escupir. Sin que Mitsuki se diera cuenta el viento del otoño empezó a soplar, llevándose el calor. Pero los días frescos no trajeron descanso a su cuerpo ni a su alma. La Madre seguía en una difusa línea entre la vida y muerte.

Una tarde Mitsuki fue al templo Myoho, adonde desde la era de Edo jóvenes y ancianos acuden para purificarse del mal y para pedir la ayuda de los dioses en todos los asuntos humanos que puedan necesitarla: el matrimonio, los negocios, la enfermedad, el examen de ingreso a la universidad, la crianza de los hijos. Entre las personas mayores distinguió a varios jóvenes con las palmas unidas. Las figuras de Nioo[47] custodiaban a izquierda y derecha la puerta principal. En el centro de ese pulcro recinto había un altar y más atrás, el altar principal. En el fondo un árbol enorme mostraba su color otoñal.

Mitsuki fue directamente hacia el fondo, donde una puerta pequeña comunicaba con el cementerio. Oyó un ruido. Tal vez las blancas calaveras centenarias intentaban asustarla. Sin embargo, la visión de las lápidas no le resultó macabra. Le dio consuelo.

La Madre recibió una tercera transfusión. A esa altura era inimaginable que pudiera tragar algún alimento. Aunque regresara a Golden seguiría alimentándose a través del suero durante meses... o años. Mitsuki no se animaba a preguntar al médico cuánto podía vivir en esas condiciones. Él, impasible como de costumbre, un buen día planteó la posibilidad de hacer una gastrostomía.

Fue un viernes de octubre. El médico pidió hablar con Mitsuki. Ella fue a verlo y lo encontró, como siempre, frente a la computadora. Al verla apartó la vista del monitor. Le sugirió la conveniencia de realizar una gastrostomía para reemplazar la nutrición parenteral porque las venas tenían un límite de resistencia y no podían utilizarse por tiempo indefinido.

Mitsuki se preguntó si había oído bien. El médico ya había leído la carta de adhesión de la Madre a la Asociación de Muerte Digna. Y había dicho que comprendía.

¿Lo había olvidado? No supo qué responder.

–En cualquier caso, no puede regresar a la residencia geriátrica. Aún no se recuperó totalmente de la neumonía y la hemoglobina en sangre está muy baja.

–Entonces, ¿adónde debería ir? –preguntó tímidamente Mitsuki.

–A un sanatorio especial.

Ese día las hermanas cenaron juntas.

–¡Qué idea absurda! Mamá ya no se mueve, ni siquiera sabe quién es. ¿Para qué le van a agujerear el estómago?

–se indignó Natsuki.

–Es precisamente lo que no deseaba –opinó Mitsuki. Las hermanas se acordaron del suegro de Natsuki, que ese año cumpliría sus noventa y dos, postrado con tubos en la nariz y el estómago.

El señor suegro iba a partir de este mundo como relataba la leyenda de Kiyomori Taira:[48] "Tan alta era su fiebre que nadie podía acercarse a él sin quemarse. Y cuando le arrojaron agua fría el cuerpo ardiente se convirtió en vapor, un humo negro que se elevó y se expandió por todo el palacio".

El suegro de Natsuki se llevaba muy bien con la Madre, siempre mimaba a su nuera y también a Mitsuki. Después de los ochenta años enfermó de cáncer de estómago, se debilitó y tuvo dos infartos cerebrales. Se convirtió en un cuerpo inmóvil al que alimentaban artificialmente en un lujoso sanatorio especial, con sala para los acompañantes. El daño cerebral dio paso a la demencia. Luego sufrió neumonía por inhalación. Cuando mejoró ni siquiera podía digerir comida líquida. La gastrostomía no fue efectiva. Desde entonces estaba inconsciente, conectado a varios tubos nasales y estomacales.

Cuando la médica que lo atendía convocó a toda la familia para anunciar que lo alimentarían por medio de una sonda nasal, aunque era una pariente política y sin derecho a voto por ser esposa del segundo hijo, Natsuki opinó:

–Sería mejor no hacer nada.

Al mirar a los otros familiares se dio cuenta de que pensaban lo mismo.

–Entonces tendrá que regresar a su casa –dijo la médica con frialdad. Pero advirtió–: Es muy trabajoso cuidar de estos enfermos hasta el final, en general la familia los trae de nuevo al sanatorio.

Así fue como el suegro siguió como una momia viviente en la lujosa habitación del sanatorio, con sondas en ambas fosas nasales.

Conversando con una amiga de su época de la escuela de música Natsuki le contó sobre su suegro. La madre de la amiga, enferma de Alzheimer, también había sufrido una neumonía por inhalación. El sanatorio de Sapporo donde se encontraba le permitió elegir la muerte

natural. La mujer murió unas semanas después.

En aquella oportunidad Natsuki se desahogó por teléfono con la hermana menor. Como siempre, encerrada junto a sus dos gatos en la sala del piano para hablar sin que la molestaran.

–¿Por qué la médica no ofrece esa opción? –preguntó furiosa a su hermana.

Sabía que era inútil hablar del tema con Mitsuki. Lo hacía porque en la familia Shimazaki nadie compartía su sentimiento. A diferencia de la familia Katsura, los miembros de una familia opulenta son apáticos. El suegro, la única excepción, se había convertido en un pedazo de carne al que mantenían vivo con nutrición artificial. La Madre se enteró del destino del suegro de Natsuki cuando todavía caminaba con bastón. Lo lamentó y lagrimeando declaró que de ningún modo ella desearía seguir viviendo en esa situación:

–Por favor, les ruego que digan que no. No permitan que me hagan agujeros en el estómago. Hablo en serio. Se desperdiciaría el dinero de los impuestos en una persona que está inconsciente. Quiero morir con dignidad, ustedes son mi única esperanza de que esto se cumpla. No lo olviden.

Natsuki recordaba con claridad esas palabras. Y las dos hermanas estaban de acuerdo en evitar esos procedimientos pero ¿cómo?

Mitsuki se deprimía pensando que sería ella la responsable de resolverlo.

30. Noche en vela

Mitsuki pasó el fin de semana frente a la computadora, averiguando sobre la gastrostomía.

Por la ventana entraba el sol otoñal. Las hojas de las hortensias empezaban a amarillear. Seis meses atrás, mientras leía los e-mails de Tetsuo y la mujer joven, tenían brotes tiernos.

Esta vez la angustiaba un tema que iba más allá de ella e incluso de su Madre. ¿Por qué un médico recomendaba un procedimiento que el paciente rechazaba explícitamente? ¿Qué significaba en Japón tener sentido común? ¿Qué significaba en otros países que disponían de una avanzada tecnología médica?

Descubrió que los tratamientos médicos para prolongar la vida generan conflictos éticos. Antiguamente, si una persona no podía comer tenía que morir. Hoy, aunque con cierta variación de criterios entre Europa, Estados Unidos y Japón, ya no es así. No le sorprendió pero no podía estar de acuerdo. El lunes en el sanatorio pidió al médico que trabajara con el objetivo de que la Madre lograra deglutir por sí misma. Él se comprometió a hacerlo. Mitsuki regresó a casa bajo un cielo otoñal tan diáfano y azul que parecía irreal. Suspirando abrió la puerta del edificio y luego, la de su apartamento. De alguna manera tenía que encontrar un sanatorio que otorgara a la Madre el derecho a la muerte natural. Se le ocurrió llamar a la Asociación de Muerte Digna. La atendió una mujer cordial, por su voz tendría unos sesenta años. Mitsuki le explicó la situación de la Madre. La mujer respondió que podía enviarle por fax una lista de los lugares que colaboraban con la asociación. Luego le aclaró que habitualmente se entendía por "tratamientos de prolongación de la vida" a los que utilizaban aparatos de respiración artificial y masaje cardíaco. En el caso de la gastrostomía, dependía del juicio del médico incluirlo entre los dispositivos para prolongar la vida.

Mitsuki le preguntó si en alguno de los lugares de la lista habría un médico con el que se pudiera hablar, porque en general las personas que atendían el teléfono no daban posibilidad de explicar nada. La secretaria de la asociación le dijo que tendría que intentar con cada uno de los sanatorios. Y antes de despedirse le recomendó:

–Por favor, cuídese, de lo contrario será usted la enferma.

Mitsuki no supo qué responder.

Ese día le enviaron la lista de varias hojas con los nombres de las

instituciones. Después de hacer lentamente los quehaceres domésticos se acostó y pasó toda la noche buscando datos en Internet. No tenía sentido llamar a Natsuki para indignarse de a dos. No había tiempo que perder, tenía que decidir y actuar. La convicción de que no autorizaría la gastrostomía recorrió su cuerpo frío como si fuera una llama. Ese tratamiento apenas prolongaría la vida de la Madre por unos meses y, ¿en qué condición? Para ella ya era suficientemente difícil aceptar que no podía levantarse de la cama.

Mitsuki recordó que en el sanatorio, un día en que la Madre se sintió relativamente bien, le preguntó:

–¿Por qué no puedo caminar? Quiero ir a algún lugar. Me cansé de estar acostada. Tengo ganas de caminar, de salir.

–Mamá, antes de llegar a este sanatorio ya no podías caminar, ¿se te olvidó?

–¿En serio? ¿No podía caminar?

–No.

–¿Con el bastón tampoco?

Tal vez recordaba el período en que usaba bastón porque había sido bastante largo. En cambio no tenía recuerdo de la silla de ruedas. De cualquier modo, insistió:

–Entonces, ¿me conseguirás un hombre con fuerza que pueda llevarme en brazos a algún lado? Es aburrido seguir viviendo así –y agregó la consabida frase–: Ya estoy cansada.

Esa noche por primera vez Mitsuki se compadeció de la Madre y hasta derramó algunas lágrimas por ella. La sensación liberadora que en algún momento le provocó pensar en la muerte de su Madre había quedado atrás. Ahora debía considerar los temas concretos.

En una agenda marcó con doble círculo los nombres de las personas a las que debería llamar. Con un círculo rojo a las que enviaría una nota. Al igual que el padre, la Madre no quería un funeral formal. Se preguntó si también los padres occidentales daban tantas instrucciones a sus hijos o dejaban en sus manos la decisión de su destino después de la muerte.

Pero antes Mitsuki debía decidir cómo llegaría la Madre al fin de su vida. La ausencia de Tetsuo le dejaba tiempo para pensar. La lista de instituciones de la Asociación de Muerte Digna no fue de gran ayuda. La información no estaba organizada y además no tenía tiempo para hacer una verdadera investigación. El sanatorio que había mencionado la amiga de Natsuki, donde habían permitido que su madre muriera naturalmente, parecía la mejor opción. Sólo debía resolver el traslado.

Luego consideró la posibilidad de llevarla a su casa. Seguramente a la Madre no le gustaría que la hija le cambiara el pañal, de modo que

necesitaría personal que la atendiera las veinticuatro horas, en lo posible una enfermera que supiera succionar el catarro para mejorar la respiración y le humedeciera la boca, porque ya no tendría el suero. Y ella tendría que verla sufrir y soportarlo, como se hacía antiguamente, cuando todos los ancianos morían en casa.

A fin de año Mitsuki había pasado algunas noches de insomnio. Esa noche la tensión de su espíritu le tensionaba el cuerpo y le impedía conciliar el sueño. Imaginaba el escenario en que se transformaría su casa: la Madre en cama, el aparato para succionar el catarro, pañales en cantidad. ¿Cómo le explicaría a su Madre la situación? ¿Hasta dónde podría entenderla?

Cerca del amanecer comprendió que la mañana era la salvación de los seres humanos. "Voy a traer a la Madre a casa", se dijo. Esperó hasta una hora prudente para llamar a su hermana y comunicarle su decisión. Natsuki respondió con recelo:

–¿Por qué no consultaste a la señora Kiyokawa? Ella sigue visitando de vez en cuando a la Madre, le lleva flores –observó Natsuki.

–Es cierto –admitió Mitsuki.

Sólo entonces se dio cuenta de que había pasado toda la noche pensando como si no tuviera con quién compartir las decisiones. Se sintió presuntuosa y estúpida. Habría sido innecesario pasar la noche en vela.

La señora Kiyokawa sugirió consultar en la clíni ca donde trabajaba el médico que atendía una vez por semana a la Madre en Golden. Él podía ofrecerles lo que deseaban.

–¿Sin nutrición parenteral?

–Sí –respondió alegremente la señora Kiyokawa–. Si así lo desea la familia.

En menos de una semana la Madre fue trasladada a esa clínica. Mitsuki lo acordó con el médico al día siguiente del llamado a la señora Kiyokawa. El miércoles el ejercicio de deglución realizado por el equipo compuesto de médico, especialista en rehabilitación y enfermeras fue un fracaso.

El médico volvió a considerar la posibilidad de la gastrostomía. Recibió a Mitsuki, una vez más, sin dejar de prestar atención al monitor de su computadora. Ella contuvo el impulso de decirle muchas cosas desde el fondo del corazón. Sólo dijo que deseaba trasladar a la Madre a una residencia geriátrica y luego pensaría en el futuro. El médico se alegró. Su gesto indicó que se sentía relevado de una gran responsabilidad. No dedicó un segundo a pensar en su paciente como ser humano. Al parecer el sistema de salud de Japón obligaba a los médicos a actuar de esa manera insensible.

Se definió la fecha del traslado. Yuji acompañó a su esposa y su cuñada. Los tres presenciaron el momento en que las enfermeras quitaron la sonda del suero que con sus calorías animaba a la Madre.

Mitsuki, ajena a las dietas, entregó al médico una enorme caja de dulces que él se negó a aceptar. Finalmente la llevó a la enfermería esperando que allí encontraran adeptas. Médico y enfermeras se despidieron formalmente en la entrada del sanatorio una vez que la Madre estuvo dentro del vehículo especial que la trasladaría en una cama plegable. Las dos hijas saludaron con una reverencia. Seguían sin saber qué pensaba ese médico. Su cara inexpresiva les resultaba tan enigmática como el sistema de salud de Japón. La Madre viajó con los ojos cerrados, dejándose mecer por los movimientos del taxi-ambulancia. Estaba esquelética. Al llegar a la clínica, el médico que la atendía en Golden se conmovió. En dos meses había sufrido un enorme cambio.

–Ha cambiado totalmente. Y al parecer no me reconoce –dijo después de las salutaciones.

31. ¿No quieres a mamá?

Yuji respondió al comentario del médico en nombre de la familia.

–Ahora lo importante es que sufra lo menos posible. Cansadas de la indiferencia del médico del sanatorio,

las hermanas habían decidido –con criterio conservador– que un hombre hablara por ellas. Mitsuki consideró conveniente su perfil. Nada indicaba que era un violonchelista, no usaba "camisa de intelectual". Bien podía pasar por un asalariado. Y su innato sentido común se afianzaba a medida que pasaba el tiempo.

El médico de cabecera asintió en señal de acuerdo.

–Es la conclusión a la que llegan todos los familiares –dijo a modo de consuelo.

Las hermanas valoraron esas palabras de una persona que les parecía confiable.

A partir de ese momento sólo quedaba esperar que los días de vida de la Madre se sucedieran hasta llegar al último.

La clínica era pequeña, pero limpia y prolija. En la planta baja se encontraban los consultorios; en el primer y segundo piso, seis habitaciones para internación. La mitad estaba vacía. Las demás, ocupadas por ancianas desdentadas que dormían con la boca abierta. El personal de enfermería estaba compuesto sólo por mujeres. La luz otoñal atravesaba las ventanas. La atmósfera era tranquila. También las hijas se tranquilizaron al saber que sus obligadas visitas no se prolongarían por mucho tiempo.

Allí la Madre recibió la atención correcta: le succionaban varias veces el catarro y la saliva acumulada en la boca, le cambiaban frecuentemente los pañales. Dos veces por día recibía suero de bajas calorías. Su boca siempre abierta parecía una caverna oscura. Ya no usaba la máscara de oxígeno. Sin embargo, la mandíbula seguía tensa como si aún la tuviera puesta.

Un día Mitsuki palpó dos bultos a ambos lados de la garganta. Se habían formado por la contractura, resultado del esfuerzo por respirar. Durante largo rato masajeó la zona para aflojarla pero luego le encargó esa tarea a Natsuki, que con más destreza –gracias a sus dedos de pianista– al cabo de una hora lo consiguió. Al parecer, sabiendo que la muerte de la Madre era inminente la hermana mayor se sentía mejor predispuesta.

Las hijas hicieron preparativos. Pensaron cómo vestir a la Madre

cuando llegara su hora. Si bien los vestidos que había usado en los espectáculos de *chanson* les traían el desagradable recuerdo de aquel hombre, habían costado muy caros y Natsuki los conservaba en su casa.

–El de seda negra, entre ramos de rosas, le daría el aspecto de una actriz de cine, una señorita de los bares de Ginza –dijo la hermana mayor.

Pero al cabo de un instante las dos hermanas coincidieron en que no usarían ninguno de esos trajes de *chanson*. Se decidieron por un vestido largo de mohair gris claro, suave y liviano como las nubes. Era tan bello que la Madre no se animaba a deshacerse de él aunque desde que tenía la espalda encorvada no podía usarlo. Mitsuki lo había guardado en su casa. Y en lugar de rosas eligieron flores silvestres. Así, vestida como un ángel, tal vez podría alejarse de su pecaminosa historia y llegar al *gokuraku*.[49]

Pero la Madre no se fue tan fácilmente. Una semana después, como un ser que regresa de la muerte, abrió de repente sus ojos negros y le tendió el brazo a Mitsuki.

La hija aferró su mano para decirle al oído que había sido trasladada a un sanatorio más conveniente. Dudaba de que lo hubiera entendido cuando se lo explicó al llegar a ese lugar.

–Entonces, esto es una clínica –dijo la Madre con dificultad para mover la lengua y emitir la voz. No recordaba el traslado, tampoco sabía dónde estuvo antes–. Aquí dejaré de ser.

–Es un buen lugar. Soy Mitsuki, ¿me reconoces?

–¡Por supuesto! –dijo la Madre con suficiencia. Seguiría siendo la misma hasta el final.

Luego preguntó por la tiíta. Y pidió a su hija que le diera "un besito", como no lo hacía desde que ella iba a la escuela primaria. Mitsuki accedió sin sacarse la máscara que prevenía la transmisión de gérmenes.

Al día siguiente Natsuki se enteró de las novedades. Según el médico, la recuperación era increíble. Ese cuerpo esquelético se esforzaba por seguir viviendo. Esa noche Mitsuki soñó que su Madre estaba recibiendo de nuevo suero rico en calorías y despertó sobresaltada. La Madre, después de despertar de su largo sueño, no dejaba de quejarse. Mitsuki la masajeaba para aliviar sus dolores. Era inútil. Pero en la clínica rechazaron su pedido de administrarle una dosis de morfina. Ella no se atrevía a decirle que no sufriría esos dolores por mucho tiempo, se limitaba a aferrar sus manos con manchas oscuras y venas azules. Recordaba repetidamente una escena ocurrida diez años antes, cuando una bicicleta atropelló a la Madre. Tal vez para pensar en su vejez le pidió que la llevara a un hotel con

vista al lago en la región donde muchos años antes había vivido la abuela. Ahora Mitsuki deseaba ir a ese lugar después de la muerte de la Madre para pensar en Tetsuo. Ya no podía concentrarse en las traducciones. Leía *Madame Bovary*, un libro que había descubierto poco antes en la biblioteca de la Madre. Siempre le había prohibido leerlo. Ahora, cercana la hora de su muerte, la prohibición se desvanecía. De vez en cuando levantaba la cabeza, suspiraba y miraba la bolsa de suero de doscientas calorías diarias.

Un día, la enfermera cambió la bolsa de suero y dijo amablemente a la enferma que pronto estaría más tranquila. La Madre le agradeció y mostró su sonrisa diplomática. Cuando la enfermera se retiró miró el suero con sospecha.

–Está mintiendo, no me siento mejor –dijo.

Mitsuki tuvo ganas de llorar. Pero no porque sintiera lástima. La Madre provocaba su ira. ¿Por qué tenía que seguir opinando hasta la muerte? ¿Por qué no dejaba de pedirle besos y abrazos? ¿Por qué esperaba que ella aliviara su dolor?

Poco después a Natsuki le pasó algo parecido. Le contó a su hermana que mientras trataba de peinar a su Madre con cariño la oyó gritar: "¡No me molestes!". Ella arrojó el peine y se fue. Evidentemente, la situación terminal no alteraba la relación tensa entre madre e hija. Al enterarse, a pesar del cansancio Mitsuki fue al sanatorio. Despertó a la Madre con una palmada en el hombro.

–Mamá, ¿cómo pudiste decirle a Natsuki que es molesta?

La Madre no entendió. Trató de explicarlo mejor:

–No pelees con Natsuki, ella quiere ayudarte –le dijo en voz baja.

Tal vez ese tono de voz diferente produjo la respuesta:

–Mitsuki, ¿no quieres a mamá?

32. El sueño viaja en campo árido

Mitsuki pensó que desde hacía tiempo, desde que demostró su indiferencia hacia el padre, evitaba decirle: "¡No te quiero, mamá! ¡En absoluto!".

En ese momento calló. Era la mayor amabilidad que podía dedicarle a la Madre. Pero ella insistió:

–Dime, Mitsuki, ¿qué piensas de mamá? ¿No me quieres?

–Estoy siempre atendiendo tus necesidades, ¿hacen falta palabras? –respondió la hija. No pudo hacerlo en tono cariñoso. La Madre seguía diciendo cosas impertinentes, que le causaban profundo disgusto, pese a su vejez. O quizá a causa de su vejez, sintiendo que la muerte estaba cerca, no podía demorar las preguntas que tenía pendientes.

Fue la última conversación con la Madre.

Hasta medianoche, sentada en el escritorio, Mitsuki observó los documentos de la Madre. Después de varios días recibió un e-mail de Tetsuo. Le recordó, una vez más, que no le había avisado ni siquiera de la internación de la Madre. Tetsuo se despedía alegrándose de que hubiera terminado la temporada del aire acondicionado. Era un hombre siempre amable.

Tuvo ganas de responderle: "la Madre todavía no se muere". Y de repetir cien veces esa frase. No se le ocurría otra cosa. Estaba desencajada. Pero recordando a la mujer que lo acompañaba redactó un e-mail superficial, agradeciendo y preguntando si hacía calor en Vietnam. Después volvió a fijar la atención en los documentos. No pudo hacer nada.

Alrededor de la una se levantó, fue a la sala y abrió una lata de espumante. Miró el noticiero. Pero la pequeña dosis de alcohol fue suficiente para no entender lo que se decía. Sólo podía pensar en que la Madre, que apenas recibía cuatrocientas calorías diarias, en lugar de morir le preguntaba si no la quería y seguiría preguntándolo, un mes más, y otro...

"No se muere. La Madre no se me muere", se dijo.

La casa estaba totalmente cubierta de polvo. La ropa sucia se acumulaba. Ni siquiera tenía tiempo de teñirse el cabello que nacía blanco en el cuero cabelludo. No tenía tiempo para nada y estaba completamente agotada pero la Madre no se moría. Tenía un marido con una amante en el exterior y debería pensar en su relación con él, pero la Madre no se moría.

Desde el fondo del corazón quiso gritar: “Mamá, ¿cuándo te vas a morir?”. Tal vez lo hizo, gritó de verdad. El eco de la palabra “mamá” resonó en su alma. A punto de desmayarse logró ponerse el piyama, lavarse la cara y los dientes y tomar algunos de los remedios que el médico le había recetado. Aunque le había recomendado que evitara el alcohol, desde hacía años tomaba espumante.

¿Esa noche tendría un efecto especial? No le importó. Sin darse cuenta se puso a llorar. Entre llantos se metió en la cama y se cubrió con el acolchado de pluma.

De repente sonó el teléfono. Era la una y media. Sólo podían llamar del sanatorio. Una enfermera avisaba que las enzimas en sangre habían bajado.

–Acabo de tomar un medicamento para dormir. ¿Es necesario que vaya enseguida al sanatorio? –preguntó, intentando calmarse.

–Su madre todavía no está en peligro. ¿Cuánto tiempo le lleva viajar hasta el sanatorio? –respondió la enfermera.

–Media hora.

–En este momento el nivel de enzimas es noventa y dos. Por debajo de ochenta y cinco el estado sería crítico. Pero considerando cómo evoluciona, puede venir por la mañana.

Le sorprendió que el nivel de las enzimas en la sangre permitiera prever el momento de la muerte de una persona.

–De acuerdo –dijo, y se despidió de la enfermera.

Llamó a la hermana mayor. Habría preferido no despertarla porque no estaba bien de salud pero ella no había llegado a tiempo cuando murió el padre y al menos quería estar presente en el momento de la muerte de la Madre.

–Entonces todavía aguanta hasta mañana –dijo con rencor, seguramente recordando que la Madre la calificó de molesta.

–Así parece. La enfermera dijo que me llamaría enseguida si el nivel de enzimas en sangre era crítico.

–En ese caso, yo también espero –dijo Natsuki.

A la mañana Mitsuki se duchó para despabilarse y desayunó *onigiri*.[50] Llegó al sanatorio a las ocho de la mañana. En la enfermería un monitor mostraba el funcionamiento del corazón de la Madre. Un ícono rosado como el órgano verdadero emitía ondas titilantes y de vez en cuando sonaba un bip. Diversas cifras indicaban, por ejemplo, la presión sanguínea y el nivel de enzimas en sangre.

La Madre tenía los ojos bien abiertos y respiraba con esfuerzo. Le pareció verla como de costumbre en los últimos tiempos pero cuando se agachó para mirarla de cerca sus ojos grandes no se movieron. Estaban tan turbios como ojos de pescado. Sólo cuando le aferró la

mano respondió aferrando la suya.

–Mamá, soy Mitsuki chan –le dijo al oído–. Tranquila, estoy acompañándote.

Ella asintió con la cabeza. Sus ojos seguían abiertos, mirando el techo. El aparato que medía el grado de enzimas en sangre oscilaba entre noventa y noventa y ocho. Llegó Natsuki. Explicó que avisaría a Yuji, que estaba trabajando, y a Jun que fueran al sanatorio cuando llegara el momento. No dijo si pensaba llamar a Estados Unidos para avisarle a Ken. En realidad, prefería que las hermanas pasaran el trance solas.

Esperaron hasta la noche. Por su edad y su condición física los bancos sin respaldo fueron una tortura. Camino al baño pasaban por habitaciones con camas vacías donde daban ganas de acostarse. Pero resistieron, turnándose para sentarse en la cabecera y a los pies de la cama. La Madre de vez en cuando extendía sus brazos, sujetaba la mano que encontraba y no la soltaba durante un rato, mientras le hablaban. Cuando sus hijas se sentaban a los pies, apoyando la cabeza en la cama aprovechaban para descansar. Con las máscaras puestas les costaba conversar y además ya no tenían qué decir.

La Madre volvía a alzar sus brazos. Esos dedos que eran poco más que piel y hueso se movían en busca de algo. ¿En qué pensaría mientras la luz de su vida se apagaba? ¿Qué paisaje vería? ¿Su alma seguiría recorriendo el campo árido en busca de un último destello?

¿Al menos era consciente de que sus hijas estaban allí, hasta el final?

Pasadas las cinco de la tarde el nivel de enzimas en sangre estaba por debajo de noventa. Natsuki llamó a Yuji y Jun. Llegaron alrededor de las seis y media. Las dos hermanas tenían el cansancio propio de su edad. Yuji tenía muy buen estado físico gracias al golf. Y Jun simplemente era joven.

De pronto Mitsuki notó que el monitor de la enfermería hacía sonar con más frecuencia el bip. La enfermera entró con una gasa húmeda en la mano, según dijo, para secar los ojos. Con sus dedos amables colocó esa gasa y bajó los párpados para que la Madre no muriera con los ojos horrorosamente abiertos. Aunque a diferencia del sueño de los vivos, tal vez los muertos pueden dormir el sueño eterno sin cerrar los ojos.

Las hermanas salieron al pasillo. Las puertas de las demás habitaciones estaban cerradas para que los otros pacientes ignoraran la muerte de un internado. Vieron al médico de cabecera vestido con ropa de calle. Lo habían llamado de urgencia. Al parecer era su día de franco, no lo habían visto hasta ese momento. Más tarde se presentó ya con su guardapolvo.

Todo sucedió en armonía. Cada vez que un paciente moría, se repetía la misma película. Esta vez, Mitsuki y Natsuki serían las protagonistas. El drama avanzó matemáticamente. De pronto el médico se ubicó junto al monitor, que se encontraba en el medio de la habitación, apartado de la familia. Cada vez que el corazón de la Madre se movía, el corazón rosado de la pantalla titilaba y emitía un sonido electrónico. Los sonidos fueron espaciándose hasta llegar a una frecuencia de diez segundos. Pasaron apenas un par de minutos antes de que el médico dijera:

–Ya sería hora.

La enfermera desconectó el monitor.

–Ha expirado –dijo el médico y bajó la cabeza. La familia lo imitó.

El médico miró el reloj.

–Son las 19:23.

Las curiosas palabras del médico: “Ya sería hora”, seguían resonando en los oídos de Mitsuki.

33. Menú de empresa funeraria

Las enfermeras, siempre tan profesionales, después de la muerte de la Madre se convirtieron en especialistas en ritos mortuorios. Adustas como monjas, pidieron a la familia que se retirara para hacer su tarea.

Yuji llamó por teléfono al número de la empresa funeraria que le dieron en la clínica y luego la familia fue a la sala de espera del piso de abajo. Yuji leyó una revista. Jun siguió sus compromisos laborales desde su *notebook*, como solía hacer siempre.

En menos de una hora la enfermera dijo que podían pasar. Aunque la Madre había perdido diez centímetros de estatura, estando acostada podían vestirla con ropa de otra época. Las enfermeras también se habían encargado de maquillarla pero las hijas sacaron su lápiz delineador de cejas y la sombra gris que hacía juego con el vestido. Pensaron en resaltar los labios pero desistieron. A la Madre le acomplejaban sus largos dientes incisivos.

–Creía que era su único defecto –comentó Mitsuki.

–Porque era muy orgullosa –opinó Natsuki.

Luego le pusieron las medias de nylon hasta las rodillas. La Madre siempre las usaba cuando vestía prendas occidentales. Los pies delgados estaban hinchados y azules.

Aparecieron dos hombres completamente vestidos de negro para llevar el cadáver de la Madre en un vehículo. La familia se trasladó en el Mercedes Benz de Yuji a la funeraria, una nueva empresa que por su lobby recordaba a un hotel. La modernidad le había quitado el olor de la muerte. Antes siempre olía a incienso, indispensable para los muertos.

Para evitar el mal trance que habían pasado cuando murió el padre, las hermanas encargaron a Yuji la explicación de que no habría ceremonias. Para su sorpresa, quizá porque habían pasado más de diez años, la empresa no opuso resistencia y en cambio mostró un catálogo que ofrecía una opción sencilla, denominada “Plan reposo”:

Sala de reposo (un día)	10 500 yenes
Ataúd (*yenkis*)	43 000 yenes
Hielo seco (para un día)	8 400 yenes
Camas de flores (2 unidades)	31 500 yenes
Vehículo con cama (10 km)	12 600 yenes
Coche fúnebre (standard)	18 900 yenes

Urna de cerámica (superior)	47.250 yenes
Urna de cerámica Seto	10.500 yenes
Urna impermeables	5.250 yenes
Gastos administrativos	52.500 yenes
Total	260.400 yenes

Parecía un menú de restaurante. Contemplaba ítems opcionales, como los gastos administrativos para conseguir el certificado de cremación –incluidas las propinas–, distintas urnas, etc.

–¿Es habitual que la gente no celebre la ceremonia funeraria? –preguntó Mitsuki.

–Hay dos tendencias claramente definidas: los que evitan toda ceremonia y los que organizan un funeral lujoso –respondió el empleado con tono de analista de mercado. Tal vez tenía una respuesta a la medida de cada cliente, dependiendo de su idea de cómo debía ser la muerte.

Nos avisaron que todo estaba listo. La Madre estaba tendida en una habitación de tatami con la cabeza al Norte, como deben estar los muertos. La que sus hijas recordaban dormía en una cama, pero la muerte parecía haberla llevado irónicamente de regreso a su humilde origen, a los años en que dormía sobre tatami gastados.

“Aujourd’hui, maman est morte”, dije al volver a casa. Hacía años que no hablaba francés. Ya no había censura. Desde hacía tiempo quería pronunciar esa frase: “Hoy murió la Madre”. Como siempre, tomé píldoras para dormir. Esa primera noche con mi Madre en el otro mundo dormí profundamente.

La Madre difunta fue creada dos días después. Cuando murió mi padre, para vengarnos de ella elegimos una foto de su primera juventud, antes de que la conociera. Por entonces tampoco había conocido a su primera esposa. Llevaba uniforme de estudiante y lentes negros. Su expresión era esperanzada. ¿Qué futuro imaginaría?

A la Madre le encantaba que le tomaran fotos. Entre infinidad de ellas elegimos una donde hacía una ronda con nosotras. Era una foto a color, se veía que Natsuki y yo llevábamos los mismos vestidos con encaje y flores bordadas con algunas perlas, y los mismos cárdigan. La Madre usaba kimono y *haori* de color marrón, que promocionaba como prenda de moda. Se la veía muy maternal tomada de las manos de sus hijas, con la cabeza suavemente inclinada. En realidad, la escena no refleja su amor de madre sino el amor de mi padre, que

sacó la foto. Me gustaba esa imagen pero dudaba de que fuera la adecuada. Natsuki despejó mi duda:

–En esa foto parece la madre ideal –concluyó.

Del horno salieron unos pocos huesos. Muy pocos para una persona tan altiva y caprichosa. El encargado de la cremación separó con un imán varios clavitos que habían sostenido el esqueleto de la Madre. El resto apenas llenó la mitad de la urna. Al sentarme en el auto de Yuji mis rodillas se templaron con el calor de los huesos.

Al día siguiente empecé a pensar en los asuntos formales. Por supuesto, la Madre había incluido a los padres de Tetsuo en la lista de las personas a quienes teníamos que avisar de su muerte. Pero la idea me resultó perturbadora. Dudé. Considerando que no había puesto a mi marido al tanto de la situación de la Madre decidí no hacerlo. Natsuki y yo estábamos agotadas y dejamos el homenaje para más adelante.

La fecha de su cumpleaños nos pareció un buen momento para una reunión con las personas más cercanas.

La Madre había nacido el 11 de febrero, el día de la Fundación Nacional de Japón. Por eso la llamaron Noriko, tomando un ideograma de esa fecha. Ella lo consideraba demasiado serio, habría preferido uno más alegre, más popular, como Kaoru o Naomi.

Hicimos las invitaciones aclarando el requisito de usar ropa elegante para honrar la memoria de la difunta. Por supuesto, sabíamos que al escucharnos los invitados reirían al otro lado del teléfono. Pero incluso los que conocían el trato que ella le había dispensado a mi padre respondieron con corrección, como si lo ignoraran.

Empezamos a recomponernos de la muerte de la Madre cuando se me ocurrió ir a ese hotel con vista al lago. Llamé a Natsuki para compartir con ella mi idea, y quizá, si ella quería acompañarme, mi viaje.

–¿Por cuánto tiempo? –preguntó mi hermana.

–Diez días. Llevo la computadora para trabajar un poco pero no quiero estar conectada con el mundo, así que no llevo el celular.

–Muy bien.

Sus respuestas fueron escuetas. Supuse que me llamaría al hotel cuando pudiera encerrarse en la sala del piano con sus gatos para hablar con libertad.

Me encontré con Masako en el restaurante portugués de Yotsuya. De lunes a viernes ella daba clases en distintas universidades. Sólo tenía libre el fin de semana.

–Mitsuki, estás muy vieja –fue su saludo.

Hablaba como un varón, siempre se vestía con pantalones, no se

maquillaba. Últimamente me preguntaba si era lesbiana.

Se oyó un fado.

–Tal vez porque ya se te retiró la menstruación –agregó–. Es triste que la menopausia le quite el atractivo femenino a una mujer como tú.

En realidad, en ese momento la menopáusica era Masako. Yo dejé de menstruar un poco después.

Por efecto del sonido de la guitarra y las voces nostálgicas –o del vino tinto barato que pedimos con la sopa de legumbres– le conté que Tetsuo tenía una amante joven.

–¿Cómo es eso? –preguntó Masako abriendo los ojos de asombro.

No pude contarle que en el pasado hubo otras dos mujeres. Masako era mi amiga desde la época de París, recordaba al Tetsuo enamorado. Él que, sabiendo que otros hombres me codiciaban, nunca se alejaba de mí.

–También a él le parezco muy vieja.

–¡Qué tontería! ¿Qué vas a hacer?

–No sé, quiero pensarlo bien. Por eso voy a Hakone.

A un hotel con vista al lago Ashinoko.

–No tomes decisiones apresuradas.

–¿Qué significa eso?

–Que no se te ocurra “meterte en el agua”.

Masako recordó una historia que le habían contado en París: un profesor le había pedido el divorcio a su mujer porque tenía una novia joven. Al día siguiente encontró a su esposa colgada del techo. El profesor pidió traslado a otra universidad y se casó con la mujer joven. Nada más.

–Qué pavada –opiné. De pronto imaginé el lago en invierno, muy solitario, color plomo, y dije–: En cambio, meterse en el agua y morir ahogada es un rito antiguo y solemne.

---

1 Un dólar estadounidense equivale aproximadamente a cien yenes (2014), de modo que la cifra mencionada representa unos veintisiete mil dólares estadounidenses.

2 *Tsubo*: medida de superficie equivalente a 3,30 m2.

3 Los *hanko* son sellos que se utilizan en lugar de la firma, por ello a veces son piezas de valor único. Los hay para cada familia y dentro de ella, cada miembro posee el suyo. Los sellos de laca *urushi* se fabrican siguiendo la técnica japonesa de laqueado que lleva ese nombre.

4 El sufijo “chan” es una expresión cariñosa que se utiliza entre hermanos y amigos y también cuando las personas mayores de la familia –padres o tíos– se dirigen a los más jóvenes.

5 En Japón una propiedad con esa superficie es inusualmente grande.

6 Epígrafe a la introducción de *El extranjero* de Albert Camus. En español: “Hoy murió mamá”.

7 Kan-ichi y O-Miya son los protagonistas de *Konjiki yasha* [Demonio dorado]. O-Miya es obligada a casarse con el acaudalado Tomiyama, abandonando a Kan-ichi, su enamorado desde la niñez. Él ignora que ese matrimonio le fue impuesto por los padres y, entendiendo que lo único valioso en la vida es el dinero, se transforma en un codicioso usurero. La historia, escrita por Koyo Ozaki, apareció por entregas en el diario *Yomiuri*. Minae Mizumura –autora de *La herencia de la Madre*, también aparecida por entregas en un diario muchos años después– establece una analogía con esta obra en su relato, que entrelaza tres generaciones de mujeres japonesas.

8 Creador del teatro Noh.

9 Bebida similar al sake, algo más dulce, que se sirve a toda la familia en los festejos de Año Nuevo.

10 Ornamentos de pino y bambú que se colocan a cada lado de la puerta de entrada para recibir con felicidad el nuevo año.

11 En Japón los días festivos del Año Nuevo se prolongan hasta el 3 de enero.

12 Estas noticias suelen darse en diciembre a modo de disculpa por no poder enviar ni responder las salutaciones de Año Nuevo. En general, las tarjetas de Año Nuevo se entregan en el correo a mediados de diciembre, con la indicación de repartirlas a los destinatarios el 1º de enero.

13 Fabricantes de papel de arroz desde 1663.

14 Estampas de carácter hedonista.

15 Palitos que en Oriente se utilizan como cubiertos.

16 Alusión al haiku de Matsuo Bashō: “De viaje, enfermo / mis sueños vagabundos / por campos áridos”.

17 En la historia de *Konjiki yasha*, O-Miya san recibe de su adinerado pretendiente un anillo con un diamante.

18 *Shojo no Tomo* [Amiga de las chicas] fue una revista publicada entre 1908 y 1955. Ilustrada por el famoso Junichi Nakahara, fue muy popular entre las adolescentes.

19 Meiji: era de la historia de Japón comprendida entre 1868 y 1912; Showa: entre 1926 y 1989. La asunción de cada nuevo emperador cambia el nombre de la dinastía, incluso en el presente, a pesar de que su rol es meramente simbólico después del abandono de la política imperialista.

20 Oiwa san es la protagonista de *Yotsuya Kaidan*, la más famosa historia japonesa de fantasmas. Para poder casarse con otra mujer, su esposo la envenena. No consigue matarla pero a causa del veneno el rostro de Oiwa san se desfigura.

21 Cuando estemos en el tiempo de las cerezas / el alegre ruiseñor y el mirlo burlón estarán de fiesta / en la cabeza de las bellas habrá locura / y sol en el corazón de los enamorados. / Cuando cantemos en el tiempo de las cerezas / silbará aún mejor el mirlo burlón.

22 Ideogramas utilizados para expresar conceptos, una de las tres escrituras del idioma japonés.

23 El tatami es una colchoneta tradicionalmente rellena con paja de arroz, que se coloca en el piso. Las habitaciones japonesas tradicionales se miden por el número de tatami combinados que pueden albergar. La medida estándar de un tatami es 90 por 180 centímetros.

24 Plataforma decorada con un rollo de pintura japonesa, un arreglo floral, un jarrón u otro objeto preciado de la familia, en una habitación con tatami que se utiliza como sala de estar. A las visitas se les asigna el sitial de privilegio de espaldas al *tokonoma*.

25 Período comprendido entre 1603 y 1868, cuando Japón fue gobernado por el shogunato Edo.

26 *Koto*: arpa japonesa.

27 La autora alude a un poema de Kenji Miyazawa que comienza con estos versos: “Sin dejarme vencer por la lluvia / Sin dejarme vencer por el viento / Sin dejarme vencer por la nieve o por el calor de verano”.

28 Faja del kimono.

29 En la espalda la faja imita la forma del tambor japonés llamado *taiko*. El prefijo “o” que forma la palabra *o-taiko* indica elegancia.

30 El título del capítulo está inspirado en *Takadai ni aruie* [La casa en lo alto de la colina], novela autobiográfica de Setsuko Mizumura, madre de Minae Mizumura.

31 Género de música japonesa que nace en el siglo XVII, inspirado en el teatro de marionetas. El cantor narra una historia acompañado por el *shamisen*, un instrumento de tres cuerdas que tiene cierta semejanza con el laúd.

32 El apodo alude al aria “Sì, mi chiamano Mimì”, de *La Bohème* de Giacomo Puccini.

33 *Kiri*: madera de paulonia. Según la tradición japonesa, las familias plantan un árbol de paulonia cuando nace una hija. Al llegar a la edad en que debería casarse, el árbol se corta para hacer un par de roperos con su madera.

34 En Japón la ley determina que ambos cónyuges deben usar el mismo apellido. En general, el apellido de la familia del marido. Pero si en la familia de la mujer no hay herederos varones, la hija mayor suele casarse con un hombre que esté de acuerdo en abandonar su apellido y adoptar el de ella para que no desaparezca la familia.

35 En japonés: “gracias”.

36 *Sakura*: flor de cerezo.

37 Kamiyama-cho y Shoto son dos barrios elegantes de Tokio donde viven las personas adineradas.

38 Es tradición que la familia de la novia obsequie algunos objetos de lujo a los recién casados.

39 Verso de un poema de Sakutaro Hagiwara. *Furansu*: Francia en japonés. Hagiwara, como todos los japoneses de la época, idealizaba a Francia, la consideraba inalcanzable.

40 En 1853 llegaron a Japón cuatro buques de guerra estadounidenses comandados por Matthew Perry. Los japoneses, que desconocían el uso de la máquina de vapor, quedaron maravillados ante esos enormes barcos que despedían largas y espesas columnas de humo. El acontecimiento marcó el inicio de la apertura de Japón al exterior.

41 *Tanka*: género de poesía japonesa con estrofas de cinco versos de 5-7-5-7-7 sílabas respectivamente (de acuerdo al criterio métrico en la lengua original). La autora se refiere irónicamente al *tanka* de la poetisa Yosano Akiko dedicado a su amante, que como Tetsuo es un estudioso que da lecciones sobre la vida, aunque excluyendo el amor carnal: “Tierna pasión / en la sangre fogosa, / sin complacer. / ¿Dónde está el deseo / consejero del camino?”.

42 El título del capítulo alude a la novela *Luz y oscuridad*, de Natsume Soseki. La obra quedó inconclusa debido a la muerte del autor. La obra de Minae Mizumura *Zoku meian* [Luz y oscuridad, continuación] continúa y concluye la novela de Soseki.

43 Celebración de la belleza de las flores de cerezo, en la que grupos de amigos saborean especialidades locales, beben sake, cantan y bailan.

44 En japonés: cereza.

45 *Sashimi*: plato a base de lonjas de pescado crudo.

46 *Keeki*: tortas. *Kukii*: galletitas.

47 Nioo: guardianes de Buda que custodian la entrada de los templos budistas. Uno con la boca abierta, el otro con la boca cerrada, representan el principio y el fin, el nacimiento y la muerte.

48 Kiyomori Taira: jefe del clan samurái Taira o Heike en el siglo XII. Es el personaje central de *El cantar de Heike,* obra épica de la era Kamakura (1185-1333).

49 Paraíso budista.

50 Bolita (o triángulo) de arroz blanco, rellena o mezclada con otros ingredientes o condimentos que le dan sabor.

Segunda parte

34. Romancecar

Mitsuki subió al Romancecar[51] de la línea Odakyu hacia Hakone-Yumoto. Fue a mediados del mes de diciembre. Todavía brillaba el sol. Pidió un té caliente a la joven que pasaba empujando el carrito de bebidas, tomó dos sorbos y se acomodó en el asiento. Para su sorpresa se veía la ruta 8, es decir que ya habían pasado por Chitose Funabashi. Antes las vías estaban más bajas e incluso desde un vagón de lujo se veía la estación, igual a la de su infancia.

La estación de Chitose Funabashi estaba llena de recuerdos. Cuando tenía dos años, una madrugada despertó y fue a la cama de su abuela. Para no desvelar a toda la familia, la abuela salió con ella en brazos, tratando de no hacer ruido con sus *geta*,[52] y la distrajo señalándole los trenes que pasaban. La pobreza del Japón de aquella época no le permitía ofrecer otro entretenimiento. En realidad, Mitsuki no guardaba ese episodio en su memoria, la abuela se lo había contado mucho después. Pero pensando en ese momento sintió nostalgia por su abuela que trataba de compensar la devoción de la Madre –y también por entonces del padre– por Natsuki.

El tren pasaba volando hacia el Oeste. Al otro lado del pasillo viajaban cuatro hombres sentados frente a frente. Los de la ventanilla jugaban al *shogi*.[53] Parecían recién jubilados. Todos bebían latas de cerveza, tal vez por eso se los veía tan alegres. Mitsuki se contagió de su serena alegría. Empezó a disfrutar el viaje. Sin pensar en nada contempló el paisaje poco atractivo: antiguos edificios públicos como cajas de hormigón; barrios de casitas iguales con techos inclinados en la misma dirección que se disputaban los rayos del sol. De pronto reparó en que habían dejado atrás la estación Noborito, donde aquel hombre vivía ahora como “un abuelito cualquiera”.

En la secundaria, cuando empezó a leer la moderna literatura japonesa, supo que esa zona se llamaba Musashino, un lugar adorable para muchos que a ella le parecía desprovisto de espacios verdes y de belleza.

En la infancia no sabía que hacia el Oeste existían parajes de ese tipo. La línea Odakyu la llevaba siempre a Shinjuku, un lugar céntrico de Tokio. Un día la Madre le puso un gran moño y en esa estación tomaron el tren de la línea Marunouchi para ir a un lugar aún más elegante: Ginza. Aunque desde pequeña sabía que el tren se dirigía también a lugares menos céntricos y poblados hasta perderse en el campo, le resultaba inimaginable viajar con la línea Odakyu en

sentido contrario hasta que apareció el Romancecar: un tren al que apodaron “cajita de música” porque su “pi-po, pi-po” anunciaba que estaba cerca. Con el tiempo, ese sonido –que no agradaba a los vecinos tanto como a los niños– desapareció. Pero el servicio siguió tan veloz como siempre.

En la época en que todo el mundo soñaba con viajar en avión, el Romancecar imitaba el diseño de un Boeing pintado de rojo y plata. Iba raudo en dirección contraria a Shinjuku, mucho más allá de los suburbios de Tokio. Como una nave espacial, los dejaba atrás creando la ilusión de despegar de la tierra y surcar el espacio rumbo a alguna galaxia fascinante.[54] Mitsuki había aprendido también en la secundaria que la historia de la línea Odakyu se remontaba a la época de Edo. Odakyu, el nombre de la línea ferroviaria, deriva de Odawara –una localidad que se encuentra en la histórica ruta Tokaido– y “kyuko”, que significa tren rápido. Antes se la conocía como “el tren rápido de Odawara”.

En esa época del año los días eran cortos, oscurecía temprano. Empezaron a brillar las luces de las nuevas urbanizaciones. El tren pasó por un conjunto de casas de estilo indefinido: no eran modernas ni occidentales, tenían tejados tradicionales pero se veían pocas puertas corredizas de papel.

Cruzando el río Tama los árboles perennes matizaban de verde el gris invernal. El verdor se volvía más intenso al atravesar el puente sobre el río Tsurumi. Después de pasar por estaciones antiguas el tren llegaba al río Sagami, donde las matas de *suzuki*[55] empezaban a distinguirse como manchas claras en la penumbra.

Tal como había previsto, salir temprano le permitía apreciar el paisaje. Imaginando que su viaje era una aventura a un territorio desconocido, Mitsuki se abandonó a sus sensaciones. Oscurecía cuando por fin el Romancecar arribó a Hakone-Yumoto. La estación había cambiado mucho desde su viaje con la Madre. Ahora tenía escaleras mecánicas, como las urbanas, pero al salir la recibió el paisaje nocturno de un pueblo de aguas termales y pocos habitantes.

Empezó a caer una lluvia fría. Con la Madre había tomado un taxi. Esta vez decidió seguir las indicaciones de la página web del Hotel del Lago. Tomó un ómnibus hasta la parada de Moto-Hakone-koo, adonde llegaba un minibus del hotel para recoger a sus huéspedes. El próximo ómnibus pasaría en cinco minutos. Una mujer con el cabello teñido de castaño lo esperaba bajo el refugio de la parada. No llegó a horario. Al desviar la vista del reloj Mitsuki vio una pareja de edad avanzada que cargando sus bolsos se acercaba tan rápido como podía. El hombre era calvo. Se los veía bien vestidos pero se notaba que habían llevado una vida esforzada. La mujer miró la hora y dijo que habían llegado tarde.

El marido lo atribuyó a que ella había ido al baño en la estación.

–Yo también espero el ómnibus. Todavía no ha llegado –dijo Mitsuki, para aliviar la recriminación.

A juzgar por la mirada de los ancianos, pensaron que la mujer que les hablaba era una aristócrata. Mitsuki vestía un abrigo fino, botas con tacos altos y una boina negra de invierno heredada de su hermana. Natsuki se la había regalado porque consideró que le sentaría mejor a ella por ser más baja. Los esposos agradecieron con profundas reverencias, como muñecos mecánicos. Pronto llegó el ómnibus. Subió la mujer que ocupaba el primer lugar en la fila. Mitsuki dejó paso a la pareja, que se negó entre más reverencias. Comprendiendo que las vacilaciones y las muestras de consideración de ambas partes serían interminables resignó el respeto por los mayores, pidió permiso y subió.

Los ancianos viajaron preocupados. Los lugareños, que subían y bajaban durante el trayecto, estaban acostumbrados a las muchas curvas del camino de montaña. La mujer que había subido con ellos pronto llegó a su destino. Cuarenta minutos después de iniciado el viaje brillaron las luces de una estación. El cartel decía Moto Hakone. Mitsuki recordó que la próxima sería Moto-Hakone-koo. “Nombre confuso”, pensó. La pareja de ancianos se apresuró a tocar el timbre y saludando con mucha reverencia bajó y se perdió en la oscuridad.

Mitsuki bajó en la parada siguiente. La señalización era escasa. La página decía que si el minibus no estaba a la vista había que pedirlo por teléfono. No vio teléfonos públicos en los alrededores. Empezaba a arrepentirse de no haber llevado su celular cuando vio enfrente un kiosco donde encontró un reluciente teléfono público de color verde claro.

El minibus llegó enseguida. El chofer condujo en silencio en la noche cerrada, abriéndose paso en medio de una espesa niebla. Mitsuki sintió que iban rumbo al otro mundo. Pero llegaron al hotel. Había reservado su habitación a nombre de Mitsuki Katsura, su nombre de soltera, en lugar de Hirayama, el apellido de su marido. El conserje avisó por teléfono que la señora Katsura había llegado. De inmediato aparecieron dos hombres de traje negro. Uno de ellos, después de saludarla con una ceremoniosa reverencia le entregó una tarjeta que lo identificaba como subdirector del hotel. La invitó a pasar a un sector del lobby y dirigiéndose insistentemente a ella como “señora Katsura” le enseñó el menú del restaurante. Explicó que en los últimos tiempos la mayoría de los huéspedes se alojaban apenas dos o tres días en el hotel y por ese motivo los menús eran limitados. Pero si ella deseaba comer algo diferente, podía pedirlo y se lo prepararían. Mitsuki sintió que ese hombre la observaba de una manera impropia,

que hacía sospechar de segundas intenciones.

–¿Son pocos los pasajeros que pasan una semana en el hotel? –preguntó a la joven con uniforme que la acompañó a la habitación.

–Casi ninguno.

–¿Soy la única en este momento?

–Es raro, pero hasta la Navidad son varios además de usted –respondió la joven, sonriendo.

35. Lago que se hunde en la oscuridad

Si un solo pasajero de estadía prolongada era inusual, el hecho de que coincidieran varios de ellos en la misma fecha era casi sobrenatural.

–Qué casualidad –comentó Mitsuki.

–Sí, desde que llevamos el registro en la computadora, es la primera vez que ocurre. El gerente está sorprendido

–respondió con entusiasmo juvenil la empleada del hotel.

–¿Ya llegó alguno de estos pasajeros?

–Algunos.

Mitsuki quería saber de qué tipo de personas se trataba pero imaginó que era algo difícil de responder. Tendría que descubrirlo por sí misma. Su mirada recorrió la habitación. Considerando que cada hija había heredado de la Madre treinta y seis millones ochocientos mil yenes y que ella debía ser cuidadosa en la manera de gastarlos, había reservado una habitación *single* que costaba quince mil yenes diarios con desayuno incluido, en el ático. Era tan espaciosa como las recordaba, pero por encontrarse en un ático con techo inclinado no se la veía lujosa y no le creaba remordimientos. Encontró allí la valija grande que había enviado con un servicio de reparto a domicilio y la caja con botellas de agua mineral encargada a través de Rakuten, la página de Internet. El humidificador que solicitó por teléfono había sido colocado. También el cable módem para poder leer los e-mails que no revisaba desde hacía varios días. En comparación con el Hyatt Regency que se había inaugurado al lado, su hotel era un poco obsoleto, seguía utilizando esta modalidad de conexión a Internet, que le evitaba cambiar la configuración de su computadora. El cable enrollado parecía una serpiente venenosa.

Mitsuki se quitó la boina y dio una vuelta por la habitación sin quitarse el abrigo. Abrió la ventana de par en par. Sintió que entraba el viento frío de la montaña. Todas las habitaciones del hotel miraban al lago Ashinoko, oculto en una completa oscuridad, inimaginable en la ciudad. A la luz de las farolas del jardín vio caer la garúa. Respiró hondo. Los documentos de la Madre se apilaban en el escritorio de la casa de Suginami. En el depósitobiblioteca quedaban los cuadernos y las cartas que a la Madre le gustaba escribir, más las prendas y la vajilla que Mitsuki compartiría con su hermana, guardados en cajas de cartón. Todos esos objetos le impedían continuar con normalidad la

vida cotidiana. No podría liberarse de la Madre hasta que se trasladara a otro lugar. Por eso había emprendido el viaje. Frente a la ventana, Mitsuki sintió que la oscuridad del lago era semejante a la oscuridad de su propia vida.

El lago era el mismo que había contemplado la abuela. Un noble había comprado un terreno de cien mil *tsubo* para construir una mansión occidental donde todas las noches se celebraban fiestas. El primer marido de la abuela, de familia acaudalada y de la misma edad del propietario, seguramente por motivos de negocios fue invitado en más de una oportunidad a esos festejos. Pero ella, originalmente una geisha, no se adaptaba a ese ambiente. Tal vez ni siquiera sabía usar los cubiertos occidentales. Sin embargo, recordaba esos momentos como una experiencia inolvidable en medio de su vida de pobreza o de esclava de lujo y los relataba a sus nietas: "La casa estaba en medio del monte, a veces aparecían algunos zorros. Todo al estilo de allá, la comida también. Nunca me pude acostumbrar a la manera de sentarse o comer". "Allá" significaba Occidente. "La carne olía mucho", comentaba la abuela, porque las personas nacidas en la época de Meiji sólo comían pollos y patos salvajes, la carne de los cuadrúpedos les parecía hedionda.

Aunque ya no podía caminar sin bastón, a raíz de esos relatos un buen día la Madre quiso conocer el lugar, ahora convertido en hotel. Mi padre había muerto poco antes. Aunque me sorprendió el pedido, la acompañé. También era invierno. Los folletos decían que el edificio había sido remodelado y ofrecían como plan ideal para una luna de miel el viaje en el Romancecar y la estadía en el hotel.

Cuando yo era niña –coincidiendo con el crecimiento económico de Japón en los años sesenta– en los trenes "cajita de música" viajaban sobre todo parejas de recién casados. Más tarde –aunque ya habían pasado más de treinta años– una remodelación mejoró la estructura del hotel e intentó imitar el estilo de un castillo de Francia. Imaginé a la abuela mirando el lago en silencio, como yo. Y en silencio, para no romper el hechizo de ese lago que unía tres generaciones, cerré la ventana y con el abrigo puesto bajé al restaurante. Había decidido cenar comida japonesa. No era necesaria una vestimenta formal. No bien entré en el salón una camarera vestida con kimono, alta, de aspecto muy juvenil –supuse que sería estudiante universitaria– se acercó sonriente:

–Es la señora Katsura, ¿verdad?

Sentí que todos los empleados me conocían. Ella me entregó un menú con los pasos de *kaiseki*.[56] Estando sola, quería algo más sencillo. Pedí cocido de cabeza de besugo, que casi no tengo oportunidad de preparar yo misma. En ese momento apareció el matrimonio de

ancianos que había viajado conmigo y se sentó a la mesa. Los acompañaba otra pareja de unos cuarenta años. Al verme, saludaron. La señora se puso de pie.

–Por equivocación bajamos en la parada anterior.

¡Es un apresurado! –explicó, y se sentó haciendo una reverencia. El esposo se rascaba la cabeza calva.

Como me imaginé, "Moto Hakone" y "MotoHakone-koo" eran nombres tan similares que podían confundir a los turistas.

–No se preocupen, llegaron a tiempo –los tranquilizó el joven.

Por la forma de hablar era su hijo. Entonces la mujer era la nuera. Se dirigía a la suegra diciéndole cariñosamente "mamá".

Al parecer tenían una reserva. Enseguida les llevaron los primeros platos de *kaiseki*. La nuera se alegró de no haber llevado a los hijos. Su esposo coincidió, no era un restaurante familiar. Uno tras otro llegaron la entrada, la sopa, el cocido, el asado. Cada plato fue recibido con asombro y elogios por su calidad y cantidad. Se notaba que la gastronomía era muy importante para la familia. O tal vez fuera una excusa para compartir un buen momento.

Mientras me limpiaba las manos después de luchar con el besugo, en la mesa vecina sirvieron arroz condimentado para cerrar la cena. Los oí comentar que ya estaban satisfechos. El hijo sugirió pasar por alto el arroz. La madre dijo que era una pena. No era el tipo de gente que frecuentaba el lugar. Automáticamente surgió en mí una especie de menosprecio que me esforcé en eliminar. Era algo que me ocurría desde niña. Cuando apareció la camarera que me había atendido la mujer levantó la vista y le pidió tímidamente:

–¿Podrían servirme a la mañana este arroz como *onigiri* o en una sopa?

La camarera la miró sin entender. Al cabo de unos segundos sonrió, le dijo que no se preocupara y explicó que para el desayuno le servirían otra cosa. Aunque joven, era muy educada. Cuando la señora pidió disculpas por no hacer los honores al plato de arroz, le restó importancia al asunto. El hijo y su esposa parecían avergonzados. Se miraron sin decir nada. Me levanté, saludé a jóvenes y ancianos y salí del restaurante a un enorme hall con techo alto y una galería desde donde se veía abajo el *lounge*. Junto a la escalera, vi el ascensor. Si lo tomaba y volvía a la habitación me esperaba una *notebook* envuelta en un chal de lana que, conectada gracias al cable de red blanco me permitiría revisar el Gmail de mi esposo, abriéndome la puerta a un mundo que me hacía mal. Tal vez debía hacerlo, había viajado hasta allí para pensar en ese tema. Sin embargo, mirando el árbol navideño gigante del *lounge* decidí que no lo haría esa primera noche. Unas velas rojas flotantes atrajeron mi atención. Me senté en un sillón cerca

de las llamas y dejé pasar el tiempo observándolas. Recordé que en la infancia, durante el otoño pasaba largo rato mirando el fuego donde la abuela, con un pañuelo en la cabeza, cocinaba batatas. Esa llama tenía una fuerza milagrosa.

No sé cuánto tiempo pasó. De repente volví a la realidad. Una mujer grande, esbelta y muy maquillada sentada a unos metros me dio escalofríos. Sentí que allí estaba la Madre. Creía haberla dejado en una urna en Tokio. ¿Me había seguido? A su lado había un joven bello. Presentí que también ellos se quedarían varios días en el hotel. Me pregunté qué relación tenían. No podía dejar de mirar a esa mujer. Ella también miraba en busca de algo.

36. Cosas sin importancia

¿Hasta cuándo disfruté del dulce sueño? Hacía años que me despertaba con el cuerpo endurecido. Lo mismo pasó esa mañana. Semidormida reviví las experiencias del día anterior. Recordé los pueblos que se veían a través de la ventana del Romancecar, el matrimonio de ancianos reverentes, las luces del jardín que flotaban en la oscuridad, la llama que incesantemente cambiaba de forma, la cara de la anciana acompañada por el bello joven. Tenía que descansar. Sólo así mi cerebro tendría vitalidad suficiente para recibir una nueva mañana.

La novedad requiere energía y no desperté sintiéndome feliz sino agotada. Aun acostada en la cama tenía el cuerpo rígido, más cansado que cuando emprendí el viaje. Era el agotamiento acumulado desde el fin de año, cuando la Madre sufrió la última fractura.

El reloj marcaba las seis y diez. Por costumbre, inconscientemente puse mis manos sobre el vientre, tan frío que daba miedo. Me haría bien ir a las aguas termales pero me daba pereza vestirme y peinarme, armar expresiones para enfrentar a la gente. Me quedé acostada en la habitación a oscuras, mirando el techo. Naturalmente, la tensión hizo que la espalda se pusiera cada vez más rígida y que apretara la mandíbula hasta hacer chirriar las muelas. Si las mañanas seguían transcurriendo de esa manera mi rostro se vería cada vez más infeliz. Quise volver a dormir pero mis ojos no se cerraron. Me levanté, fui hacia la ventana y abrí las cortinas con fuerza. Me encontré con el lago Ashinoko, que durante la noche se desdibujaba en la oscuridad pero a la luz del día se delineaba con nitidez. En el fondo del jardín con una leve pendiente hacia el lago se alineaban los altos *sugi*.[57] El viento hacía ondular las aguas del lago. Bajo el sol las olas brillaban como si las adornaran incontables diamantes. Con cada ondulación el brillo aumentaba.

Contemplé ese panorama excepcional. Era un día de sol inimaginablemente despejado. En la otra orilla se distinguía la montaña poblada de árboles. Por suerte la ladera empinada impedía levantar construcciones, nada interfería con el paisaje natural. Hacia la derecha, muy lejos, se divisaba con claridad el Monte Fuji con un poco de nieve en la cima. Sin duda, como decía Sei Shonagon “en invierno, la primera hora de la mañana”.[58] Sólo por la mañana se podía disfrutar de una vista tan espléndida. Con la energía que me daba la luz del día empecé a acomodar mecánicamente mi equipaje,

para no pensar en nada. Al llegar solamente había sacado el pijama. Extendí en la cama el resto del contenido de la valija. Separé las cosas para guardar en el armario, en los cajones, en el baño. Había llevado las prendas de mejor calidad. No sólo el abrigo y las botas, la ropa interior y las medias, los pañuelos y los accesorios, los cosméticos. No lo hice porque el viaje me despertara un gran entusiasmo, sino para no sentirme pésimo, para tratar de adoptar una actitud positiva.

Siempre llevaba de viaje varios libros. Esta vez, sólo el que leía junto a la cama de la Madre y un diccionario francés-japonés. Porque había ido a ese lugar para pensar. Eché un vistazo a la habitación. Para aliviar el despecho habría podido pedir una "deluxe twin" o dar la vuelta al mundo en un lujoso crucero. Con la herencia recibida podía darme esos gustos. Pero no cambiarían nada. Seguiría sintiéndome una cincuentona miserable a punto de ser abandonada por una mujer joven.

Poco después de las ocho de la mañana terminé mi desayuno frugal en el restaurante francés y pasé por la recepción para pedir que no limpiaran la habitación. Dije que tenía previsto trabajar allí todo el día y pediría que me llevaran el almuerzo. Por ser una de las pasajeras de estadía prolongada el hotel entero vigilaba mis actividades. El empleado de la recepción me miró con atención y con una cordialidad exagerada dijo: "Comprendido".

Traté de no pensar en lo que venía a continuación. Esperando el ascensor me di cuenta de que había pasado casi un año desde el descubrimiento del pañuelito florido. La razón por la cual hasta ahora no había sido capaz de afrontar la situación había desaparecido. Ya no podía seguir huyendo. Al llegar a la habitación me senté mecánicamente en el escritorio y abrí la computadora para ingresar en el Gmail de mi marido.

Los alfabetos se mezclaban. Caracteres romanos, *kanji*, *hiragana*, *katakana*,[59] etc., confraternizaban en la pantalla. Me inquietó pensar que en el ciberespacio la información quedaría registrada aun después de mi muerte, la de Tetsuo y la de esa mujer. Antiguamente la gente moría, el cuerpo se convertía en cenizas, en nada. Se fundía con la naturaleza. Era un final puro. Hoy, gracias al invento humano de la escritura, cualquier hecho, incluso las cosas sin importancia, quedan eternamente registradas. Y se sabrá que: "A principios del siglo XXI existió una mujer de cincuenta años abandonada por su marido por culpa de una mujer joven". ¡Qué humillación!

Mientras miraba el teclado presté atención a mis manos. Las venas marcadas, las manchas en la piel decían que eran manos de una mujer cincuentona, un ama de casa que todos los días después de comer lavaba los platos. Pero no era un ama de casa impecable, una mujer

orgullosa de su hogar y su familia. No tuve hijos, no los quise y Tetsuo tampoco. Cuando era joven y veía en las plazas a los niños que daban sus primeros pasos no me parecían lindos. En aquella época todos creíamos que en Japón siempre habría niños de sobra, la opción de no tener hijos parecía la más lógica. Pero, como si fuera un castigo por el pecado de no haberlos tenido, mi tiempo y mi energía fueron absorbidos por el cuidado de mi anciana Madre y por lo mismo tal vez descuidé la relación con Tetsuo. Hacía tiempo que tenía una sensación de malestar. Posiblemente Tetsuo sentía lo mismo. En cualquier caso, ¿era tan fácil abandonar a una esposa de cincuenta años por una mujer joven?

Lamentablemente mi padre abandonó a su primera esposa. Pero el hombre que reemplaza a su mujer por otra más joven es de la peor calaña. Los hombres no tenían remedio. Pésimos era el calificativo adecuado para ellos. Tal vez escrito en *katakana*[60] parecería más liviano. Cada vez que nos juntábamos con amigas de la misma generación hablábamos del mal comportamiento de nuestros maridos. En lo cotidiano, no se acordaban de sacar la basura, compraban aparatos innecesarios que no había dónde guardar, decían malas palabras. Pero lo que los convertía en irrecuperables, en verdaderamente pésimos era el rumor de que abandonaron a su mujer por una jovencita. Tetsuo, que tenía fama de marido ideal, se convertiría en pésimo si me abandonaba. Mis amigas se compadecerían de mí por haberme casado con alguien como él. Era totalmente humillante.

Respiré hondo. Rozando con la punta de los dedos la pantalla táctil fui abriendo los e-mails. No había vuelto a leerlos desde aquel día. Apareció la frase que me cortó la respiración: “Da lástima, la verdad es que no tiene sentido comparar”.

Mi hermana, mi Madre, mi marido y yo cumplíamos años entre febrero y marzo, por lo que acostumbrábamos a festejar juntos en un restaurante del Hotel Park Hyatt. Cuando poco después de la celebración su novia le dijo que quería conocer mi cara, Tetsuo le envió una de las fotos tomadas ese día. No tuvo mala intención. No imaginó que Natsuki y yo lamentábamos vernos tan envejecidas. Pero la frase era tan cruel que no se podía olvidar. Para mi sorpresa, a medida que abría y leía los e-mails los textos lucían distinto, mostraban otra realidad. Es decir, aquella vez el impacto me impidió entender bien. Leyendo con más detenimiento, algo al principio un poco borroso fue volviéndose más claro. En primer lugar, la novia no era tan joven como podía sugerir el pañuelito floreado. Además, Tetsuo empezó mostrando una actitud comprometida, estaba dispuesto a divorciarse, pero más tarde vaciló y finalmente daba indicios de querer escapar de esa situación, lo que no pasaba

inadvertido para su novia.

Por mi parte, ahora notaba cuántas cosas había pasado por alto. El asunto empezaba a tomar otro color.

37. Cifras detalladas

“Qué atolondrada, con casi cuarenta años”, leí. La frase me hizo notar que esa mujer no era una veinteañera. El calificativo de “joven” aplicado a ella podía ser dudoso según el criterio de algunas personas. Por otra parte, aunque Tetsuo fuera un hombre elegante y de buen aspecto, era un cincuentón al que difícilmente se acercaría una chica realmente joven. O tal vez él mismo no la elegiría. Esta mujer tenía el cabello abundante y brilloso, se conservaba en línea, pero aun así entre los veinte, los treinta y los cuarenta años la diferencia es indiscutible. La cercanía de los cuarenta es un momento delicado para las mujeres.

Tetsuo iba conmigo a restaurantes de comida japonesa tradicional, como hacen los matrimonios maduros, aunque con su peinado y su vestimenta tuviera un aspecto más juvenil. Con ella podía presumir de estar acompañado por una mujer más joven, se la veía más linda y sensual que yo. Pero no podía ignorar que pronto sería una mujer madura. Era evidente que se esforzaba por mostrarse joven. Pobrecita. Me dio lástima. Me dio risa. Y eso me hizo sentir bien.

Sin embargo, supongo que en parte porque no había llegado a los cuarenta, esa mujer era muy enérgica cuando se trataba de lograr sus objetivos. Los mensajes de Tetsuo mostraban que reflexionaba seriamente sobre su situación. Por ejemplo, contemplaba como una posibilidad real que yo pasara un tiempo con él en Vietnam. Pero sus dudas daban pie a que ella –al parecer obstinada por naturaleza– se empecinara aún más.

La amante de mi marido era periodista freelance. Entrevistó a Tetsuo para una revista y así fue cómo iniciaron su relación. En sus e-mails no utilizaba la jerga del teléfono celular, sabía redactar muy bien, con inteligencia y sentido del humor. Y no sólo era linda. Para mi sorpresa, era una mujer práctica. Leyendo sus mensajes con tranquilidad descubrí que le interesaba hablar muy concretamente de asuntos financieros. Es sabido que salvo para los millonarios o los indigentes, un divorcio implica hacer el recuento de los bienes comunes y repartirlos. Ella conocía el monto de los ingresos anuales de Tetsuo, de sus ahorros, de la hipoteca del apartamento. Y tenía una idea aproximada de cuánto ganaba yo, e incluso del monto de mis ahorros personales. Tetsuo y yo aún no habíamos mencionado el tema de la separación. Pero ella ya había calculado qué cifra debería entregarme para lograr el divorcio de mutuo acuerdo. Quedé

petrificada. En su e-mail esta mujer le reprochaba a Tetsuo que no se hubiera separado cuando ellos se conocieron, antes de la reforma de la ley de divorcio que otorga automáticamente a la mujer el derecho a recibir la mitad de la jubilación del esposo. Antes, si ese porcentaje no se acordaba de mutuo acuerdo un tribunal fijaba la proporción para la "división del patrimonio" y lo mismo ocurría con las pensiones. Considerando que por ser una trabajadora independiente y estar casada yo no consiguiera mi propia jubilación, tenía el derecho de reclamar ese cincuenta por ciento. Las mujeres en mi condición agradecían la modificación de la ley.

También yo. Pero en ese momento no podía pensar en esos beneficios. Sólo podía pensar en la actitud de la amante de mi marido. Y en que la vida me ponía ante situaciones inimaginables. No sólo me había visto obligada a aprender qué era una fístula gástrica o una sonda nasal. Además tenía que aprender el vocabulario relativo a cuestiones legales como la división de bienes y pensiones, de mutuo acuerdo o en litigio.

La universidad donde trabaja Tetsuo permite que los empleados se mantengan en actividad hasta los setenta años. Es decir que le faltaban más de diez años para jubilarse. Esa mujer ya había calculado el importe de las pensiones que seguramente yo reclamaría. Al cabo de treinta años de matrimonio, rondaría los diez millones de yenes. Ella recomendaba no esperar el retiro para pagarlo.

Por otra parte, le tranquilizaba que yo tuviera un ingreso propio porque de lo contrario la división patrimonial sería más desventajosa para Tetsuo. En cambio, le preocupaba –y diría que le indignaba– que la infidelidad otorgara a la esposa el derecho de pedir una división de los bienes conyugales y la pensión. Considerando que sería proporcional a los años de matrimonio, un tribunal podría calcularlo en una suma que despojaría a Tetsuo de todos sus ahorros.

Para evitar perjuicios, ella había armado una estrategia. Primero consideró conveniente que Tetsuo se divorciara sin dar detalles. Pero era casi imposible no tener un motivo. Como entre mi marido y yo no había conflictos antes del viaje a Vietnam, eso despertaría mis sospechas. Entonces, no daría mi consentimiento para un divorcio de mutuo acuerdo y recurriría a un tribunal. Tetsuo debía confesar que tuvo una amante en Vietnam. De ese modo, yo aceptaría divorciarme y dividir en partes iguales todos los bienes. La agudeza y la pasión de esa mujer me asombraban. No ahorraba argumentos para presionar a Tetsuo. Tenía que lograr que tomara la decisión antes de que pudiera cambiar de idea.

Al parecer, sus orígenes eran más acomodados que los de mi marido. Pero al igual que él, era la persona con mejor formación

académica de toda la familia. Por su edad, tendría que haberse beneficiado con la "Ley de trabajo igualitario", que otorgaba a las mujeres los mismos derechos laborales que a los hombres. Sin embargo, había cambiado varias veces de trabajo. Además, por algún motivo se fue a vivir a la Toscana, para estudiar italiano y hacer un curso de *sommelier*. Me pregunté si la perspectiva de conseguir "empleo permanente" –es decir, de casarse– ponía fin a esas inversiones en su desarrollo personal.

De sus e-mails se podía deducir que sus trabajos freelance estaban bien pagos. Y que mientras vivió en casa de sus padres, pudo ahorrar. Pero al conocer a Tetsuo alquiló un apartamento barato para poder recibirlo. Y le recriminaba que por su culpa estaba gastando sus ahorros. Según decía, estaba cansada de esa manera de trabajar y de vivir. El viaje a Vietnam era su oportunidad de dejar atrás todo eso y empezar una nueva vida.

Después de leer esos e-mails ni siquiera pude llorar. Esa mujer amaba realmente a Tetsuo. Con casi cuarenta años había tenido, sin duda, otros novios y amantes. Pero sólo con él, por primera vez, quería casarse. No era una jovencita deslumbrada por un profesor que aparecía en los programas de televisión. Su motivación no era llevar una vida descansada. Se notaba que su sentimiento era auténtico.

Respiré hondo y con culpa cerré Gmail. Miré el reloj. Habían pasado unos minutos de la una. Pedí por teléfono que me trajeran el almuerzo a la habitación. Fui al baño y frente al brillante espejo me pinté los labios. En mi cara no había rastros de llanto, pero había cansancio e infelicidad. Veinte minutos después llegó mi pedido: un sándwich y un té. El camarero uniformado entró en la habitación, primero dirigió la mirada al escritorio donde estaba la computadora y después a mí. Sentí que por estar sola y por haber pedido que no limpiaran el cuarto, le habían encomendado controlarme. Tal vez lo imaginó mi mente sensibilizada por haber estado hurgando en mensajes ajenos.

El camarero dejó la bandeja en una mesita junto al sillón. Por la ventana entraba el sol que iluminaba el jardín del hotel y el lago Ashinoko. Las olas tranquilas brillaban. Mientras comía mi sándwich traté de concentrarme en mis sentimientos.

Estaba segura de que Tetsuo reflexionaba sobre la posibilidad de divorciarse. Me había enterado de que no tenía una novia joven, alguien que podía ser sólo una aventura. Además, esta mujer sabía calcular, en cuestiones monetarias y en cuestiones de la vida. Tetsuo siempre había querido ascender en la escala social. Tanto en la época de su primer amor, en la secundaria, como con las novias de la universidad y otras "noviecitas" que tuvo siendo un hombre casado,

buscaba mujeres que pertenecieran a buenas familias. Pero si se divorciaba para casarse con esta mujer sería más pobre. Era improbable que los ahorros de ella fueran suficientes para seguir aspirando a un apartamento en el centro de Tokio.

Sabiendo que Tetsuo era sensible a la felicidad que se consigue con dinero, me resultaba raro, increíble, que no le importara bajar de nivel económico. Era fácil adivinar por qué vacilaba a la hora de divorciarse. Sentí vergüenza.

38. Encuentro casual

El amplio cielo azul superaba en mucho al de Tokio. Primero acostada, después sentada en el sillón, Mitsuki se dedicó a mirar por la ventana. Dejó de pensar. El sol que hacía brillar las olas iba camino al Oeste. Pronto soplaría el aire frío de la noche de invierno en la montaña.

Se puso el abrigo, el chal, los guantes y la boina. Salió como si partiera a Siberia. El jardín del hotel tenía una leve pendiente hacia el lago Ashinoko. Las incontables azaleas se veían descoloridas. A medida que bajaba hacia el lago, se delineaba con más claridad la fachada del hotel, y el nombre "Hotel del Lago".

"No es gran cosa", había dicho con su acostumbrada arrogancia la Madre, cuando apoyada en el bastón miró hacia arriba y vio esa misma fachada. Aunque era grande e incluso bello, su pretensión de imitar a un antiguo castillo francés no hacía más que recordar que era un edificio de fines del siglo XX. Pero la adoración por Occidente seguía viva en el corazón de la gente y el hotel era un símbolo del Japón encaminado a la modernidad. Además, tenía detalles de buen gusto, no se parecía a esos hoteles de las cadenas multinacionales desprovistos de rasgos locales, tan impersonales y uniformes que lo mismo daba estar en Singapur, Dubai o Londres.

El jardín era hermoso y grande. A principios del verano lo visitaban personas interesadas en las azaleas. En aquella visita invernal tanto la Madre como Mitsuki tuvieron la sensación de haber hecho un viaje muy largo. Les impresionó la magnitud del lago, que se extendía a lo lejos hasta toparse con la montaña cubierta de vegetación gris. Mitsuki recordó que de pronto en aquel paisaje desolado irrumpió un colorido catamarán para turistas digno de Disneylandia que arruinó la escena.

Al bajar del jardín comenzaba un sendero empedrado, flanqueado por arbustos, que llevaba al lago. Después de dudar unos segundos, Mitsuki optó por ir hacia la izquierda. Las piedras que tapizaban el sendero, como las del jardín del hotel, eran muy grandes. Imaginó que el conde había contratado hombres también grandes y fuertes para colocarlas una por una.

El aire, aún frío, despejó su corazón mientras caminaba sobre el empedrado. Su espíritu se aclaró. Los chapoteos del agua le recordaron el ruido de las olas. Mitsuki se detuvo a observar el oleaje y pensó por qué estaba en ese lugar: para considerar su relación con Tetsuo. ¿Era una excusa? No lo sabía, pero presintió que debería

pensarlo seriamente. Las olas cambiaban de forma, se convertían en burbujas y emitían sonidos tan perfectos como ellas. Mirándolas, escuchándolas, perdió la noción del tiempo. De pronto la sorprendió la aparición de un gigantesco *torii*[61] de color bermellón. Un poco más adelante estaba el muelle del lago donde disfrutó un rato contemplando el agua. Luego emprendió la vuelta al hotel.

Sin pasar por el jardín llegó a la entrada principal. Recordó que había dejado la computadora encendida en la habitación pero no quiso interrumpir su caminata. Quería pasear por el jardín antes del atardecer, y hacia allí fue.

Caminaba por el empedrado cuando vio avanzar en dirección contraria a un hombre con traje oscuro. No había manera de esquivarlo. Al ver su cara contuvo un grito. Recordó el nombre "Wakako Matsubara". A juzgar por su gesto, el hombre también recordó haberla visto en algún lugar.

–En invierno, en el sanatorio... yo estaba en la biblioteca... –dijo Mitsuki con naturalidad.

–¡Ah, sí! –exclamó el hombre después de pensar unos segundos–. ¿Por qué lo recuerda con tanta claridad?

–preguntó sorprendido.

Mitsuki explicó que después de ese día lo había visto varias veces en el sanatorio.

–¡Ah! –volvió a decir él.

Tal vez un poco avergonzado el hombre se rascó el cabello entrecano y miró vacilante el rostro de Mitsuki, iluminado por el sol. Ella pensó en su esposa. No pudo hacer la pregunta y la reemplazó por otra, trivial.

–¿Cuándo llegó al hotel?

–Antes del almuerzo.

Seguramente era uno de los huéspedes de estadía prolongada. Tal vez estaba acompañado. Durante unos instantes ambos callaron. Mitsuki recordó que él la había visto llorando en el sanatorio. Quizá en ese momento se preguntaba el motivo.

–Mi madre estaba internada y falleció. Por eso vine a descansar a este lugar –se apresuró a explicar.

–¡Ah! –replicó una vez más el hombre, y sonrió–.

Pensé que se trataba de su marido.

–No –dijo Mitsuki con una frialdad que a ella misma le sorprendió.

Él sonrió de nuevo.

–Lamento lo de su madre. Pero afortunadamente no se trataba de su marido.

Mitsuki no respondió. El barco pirata que recorría el lago se hizo visible. Ambos escucharon la voz de la guía. Más lejos se veía otro barco.

–Yo perdí a mi esposa –dijo el hombre.

A juzgar por su congoja en el sanatorio, no era el tipo de persona que podía decirlo con ligereza. Ese encuentro casual obligaba a hablar a un hombre que deseaba callar para siempre.

–Sí –respondió Mitsuki al cabo de unos segundos. No quería pronunciar palabras de consuelo formales. Tampoco, revelarle que sabía el nombre de la esposa. Luego, cambiando el tono de voz, preguntó–: ¿Cuánto tiempo se quedará?

–Un par de días más.

–Yo también.

Los dos comentaron la experiencia del recibimiento que los empleados del hotel les habían dado por ser huéspedes de estadía prolongada. Rieron y juntos caminaron de regreso al hotel.

Con el largo paseo el cuerpo de Mitsuki se enfrió. Por primera vez, animada por el encuentro con el hombre, decidió aprovechar las aguas termales, como hacían muchos huéspedes antes de cenar. Una vez allí, un texto escrito en la pared le informó que de acuerdo con una leyenda en Hakone no habría termas con vista al Monte Fuji. Desafiando esa leyenda, se hizo una excavación de mil metros de profundidad para llegar a esas aguas termales, beneficiosas para quienes padecían neuralgias, dolores musculares o articulares y problemas circulatorios. Las sombras se movían entre el vapor del agua caliente. Se oía como un eco el ruido de las palanganas de plástico. El vapor daba a la escena un aire onírico y esos sonidos provocaban añoranza por las antiguas palanganas de ciprés japonés.

El baño termal se encontraba en el segundo piso del hotel. A través de la pared de cristal se veía la ladera de la montaña. Después de templarse en el interior Mitsuki salió valientemente a sumergirse en las aguas termales que se encontraban a la intemperie. El frío del ambiente era agradable. Al cerrar los ojos oyó que los pájaros cantaban aunque el sol ya se había puesto.

Cenó en el restaurante francés que ya conocía. Después de comer, como lo hizo la noche anterior, fue al *lounge*, se sentó cerca de la la chimenea encendida. No tenía ganas de pensar en Tetsuo. Aunque en la cena había bebido una copa de vino tinto y otra de vino blanco –y normalmente no tomaba alcohol– cuando el camarero se acercó le pidió un calvados. Gracias a la herencia de la Madre podía darse esos lujos.

Ese encuentro casual, que parecía una escena de novela, seguía rondando su cabeza. Sintió que era un motivo para alzar la copa y

brindar. Miró a su alrededor. No vio el traje oscuro. Como era previsible tratándose de una cincuentona nadie le prestaba atención, por lo que podía observar cómodamente a los demás. Mientras pensaba en la indiferencia creciente hacia las mujeres a medida que envejecían, vio a la anciana canosa. Acompañada por el joven esbelto bajaba la escalera del lobby. Lo consideró una excepción a la regla. El rostro de esa mujer no se parecía al de la Madre. Sin embargo, el egoísmo que trasuntaba y el *foulard* que lucía eran similares. Un escalofrío le recorrió la espalda: ¿la Madre había salido de su urna?

39. Velada de los huéspedes de estadía prolongada

“Ya tuve suficiente de ella”, se dijo. Trató de pensar en otra cosa.

La anciana avanzó con paso frágil hacia Mitsuki.

–¿Puedo compartir el lugar? –preguntó, apoyando la mano en el sillón. Era evidente que estaba decidida a hacerlo antes de recibir consentimiento. El joven bello mostró una actitud más considerada y paciente.

–Adelante –respondió Mitsuki, señalando con su mano el asiento. Con su consentimiento, el joven bello saludó inclinando la cabeza y se sentó.

–Disculpe, ¿qué licor bebe? –quiso saber la señora no bien se sentó.

Cuando Mitsuki explicó que era un calvados, ella le susurró al joven que deseaba lo mismo. A diferencia de la Madre, parecía tener buen oído.

–¿Se quedará unos días más, verdad?

Mitsuki asintió. La anciana dijo que también ella era huésped de estadía prolongada y comentó que la permanente compañía de un joven inculto le resultaba fatigosa.

Sin saber qué responder, Mitsuki se limitó a sonreír.

–¿Leía *Madame Bovary*? –preguntó la anciana en perfecto francés.

En efecto, era el libro que Mitsuki leía, contrariando el protocolo, mientras esperaba el primer plato. No imaginaba que la estaban observando. Con cierto desdén, como quien se dirige a una persona inferior, la mujer entrada en años siguió interrogándola, evaluando qué clase de persona era.

–¿Estudió francés?

–Un poco.

–¿Estuvo en Francia?

–Viví un año en París.

–Qué bien. ¿Cuándo?

La respuesta de Mitsuki reveló que durante un período la estancia en París de ambas había coincidido.

–En esa epoca, yo todavía estaba allí. Llegué a los veinticinco años y me quedé unos treinta en París –relató la anciana que dijo llamarse Kaoru. Mitsuki la miró sorprendida. Ella no se inmutó. Sus ojos recorrieron el *lounge* mientas se acomodaba el *foulard*.

–Añoraba volver a este lugar desde que regresé a Japón.

No imaginé que me encontraría con esto.

Mitsuki no entendió a qué se refería. Esperó su aclaración. La señora la observó a través de sus lentes de marcos dorados y dijo con sencillez:

–En la infancia siempre venía a descansar aquí con mis padres.

–¡Oh! –exclamó Mitsuki y fijó nuevamente la mirada en su rostro.

–¿Sabía que esto era una mansión de vacaciones?

Mitsuki asintió con la cabeza. Ahora era ella quien evaluaba a su interlocutora. Observó su rostro bien maquillado, el pañuelo de seda blanco con grandes flores, el vestido de lana violeta con algo de brillo, los zapatos negros de tacos bajos. Tratándose de una anciana era imposible saber cuándo o dónde los había comprado pero la buena calidad era indudable.

Recordando las fotos antiguas expuestas en la recepción del hotel Mitsuki decidió preguntarle por aquellos tiempos. Kaoru se sintió complacida.

–Mis padres eran parientes del conde. Y yo solía venir a este lugar con ellos –dijo antes de mirar con nostalgia hacia la ventana.

Mitsuki sintió algo extraño. Los fantasmas de cien años de historia parecían acechar la montaña. Pensó en su abuela pero no se atrevió a hacer comentarios con la mujer que acababa de conocer. La abuela no tenía parentesco con el conde, era apenas una amante que más tarde se convirtió en esposa y por eso tuvo acceso a la mansión. Prefirió no hablar de esa extraña y complicada historia de vida. A lo sumo, era probable que las dos mujeres se hubieran cruzado en alguna ocasión.

–Mis hermanos también. Un hermano mayor es abuelo de este chico, siempre venimos juntos a pasear en bote por el lago.

Mitsuki no dijo lo que pensaba: “Entonces, el joven bello es nieto del hermano mayor de esta señora. Nada escandaloso. De todos modos, es raro que un joven sea acompañante de una anciana”.

–¿Hasta cuándo se quedará en el hotel? –preguntó la dama.

–Antes de la Navidad estaré de vuelta en Tokio –afirmó Mitsuki. Así lo había decidido previendo que a partir de Nochebuena el hotel se llenaría de gente.

–Yo también. ¿Ha conversado con algún otro pasajero?

La anciana miró otra vez el *lounge* casi vacío. Apareció el hombre de traje negro. La expresión de Mitsuki le reveló que ya lo conocía. Ella, contrariando la etiqueta que imponía la presencia de la anciana, lo saludó descaradamente con la mano.

–El señor es otro huésped de estadía prolongada –explicó Mitsuki.

La anciana lo estudió a través de sus lentes y propuso invitarlo a compartir la velada. Aun de lejos, al verlo bajar la escalera notó que

era un hombre refinado.

–Invítelo, creo que irá bien con él –dijo.

Mitsuki rogó para sus adentros que el hombre no hubiera oído esas palabras. El señor Matsubara se acercó. Ella se puso de pie y lo saludó. La situación era algo embarazosa. Fue la anciana la que habló.

–¿Pasará unos días en el hotel?

–Así es –confirmó el señor Matsubara.

–¿Le molestaría acompañarnos esta noche? Nosotros también nos alojamos aquí por unos días –dijo la dama, señalando con su copa al nieto de su hermano.

Sin preámbulos, con una espontaneidad inimaginable para Mitsuki, el señor Matsubara tomó asiento. Pidió whisky con agua, una bebida muy común, pero respondió correctamente las preguntas de la anciana. También él partiría poco antes de la Navidad. Comentó que había pedido licencia en el trabajo porque estaba agotado. Trabajaba en un laboratorio dedicado a la investigación de microorganismos patógenos. Al ver la expresión de Mitsuki, la anciana y el joven, explicó de qué se trataba. Y rio, restándole solemnidad a esas palabras. El joven no pareció comprender. Mitsuki compartió su risa. Trató de imaginar detalles de su vida matrimonial. ¿Todos los días usaba traje oscuro? ¿Llamaba a su esposa para avisarle que llegaría más tarde?

De pronto, sin la menor cortesía, la anciana le recriminó a Mitsuki:

–No me ha dicho si es esposa de alguien... y escapó de su casa.

–Sí, pero trabajo como profesora interina en la universidad –se apresuró a decir. La explicación nunca le resultaba satisfactoria porque en realidad dependía del sueldo de su esposo, como un ama de casa, y ni siquiera lo hacía por vocación.

–¿Qué enseña? ¿Francés?

–Antes. Ahora, inglés.

–Claro, todo lo invadió el inglés –se quejó la dama–.

¿Usted sólo habla inglés? –preguntó al señor Matsubara, dando por sentado que era imposible no dominar un idioma occidental.

–En mi trabajo utilizo el inglés pero en la facultad estudié francés y colaboré con el Instituto Pasteur.

Mitsuki y la anciana se sorprendieron gratamente con la respuesta del señor Matsubara.

–¡Qué bien! Entonces, en nuestro grupo predomina el francés. Á votre santé! –dijo la dama levantando su copa. Luego señaló al joven y aclaró–: Él no sabe ningún idioma.

–Sabe japonés –lo defendió Matsubara.

–Ni siquiera japonés –replicó la anciana.

El joven parecía acostumbrado a esos comentarios.

No abrió la boca.

La dama contempló al señor Matsubara y luego a Mitsuki. Pareció reflexionar un rato. Luego se inclinó lentamente y preguntó en voz baja:

–Perdón, pero... ¿han venido aquí para suicidarse?

40. Dramático

Mitsuki miró atónita a Matsubara. El joven intervino por primera vez.

–Si alguien viniera a suicidarse, no lo diría.

–Es cierto –dijo la anciana y giró levemente la cabeza para mirar al barman–. Ocurre que este barman...

Matsubara y Mitsuki también lo miraron.

–Hace una semana fue a Atami de paseo con unos amigos. Él les contó que llegarían varios huéspedes de estadía prolongada. Uno de los amigos, que es pintor de edificios y tiene reputación de médium, dijo: "Huele a muerte. Es posible que entre ellos haya un suicida o un homicida".

–¿Qué tipo de persona es el "médium"? –preguntó Matsubara.

–Normal, tiene el cabello teñido de rubio, anda en una Harley Davidson.

"A eso le llaman persona normal hoy en día", reflexionó Mitsuki.

–El barman, inquieto, lo comentó con el subdirector del hotel, que lo consideró una tontería pero de todos modos reunió a los empleados para pedir que vigilaran a los huéspedes –agregó la dama–. Por supuesto, los huéspedes deben ignorarlo. Pero tres noches atrás presentí algo y traté de obtener información del barman. Por supuesto, entrenado para alternar con los clientes, trató de eludir la respuesta. Sin embargo logré presionarlo para que hablara y me lo contó, pidiendo que guardara el secreto.

–Guardaremos el secreto –rio el señor Matsubara. Mitsuki comprendió por qué se sentía vigilada.

La actitud del grupo dejaba en evidencia que el secreto ya no era tal. El barman los observaba a los cuatro mientras secaba los vasos. La anciana trató de adoptar una actitud relajada. Sus dedos arrugados jugaron con la copa. Miró a Matsubara y luego a Mitsuki.

–Entonces pensé que tal vez sea yo quien muera.

El joven la miró con descaro. Luego desvió la mirada.

–Me quedé sin dinero, ya sería hora de cerrar mi vida. Por eso quise ver por última vez esta casa. Para mí es como *Un carnet de bal*.

Era el título de una película francesa que también le gustaba a la Madre.

–Bien podría morir aquí, un lugar lleno de recuerdos felices.

–Y yo podría ser el asesino... –dijo el joven, con hastío.

–Así es, porque soy cardíaca, tuve un infarto –explicó la dama. Con la mano que sostenía la copa, donde brillaba la enorme piedra violeta de su anillo, señaló su carterita–. Llevo conmigo el Nitorol spray pero si este chico me lo quita pondrá fin a mi vida. Colorín colorado...

La llama de la chimenea iluminó de rojo el rostro de la anciana. Los demás se miraron y luego posaron su vista en ella, que sin dejar de jugar con la copa empezó a contar su vida. Muchas cosas tenía para relatar en más de ochenta años vividos. Pertenecía a la generación que pasó la guerra y además vivió más de treinta años en el exterior. Aun así, su historia era bastante simple. Terminada la guerra la familia había conservado algunos bienes y el hermano mayor fue enviado a París como becario nacional. Ella lo acompañó, con el propósito de estudiar pintura. Vivió varios años con un emigrado blanco que fue de Rusia a París vía Japón. Después de la muerte de su pareja sus padres le enviaron dinero para seguir con las clases de pintura. Trabajó como traductora, enseñó ikebana y los ritos de la ceremonia del té a señoras norteamericanas que residían en París. A través de una de ellas hizo amistad con un diseñador. Las fotos que tomó de sus obras fueron reconocidas y le permitieron, a la muerte de su padre, ganarse la vida como fotógrafa profesional.

–Pero vivir en el extranjero fue muy exigente –dijo la anciana.

El estrés hizo que a los cincuenta y cinco años se enfermara. Volvió a Japón y trabajó con el idioma francés. Con la drástica caída de la bolsa perdió el dinero de su herencia. No cobraba la pensión del seguro nacional. Le quedaba sólo un apartamento que compró cuando se repartió la herencia de un terreno en la zona Bancho de Chiyoda-ku, Tokio.

–El edificio es viejo pero la ubicación es buena. Si lo vendo puedo pagar una residencia geriátrica... no voy a vivir mucho más. Pero él no me deja. Quiere ser mi hijo adoptivo porque si muero de un ataque al corazón la herencia se repartirá entre mis hermanos y sus hijos, no llegaría al nieto de mi hermano mayor. Consiguió todos los documentos necesarios para hacer el trámite.

–Por eso ella tiene miedo de que yo la mate –dijo el joven, como si tal cosa.

–Sí, por eso pensé que hablaban de mí cuando me enteré del asunto del médium.

–Su vida fue una historia dramática, por eso imaginó algo dramático –la interrumpió Matsubara sin ironía.

–No fue una historia *dramatique* –dijo la anciana subrayando el vocablo francés–. Fui afortunada, viví y trabajé mucho tiempo en París. Cosas tristes, siempre las hay –suspiró–. No me importa que me

maten porque nadie me necesita.

Mitsuki pensó en la Madre, que hablaba de su deseo de morir, y en ella, que hablaba de su propio asesinato. La muerte no solía ser algo tan rápido y sencillo como suponía esa anciana. Pero nadie dijo nada. No tomaron en serio esas palabras. La dama no esperaba que lo hicieran. El joven sacó un cigarrillo. Con la mirada pidió permiso a todos y lo encendió.

–¡Pero Kaoru san, es muy difícil matar a alguien! No existe el crimen perfecto –dijo.

–Algunos jóvenes como tú saben hacer muy bien esas cosas –replicó la anciana.

El joven no lo negó. Sólo se mordió los labios.

–Ah, basta. A esta edad ya me molesta vivir. Venderé el apartamento, gastaré ese dinero y moriré en la calle.

O tal vez haga una donación. Sería una buena manera de despedirme de este mundo.

Con el vaso de whisky en la mano, el señor Matsubara intervino en la conversación.

–Qué buena idea –dijo, y al ver que todos lo miraban con desconcierto, agregó–: Cerca de aquí está el centro de entrenamiento de JICA. O puede elegir otra institución similar.

–¿Qué es JICA?

–Es la Agencia de Cooperación Internacional de Japón, una institución nacional que ayuda a los países en desarrollo, y acepta con mucho gusto donaciones individuales –respondió–. Yo nunca lo pensé seriamente –añadió avergonzado.

–Todavía es joven, no es necesario que lo haga –le dijo Kaoru. Al parecer ese era el nombre de la anciana, porque así la llamaba el joven.

Matsubara no pudo responder, de repente surgió en él algo oscuro, se puso tenso y transmitió esa tensión a Mitsuki. Al cabo de unos segundos él continuó con tono despreocupado:

–No tengo dinero para legar pero tendría que pensar...

–Todavía es joven –repitió Kaoru.

–En realidad, yo también soy candidato para el suicidio –afirmó sin cambiar de tono.

41. No fui amada

Mitsuki ya lo sabía, estaba preparada.

Cuando cae la noche y la oscuridad avanza es posible alejarse de la realidad, sentirse diferente. Después de hacer su declaración el señor Matsubara continuó sin turbarse. Relató brevemente que en la primavera había muerto su esposa. Le impactó que la esposa de su amigo, que padecía el mismo tipo de cáncer, hubiera sobrevivido. Se esforzó por seguir trabajando pero no tenía voluntad. Pidió vacaciones. Antes de que su esposa enfermara habían visitado juntos el hotel para ver las azaleas. Por eso había regresado.

–Más que las azaleas a ella le gustó el lago –explicó con el lenguaje simple del científico. Se hizo un silencio. Mitsuki se sintió muy conmocionada. Kaoru lo advirtió.

–Amaba mucho a su esposa, ¿verdad? –dijo la anciana, para llenar el silencio de Mitsuki.

–No, no tanto... –comenzó Matsubara. Se detuvo. Rio avergonzado y mirando a Mitsuki dijo–: Ella perdió a su madre.

Kaoru miró a Mitsuki. Pareció interesada en la historia. Preguntó la causa de la muerte, si la Madre vivía sola, todos los detalles. Mitsuki respondió, omitiendo algunos. Por ejemplo, que ella y su hermana festejaron aferradas a la urna que contenía los huesos de la Madre. Y teniendo en cuenta la edad de Kaoru, evitó decir que no se encontraba entre los posibles suicidas porque la Madre por fin había muerto. Antes de que la conversación volviera a centrarse en el señor Matsubara, Kaoru sonrió con una tristeza enigmática y declaró:

–Entonces, la dejamos fuera de la lista.

Mitsuki apartó la vista de las llamas de la chimenea para dirigirla al joven.

–¿Y él? ¿Queda fuera de la lista? –preguntó.

–¿Takeru? –dijo la anciana con sorpresa. Para ella el chico no merecía ser tomado en cuenta como candidato al suicidio ni como persona.

–Yo estoy en la lista desde que aprendí a vivir –respondió él. Al parecer era inteligente.

–¿Por qué?

–Porque el hecho de vivir es por sí solo agobiante. Su voz meláncolica contagiaba desánimo. Sin embargo, el cabello castaño, largo y ondulado sugería que tenía entusiasmo suficiente para ir a una

peluquería de moda, con muchos vidrios y espejos, algo que a Mitsuki le parecía vergonzoso.

–No se preocupen por lo que dice este chico –lo interrumpió Kaoru.

A continuación hablaron de asuntos triviales y luego cada uno volvió a su habitación.

Mitsuki se metió en la cama. No abrió el libro que descansaba en la mesa de luz. No pensó en los e-mails de su esposo. Olvidó la alegría y sorpresa del reencuentro con Matsubara. También, la extraña coincidencia de que la anciana conociera la mansión del conde, de la cual tanto le hablaba su abuela. Y la posibilidad de un suicidio u homicidio. Sólo quedaban en su mente las palabras de Kaoru: "Amaba mucho a su esposa".

–Yo no fui amada –dijo en voz alta–. No fui amada –repitió con tristeza. Después, meneando la cabeza, completó la frase–: No fui amada como deseaba.

Al pronunciar esas palabras, la realidad que hasta entonces había negado se volvió palpable, se corporizó. Ya no era posible eludirla.

En algún momento, mientras las velas flameaban en el ático parisino, tal vez Mitsuki fue amada. Más tarde no fue amada tal como ella lo deseaba. Siempre había evitado enfrentar la realidad. Ahora lo hacía, sin llorar.

¿Desde cuándo lo sabía? En el viaje de luna de miel, antes de cruzar el Canal de la Mancha hacia Dover para visitar Inglaterra, Mitsuki y Tetsuo durmieron en Calais, un pueblo arrasado por la guerra, a orillas del mar. Cenaron temprano, fueron a ver el gran ferry y el atardecer en el puerto. Mitsuki conservaba un grato recuerdo de infancia: la imagen de cintas de color que unían a los pasajeros de un barco con las personas que se quedaban en el puerto. Las cintas se cortaban, seguramente se trataba de la despedida de una familia que volvía a su país. Tal vez la misma que hizo el contacto con la familia francesa que la albergó en París. Se preguntó por qué no volvieron en avión. ¿Porque era muy caro o porque les gustaba viajar en barco? En la escena se veían los colores de las cintas. Sin embargo, tenía la atmósfera de una película documental en blanco y negro. No lo recordaba con exactitud, por entonces era muy pequeña, pero el puerto debía ser Yokohama.

–"El cerro desde donde se ve el puerto",[62] dijo Mitsuki mirando a Tetsuo.

–Es una canción antigua.

–Así es.

La Madre la cantaba, tal vez pensando en el parque Yamashita, cercano a la casa de Yokohama donde había vivido. Con la vista fija en el ferry gigante Mitsuki sintió el impulso de cantar. Respiró hondo

y empezó: “El cerro que visitamos juntos...”. Era muy agradable sacar la voz frente al mar. Por suerte no había nadie cerca. Se sintió en total armonía, feliz. Pero cuando terminó la primera estrofa Tetsuo se alejó hacia el muelle. Ella se quedó sola, cantando: “Al escuchar el llanto de la sirena del barco a vapor, de a poco las flores...”. La figura de Tetsuo se veía cada vez más pequeña.

En ese momento pensó por primera vez: “¿Por qué?”. A ella le gustaba escuchar las canciones de sus compañeros. A sus novios anteriores les gustaba escucharla cantar. Tetsuo era su esposo. No entendía su comportamiento, que le provocaba un malestar inexplicable.

Como la Madre cantaba todo el día mientras hacía las tareas domésticas, ella había aprendido “Una taza de café”, “Canción de Arabia” y muchas otras. Los fines de semana Natsuki cantaba frente al piano, ejecutando las partituras, canciones modernas como “Flores de naranjo espinoso” y “Este camino”, alegres *chansons* como “Señorita de las Hortensias” y “Bajo el puente de París”, y también *lieders* como “Zigeunerleben” (“Vida de gitano”) y “Heidenröslein” (“Rosita del campo”). No entendía la mayoría de las letras pero la motivaban a aprender, le abrían la puerta a un mundo nuevo, desconocido y adorable. El padre bajaba de su escritorio del primer piso, se sentaba en el sillón y acariciando el cuello de Della, la perra Collie, escuchaba un rato a Natsuki. Luego volvía a trabajar. Para Mitsuki lo normal era que un esposo se alegrara al oír cantar a su esposa. A Tetsuo no le importaba que a ella le gustara el canto. No quería escucharla. Aquel día en el puerto se entristeció tanto que dejó de cantar. Olvidó las canciones que había aprendido desde pequeña. Olvidó dónde puso la llave del cofre que las guardaba.

Por supuesto, su familia y la de Tetsuo eran diferentes. Dos hogares japoneses que debido a las circunstancias y las influencias culturales nada tenían en común. En la casa de Tetsuo ni siquiera tenían un tocadiscos. El padre, aunque pobre, era la autoridad. La madre, una mujer inteligente, vivía sometida a las órdenes del esposo. Por el contrario, en la familia Katsura la madre era el sol, el centro del hogar.

Aunque no lograba descubrirlo Mitsuki sentía que la reacción de Tetsuo tenía otro motivo. En la relación con su marido, en el matrimonio que formaron, esa reacción se constituyó en un símbolo. Cada vez que una actitud de Tetsuo la dañaba, Mitsuki sentía lo mismo que aquel día, mientras veía que su figura se alejaba. En general Tetsuo era amable, era cierto que si ella se resfriaba le llevaba a la cama arroz con *umeboshi*.[63] Pero cuando le preguntaba por qué hacía cosas que la lastimaban la respuesta era elusiva. Y como no quería pensar que no la amaba, dejó de preguntar y comenzó a pensar

las excusas por él.

42. 72,30 m^2

La Madre nunca ocultó su egoísmo.

No todos los egoístas son como la Madre. Muchas personas en apariencia son muy amables aunque en realidad su prioridad son ellos mismos.

Tetsuo era una de esas personas. Nada le importaba tanto como sus propios deseos. Los de Mitsuki no contaban. Ella lo notó casi inmediatamente después de su casamiento pero durante un tiempo no pudo admitirlo: no quiso reconocer que no era amada.

Cuando se vio obligada a hacerlo habían pasado varios años de vida matrimonial. El motivo fue la insistencia con que Tetsuo manifestó su necesidad de mudarse a un apartamento en la zona céntrica de Tokio. Parecía un plebeyo obsesionado con el ascenso social.

Cuatro años después de haberse casado se mudaron de un apartamento alquilado LDK –"living-diningkitchen"– a uno propio, recién construido, de 58,80 m^2 con tres ambientes.

Mitsuki aún era estudiante de posgrado cuando Tetsuo pasó de profesor asistente a titular y quiso comprar un apartamento. Hasta entonces sus ingresos no le habían permitido ahorrar lo suficiente. Incluso el pago en cuotas sería dificultoso. Pero el ascenso coincidió con el retiro del padre, que cobró la primera pensión. Para sorpresa de Mitsuki la Madre le ofreció cinco millones de yenes para el primer pago del nuevo apartamento, a modo de compensación de la familia Katsura por no haberle costeado los estudios de posgrado. En aquella época la relación con su hija mayor se había enfriado. Además, aunque Mitsuki lo ignoraba, es probable que ya hubiera empezado la relación con su profesor de *chanson*. El padre pasó a dirigir una empresa subsidiaria de su empleador. En la casa de Chitose Funabashi aún no se veían telas de araña. Mitsuki se sintió realmente agradecida hacia sus padres. La Madre sintió que había cumplido, porque tanto la familia Shimazaki como la de Yokohama y la tiíta habían proporcionado una vivienda a sus hijos. La familia Hirayama pasaba también por una mejor situación económica que en el momento de la boda y si bien no habían podido colaborar entonces con los gastos, los padres de Tetsuo aportaron en esta ocasión un millón de yenes. El comienzo fue afortunado. Por supuesto, no pensaban que sería su vivienda definitiva.

El día de la mudanza Mitsuki bailó en la sala, dando vueltas entre

las cajas de cartón. También Tetsuo estaba alegre, aunque su salario fuera muy bajo para ir pagando las cuotas adelantadas. Al año siguiente, cuando Mitsuki terminó el doctorado, le ofrecieron enseñar francés en una universidad privada. Los esposos recibieron la oferta con sorpresa y alegría. También sus padres. La había recomendado su difunto mentor, un hombre de frente prominente, tal vez abultada por un gran cerebro y traductor de renombre. Mitsuki nunca fue muy diligente con el estudio, pero el hecho de haber vivido un año en Francia, en casa de una familia francesa, y ser desde siempre amante de la literatura hizo posible que en el posgrado tuviera un desempeño excelente, que impresionó al profesor y le valió la recomendación. Ella, que se habría conformado con dar clases en la escuela primaria, de repente se convirtió en profesora de universidad. Dictó tres cursos en un semestre. Dos días a la semana salía de su casa a la mañana para dar clase hasta la tarde, unas veces en el centro de Tokio, otras en una zona cercana a una estación de la línea Chuo. No tenía obligación de asistir a las reuniones ni participar en el comité de ingreso de los alumnos. Tenía vacaciones. Era un trabajo bien pago en relación con la carga horaria. El ingreso rondaba los ciento cincuenta mil yenes mensuales. Si le pedían que dictara clases en el curso intensivo de verano, conseguía un ingreso extra.

El entusiasmo con que Mitsuki empezó a dar clases en la universidad desapareció enseguida, al ver la indiferencia de sus alumnos. De todos modos, siguió adelante porque necesitaba el dinero. Se obsesionaba con la idea de pagar la deuda en cuotas lo antes posible, aprovechando la burbuja de la economía.

El auge del inglés eliminó la obligatoriedad de una segunda lengua extranjera. Por suerte, pasó a ser profesora de inglés y así pudo conservar su puesto en la facultad. Gracias a sus amigos consiguió trabajo como traductora.

Pero la biología y la computación excedían sus competencias, por lo que se dedicó a las patentes y marcas. Aunque aburrido y falto de interés para ella, era un trabajo bien remunerado. El bip del fax que indicaba la llegada de una solicitud de trabajo la entusiasmaba y se volcaba de lleno a la traducción.

Por la misma época la familia Katsura empezó a desmoronarse. Primero, lentamente. Luego, aceleradamente. Para cuando sus miembros se dieron cuenta la situación era muy difícil de enmendar.

Con treinta y tantos años Mitsuki daba clases en la universidad, traducía patentes, sobrellevaba los conflictos con la Madre y visitaba a su padre en el sanatorio. En su cuerpo empezó a sedimentar algo desagradable, imposible de eliminar. En el ínterin explotó la burbuja económica pero aun así ella y Tetsuo lograron mudarse a otro

apartamento en el mismo edificio, de 72,30 m² con cuatro ambientes. El dormitorio con cama doble era a la vez escritorio de Mitsuki; en otra habitación instalaron el escritorio y la biblioteca de Tetsuo; la habitación restante, de 5,70 tatami –algo menos de 10 m2– también fue destinada más tarde a servir de biblioteca-depósito. Fue la manera de resolver las diarias peleas por los objetos que se acumulaban en la sala. Las estanterías llegaban hasta el techo y no sólo albergaban libros, también los rollos de papel higiénico y las botellas de detergente formaban fila como soldaditos de juguetes. Instalaron el precioso ropero heredado de la Madre. Y en la sala ordenada colocaron un espejo que creaba un efecto de amplitud. Además, como el apartamento se encontraba en la planta baja, tenía un pequeño jardín.

En septiembre, terminada la mudanza, floreció la rosa de Siria. Su color lila parecía alabar la alegría de vivir. Mitsuki la observó, suspiró y se sintió feliz con su vida y con esa casa, donde deseaba instalarse para siempre. En ese momento la destrucción de la familia Katsura no ocupaba sus pensamientos.

Por la misma época Yuji y Natsuki vendieron su casa de Kamiyama-cho, en Shibuya, y compraron un apartamento a estrenar de unos 150 m². En la sala de más de 22 tatami colocaron un sillón italiano, un objeto que otorgaba prestigio. Mitsuki colaboró con la organización de la fiesta de inauguración y atendió a los invitados, todos ricos y relacionados con la música, aunque no intelectuales. A medianoche, cuando abandonó esa casa lujosa y regresó a su pequeño apartamento de 72,30 m² en un barrio menos sofisticado, ruidoso y desprolijo, se sintió tranquila. Su casa olía a libros. Era un lugar más noble. En la cama, apoyada en el hombro de Tetsuo le contó anécdotas de esa noche en casa de su hermana, y dijo:

–Mi casa es lo mejor.

–Mitsuki, no tienes ambiciones –le reprochó su marido.

–Para mí es suficiente con esto –aseguró ella.

El sueño de Mitsuki era dejar de ser profesora en la universidad cuando recibiera la herencia de la Madre. Con el ascenso, el sueldo de Tetsuo también se elevó y Mitsuki pensó en reducir la carga horaria de sus clases. Sabía que muchas personas trabajaban todos los días y no tenía motivo para quejarse pero un día entero de clases la dejaba completamente extenuada para el día siguiente. Y además de su condición física, le gustaba quedarse en casa. En esa época las mujeres no estaban acostumbradas a trabajar de verdad, aunque es cierto que la Madre siguió trabajando pasados los cincuenta años, porque a ella le gustaba salir de su casa y también porque su trabajo era peculiar.

Cuando era niña, a Mitsuki le entretenía ver a la Madre

preparándose para salir a trabajar. Si tenía fiebre y no iba al colegio, para no molestar a la empleada que hacía la limpieza se quedaba acostada en la cama grande de sus padres. Desde allí observaba a la Madre mientras se maquillaba: primero se colocaba el polvo en la cara, luego el lápiz labial. Cuando se vestía, empezaba por el *nagajuban*,[64] el kimono y el *obi*, que anudaba en forma de *o-taiko*. Mitsuki quería crecer para maquillarse y usar un kimono hermoso, como ella. "Para que puedan llevar una vida de lujo es que voy a trabajar", decía la Madre. Pero así arreglada, a su hija no le parecía una trabajadora sino una mujer vestida de fiesta que no inspiraba reconocimiento o gratitud.

El mismo profesor que presentó a Mitsuki para el trabajo en la universidad la recomendó para traducir un libro infantil del francés. No le despertó gran interés pero fue un comienzo. De pronto se encontró trabajando en la computadora hasta la medianoche. Enseguida recibió otro encargo y luego una novela breve. Para cumplir con los plazos de entrega suspendió la traducción de patentes. Por supuesto con este tipo de trabajos no se ganaba mucho. Tetsuo no podía creer que se pagara tan poco, pero ella consideró que era suficiente. Para Mitsuki su casa era lo mejor. Su marido, en cambio, no se conformaba con 72,30 m^2.

43. Una buena oferta de trabajo

–Si viviera en el centro de Tokio, de noche volvería fácilmente a casa en taxi.

Así decía Tetsuo y con razón porque desde que aparecía en televisión volvía tarde a su casa. Y volver borracho en un tren congestionado era lamentable.

Más allá de la excusa del transporte, Tetsuo quería aparentar. El apartamento en el que vivían ya era viejo, un cuadrado de hormigón que dejaba a la vista lo humilde que era Japón antes de la burbuja económica. Su barrio no tenía características que lo enorgullecieran.

–¿En realidad quieres vivir en un lugar más coqueto? –le preguntó Mitsuki.

Tetsuo dudó un instante antes de contestar.

–Es posible que sea esnob, pero por serlo pude llegar hasta aquí.

Él mismo había admitido su esnobismo. Mitsuki no hizo comentarios al respecto.

–Pero no tenemos dinero –objetó.

–Si trabajamos juntos podemos conseguirlo.

Mitsuki perdió la oportunidad de decirle que quería reducir sus horas de trabajo. Y justificó a su marido porque provenía de un hogar inimaginable para ella.

En la historia de Tetsuo todo rememoraba la era de Showa. En el campo donde se crio el viento mecía la hierba mientras él jugaba con su tamborcito. Las caras eran tristes. Al atardecer el aire olía al pescado que la madre cocinaba afuera, en el *shichirin*.[65] Los hermanos iban a bañarse al baño público peleando en el camino. Al volver a casa, bajo una lámpara los esperaba en una mesita redonda, con vajilla ordinaria, una comida muy modesta. La madre no tenía plato, sólo el tazón de arroz y los palitos.

Tetsuo tenía un recuerdo de infancia imborrable. Cuando empezó a ir a una buena escuela secundaria hizo un amigo íntimo, hijo de un funcionario del Ministerio de Hacienda, que vivía en el barrio de Mejiro. Aunque las diferencias de cuna eran casi cómicas, los dos amaban la literatura. Leían a Natsume Soseki, a Junichiro Tanizaki, y novelas occidentales de autores como Tolstói o Dostoievski traducidas al japonés. En la casa del amigo había una sala de estar al estilo occidental y en la biblioteca se veían colecciones completas de libros encuadernados en tela, en particular, los de la editorial Iwanami. En

una de sus visitas Tetsuo abrió uno de los volúmenes. Se trataba de una primera edición no destinada a la venta, que al parecer pertenecía al abuelo de su amigo.

Por supuesto, Tetsuo nunca invitó a su amigo a casa. Su madre conseguía algo de dinero –nunca supo cómo– para comprarle algunos libros y así él podía conversar de literatura. Un día, en el apuro por transbordar el tren se cayó y se fracturó el tobillo. Lo enyesaron y no pudo ir al colegio, por lo que su amigo consultó un mapa y fue a visitarlo sin aviso para saber cómo estaba.

–Soy Shoji –dijo al llegar, quitándose la gorra de estudiante para saludar.

Ese joven tan correcto y erguido impresionó a la madre de Tetsuo. Su hijo le había hablado de él y había conocido a su madre en la reunión de padres del colegio. Estaba muy orgullosa de que este joven fuera amigo de Tetsuo. Pero nunca imaginó verlo en el vestíbulo –estrecho como la frente de un gato– de su humilde casa de tres pequeños ambientes. Su hijo se sentiría humillado. El hermano menor miraba Ultraman en la tele. La madre pidió que apagara el televisor y no hiciera ruido. Invitó a la visita a pasar al lugar donde estaba acostado Tetsuo y le ofreció un té y galletas de mala calidad. “Gracias, no se moleste, señora”, respondió cortés el amigo.

Tetsuo conversó con el amigo. La madre y el hermano permanecieron callados. Cuando la visita se fue, también él calló y se quedó mirando el techo. Su madre podía imaginar cómo se sentía. Sin decir nada volvió a la cocina. El hermanito, que no entendía nada, encendió de nuevo el televisor.

Mientras Mitsuki escuchaba ese relato podía oír el molesto ruido de fondo de una gota de agua cayendo en la pileta metálica y los sonidos del televisor que llegaban a través de la puerta corrediza de papel. Podía ver que la madera del techo estaba despareja. Podía sentir el deseo de vivir en una casa donde recibir visitas sin avergonzarse. Ese deseo fue desde entonces el motor del progreso de Tetsuo.

La casa de Tetsuo se encontraba en Toride pero la estación más cercana del tren bala era Shin-Toriide, de modo que para ir al centro de Tokio tenía que llegar hasta la estación Toride, y luego viajar en la línea Tokiwa, transbordando en Nippori o Ueno. Su cuerpo acompañaba la dirección de los trenes que se desplazaban a derecha e izquierda. Por eso decidió que cuando fuera grande viviría en el centro de Tokio.

Desde la casa donde vivía con Mitsuki pudo llegar al centro directamente con el metro. Una vez que esa condición estuvo satisfecha, quiso más. Considerando su situación, el deseo de Tetsuo no era irreal. Pasó meses mirando las fotos gigantes de apartamentos

de lujo que aparecían en las revistas. Pertenecían a familias como los Shimazaki, a opulentos inversionistas o gente relacionada con las nuevas tecnologías. A diferencia de los apartamentos adaptados al estilo occidental de algunas familias extranjeras que residían temporalmente en Japón, estos no eran muy grandes. Los había de 70 m2, acordes con las posibilidades de un profesor universitario. Una foto mostraba un amplio vestíbulo con mármoles, muy sofisticado, donde se veía a un hombre con barba y su esposa, con cabello corto y sin maqullaje, ambos arquitectos. En la terraza cultivaban hierbas aromáticas. Con sólo mirar las revistas se podía saber que la gente elegante ahora vivía en este tipo de casas.

Tetsuo no quería contarse entre los rezagados. Quería subirse a la ola. Mitsuki comenzó a pensar que su aspiración no era imposible de realizar. Pero la idea de mudarse a un apartamento de categoría en el centro de Tokio quedó en el aire cuando su marido decidió ir a California para estudiar en Berkeley durante su año sabático. Mitsuki lo acompañó, por poco tiempo. Antes de su partida, la Madre se mostró indiferente y en la cara de Natsuki había envidia. Pronto le pidieron que volviera a Japón para ocuparse de asuntos administrativos de la familia y ayudar a su hermana en el cuidado del padre. Las hermanas se hicieron cargo de los gastos. La Madre permaneció al margen del asunto, pero pidió ayuda a su hija menor en otros asuntos familiares para prolongar sus estadías en Tokio y tener oportunidad de verla.

Al término de ese año sabático de Tetsuo todo se complicó. El precio de los apartamentos del centro de Tokio ya era increíblemente alto. El padre enfermó de neumonía y Mitsuki tuvo que alojarse en un hotel cercano al sanatorio para cuidarlo todos los días. Una comunicación telefónica con la Madre le hizo desear que muriera. Escribió una carta diciendo que no quería tener más relación con ella y esa misma tarde la atropelló una bicicleta.

Por esa misma época Mitsuki recibió una oferta de trabajo muy buena. Un día recibió una llamada del profesor que de alguna manera la apadrinaba.

–¿Como está, señora Hirayama? –la saludó el profesor. Su voz, siempre alegre, ese día sonaba aún más alegre–. Tengo un trabajo excelente para usted.

A continuación explicó que una editorial pedía una nueva versión en japonés de *Madame Bovary*. Él ya se consideraba muy viejo para emprender ese trabajo y además tenía otros compromisos y trabajos pendientes. Si Mitsuki aceptaba traducir la obra, él escribiría el prefacio y una nota elogiosa sobre la traductora. La editorial aceptaba a su recomendada, sólo ponía como condición previa que Mitsuki

entregara un capítulo traducido para evaluarlo y fijaba un plazo de dos años para la conclusión del trabajo.

Mitsuki, feliz y confundida, pidió al profesor que le diera tiempo hasta el día siguiente para responder. Esa noche, cuando Tetsuo volvió del trabajo, consultó con él la conveniencia de aceptar el trabajo.

–Como quieras –fue todo lo que dijo el esposo.

No intentó participar de la decisión ni le alegró que su esposa hubiera sido elegida para esa importante tarea. No lo consideró como un reconocimiento a sus cualidades intelectuales o como una posibilidad de desarrollarlas. O tal vez prefirió no pensar en ello.

Esa noche, mientras Tetsuo dormía, Mitsuki permaneció despierta, con el pecho oprimido. Pensó en un gran apartamento en el centro de Tokio, un tema que en los últimos tiempos había olvidado. Le preocupaba que la entrega del trabajo tuviera una fecha límite. No creía que pudiera comprometerse a cumplir con esa fecha si seguía dando clases en la facultad. Por otra parte, cuando a la Madre le dieran el alta en el sanatorio tendría que cuidarla, el padre recién se recuperaba de su neumonía y no podía contar con su pobre hermana mayor, que padecía una enfermedad crónica. Había pedido licencia en la universidad para acompañar a Tetsuo en su año sabático, no podría pedir otra por un tiempo. Si aceptaba esa traducción tendría que dejar su trabajo de profesora. Tal vez Masako podría reemplazarla pero ¿qué diría Tetsuo? Seguramente no lo rechazaría de plano, aunque tampoco lo aceptaría con gusto. Si seguía trabajando en la facultad, corría el riesgo de no cumplir con el plazo fijado para el trabajo y dañaría la reputación del profesor que amablemente la recomendaba. Prestó atención a la tranquila respiración de su esposo. Miró su cara dormida. Le pareció un desconocido.

Al día siguiente, Mitsuki llamó al profesor para explicar su situación. Con voz triste rechazó la oferta.

44. El *affaire* de Tetsuo

“Entiendo”, fue todo lo que dijo el profesor. Ella notó su decepción. A partir de entonces no quiso tener nada que ver con el idioma francés. Para no culpar a Tetsuo, responsabilizó a la Madre por lo sucedido. Ese mismo día fue a visitarla.

–Qué cara horrible –dijo la Madre al verla.

Ella trató de ignorar el comentario. Se entretuvo acomodando los alimentos que le había encargado.

–Deberías maquillarte bien –siguió la Madre.

–No tengo tiempo para esas cosas –respondió Mitsuki, furiosa.

–Pobrecita, estás cansada, perdón. Nunca me imaginé que estaría postrada.

Mitsuki pensó que en lugar de pedir disculpas, podía dejar de encargarle que comprara todos los alimentos que se vendían en el subsuelo de Isetan. La Madre sólo pensaba en sus deseos. Su hija no podía tener los propios. Cuando Tetsuo supo que Mitsuki había rechazado la oferta del profesor, la consoló con una copa de espumante.

–Tus condiciones de trabajo en la facultad son muy buenas, no todos tienen tanta suerte –dijo. Tetsuo hablaba como un adulto que conocía muy bien la realidad. A diferencia de Mitsuki, que enseñaba un idioma extranjero dos veces por semana, él estaba ocupado todos los días. Tenía reuniones de cátedra, conferencias, etc. Cuando se tomaban exámenes de ingreso pasaba el día entero en la facultad, desde la mañana temprano hasta la noche. Mitsuki sabía que era difícil ganarse la vida y consideraba egoísta quedarse en casa a hacer lo que más le gustaba, teniendo en cuenta que además dedicaba bastante tiempo a atender sus asuntos familiares. Sentía que debía ser más solidaria con su marido. Trataba de resignarse a la realidad de ser la hija de esa Madre, y ofrendarle toda su vitalidad. Aquella noche, en el ático de París, rodeada de infinidad de velas, Mitsuki se sintió rodeada de estrellas. Tetsuo le juró que ella sería lo más importante de su vida. ¿Por qué se apagaron esas estrellas? ¿Por qué él no la ayudó a liberarse del destino que le deparaba ser hija de aquella Madre?

Después de rechazar esa oferta Mitsuki se vio obligada a reconocer que aquel hombre celestial que le había jurado profundo compromiso no era un ángel sino una persona tan egocéntrica como cualquier otra.

Por entonces descubrió el primer *affaire* de Tetsuo. Mitsuki salió un

día para la facultad, olvidó algo y volvió a casa. Tetsuo no la oyó. Estaba conversando alegremente por teléfono. Ella escuchó su conversación y luego apareció frente a él sin aviso. Tetsuo se sobresaltó. Pero su esposa no le dio oportunidad de justificarse. Salió enseguida y para que no la alcanzara, tomó un taxi en la avenida.

Al atardecer, cuando terminó su horario de trabajo, volvió a casa. Tetsuo también estaba de vuelta. Mitsuki lo ignoró. Con grandes aspavientos puso su maleta en la cama que compartían, la abrió y empezó a llenarla con prendas de calle, ropa interior, pijamas, zapatos y cosméticos. Recordó escenas de películas de Hollywood donde las mujeres enojadas las lanzaban desordenadamente a la maleta, haciendo ruido. Mitsuki no era tan detallista como muchas japonesas, pero tenía bien doblada la ropa interior. Puso en una bolsa plástica las prendas todavía húmedas después del lavado y en otra, los materiales didácticos. No quería ir a casa de la Madre, que ya había salido del sanatorio. Prefería recurrir al modesto apartamento de Masako, que vivía sola después del divorcio. Sentía que observaba desde afuera su propia vida, que hasta entonces había creído colmada de amor. Estaba tan alterada como decepcionada.

También él daba vueltas por el apartamento, también él lloraba. Cuando la vio calzarse los zapatos de taco alto en el vestíbulo, se arrodilló y se aferró a sus pies. Mitsuki sintió las lágrimas que atravesaban sus medias de nylon.

Tetsuo llevó a Mitsuki hasta la cama, la cubrió con el acolchado de plumas para que no se resfriara, se acostó junto a ella y empezó a dar excusas con los brazos cruzados detrás de la cabeza. A ella le gustaba el olor dulce y salvaje de sus axilas.

–Cada vez que la veía, me proponía terminar con ella –declaró.

La amante, tres años mayor que él, era esposa de un colega de la Facultad de Relaciones Internacionales. El matrimonio lo habían arreglado las respectivas familias, intercambiando fotos y currículums. Llevaba una vida tranquila, criando a sus hijos, hasta que acompañó a su marido a un viaje de capacitación docente en América Latina y conoció a Tetsuo. Según ella, su primer amor verdadero, su primer y último amante.

–Cuando intentaba cortar la relación ella lloraba, decía que no podía vivir sin mí –explicó Tetsuo. Mitsuki se sonó la nariz. Trató de justificar a su marido pese al dolor que le causaba el recuerdo de su voz alegre mientras hablaba por teléfono. Pensó que si hubiera descubierto la relación cuando empezó, se habría divorciado. Era más joven, habría podido conocer a otro hombre, conseguir un mejor puesto en la facultad. Ahora su única opción era llorar junto a su esposo.

A partir de ese episodio Mitsuki sintió que se volvieron más íntimos. Cuando murió el padre, Tetsuo la consoló con dulzura. También cambiaron otras cosas. Dejó de esforzarse por agradar a su marido. Pudo tomar cierta distancia. Se permitió sentir rencor.

Después se enteró de otro *affaire*. Tetsuo reparó su falta ofreciéndole que lo acompañara en su segunda licencia sabática en la isla Ishigaki de Okinawa. Pero la Madre, con más de ochenta años, dependía mucho de Mitsuki. No podía dejarla enteramente a cargo de la hermana mayor. Aunque el dinero no abundaba, todas las noches la llamaba. En verano, cuando la familia Shimazaki fue de vacaciones a su casa de Oiso, y a fin de año, cuando la Madre quiso reunir a toda la familia en Tokio, Mitsuki volvió sola y se quedó un mes junto a ella.

Terminada la licencia, también Tetsuo regresó a Tokio. Una vez, mientras los esposos leían en la cama pasada la medianoche, sonó el teléfono. Mitsuki pensó que llamaba la Madre. Sin embargo, la voz femenina que oyó era otra y pidió hablar con Tetsuo. Mitsuki quedó helada. Tetsuo recibió el auricular.

Encerrada en su habitación la mujer acababa de cortarse las venas de la muñeca. Sus padres dormían. Anunció que después de cortar el teléfono, arrancaría el cable. Así terminó su llamada. Tetsuo pidió enseguida una ambulancia. Para asombro de Mitsuki, tuvo la sagacidad suficiente para advertirles que no hicieran sonar la sirena porque no quería alertar a los vecinos. Con ayuda de su esposa consiguió rápidamente un taxi y salió. La mujer tenía un año más que Tetsuo. No trabajaba, por eso los padres la habían enviado a Okinawa, donde su hermano estudiaba los manglares. Se conocieron en uno de los viajes de Mitsuki a Tokio. Ella sabía que Tetsuo tenía esposa. De todos modos lo siguió cuando él regresó a casa.

Aquella noche los padres pidieron disculpas a Tetsuo. Su hija no era una adolescente y además en su historia había otros intentos de suicidio.

Mitsuki seguía bajando peldaños en la escalera de la vida.

45. La televisión y la Divina Providencia

“Mujeriego” es una expresión muy vulgar.

No era adecuada para Tetsuo. Le gustaban las mujeres pero no iba en busca de relaciones carnales. Por el contrario, eran ellas quienes las buscaban. Para Tetsuo, tal como en su época de joven intelectual en París, lo valioso no era la continuidad de una relación sino el enamoramiento. Sobre todo, que las mujeres se enamoraran perdidamente de su persona.

Sus dos amantes fueron mayores que él. Una coincidencia, nada más. La primera, la esposa de un colega de la facultad –a la que Mitsuki había tenido oportunidad de conocer– era una mujer alegre vestida con colores brillantes. La segunda, según Tetsuo, era tímida, llevaba ropa oscura y zapatos bajos. La anterior era un poco gordita y esta otra era delgada. Sin embargo, estas mujeres estaban unidas por un rasgo en común: las dos estaban perdidamente enamoradas de Tetsuo.

En realidad, desde la escuela secundaria él siempre había tenido novias mayores porque ser más joven le otorgaba una posición de superioridad. Cuando la Madre enloqueció por aquel hombre, Tetsuo se consideró con tanto derecho como Mitsuki a opinar sobre el asunto.

–Si en lugar de ese hombre yo hubiera atendido a la Madre, habría sido más feliz –dijo.

Mitsuki se puso pálida.

–¿Qué quiere decir eso?

Tetsuo, por supuesto, no respondió.

–No es necesario decir que tu comentario fue muy grosero –continuó Mitsuki.

–Perdón, no fue mi intención.

–Además de narcisista.

–Por eso te pido disculpas.

Tetsuo comprendió que había cometido un error al ver la cara de Mitsuki, pero no entendió del todo el motivo de su enojo. No sólo se trataba de una expresión desubicada por parte de un yerno. También dejaba en evidencia su vanidad: estaba convencido de que cualquier mujer mayor se alegraría de que un hombre como él le prestara atención. Aquel comentario de mal gusto quedó guardado en el fondo de la memoria de ambos hasta la segunda infidelidad de Tetsuo. Entonces Mitsuki empezó a sospechar que su marido había tenido más

amantes. Con el paso del tiempo pudo considerar el asunto con más frialdad. Tetsuo dejó de ser respetable. No se parecía a su mentor, el profesor que ella veneraba, sino al marido de Natsuki. Pero a diferencia de él, se avergonzaba de no ser un auténtico "hombre del arte y la cultura". Por eso fingía que lo era. Llegó el momento en que Mitsuki se permitió admitir que se había casado con esa clase de hombre.

La Madre siempre tuvo adoración por "el arte y la cultura". Y a pesar de que relegó esa faceta de su persona para sobrevivir, cultivó una profunda relación con el arte desde su lugar de espectadora. Su hija no quería estar alejada del arte y la cultura, ni vivir con alguien ajeno a ellos. El Tetsuo que Mitsuki conoció no se parecía a otros becarios. Su aspecto y su forma de vestir indicaban que se trataba de una persona con sentido artístico. Con habilidad logró convencer a Mitsuki de que ella era una ignorante pero el tiempo fue disipando su ceguera de novia enamorada. Descubrió, por ejemplo, que su marido se interesaba muy poco por la literatura. Tampoco tenía porvenir como investigador porque no lo impulsaba el deseo de comprender el mundo a través de su conocimiento, aunque era capaz de escribir y leer cosas difíciles. Gracias a su puesto en la Facultad de Relaciones Internacionales podía darse el gusto de elegir su área de investigación. Empezó por la literatura colonial, pasó a la literatura de los inmigrantes y luego a la antropología. Así se fue alejando de los libros. Favorecido por el conocimiento práctico que le daba su origen se dedicó a defender grupos étnicos minoritarios o culturas en peligro de extinción. Sin embargo, no dejó de presumir de intelectual. Dominaba el idioma francés y comprendía conceptos de pensadores franceses, complejos para personas comunes e incluso para Mitsuki. Solía escribir artículos para revistas de tirada reducida que luego recopiló para publicar en forma de libros. En cierto momento comenzó a escribir sobre las tendencias del este y el sudoeste asiático y publicó el tercero de estos libros, referido a la recepción de la cultura japonesa pop en los países asiáticos en general. Gracias a que se vendió más que los anteriores, empezó a frecuentar los medios de comunicación. Para Mitsuki estaba claro que Tetsuo no pretendía profundizar en sus investigaciones sino conseguir un lugar en los medios y defenderlo. Sin embargo, hasta descubrir la segunda infidelidad no se atrevió a decírselo a su esposo ni a sí misma. Sucedió por designio divino, o por casualidad.

Un día, apenas descubierto el *affaire*, Mitsuki trabajaba en la cocina de la casa de Chitose Funabashi. Con el delantal de cocinera cortaba *takuan*, los pickles de nabo que le gustaban a la Madre. Ella, con el hombro izquierdo enyesado después de que la atropellara la bicicleta, desde su sillón ordenaba en voz alta a la hija que los cortara en

láminas finas para que pudiera morderlos con su mala dentadura.

El televisor estaba encendido. Tetsuo aparecería por primera vez en un programa.

–¡Apareció! –gritó de pronto la Madre, como si hubiera visto un raro espécimen.

Mientras se secaba las manos Mitsuki se acercó al televisor. Quedó petrificada. Tetsuo parecía otra persona. La pantalla dejaba en claro que sus aspiraciones eran de muy bajo nivel. Usaba su camisa de intelectual pero sus palabras eran completamente frívolas. No pudo reconocer en ese hombre a su esposo.

–Se lo ve buen mozo –comentó la Madre, por decir algo. Es cierto que se lo veía joven para su edad y que tenía buena presencia pero Mitsuki no volvió a ser espectadora de sus apariciones televisivas. Prefería recordar su expresión nerviosa en el ático de París, entre las llamas de las velas. Le apenaba haber proyectado en él cualidades tan valiosas. En aquel momento era el Rodolfo de *La Bohème*, el Julián Sorel de *Rojo y negro*, el Heathcliff de *Cumbres borrascosas* y el Kan-ichi de *Konjiki yasha*, todos hombres que no ambicionaban dinero sino alcanzar las estrellas y que amaban sin medida a una sola mujer.

Mitsuki creyó haber encontrado en su esposo a los héroes de las novelas que leía en la cama durante la niñez. Cuando volvió a Japón con Tetsuo, la Madre y la hermana tuvieron la misma impresión. El padre, por ser hombre, no se ilusionó demasiado. Advirtió de inmediato que el aspecto de su yerno no coincidía con el de un becario, un académico. A Mitsuki le llevó mucho tiempo verlo con objetividad.

Tres años habían pasado desde el día en que todos fueron a una función de ópera en el Centro Cultural de Tokio en Ueno. Esa sería la última ópera que vio la Madre. Ella viajó en taxi con sus hijas. Tetsuo fue en subte. Yuji no asistió. En teoría porque estaba ocupado. En realidad no fue invitado porque no tenía el menor interés en esas formas de la cultura. A Tetsuo solían invitarlo porque era útil para llevar el abrigo y las compras de la Madre, para reservar mesa en un restaurante, para buscar un taxi. Esa noche vieron *La Bohème*.

“Che gelida manina”, cantaba Rodolfo, aferrando las gélidas manitas de Mimí.

“¿Quién soy? Soy un poeta. ¿Qué hago? Escribo.

¿Cómo vivo? Vivo. Soy pobre, pero un gran señor, pródigo en rimas y canciones de amor. En sueños, quimeras y castillos en el aire mi alma es millonaria.”

La Madre se sentía feliz aunque no estuviera en el teatro de la Ópera de Tokio ni en la Scala. Ese centro cultural era suficiente. Miraba la escena con los ojos húmedos. Tetsuo estaba dormido. Solía

pasarle en el teatro. Un domingo a la tarde, después de haber descansado viernes y sábado, no podía atribuirlo a la fatiga.

A Mitsuki su marido empezó a parecerle una figura triste, o más bien cómica. En uno de los e-mails para su amante había escrito: “les encanta la cultura y el arte, no sé qué hacer con esta familia”. Le dio risa la descripción acertada de la familia Katsura. Por otra parte, descubrió que a esa mujer Tetsuo no le ocultaba quién era en realidad.

En el ático de París, mientras las velas flameaban, sin querer Tetsuo se engañaba a sí mismo. Su seriedad y sus complejos conmovieron a Mitsuki. La atmósfera de ensueño la elevó a alturas irreales. Cuando las velas se apagaron cayó el telón. Reapareció el verdadero Tetsuo, aunque por algún tiempo ella no pudo reconocerlo con claridad. Pasó mucho después de aquella escena triste en el puerto de Calais hasta que Mitsuki logró encontrar una explicación. Ella pensaba que a su marido le alegraría oírla cantar. Sin embargo, lo que para la familia Katsura era una manera de manifestar alegría, para Tetsuo, aunque se tratara de una antigua canción popular, tal vez fuera una ostentación de sensibilidad artística y cultural.

46. Tazas de té matrimoniales

Pronto empezó a dormir separada de Tetsuo. Él había instalado en su escritorio una cama simple para poder trabajar durante la noche. Fue algo natural. En el dormitorio principal, donde se encontraba el escritorio de Mitsuki, quedó el ropero compartido y Tetsuo siguió usándolo. Pero la cama doble fue exclusivamene para ella. En esa cama pasó noches llorando, sin poder dormir, pensando en su pobre padre y su extraordinaria Madre. No pensaba en Tetsuo que dormía en otro cuarto del mismo apartamento.

Esa deuda la oprimía. En el silencio de la noche de la montaña de Hakone pensó mucho en Tetsuo, en lo que habían vivido cada uno de ellos. Pasadas las dos de la mañana dejó de mirar el techo y como de costumbre tomó algunas pastillas para dormir. Pero aun desde el sueño la memoria siguió activa en el cerebro de Mitsuki. A pesar de que consiguió cerrar los ojos por unas horas, al despertar en ellos se apreciaba un cansancio que no lograba eliminar el aire puro. Abrió las cortinas para recibir la luz de la mañana. Vio el amplio lago, como el día anterior, pero esta vez el sol ya estaba alto, iluminando la montaña. Sólo así tuvo noción de que el tiempo pasaba y recordó la noche anterior en compañía de los demás huéspedes de larga estancia.

Bajó a desayunar en el restaurante japonés. Mientras la acompañaban a su mesa buscó con la mirada al hombre de traje oscuro, para saludarlo, nada más. La insistencia de la señora Kaoru lo había obligado a participar de la reunión nocturna y su imprevisible conversación. Ahora ella debía dejarlo en paz.

En el salón no vio a Matsubara sino a una pareja de jóvenes asiáticos. Conversaban en inglés con acento americano, no pudo determinar su nacionalidad. ¿Eran chinos, coreanos o japoneses?

En comparación con los jóvenes japoneses, de contextura delgada –que no les impedía dar eficaces golpes de karate– ellos eran robustos. Los estadounidenses que buscaban hospedaje barato dormían en los Ryokan, típicos hoteles de estilo japonés. Los más pudientes, en hoteles de cadenas internacionales. No siendo la época de las azaleas en flor, era raro verlos en este tipo de hotel. Sus caras lozanas rejuvenecían el lugar. Tal vez estaban allí sólo porque eran jóvenes y las consideraciones de Mitsuki ni siquiera pasaban por su cabeza. Ella pensó que en Estados Unidos la tasa de divorcio era alta y aun así las estadísticas señalaban que en las parejas orientales el porcentaje de divorcios era bajo. Tal vez los jóvenes seguían la línea de sus padres y

abuelos. No se ilusionaban demasiado con el matrimonio y en cambio valoraban las ventajas de compartir la vida con una persona de su mismo origen en un país alejado de su tierra natal.

En otra mesa reconoció al matrimonio de ancianos que viajó con ella desde la estación. Le sorprendió verlos todavía en el hotel. Entonces cayó en la cuenta de que sólo habían pasado dos noches desde su llegada. Posiblemente partirían después del desayuno. Los ancianos también reconocieron a Mitsuki, dejaron su taza de té, inclinaron reverentes la cabeza y sonrieron. Al parecer el hijo y la nuera sólo habían pasado allí una noche. La luz de la mañana que atravesaba las ventanas iluminaba sus rostros. Se los veía serenos, libres de la incomodidad que se percibía en ellos cuando llegaron. En silencio tomaban el té después del desayuno. Formaban una pareja tan indisoluble como el par de tazas que acompañaban a los matrimonios a lo largo de los años.[66]

"Había una vez un abuelito y una abuelita..." ¿Cómo habría empezado la historia de estos abuelitos? Por su edad, se diría que el matrimonio se había concertado mediante el intercambio de fotos y cartas de presentación, algo común aún hoy en Japón.

Muchas parejas formadas de esa manera permanecen juntas para siempre. Por ejemplo, los padres de Tetsuo. Tal vez por ser pueblerinos, aunque no se conocieron en la época de Edo, ni de Meiji sino en la era de Showa, y además, después de la guerra mundial. El día de la presentación la madre le ofreció a su pretendiente una bandeja con dulces. Hasta entonces no habían intercambiado una sola palabra. Decidieron casarse. Desde que su hijo menor les dio un nieto empezaron a llamarse "abuelito" y "abuelita".

Mitsuki se preguntó por qué los japoneses ya no se conformaban con ese sistema nupcial. De pronto dirigió la mirada al libro que había dejado en la mesa: *Madame Bovary*. Relataba la historia de Emma, una niña francesa sensible y soñadora que se educaba en un colegio religioso y en secreto leía novelas que "no trataban más que de amores, de amantes y amadas".[67] Sus lecturas le despertaron la ilusión de tener una vida fuera de lo común pero el destino hizo que se casara con un médico rural de costumbres sencillas. Ella envidiaba a sus compañeras del colegio, las imaginaba en teatros y fiestas, disfrutando de la emocionante vida parisina. Trató de llenar el vacío de su corazón con amantes y un estilo de vida fastuoso. Se endeudó por demás. Ninguno de sus amantes estuvo dispuesto a ayudarla en su momento de necesidad. Abandonada, perdida toda ilusión, se envenenó con arsénico y así murió.

Muchos años después, se sigue apodando "Madame Bovary" a las mujeres que confunden las novelas con la vida real. Amor, amantes,

amadas eran los temas habituales de las novelas occidentales. En la era de Meiji esa oleada de novelas de amor llegó a Japón. La historia de la literatura japonesa comienza hace mil años con la aparición de *Genji Monogatari –La historia de Genji–* y está llena de historias de amor, pero era sabido que sólo se trataba de un tema novelesco. A partir de la era de Meiji, y luego de Taisho y de Showa, todas las novelas occidentales tenían como tema principal el amor. Leyendo estas novelas los japoneses se convirtieron en románticos. Empezaron a gastar sin medida en cosas lujosas, dejaron de conformarse con la persona que sus padres elegían para ellos, buscaron a alguien, como Emma. Por supuesto, empezaron a quejarse del ambiente donde se encontraban. Fue el caso de la Madre, que para no casarse con el heredero de la barbería huyó a la casa de Yokohama. Pero no cualquiera toma la decisión de suicidarse, por lo que la mayoría lamentaba la vida que le tocó en suerte hasta el fin de sus días.

Mientras tomaba la sopa de *miso* Mitsuki miró la imagen de una tierna mujer occidental que ilustraba la tapa de *Madame Bovary*. Se preguntó hasta cuándo las novelas serían inspiración para el pecado. El matrimonio anciano se levantó de la mesa. Al pasar junto a Mitsuki la saludaron de nuevo con una reverencia. Ella dejó sus *o-hashi* y respondió al saludo.

–¡Lindo día para pasear! –comentó.

–Sí, nosotros ya salimos a pasear.

–¡Qué madrugadores!

–Así somos los viejos –concluyeron los ancianos y después de dedicarle una sonrisa salieron del restaurante. Mitsuki volvió a la habitación. Cansada de pensar, abrió el libro de *Madame Bovary*. Lo cerró. Pronto llegó el mediodía. Se abrigó y salió al jardín de azaleas del hotel. Fue hacia la derecha y siguió hasta encontrar una capilla con una cruz, pintada de blanco, con puertas de dos hojas que se abrían a derecha e izquierda. Las flanqueaban hornacinas de estilo gótico que albergaban imágenes de la Virgen María. Desde la primera vez que en Japón dos personas se enamoraron, los japoneses empezaron a jurar su amor eterno en una capilla con cruz, aunque la mayoría nunca abrió una Biblia. Tal vez porque en los hoteles se suelen hacer fiestas de casamiento el Hotel del Lago había construido esta capilla. Se encontraba en perfectas condiciones, frente a una fuente que daba comienzo a una plaza de estilo occidental con un sendero de piedras. Mitsuki consideró que las fiestas de casamiento eran menos frecuentes en invierno pero no se sorprendió demasiado, ya estaba acostumbrada a esas escenografías. Al llegar a un monumento de granito distinguió una poesía china grabada en la piedra que no pudo leer. Pensó que cien años antes los japoneses

sabían leer el idioma chino tradicional. Los japoneses de la actualidad, en cambio, tenían debilidad por las capillas. Esa reflexión le hizo desviar la mirada.

De regreso se encontró con unos hombres con gorras. Con acento lugareño, dialogaban acerca de los arbustos sin hojas. Tomaban apuntes y fotos de las azaleas. Las numeraban. Algunas plantas no parecían azaleas. Sin embargo, los carteles indicaban que lo eran, con el nombre del género y la especie: por ejemplo, *Rhododendron macrosepalum Hanaguruma*. Los nombres japoneses eran expresivos, como *Hanaguruma* –carro con flores–, *Ryukyu shibori* –tintura de *Ryukyu*– y otros que significaban "anguila joven", "río Asuka", "cientos de pétalos blancos" o "Princesa Aya". Todo escrito en *kanji*, de modo tal que los ideogramas permitan imaginar qué tipo de flores puede verse en temporada y apreciar las sutilezas del universo de las azaleas.

Bajando la pendiente un cartel ofrecía explicaciones sobre el cultivo de las azaleas. Incluía fotos de los "Garden Conductors", es decir, los encargados de su cuidado. Se los veía con caras muy serias y japonesas que no concordaban con el moderno nombre de su oficio. Mitsuki observó el cartel: una vez más, lo occidental aplicado a lo japonés creaba un efecto cómico. Luego bajó hacia el lago, giró a la derecha, y siguió adelante hasta que el sendero de piedra fue reemplazado por un terreno desparejo, poblado de matas, por donde costaba caminar. Llegó hasta donde pudo y volvió al hotel. Ya era hora de almorzar. En el *lounge* pidió un almuerzo liviano. Desde su mesa se veía la recepción. Por ser mediodía, los comensales eran en su mayoría mujeres, madres e hijas, hermanas, amigas, que conversaban con cara seria. Entró un señor más bien gordo, de mediana edad, con suéter. Fue hasta la ventana y gritó a su compañero, sentado en el sillón del fondo:

–¡Se ve el Monte Fuji!

–¿Y qué? –fue la respuesta de su amigo.

–No hables así, pronto será Patrimonio de la Humanidad. Ven a verlo.

–¿Esa montañita, Patrimonio de la Humanidad? –preguntó el otro gordito con suéter mientras se acercaba a la ventana. Los dos amigos, como mansos animalitos, miraron juntos el Monte Fuji.

Entonces se oyeron ruidos, como si explotara el volcán.

–¿Qué fue eso?

–Un cañón. Al pie de la montaña hay un centro de entrenamiento del grupo de autodefensa de Japón. Seguramente están practicando.

–No lo sabía.

Los dos hombres ruidosos se fueron entre ruidos.

Después de almorzar, Mitsuki fue hacia esa ventana para observar el paisaje. Por el pequeño lago Ashinoko navegaban dos barcos piratas y un catamarán. Sin duda, la realidad era insignificante en comparación con el mundo de las novelas.

47. ¿Por qué las cosas llegaron tan lejos?

Después de la cena, junto al fuego del hogar los ojos de Mitsuki buscaron sin querer al hombre de traje oscuro. Se toparon con la blanca cabeza de Kaoru, sentada al lado de la lámpara sin su joven acompañante. Por cortesía se acercó a saludarla. Ella, con un pañuelo elegante en el cuello, tejía. Mitsuki se sorprendió al ver un iPod sobre sus rodillas, junto al ovillo de lana de color lila. Kaoru la reconoció. Con dificultad acomodó el iPod y el ovillo, se quitó los auriculares y dejó las agujas de tejer. Levantó la cabeza y la invitó a acompañarla.

–Ya sé quiénes son los huéspedes de estadía prolongada –declaró.

La mirada de Mitsuki recorrió el *lounge*.

–No están aquí. No son del tipo de gente que vendría de noche a este lugar. Por ejemplo, una pareja de setenta años.

La descripción coincidía con el matrimonio anciano que Mitsuki había visto por la mañana.

–Soy vieja, tengo tiempo de sobra para hacer averiguaciones –dijo Kaoru.

Gracias a la información que lograba arrancar al barman, sabía que también se hospedaban en el hotel una madre y su hija.

–¿La hija gordita y la madre delgada? –preguntó Mitsuki–. Las vi antes de la cena en los baños termales.

–Así es, llegaron hoy. Querían hacer un viaje solas antes de que la hija se case. Parece que se llevan muy bien. Seguramente tomaron licencia en el trabajo por el casamiento –explicó Kaoru. Esa noche se la veía un poco triste.

–¿Dónde está el joven? –preguntó Mitsuki.

–¿Se refiere a Takeru? Se fue a dormir. Antes de la cena salió a pasear solo en auto y se cansó.

–Entonces, por hoy... –trató de despedirse Mitsuki.

Pero Kaoru tomó las agujas de tejer y señaló el iPod.

–¿Qué te parece que estoy escuchando?

–¿Ópera?

–Jo, jo –rio Kaoru, cubriéndose la boca como lo hacían las mujeres de la época de la Madre–. Musashi Miyamoto interpretado por Musei Tokugawa.[68] Takeru compró la grabación en un remate de Yahoo y la puso en esta máquina pequeña. Cuando era joven lo pasaban por radio. En esa época no lo escuchaba, ahora me gusta. El japonés

antiguo emplea un lenguaje muy noble, suena bien.

El relato desopilante hizo reír a Mitsuki. La risa sirvió de despedida y se dirigió a la chimenea. Como Kaoru, se ubicó junto a una lámpara. Se puso los lentes, trató de leer pero no pudo concentrarse. La distraían los antiguos pensamientos, las imágenes de nuevas caras, objetos y escenas. Recordó a la madre y la hija en las aguas termales. Salvo las niñas y las abuelas, las demás mujeres –las que usaban minifaldas para parecer más jóvenes– sin ropa eran todas iguales. No se distinguían madres de hijas, salvo en un caso. Ellas dos, de espaldas a Mitsuki, sólo tenían las piernas sumergidas. Una tenía un trasero abundante y redondo; la otra, flaco y chato, se notaba que era más vieja. Conversaban muy animadas. Luego Mitsuki las vio en los sillones de masaje con *yukata* a modo de bata de baño. Pensó que dormían en una habitación con dos camas y apagaban las luces al mismo tiempo. Cuando ella viajó con la Madre reservó dos habitaciones *singles*. La Madre estuvo de acuerdo.

"¿Con qué clase de hombre se casará esa joven? ¿Podrá amar y ser amada?", pensó Mitsuki. La idea de no haber sido amada por Tetsuo la arrasó como una ola. Miró las llamas del hogar. Como la vida, no se apagaban.

Una persona puede ser sublime sin necesidad de vivir para "el arte y la cultura". Y aunque no fuera sublime, para ella habría bastado con que la amara. Cuando eligió a Tetsuo ya no era una adolescente, tenía veinticinco años. Pero no se atrevió a ver la realidad que intuía. Si la noche anterior acusaba a su esposo, ahora Mitsuki se acusaba a sí misma: tampoco ella amaba a Tetsuo. Cuando leyó los e-mails de esa mujer no sintió tristeza sino humillación. En realidad, gracias a esos mensajes se dio cuenta de que su corazón ya estaba frío. Lamentó no haber pensado antes en el divorcio, no haber reconocido dignamente que su matrimonio fracasó.

Suspiró. Cerró el libro. En la copa manchada de lápiz labial el vino tinto se había entibiado por la cercanía del fuego. "¿Cómo llegaron las cosas tan lejos?", se preguntó. "La vida de mi hermana es adorable", le decía siempre Natsuki, que idealizaba el casamiento de Mitsuki. Ella, en cambio, se recordaba a sí misma subiendo la cuesta hacia la casa de Yokohama, detrás de la Madre y Natsuki, cargando la cartera de su hermana a pesar de que era más pequeña. Sin embargo, esa desigualdad no la venció. Pudo elegir por su propia voluntad a un hombre que estaba en el polo opuesto del marido de la hermana mayor y conseguir así el pasaje a la felicidad. Este orgullo le impidió afrontar el fracaso de su matrimonio, algo que para Natsuki fue más sencillo. Sin embargo, sentía que no era el único motivo. Pensó en la Madre. Miró a Kaoru, que escuchando a Musashi Miyamoto olvidaba su pose y tejía con la espalda encorvada. Mitsuki respiró hondo. ¿La

Madre era la verdadera culpable de su infelicidad?

Para una mujer común en el Japón moderno la presencia de una madre longeva tenía un peso imposible de entender para los hombres. El conflicto entre Mitsuki y la Madre ya era agudo cuando se reveló la primera infidelidad de Tetsuo. El hilo viscoso de la infelicidad tejió su trama en torno al cuerpo de Mitsuki y le restó fuerzas para afrontar el fracaso de su matrimonio.

La posibilidad de alejarse de la Madre para vivir con una persona ajena a la familia fue una bendición. La vida con Tetsuo era un espacio sagrado donde la Madre no entraba. Y a medida que su conflicto con la Madre se agravaba, más se esforzaba Mitsuki por preservar ese espacio. De cualquier forma, ¿por qué la Madre fue esa clase de mujer? ¿Por qué una persona era tal como era? Imposible encontrar la respuesta, por mucho que avance la psicología o la neurología. No obstante, para Mitsuki –y también para Natsuki– era igualmente imposible no hacerse esa pregunta. Las hermanas conversaban mucho sobre el tema.

–No hay manera de explicar a las personas ajenas a la familia lo extraña que es ella.

–Es absolutamente imposible.

–No lo entenderán.

–¿Habrá otras hijas con una madre imposible de explicar?

–Claro, pero no creo que esos casos lleguen al tres por ciento de la población. El mundo no resistiría que fuera el treinta por ciento.

–Para los japoneses aguantar es una de las virtudes importantes.

–Para la generación que fue criada para no tener deseos.

–¿Por qué existirá este tipo de persona? ¿Alguien podrá investigarlo?

–¿Será una mutación genética imposible de prever?

–A lo mejor la abuela ya estaba grande para tener hijos, el óvulo estaba viejo.

–Puede ser. Pero ¿es suficiente para que nazca una persona tan egoísta?

Después de intercambiar opiniones las hermanas llegaban siempre a la misma conclusión:

–Sin duda, tiene que ver con su origen y su crianza. El carácter de la Madre era algo innato. Aunque hubiera nacido en otro ambiente, habría perturbado a sus seres cercanos. Sin embargo, el origen y la crianza tienen influencia en la personalidad. Y sin duda la Madre nació en un matrimonio peculiar.

La abuela fue una de las jovencitas que confundió las novelas con la realidad. Si no se hubiera identificado con O-Miya san por leer la

novela que aparecía en el periódico, no se habría enamorado del joven profesor de su hijo y no habría huido del hogar donde tenía una familia sin sobresaltos. La Madre no habría nacido y tampoco sus hijas.

Si no existieran las novelas por entregas, no habría existido Mitsuki, no habría tomado un vino que no sabía tomar y no lamentaría no haber sido amada en un lejano hotel de montaña. De pronto, Mitsuki comprendió que ella misma era resultado de la novela del periódico.

48. *Konjiki yasha*

La historia se remonta a más de ciento diez años atrás. La novela *Konjiki yasha* –"Demonio dorado"– de Koyo Ozaki comenzó a publicarse en el diario *Yomiuri* en 1897, el año 30 de la era de Meiji.

Parece imposible que una novela cambie una vida. Sin embargo, las novelas ejercen una misteriosa influencia en las vidas de las personas.

Desde la primera entrega *Konjiki yasha* hizo llorar a las mujeres de todo Japón, que esperaron ansiosas el siguiente capítulo. La vida de la abuela cambió totalmente a causa de esta novela. Y seguramente en el territorio de Japón muchas otras mujeres enloquecieron como ella al leerla, y produjeron historias extraordinarias y tristes como la suya. *Konjiki yasha* fue la obra más representativa de la novela por entregas. Su publicación se prolongó por cinco años, con intervalos, hasta que la muerte del autor dejó inconclusa esta romántica y melancólica historia. Su influencia en la espiritualidad de las mujeres que no podían leer novelas más que a través del diario fue incalculable. Más tarde fue llevada al cine en más de veinte versiones, entre ellas algunas producidas en el Taiwán ocupado por Japón. Otro tanto ocurrió en televisión.

Las mujeres de la época de Mitsuki saben de memoria la canción que se compuso para la película y han visto la escultura que representa la escena más importante y famosa, emplazada en la costa de Atami.

Las mujeres japonesas desearon ser amadas por hombres como Kan-ichi Hazama. Ningún protagonista de las novelas modernas es tan atractivo para las mujeres como lo fue Kan-ichi. Un hombre estudioso, con sangre de samurái, que perdió a sus padres a los quince años y fue adoptado por una familia que respetaba a su padre. Kan-ichi creció junto a O-Miya, la hija de esa familia, y juraron casarse. Los padres estuvieron de acuerdo. Sin embargo, en una fiesta de Año Nuevo O-Miya conoció a un empresario opulento, arrogante, que lucía un bigote y un anillo con un diamante gigante, con el que se casó. Kan-ichi, desairado por su novia, se fue de la casa. Perdió su espiritualidad y se convirtió en prestamista cruel. Jóvenes y bellas mujeres trataron de conquistar su corazón pero él respetuosamente las desalentó. Aunque sentía rencor hacia O-Miya seguía enamorado de ella, su ideal de mujer, la que le inspiraba un amor puro, despojado de sexualidad.

Un buen día, arrepentida, O-Miya fue a pedir el perdón de su antiguo amor. Kan-ichi nunca la perdonó. En su recuerdo siempre

conservó la imagen de la joven inocente que le había prometido casarse con él. Pero ese amor se había convertido en algo patético.

La abuela tuvo un origen más miserable que la Madre. Apenas conoció a su madre. Fue vendida por la familia a una casa de geisha en Kobe, donde la formaron desde pequeña. Cuando tenía diecinueve años un poderoso empresario pidió su mano. Así abandonó el mundo de la geisha y se convirtió en concubina. La esposa legítima del empresario, enferma de tuberculosis, murió oportunamente y ella ocupó la posición de esposa. Cuando se empezó a publicar la novela en el periódico ya era la señora esposa, atendida por algunas sirvientas. Sólo había terminado la primaria, por lo que no tenía costumbre de leer libros. Sin embargo, cada mañana no bien el marido salía a trabajar, leía el diario.

Para incentivar la lectura en todos los pueblos japoneses, los diarios ofrecían como estímulo la publicación de novelas por entregas que además de los caracteres *kanji* agregaron silabarios como ayuda de lectura. A la abuela no le atraían las notas sobre economía o política. Se interesaba en robos e incendios, y dejaba para el final el capítulo de la novela, que ella leía en voz alta, arrugando la frente. Si bien por su oficio tenía nociones de *kabuki*[69] y *gidayu*, la lectura del diario le permitió acceder a este género literario.

La abuela que recordaba Mitsuki trabajaba siempre en la cocina. Sobre el kimono raído llevaba un delantal blanco también raído de tantos lavados. A veces, con la espalda encorvada y la visión escasa cosía alguna prenda. Pero en la imaginación de su nieta era una mujer brillante e ilustrada que leía la novela del periódico.

La abuela siempre se sentaba sobre el tatami. Incluso en las salas de estilo occidental se sentaba junto a una mesita baja, de moda en la era de Meiji. La abuela joven que Mitsuki imaginaba leía el diario abierto en esa mesita, doblando hacia adelante su cuerpo joven, peinada con rodete tradicional, redondo, o al costado, aparentemente más moderno aunque en realidad era anterior al estilo *icho gaeshi*[70] que se impuso en la era de Edo. La puerta corrediza de papel dejaba que la tranquila luz de la mañana alumbrara la habitación.

La abuela empezó a desempeñarse como señora esposa unos meses antes de aquel 1º de enero en que el diario empezó a publicar *Konjiki yasha*. La abuela leyó cada capítulo pensando que describía algo de su propia vida. Ella nunca pudo tomar sus propias decisiones. En la niñez le pegaban con la paleta del *shamisen* y la alimentaban con sobras. Después sólo tuvo que adecuarse al humor de su marido, lo que en comparación fue mucho más favorable. Si esperaba hasta que su marido se fuera a trabajar, podía al menos tomar una decisión por sí misma: la de abrir el periódico. Lo ocultaba en la manga del kimono

para evitar que las sirvientas se dieran cuenta. Leía varias veces el capítulo de la novela. Después de leerlo, recortaba el texto con una tijera y lo guardaba en el armario. A veces sacaba los recortes para volver a leerlos.

A pesar de su identificación con la historia, la situación inicial era distinta. La abuela no había nacido en una familia normal, como O-Miya san. Sin embargo, al igual que ella había convivido con un hombre que era como un hermano. Un huérfano que, como Kan-ichi, perdió a sus padres siendo muy pequeño. Y para honrar los favores recibidos del padre del joven, el padre adoptivo de la abuela adoptó al niño que, además, tenía linaje de samurái y era estudioso.

La abuela se llevaba muy bien con él y pensaba en un futuro compartido. Pero se casó con un empresario opulento. El joven, decepcionado, abandonó sus estudios y se fue de la casa.

Por supuesto, la traición de la abuela no fue su decisión. Pese a sus sentimientos acató la voluntad de sus padres. Kan-ichi era muy inteligente y de buena cuna, podría convertirse en funcionario estatal para mantener a sus padres adoptivos cuando fueran ancianos. Podría aspirar a una novia de buena familia, que se transformara en su esposa y respetara a los padres que lo criaron y educaron con tanto empeño. Ellos sabían del noviazgo con su hija adoptiva, pero ella pertenecía a otra categoría. Por entonces la abuela era casi una esclava. No tenía posibilidad de elegir su destino. Dependía de las decisiones de sus "padres adoptivos". No fue su elección cortar la relación con el joven, lo hizo condicionada por su circunstancia. Era lo normal en esa época para las mujeres de su condición. La suya fue una entre muchas historias tristes.

Seguramente los padres adoptivos se alegraron cuando un empresario adinerado se interesó en la abuela. Porque recibieron una dote importante y porque así desapareció la posibilidad de que el hijo adoptivo se casara con una joven de menor rango. No imaginaron que él abandonaría la casa.

La abuela, que vive con el corazón roto, empieza a leer *Konjiki yasha* todas las mañanas. Se entera de que el novio escapó de la casa. Recuerda su mirada de incertidumbre cuando se encontraron por casualidad. Su mente poco entrenada es invadida por la novela. Sospecha que habla de ella. Confunde realidad y ficción. Siente que por un diamante abandonó al hombre que amaba. Empieza a sentirse culpable aunque no tenga culpa. Una geisha no tiene derecho a elegir su vida, la opción "dinero o amor" es muy moderna. Sin embargo, la novela le hace creer que tenía ese derecho y que eligió dañar a Kan-ichi. Cree que las palabras que le dijo a O-Miya san en la playa de Atami iban dirigidas a ella: "Hoy es 17 de enero, O-Miya san. El año

que viene cuando llegue esta misma fecha mis lágrimas pondrán nubes en la luna".

También este famoso parlamento: "Tuve la suerte de ascender, tuve el honor de ser reconocido, para ti hice mi vida buena, y en lugar de ser premiado fui abandonado. Mi pena fue tan grande como mi decepción. Y por supuesto, me produjo rencor. O-Miya san, a ti desearía matarte con este sable y, ¡no te sorprendas!, luego desearía morir dignamente, culminando mi destino".

Es probable que al leerla la abuela grite "¡Aah!". Y, como O-Miya san, se deje caer, sensual, en el tatami, para llorar hasta quedarse sin lágrimas.

Kan-ichi se convierte en prestamista. Tiene una bella compañera: "Su belleza luminosa casi se adueña de mi corazón", afirma. Pero no lo logra. De todos modos la abuela tiene celos de ella. En los intervalos, cuando la historia interrumpe su publicación diaria, lee sus recortes tantas veces que los papeles se arrugan y las letras se borran. Se propone buscar al hombre que ama.

Con temor –porque cuando dejó la casa para ser concubina cortó la relación con sus padres adoptivos para evitar que le reclamaran dinero–, va a preguntarles cuál fue su destino. Ellos sólo la culpan por su fuga. No le dan más datos.

La abuela lo busca por última vez un tiempo después de que la muerte de Koyo Ozaki dejara la novela inconclusa. Para entonces han pasado siete años desde que *Konjiki Yasha* comenzara a aparecer en el periódico. Ella ya es madre de dos hijos. Finalmente encuentra a un compañero de estudios del joven. Lo persuade con su llanto para que revele cuál había sido su destino: un año antes, regresando en barco de Taipei había muerto de manera repentina.

La abuela pasó más de seis meses en cama. Luego quedó como ausente, sin alma. Su marido empezó a frecuentar otras mujeres, como el marido de O-Miya san. La abuela no se molestó, para ella fue lo mejor. Desempeñó correctamente su papel de buena esposa. Asistió a las veladas del conde de Hakone. Pasó el tiempo. Llegó el momento de que sus hijos ingresaran en la facultad y se contrataron los servicios de un profesor. Era idéntico al antiguo novio de la abuela. También descendiente de samurái y estudioso. Pero no parecía posible que fuera hijo de aquel hombre. Era una de esas casualidades, las "vueltas de la vida".

Todos los días la abuela lo miraba embelesada. Hasta que no pudo aguantar más. ¿Por qué sentirse culpable si el marido tenía concubinas fuera de la casa? El profesor, por entonces un joven estudiante universitario, empezó a responder al amor de la abuela. Por fin ella abandonó al marido y a sus hijos para vivir con su joven novio, que

sería el abuelo de Mitsuki y Natsuki.

La abuela contaba siempre esta historia y cuando se refería al abuelo lo llamaba Kan-ichi san. En realidad, ella no estaba enamorada del hombre real sino del protagonista de la novela. Ya adulta, la Madre quiso saber el verdadero nombre del novio.

–¿Por qué es importante saberlo?

–Porque la historia de *Konjiki yasha* transcurre cerca de Tokio, usted era de una región al oeste de Kansai.

–Y si la novela se hubiera publicado en el dialecto de la región de Kansai, ese Kan-ichi en lugar de O-Miya san habría dicho O-Miya han. No me habría parecido romántica ni bella. No me habría atraído. ¡Qué tontería!

49. Dos tontos

A medida que crecía, la Madre empezó a comprender que su nacimiento entrañaba un secreto. No creía lo que decía la abuela. Pero si bien le parecía terrible que en su ignorancia se viera a sí misma como la O-Miya san de la novela, al mismo tiempo le apenaba lo suficiente para no contradecirla. Por eso, fue resignando el deseo de conocer su verdadera historia.

El joven profesor con quien la abuela dejó su casa fue el padre de la Madre. En esa época se fomentaban en Japón las familias numerosas para aumentar la población. Él y sus ocho hermanos eran hijos de un militar, general en la región Tsuwano antes de la revolución de Meiji, más tarde convertido al cristianismo. La hermana mayor era la tía que se casó con un miembro de la familia de Yokohama, que descendía de un médico de la misma región que practicaba medicina occidental, también cristiano. Los orígenes y la religión llevaron a la unión matrimonial.

La hermana mayor del hombre que se casó con la abuela fue el orgullo de la familia: el tiíto de Yokohama hizo carrera en la marina mercante y así consiguió un alto nivel de vida, destacándose así de sus hermanos. El segundo hermano, por el contrario, fue la vergüenza de la familia, convencida de que su capacidad y sus estudios merecían un mejor destino. No le reprochaban que O-Miya san hubiera sido geisha, pero el hecho de que fuera esposa de otro hombre y además, la madre de sus alumnos, les resultaba inaceptable. Además, ella le llevaba veinticuatro años, bien podía ser su madre.

La abuela no huyó porque esperaba un bebé. Pero tiempo después ella y su Kan-ichi tuvieron una hija que sería la Madre de Natsuki y Mitsuki. De todos modos los parientes no aceptaron esa unión. Opinaron que eran dos tontos.

El abuelo no se casó legalmente con la abuela, aunque reconoció a la hija que, por supuesto, amaba profundamente. La abuela aceptó las condiciones que imponía la sociedad, no pidió más que eso y considerando su origen y a la inmoralidad de la situación la consoló mucho el reconocimiento. Por supuesto, fue una circunstancia muy difícil. De Yokohama la nueva familia se mudó a Osaka, donde los niños utilizaban el dialecto de Kansai incluso para los ejercicios matemáticos. La Madre se vio obligada a vivir con sus padres en una pensión de los suburbios, sobre una calle de tierra. La abuela pensó que podría aprovechar la vivienda a la calle para abrir un negocio y

así reducir la carga económica de su nuevo marido. Se sentía responsable de que su futuro promisorio se hubiera esfumado y también, anticipando que en algún momento sería abandonada, quería conseguir cierta independencia económica.

La Madre, hija de un asalariado, convivió con una peluquera, vendedores de arroz y de otros alimentos. Gracias a su trayectoria académica en la Universidad de Kobe, al graduarse el abuelo consiguió un empleo bien remunerado. Sin embargo, la abuela siguió viviendo modestamente, casi como si fuera una criada, para no ser una carga.

Después de la muerte de la abuela, la Madre empezó a hablar con Natsuki y Mitsuki sobre sus defectos: con rencor e ironía solía decir que era una mujer sin educación, sin estilo ni elegancia. No reparaba en el efecto que esos comentarios tenían en sus hijas.

A la abuela no le preocupaba la vejez pero a la Madre no le gustaba verla envejecer. A medida que el tiempo pasaba, la abuela vendía sus joyas. Tal vez no fueran diamantes, pero tenía un peine de carey, broches de coral y de jade para ajustar la faja del kimono, un anillo de zafiro. Fue desprendiéndose de todos esos objetos para sobrellevar la pobreza, de modo que la Madre no pudo asociar las joyas a la imagen de la abuela. Por eso, según decía, no quería ser como ella. A menudo se preguntaba cómo esa mujer había conseguido conquistar a un hombre mucho más joven.

Cuando la Madre tuvo edad de empezar la secundaria, el abuelo se fue de la casa. Tal como la abuela había previsto, se relacionó con otra mujer y se fue a vivir con ella. Por supuesto, para el abuelo ya era imposible contraer matrimonio con una joven de buena cuna. Se trataba de una camarera de un lugar donde él solía ir a comer *oden*.[71] Él siguió viviendo con su nueva mujer en la misma pensión y se hizo cargo de proveer lo necesario hasta que la Madre terminara la secundaria. Entonces la nueva pareja se mudó y la Madre decidió ir a la casa de Yokohama. La abuela, que ya conocía su destino, secó sus lágrimas con el delantal viejo y sucio. Y declaró: “Estoy para servirte”. Lamentablemente, la Madre no heredó su humildad.

En la infancia Mitsuki solía recostarse cariñosa sobre la espalda encorvada de la abuela mientras cosía. Siempre la veía trabajando, cocinando o limpiando la casa de Chitose Funabashi sin quejarse del egoísmo de su hija. Encontró allí su lugar. Por suerte su salud era buena y su yerno era amable. La vida transcurría serena en el hogar de la familia Katsura.

A Mitsuki le parecía más triste el destino del abuelo. Su futuro promisorio se diluyó. Pero él se resignó cristianamente. Aceptó la consecuencia de sus errores, asumió sus culpas y no eludió las

responsabilidades para con la abuela y la Madre. Por no haberse casado legalmente con la abuela pudo conservar una relación correcta con sus padres y hermanos. Gracias a ello, años después Noriko fue una de las habitantes de la casa de Yokohama.

Cuando la Madre llegó a la adultez sus parientes de Yokohama le aconsejaron que dejara de lado el rencor hacia su padre: “Si él las hubiera abandonado, tu madre y tú, Noriko, habrían sido dos pordioseras”, le dijeron. Le recordaron que al padre de la abuela no le importó dejar en la casa de geisha a la hija que tuvo con una concubina. Y que el abuelo, en cambio, asumió sus responsabilidades como padre, solventó los estudios de su hija y contribuyó para que concretara un matrimonio decoroso.

Las palabras de sus parientes reconfortaron el corazón de Noriko. Nunca lo había pensado de esa manera. No había considerado el empeño que su padre puso para que se criara con la mayor normalidad posible. Sin embargo, nunca dejó de pesarle su origen. “No imaginan lo que significa ser hija ilegítima”, solía recriminar a sus hijas. En efecto, para Natsuki y Mitsuki era inimaginable. Habían nacido en una época totalmente distinta. Comprendían racionalmente qué significaba ser hija ilegítima, tener por madre a una geisha, pero no podían sentir lo que eso originaba. Y de todos modos, la personalidad de la Madre les impedía apiadarse de ella.

Además, a medida que crecían descubrieron la importancia de recibir el amor de sus padres. Pese al humilde origen de la abuela y a las circunstancias difíciles que le tocó atravesar –o tal vez debido a la culpa que le generaban– la Madre fue criada con todo el amor de sus padres. Es posible que la consintieran por demás y de esa manera sin saberlo fomentaran su egoísmo.

Incluso después de ser abandonada por el abuelo, a pesar de la delicada situación la abuela decidió seguir conectada con él por el bien de su hija. Y fue muy indulgente con Noriko. En respuesta, la hija se volvió cada vez más caprichosa. Inconscientemente aprendió que de esa manera podía hacer su voluntad. La hija de los dos tontos no era tonta.

50. La espalda del abuelo

Desde la escuela primaria, el abuelo empezó a considerar que por ser hija ilegítima y tener una madre madura a Noriko le resultaría difícil casarse. Por suerte, era inteligente, y aunque jugaba con los niños del barrio traía buenas calificaciones del colegio. Por entonces el abuelo soñaba con que estudiara el profesorado y se convirtiera en profesora de secundaria. El carácter de la Madre aún no mostraba sus peores aristas o tal vez él, tan humilde y modesto –según la Madre, más que modesto era tacaño–, no podía verlas. O no se atrevía. Para él, una mujer sólo debía trabajar como maestra o profesora. Si Noriko lograba ser profesora de secundaria, sería respetada por vecinos y parientes y tendría un buen ingreso. No sería necesario que se casara para que ella y su madre anciana no pasaran estrecheces.

Esa idea dio origen a una anécdota impactante. El abuelo decidió que se presentara al examen de ingreso en una secundaria de categoría. Con pincel escribió en la solicitud el nombre de la escuela y el nombre de la hija. Vacilante, agregó que era hija bastarda, como se denominaba hasta hace cincuenta años en Japón a los hijos de un concubinato que eran reconocidos por el padre.

La Madre no sabía qué significaba esa palabra. Estudió siguiendo instrucciones de su padre, esperanzada y feliz, haciendo grandes progresos. El día del examen tuvo un poco de fiebre porque se había resfriado pero de todos modos consideró que su desempeño había sido bueno. Así lo informó al abuelo.

Sin embargo, cuando el abuelo fue a ver los resultados no la encontró en la lista de las personas que aprobaron. Al volver a casa, con valentía le reveló el resultado del examen. Luego, sin cambiarse el traje, de espaldas a ella se arrodilló prolijamente en el rincón de la sala de tatami y se puso a llorar en silencio. Los sollozos sacudían su cuerpo. Con el puño secaba sus lágrimas.

Fue la primera y última vez que la Madre vio llorar al abuelo. Él sabía que había reprobado el examen porque escribió que era hija bastarda. Ella sintió que no estaba a la altura de sus expectativas. El abuelo lo sabía pero para consolarla tenía que decirle la verdad. No se atrevía. Por eso le daba la espalda. Y lloraba porque le debía una disculpa desde el corazón. La abuela se apenaba por los dos. En esa familia de tres miembros no reconocida por la sociedad de su época, cada uno tenía una tristeza propia, producto de su situación.

Después de este fracaso, el abuelo tuvo como único objetivo que

Noriko lograra un matrimonio adecuado. Ella lo odió hasta el fin de sus días, a pesar de que en la infancia su padre la amó ciegamente. No le reprochaba que hubiera abandonado el hogar. Comprendía que era irremediable, y además él no dejó de hacerse cargo de su manutención. Lo odió porque no hizo nada para conseguirle un buen candidato, sólo esperó que apareciera.

El abuelo sabía que tendría que casar a su hija con un hombre dispuesto a convivir con una suegra anciana. De esa manera se liberaría económica y psicológicamente de su pecado de juventud. Vivió muy modestamente, ahorrando para el casamiento de su hija. Sin embargo, no fue activo para conseguir candidatos. Cuando la Madre terminó la secundaria él se mudó a otra zona de Osaka. Todos los meses aparecía por su antiguo domicilio para entregar una mensualidad. "Un padre de mierda", así lo calificaba la Madre delante de sus hijas. Según su punto de vista, en el momento más crucial se desentendió de ella. Al llegar a la adultez Mitsuki empezó a comprender la situación y el sentimiento del abuelo. No podía recurrir a sus parientes y allegados para conseguir un candidato. Habría significado dejar en evidencia su pasado. Algo intolerable para una persona que sólo tenía esa mancha en toda una vida signada por preceptos éticos y morales. La Madre, caprichosa por naturaleza, a causa de su especial condición creció llevando el capricho hasta el límite. Abandonada por su padre, decidió hacerse cargo de su futuro y con su voz dulce consiguió cuanto se propuso. A pesar del fracaso en aquel examen de ingreso, logró estudiar en una escuela de alto nivel, junto a muchas hijas de buenas familias. Después del colegio no cocinaba ni lavaba la vajilla. La abuela no la obligaba a ayudar en los quehaceres de la casa, podía disponer de su tiempo. Envidiosa de las prendas que usaban sus compañeras, ahorraba dinero de su mensualidad y compraba la revista *Amiga de las chicas*, de donde copiaba los modelos que ella misma cosía. También tejía suéters. Iba al cine sola a ver películas occidentales. Como las actrices, quería usar vestido de fiesta con gran escote, largo hasta el piso. La pobre intentó hacerlo a partir de un *yukata*, agregando volantes en las mangas y el ruedo. Por supuesto, no pudo usarlo para salir a la calle, sólo como camisón. A la noche, sobre el tatami gastado en el cuarto casi sin muebles, se ponía su vestido de noche de fabricación casera para dormir en el futón chato de tanto uso. A su lado la abuela roncaba. ¿Qué soñaba la Madre?

Pese a su empeño, con sus escasos recursos la Madre no podía realizar sus sueños. Entonces, iba a ver a su padre para pedirle dinero. Por supuesto, el abuelo no podía hacer realidad los innumerables sueños de su hija, porque tenía que consultar con su billetera y también con su mujer. Y cuando intentaba satisfacer alguno de sus

deseos no acertaba. Por ejemplo, si la Madre quería una cama mullida, digna del cuento de *La princesa y el guisante*, el abuelo le conseguía una cama apropiada para un destacamento militar. Si deseaba un piano, le agenciaba un órgano que no sonaba muy bien. La Madre se decepcionaba pero decidía insistir, seguía pidiendo. Tal vez esa obstinación fue contraproducente, desalentó al padre a la hora de buscarle un candidato. Tal vez pensó que era imposible encontrar a alguien que conformara a su hija. O que más tarde, por su carácter veleidoso escaparía de la casa de su marido, como lo hizo su madre.

Al ordenar las cartas de la Madre, a Mitsuki le había llamado la atención ver el nombre del abuelo escrito con tinta azul en papel japonés antiguo. Cuando la Madre compró el terreno de Chitose Funabashi pidió un préstamo al abuelo, que vivía en Kioto, para construir la casa. Él le escribió una carta con prolija caligrafía, diciendo: "Usted no tiene paciencia. Muchos sufrieron por sus caprichos. Esta vez, tendrá que resignarse". Todo el texto estaba compuesto con frases similares, destinadas a lamentarse o a persuadirla de que había cometido un error al comprar el terreno. La Madre, furiosa, la había conservado como prueba de los defectos de su padre. Mitsuki observó las letras azules. Se preguntó cuándo fue escrita esa carta. Gracias a la familia de Yokohama la Madre se había casado con un hombre mejor de lo esperado. El abuelo aportó los muebles y elementos necesarios para que la novia hiciera un papel digno. Pero la Madre abandonó a ese hombre y a la hija que tuvo con él para iniciar su relación con el padre de Natsuki y Mitsuki. Seguramente el abuelo, disgustado, cortó el vínculo con su hija. En algún momento la relación se reanudó y la Madre aprovechó esa situación para hacer pedidos, en este caso, un préstamo de dinero. Ante el rechazo del abuelo, vendió unas franjas a derecha e izquierda del terreno y así pudo construir una casa. "Eran nuestros", comentaría más tarde la Madre al ver el avance de las construcciones de los terrenos lindantes.

Mitsuki compadeció a su abuelo. Casi pudo oírlo suspirar pensando que esa hija nunca tendría suficiente, que toda la vida seguiría reclamando cosas. Después de la muerte de la abuela, Natsuki y Mitsuki fueron a visitar al abuelo de Kioto. Vivía al estilo puramente japonés en una casa de un barrio muy tranquilo en la zona de Sakyo-ku. Desde el portón se veían los pinos del jardín. El abuelo era muy tranquilo y respetuoso, incluso con sus nietas. Se arrodilló correctamente para hablar con ellas. Como Kan-ichi, no usaba expresiones vulgares. La Madre era su única hija, Natsuki y Mitsuki sus únicas nietas. Se mostraba afectuoso con ellas aunque sin efusiones, tal vez para no herir a su esposa, o por precaución, considerando la posibilidad de que esas nietas fueran tan caprichosas

y egoístas como la Madre.

La propia Mitsuki entraba en alerta al oír su nombre pronunciado por la dulce voz de su progenitora. Pero cuantas más barreras ponía, más se esforzaba la Madre por descubrir con sus ojos brillantes una brecha por donde filtrarse. ¿Era culpable por ser así? Nadie es culpable por tener cualidades innatas. Además, en su caso, había que considerar la historia familiar. Entonces, ¿quién tenía la culpa? Mitsuki no halló respuesta. Sin embargo, podía afirmar con certeza que ese tipo de mujer era madre de sí misma.

51. *Slide show*

¿Cuánto tiempo estuve sentada en el *lounge* del hotel? El calor del hogar convirtió en mermelada el fondo de vino tinto que quedaba en la copa. En *confiture*, habría dicho Kaoru, estirando los labios como una francesa al pronunciar la terminación. Su cabeza canosa había desaparecido sin que lo notara. Sólo seguían en el *lounge* un hombre de mediana edad y una mujer joven. Como era habitual, él trataba de seducirla. Pensé en Tetsuo. Supuse que no lo hacía con tanta soltura. Dejé de lado el orgullo y los miré fijo. Mis sentimientos volaron hasta Vietnam. Era hora de volver a la habitación y no tenía ganas de mover un dedo. Allí, junto al hogar, las llamas entibiaban todo mi cuerpo. Pero cada vez que la voz sonriente de la joven inundaba el lugar me molestaba. Por causa de Tetsuo se convertía en una presencia desagradable.

Al volver a la habitación, con la tarjeta electrónica encendí las luces. En ese instante sonó el teléfono. Ya era medianoche.

–Te llamé dos veces. Me dijeron que podían buscarte en el *lounge* pero les contesté que no era necesario.

La voz de Natsuki sonaba muy bien. Gracias a esa voz volví a la realidad.

–¿Por qué no me llamaste? ¡Ya pasaron tres días!

–Porque pensé que sería muy caro llamar desde el hotel. Preferí esperar a que me llamaras.

Mi respuesta fue una verdad a medias. Me costaba hablar con Natsuki sobre el asunto de Tetsuo.

–Me dejaste de lado... ¿para hacer llamadas a tu querido marido? –dijo mi hermana, adivinando mis pensamientos.

–No, sólo le escribí algún e-mail –mentí. Me pregunté cuándo podría decirle la verdad a Natsuki.

–¿Cómo se sentirá él? Es la primera vez que no están juntos durante una licencia.

–Supongo que bien.

La frialdad de mi respuesta hizo que mi hermana cambiara de tema.

–¿Qué tal el hotel?

–Está muy bien.

–¿Pudiste descansar un poco? Suspiré antes de contestar.

–Me acordé de muchas cosas feas que me hacen sentir mal –confesé.

Me sentía vacía. Mi vida era una ruina. Por haber tenido esa Madre la felicidad que había conseguido se desvaneció.

–¿Te acordaste de la Madre?

–Sí.

–Yo tampoco puedo dejar de pensar en ella. Y me siento mal. Me pregunto si nos liberará alguna vez –dijo Natsuki. Y enseguida preguntó–: ¿Revisaste los e-mails?

–No.

Por supuesto, no dije que después de haber leído los e-mails de Tetsuo y esa mujer decidí no hacerlo. Porque todos sabían que estaba de licencia y no esperaba mensajes por temas de trabajo. Pero sobre todo, porque no sabría qué responderle a Tetsuo si él me escribiera.

–Entonces, deberías revisarlos ahora.

–¿Por qué ahora?

Natsuki no dio explicaciones. Dijo que esperaría en línea hasta que lo hiciera. No tuve alternativa. Entré en Gmail. Encontré un mensaje titulado: "Recuerdo de la Familia Katsura". Al abrirlo, un *link* me dirigió a un álbum de fotos. Y con un clic las fotos empezaron a pasar, una detrás de la otra.

Los álbumes eran un hobby para Natsuki. Cuando vaciamos la casa de Chitose Funabashi, se llevó cinco cajas de fotos para seleccionarlas. No imaginé que las pondría en Internet. Las había organizado por épocas como "Antes del casamiento de los padres" o "Cuando éramos niñas".

–Me sorprende tu destreza –le dije. Amigos y conocidos solían enviar los *links* de sus álbumes pero Natsuki, como la Madre, no se llevaba muy bien con las computadoras.

–Jun me enseñó. Ahora todo el mundo arma así sus álbumes. Elegí las mejores fotos. Me llevó muchas horas, trabajé hasta muy tarde aunque Jun me retara.

Era evidente que mi hermana también quería poner en orden los asuntos del pasado y darlos por terminados.

El álbum empezaba con fotos del padre. Un bebé desnudo. El mismo bebé vestido con kimono en la ceremonia de comunión sintoísta. La imagen permitía apreciar la calidad de la seda. Junto a su padre, de uniforme, en la ceremonia de ingreso a la secundaria. Un funeral. Fotos de la época de la universidad.

En la infancia de la Madre los fotógrafos fueron un lujo imposible. Sus fotos empezaban en la secundaria. En todas se la veía alegre.

–Aunque se quejaba mucho, fue más valorada que nosotras –

comenté con algo de rencor.

–La abuela que tanto te mimaba era muy buena, la crio con mucho cariño. Para ella, en cambio, yo era sólo el medio para cumplir sus sueños.

–No hay fotos de la abuelita...

La abuela había dejado todas sus fotos de juventud al huir de su casa. Sólo se conservaban fotos de su vejez, cuando ya no vestía con elegancia, había perdido su cabellera y su figura grácil. Poco se parecía a la joven que creía ser O-Miya san.

En la niñez, cuando ignoraba quién era ese personaje, la abuela percibía la tristeza que me causaba la indiferencia de mis padres. Para ella, yo era muy buena y me lo decía. Ahora me parecía injusto que la nieta a la que tanto se dedicó llegara a los cincuenta años sin ser amada. Mirando su foto sentí que no había honrado su amor incondicional. Por suerte murió joven, sin saber en qué se había transformado la niña que crio, ignorando la influencia que el "bovarismo" tuvo en su vida.

–Mientras ordenaba las fotos me pregunté qué clase de persona era la Madre –dijo Natsuki.

–¿Cómo saberlo?

–Hay una foto de la Madre tendiendo la ropa...

–Sí, me acuerdo. Me gusta esa foto –respondí con un suspiro.

En esa fotografía tomada en el jardín de Chitose Funabashi, la Madre con delantal y sandalias de madera parecía una típica madre de la era de Showa. Mi padre la tomó por sorpresa, para que ella no dibujara una sonrisa artificial frente a la cámara.

–No me acuerdo mucho de esa época. Ahora, viendo estas fotos, me parece que era mejor de lo que recordamos.

–¡Si no fuera así, habríamos resultado mucho más raras!

Las fotos de la Madre joven aparecían una tras otra. Pero al verlas no recordaba cómo sentía el corazón aún no endurecido. No sólo la Madre había cambiado.

–No dejes de entrar en Gmail porque voy a armar otros álbumes –me indicó Natsuki y cortó el teléfono. Tuve una sensación compleja. Miré un rato el *slide show* y cerré el *link* para volver a la casilla de Gmail. Unos minutos antes había llegado un mensaje de Tetsuo. Estaba preocupado porque no atendía sus llamadas en casa ni en el celular. Preguntaba si le había pasado algo a la Madre. No tuve ganas de informarle de su muerte ni de mentir diciendo que nada había pasado. Sólo respondí que estaba cansada y decidí tomarme un descanso en Hakone, desde donde le escribía. Nada más.

Al parecer seguía conectado y respondió enseguida: "Entonces, ¿la

Madre está bien?”. Pensé un momento y escribí: “Como en otro mundo”.

Me sentí cerca de Tetsuo. Seguí mirando la pantalla. Al cabo de unos minutos intercambiamos estas líneas:

“Lo siento mucho. ¿Estás en el hotel al que ibas con la Madre?”

“Sí, el hotel desde donde se ve el lago Ashinoko.” “¿Era el hotel relacionado con O-Miya san?” “Así es, me siento entre fantasmas.”

“No descuides tu salud.”

Era la última frase. Dulce como una caja de bombones con moño. ¿Cómo podría hablarme de divorcio después de escribirla?

Cerré la computadora.

52. Todos son sospechosos

El día siguiente amaneció gris. Empezó a llover un poco. El cielo no daba indicios de aclarar. Tampoco mi estado de ánimo. Miré por la ventana y decidí que la lluvia me daba un buen argumento para quedarme en la habitación. Sólo salí a desayunar y almorzar en el restaurante japonés. Vi al matrimonio que me recordaba un juego de tazas de té. Los demás huéspedes, que viajaban en auto, salieron a comer afuera. Pedí que me trajeran la cena a la habitación. Pasé un día melancólico hasta que alrededor de las ocho de la noche, como el asalariado que va a un bar con farolas rojas, tuve ganas de bajar al *lounge*. Me cambié de ropa y me maquillé. Al salir del ascensor vi al señor de traje oscuro. Enseguida la melancolía desapareció. No supe qué hacer pero el señor Matsubara me vio y me saludó con la mano, invitándome a acercarme.

–Ayer no lo vi en todo el día –le dije sin poder ocultar mi alegría.

–No tenía ganas de salir de la habitación. Me quedé leyendo unas tesis –explicó él, con su semblante siempre pálido.

Había pasado todo el día en la habitación, fuera del mundo. Con gran esfuerzo había regresado, aunque no parecía muy seguro de estar en el lugar correcto. Según las estadísticas, en general la muerte de la pareja no afecta la sobrevida de las mujeres. A los hombres les acorta la vida. Algunos maridos mueren para seguir a sus mujeres. Miré el perfil delgado de Matsubara, su vaso de whisky con agua. ¿Sería un hombre siempre fiel a sus elecciones?

–¿Siempre usa traje oscuro? –le pregunté en tono de broma.

–No, no –dijo Matsubara, despejando el cabello que le caía sobre la cara–. Mi esposa siempre insistía en que para un hombre común como yo era mejor usar un traje común y corriente. Entonces, no tengo otro tipo de ropa, ni siquiera para salir de vacaciones.

Le sonreí. Lo imaginé eligiendo su ropa y sentí celos de Wakako. Quise seguir con la broma, preguntarle si pasaría toda la vida de luto, pero era una pregunta de mal gusto.

–¿A su esposa le gustaba vestir bien? –opté por decir.

En realidad, quería preguntar si era hermosa.

–Así es, le gustaba.

–¿Qué estilo prefería? Matsubara dudó.

–Para mí vestía siempre igual. Ella se enojaba porque no me daba cuenta cuando llevaba algo nuevo –rio Matsubara.

Como no quería hablar de mí, seguí preguntando. Supe que Wakako estudió canto en la escuela de música, que a Matsubara le gustaba mucho la música clásica, y también el *natto*.[72] Sus dos hijos ya eran independientes. De repente aparecieron Kaoru y el joven.

–¡Qué bueno verlos juntos! –dijo Kaoru. Sin esperar invitación, se sentó junto a nosotros.

–¿Cómo están? –saludó el joven.

–Sin novedad –respondió Matsubara.

–Por mi parte, tampoco hay novedades –comentó Kaoru. Miró a Matsubara y luego a mí antes de seguir–. Aunque por ser huéspedes de estadía prolongada todos somos sospechosos, estamos en la lista de candidatos al suicidio –dijo como si nada–. Conversamos con la madre y la hija que se entienden muy bien. Fuimos bajo la lluvia, en el auto de Takeru, hasta el Hotel Fujiya en Miyanoshita. No lo conocían. Fue el primer hotel de estilo occidental. Empezó a funcionar en 1878, diez años después de la revolución de Meiji. Desde entonces, personalidades extranjeras como el Príncipe Alberto, Charlie Chaplin o el primer ministro Nehru se alojaron allí.

Recordé que una vez Natsuki, mi padre y yo salimos de viaje y nos hospedamos en el Hotel Fujiya. Cenamos en The Fujiya, el restaurante japonés para los extranjeros.

Kaoru almorzó con las dos mujeres en el mismo lugar y a los postres les contó, sin alusiones personales, sobre el asunto de los posibles suicidas:

–Las tres nos sentimos mal. Estuve a punto de tomar Nitorol. Ellas sin duda son bastante raras. La hija es muy callada, parece estar en otro mundo. Sobre el casamiento habló sólo la madre. Tal vez se alarmaron porque tocar ese tema les pareció un mal presagio antes de una boda. En cualquier caso, la madre adoptó una expresión sombría y quedó muda. En el camino de vuelta ninguna de las tres pudo hablar de nada –explicó Kaoru.

Kaoru empezó su relato sobre la pareja de ancianos. Al atardecer Takeru se había quedado en la habitación y ella bajó al *lounge*. Buscaba una mesa junto a la ventana para tomar el té cuando los vio llegar. Los invitó a compartir su mesa.

–No están acostumbrados a conversar con una mujer como yo, que hace preguntas sin timidez. El hombre al principio no habló pero la señora las respondió todas. En un momento sacó su pañuelo y entre lágrimas contó que su marido fue garante de una deuda y aunque lo perdió todo no pudo saldar esa deuda. Luego el señor se sumó a la conversación, dos horas pasaron volando. Tuve que pedir otra tetera.

Kaoru nos contó la historia. El señor era el mayor de todos sus hermanos. Trabajó muchos años en una fábrica de autos. Se jubiló y

junto a su esposa fue encargado de un edificio por más de diez años. Después de tanto esfuerzo, dos años atrás había logrado comprar una casa. Fue entonces cuando el hermano menor tuvo un infarto cerebral agudo. Diez años antes la empresa donde trabajaba se reestructuró y lo despidieron. Empezó un negocio que no anduvo bien. La esposa lo abandonó llevándose a los hijos. Él volvió a casarse pero de todos modos vivió bajo mucho estrés hasta que sufrió el infarto cerebral. El hermano mayor, que era garante de sus deudas, se vio obligado a pagarlas. Para que no le quitaran la casa que con tanto esfuerzo había comprado, la puso en venta. El matrimonio anciano tenía una hija soltera y un hijo casado. Ahora para escapar de la persecución de los prestamistas impiadosos, vivían en el apartamento de la hija, una mujer débil a quien querían legarle su casa pidiéndole a cambio que los cuidara cuando fueran más viejos. El hijo, también preocupado por el futuro de la hermana mayor, estuvo de acuerdo porque al fin y al cabo terminarían heredándola sus hijos. Ignoraba que existía esa deuda. Los padres ancianos no quisieron decírselo porque siendo tan buen hijo habría ofrecido hacerse cargo a pesar de que tenía que sostener a su propia familia. Pero cuando todos se reunieran a celebrar el Año Nuevo no podrían eludir el tema. Deberían ponerlo al tanto de la realidad. Entretanto decidieron ir al Hotel del Lago para reflexionar.

–No pude hablarles del psíquico que anda en una Harley Davidson –se lamentó Kaoru. Y siguió dando detalles–. El hombre dijo que la esposa pertenece a una familia longeva. Si él muere recibirá el seguro de vida, y previéndolo empezó a pagar un poco más. Decidieron invertir una parte de los ahorros que corresponden a la esposa para alojarse en este hotel y pensar con más tranquilidad. Derivaron las comunicaciones al teléfono de su hija porque saben que los acreedores no dejarán de perseguirlos. De ese modo evitarán que el hijo sospeche.

Desde que empezó la recesión en Japón la quiebra de empresas medianas y pequeñas, junto con la inestabilidad laboral, se convirtieron en moneda corriente. Ni siquiera en ese viejo hotel, alejado de la realidad, era posible estar al margen de ella. Yo había tenido la suerte de ignorarla hasta ese momento.

–Es un poco raro –dijo Matsubara. Todos lo miraron–. Si hay otros hermanos, aunque no tengan responsabilidad legal podrían ayudarlo en alguna medida.

–Así es, pero el hermano mayor piensa que debe cuidar de los hermanos menores.

–Eso está muy mal –opinó Matsubara frunciendo el ceño.

Permanecí en silencio. No podía condenar a esos dos ancianos humildes.

–En resumen, entre los huéspedes de estadía prolongada no hay

personas normales –dijo Kaoru en tono de broma.

–Me considero bastante normal –dije.

–¿Usted? Anoche, frente al hogar, su cara iluminada por las llamas parecía endemoniada.

53. Papa aime Maman

–¿Cómo se puede ser normal con esa cara? –rio Kaoru, siempre con recato, como la Madre. Es decir, como las mujeres de antes–. Al principio la taché de la lista pero ahora forma parte de ella, como corresponde. Reí, un poco confundida. No supe qué responder. La noche anterior, mirando las llamas del hogar, pensaba que la relación con Tetsuo había arruinado mi vida. Luego seguí retrocediendo en el tiempo, hasta un pasado anterior a mi nacimiento. Probablemente mientras lo hacía mi cara era digna de ser incluida en la lista de los candidatos al suicidio. ¿Debería preguntarme con honestidad qué motivo tengo para seguir viva, por qué vivo, por qué debo vivir? ¿Por qué la gente sigue viviendo sin importar muchas cosas?

De vuelta en mi habitación no pude apartar esos pensamientos. Recordé que Matsubara habló de hacer una donación. Descubrí que no quería entregar la herencia de la Madre a Tetsuo. Pensé que para Kaoru la muerte era un hecho natural, despojado de dramatismo. Y al pensarlo descubrí también que no tenía miedo a la muerte. Los tres días siguientes transcurrieron de la misma manera. Cuando no llovía, salía a caminar. Leía *Madame Bovary*, tenía a mano el diccionario, imaginaba cómo podía traducirse ese texto. Dejaba el libro y me tiraba en la cama mirando el techo para pensar hasta que me dolía la cabeza. A la noche bajaba al *lounge*. Kaoru, siempre con su elegante pañuelo al cuello –cada día llevaba uno diferente–, tejía escuchando el iPod. Kaoru significa “perfumada”, como lo indica su ideograma. Un nombre que armonizaba con su portadora. El ideograma que se utiliza para escribir Takeru es “audaz”. Pero ese joven de aire occidental, con sus rasgos marcados y su cabello claro, no bebía alcohol como los hombres de Occidente, sólo agua mineral. Tampoco tenía la personalidad avasallante de Yamato Takeru no Mikoto, el valiente príncipe de la familia imperial de Japón.

No vi a Matsubara. Tal vez había salido en su auto a comer afuera o pidió el servicio en la habitación. No se lo veía casi nunca. Y en el *lounge* nunca tuvimos oportunidad de conversar a solas. Al parecer él no lo deseaba. Tal vez era mejor así.

Al día siguiente me desperté demasiado temprano para desayunar. Salí a caminar por el jardín y me encontré con el matrimonio de ancianos. Paseamos juntos un rato y fuimos al restaurante japonés. Durante el desayuno les pregunté por el matrimonio joven. Evité el asunto que nos había contado Kaoru. Ellos la mencionaron, dijeron

que habían hecho amistad y así empezaron a hablar de sus cosas.

–Creí que a esta edad podría descansar pero estoy en problemas –dijo el anciano.

–Has trabajado toda la vida –le respondió su esposa.

–Tú también, no tengo forma de pedirte perdón. El anciano se pasó la mano por la cabeza, ya calva, antes de contar su historia.

–Soy oriundo de la provincia de Niigata, en el norte de Japón. Un pariente que había sido arrestado en Siberia tenía una distribuidora de diarios en Tokio y fui a trabajar allí. En invierno las mañanas eran frías. En verano el calor no cedía hasta la noche. No faltaban tormentas o tifones. Algunos clientes no querían pagar. La tarea no era sencilla pero los jefes eran muy amables.

–¿En qué parte de Tokio? –pregunté.

–Machida. Los padres de mi esposa tenían allí una tintorería.

Como era de suponer, el matrimonio había sido arreglado por los padres.

–Yo vivía también en la línea de Odayku, cerca de la estación Chitose Funabashi –dije.

–¿Ya había nacido cuando el Romancecar se llamaba "cajita de música"? –me preguntó la esposa.

La pregunta imprevisible me hizo reír.

–Sí, mucho antes. Ellos rieron también.

–Mientras repartía los diarios de la tarde, oía pasar ese tren. Me daba una gran ilusión –relató el anciano. Asentí con la cabeza. El matrimonio había soñado con un viaje a Hakone en Romancecar para su luna de miel. Pero no tuvieron dinero suficiente ni tiempo para el ocio. Ahora, ante el peligro de perderlo todo, decidían realizar el sueño de la juventud–. El sueño de viajar en el Romancecar me daba fuerzas para seguir repartiendo los diarios, le daba sentido a mi trabajo –explicó.

Era imposible imaginar la vida sin diarios. Como era inimaginable no oír las voces y las cornetas de los vendedores callejeros de *natto* y tofu. El ruido de las botellas de leche. De las cosas que se movían en las mochilas de los niños. Del buzón de madera al sacar el diario. Todos estos sonidos eran parte de la mañana y eran todos indispensables.

Los domingos por la mañana mi padre preparaba café en la cafetera de aluminio y leía detenidamente el diario. Natsuki y yo queríamos leer el manga de cuatro viñetas. La Madre quería leer la novela que aparecía por capítulos aunque era muy crítica con respecto a su calidad. Había sido lectora de revistas para chicas en la época de oro, cuando las ilustraba Junichi Nakahara y luego Kasho Takabatake

y Koji Fukiya.[73] Esas ilustraciones eran mucho más que meros dibujos para acompañar los capítulos de las novelas del periódico, y así la Madre aprendió a apreciarlas y cultivó su criterio estético. Por entonces aún se empleaban técnicas de *ukiyo-e*. Su estética y la técnica fueron heredadas por los ilustradores, que además tuvieron influencias del realismo occidental.

Al padre, por su parte, le maravillaba que en su juventud, a fines del siglo XIX o a principios del XX, Soseki publicara su novela por entregas en el diario. Indicaba el lugar prominente que tenía el diario en la sociedad. La novela *Luz y oscuridad,* de Natsume Soseki, comenzaba con la hipótesis de Poincaré, un matemático francés de su época. Para mi padre era un rasgo meritorio. Si la novela iba dirigida al público en general, daba indicio de que ese público tenía muy buen nivel intelectual. La Madre y nosotras escuchábamos sus opiniones en silencio. Ignorábamos quién era Poincaré, y por ser respectivamente mujer y niñas estábamos eximidas de saberlo. Sin duda, el nivel de la novela que se publicaba en el periódico era muy alto.

–Es increíble que la abuelita pudiera leer *Konjiki yasha* –dijo la Madre cuando murió la abuela, refiriéndose a que sólo había completado la escuela primaria.

Sin duda, el nivel de la primaria de entonces también era muy alto. Cosas del pasado.

Konjiki yasha abundaba en ideogramas *kanji* y su redacción seguía una estética especial. Utilizaba el estilo de lenguaje literario de la época. Aun con la ayuda de los silabarios, era una obra ardua de leer, más que la literatura actual. Cuando empezó a circular, los fanáticos de la literatura china valoraron ese aspecto. Sin embargo, la novela introdujo, hace más de cien años, vocabulario y conceptos occidentales: “democracia”, “individuo”, “libertad”, así como “amor”, “amantes”, “enamorados”, que contribuyeron a formar un nuevo idioma japonés y nuevas personalidades en la población de Japón.

Para el joven que trabajaba y dormía en casa del distribuidor de diarios mientras iba a la secundaria superior era muy difícil seguir estudiando en esas condiciones. Por eso consiguió un empleo en un taller metalúrgico. El nuevo trabajo lo obligó a trabajar más horas pero le proporcionó una mejor remuneración, con la que pudo solventar los estudios de sus hermanos menores. Desde entonces, nunca dejó de trabajar. Y cuando parecía que comenzaba la etapa de las gratificaciones por tanto esfuerzo, el hermano menor, que siempre había sido el más conflictivo, le causó un gran trastorno.

–Tuve un terrible problema –dijo el anciano con calma.

Noté que se lo veía más tranquilo que a su mujer.

¿Acaso pensaba en el suicidio, para que el seguro de vida saldara la

deuda? En ese caso, supuse que lo haría de un modo que no le revelara la verdad a su esposa. Por ejemplo, podría salir a pescar solo en barco y si el barco se hundía él moriría ahogado. Una alternativa muy propicia para el lago Ashinoko.

De vez en cuando veía en las aguas termales a la madre e hija que también estaban en la lista de candidatos al suicidio. Evitaban conversar conmigo pero sus sonrisas sugerían que la relación entre ellas era muy buena.

Antes de dormir miré algunos álbumes de fotos que me enviaba Natsuki. Había fotos de la casa antes de la remodelación. De la Madre cuando era una joven alegre en su pequeño feudo. En su pequeña casa quiso reproducir a escala el estilo de Yokohama. Inspirada en ese modelo, en el jardín armó un cantero redondo de ladrillo para cultivar flores occidentales: rosas, dalias, tulipanes. Plantó césped. Tuvo un perro. Abandonó el futón y usó cama francesa. Introdujo un piano vertical negro porque no había espacio suficiente para un piano de cola. Decidió que Natsuki tomara clases de piano. Eligió una vestimenta de buen gusto para ella y también para sus hijas a pesar de que no eran tan bellas como habría deseado. Para el verano la hacía ella misma con la máquina de coser. Para el invierno compraba prendas de oferta y su vecina las mejoraba con lentejuelas y encajes. No olvidó los sombreros y los zapatos de cuero. Se alegró de que los compañeros de sus hijas en la escuela pública fueran hijos de comerciantes y agricultores, es decir, niños a los que no tendrían nada que envidiar. Por primera vez podía decidir la clase de vida que llevaban ella y su familia. Se sintió libre y satisfecha. Por eso en la foto se la veía radiante.

En esa época se llevaba bastante bien con el padre. Un domingo la Madre colocó la comida de Della, nuestra perra, junto al sillón donde él leía el diario.

–¿Por qué no comes, Della? –preguntó con ternura. Mi padre y Della peleaban por el sillón todos los días. La Madre, distraída, no vio quién lo ocupaba ese domingo. Mi padre levantó la vista y dijo:

–Mi amor, soy yo.

Natsuki y yo soltamos una carcajada.

–¡Ah, perdón! –se disculpó la Madre, y entre risas levantó el plato de Della.

Recordando la canción que decía “Papa aime Maman”

–“papá quiere a mamá”– se me ocurrió cantar: “Papá quiere a mamá. Mamá quiere a Della”.

Toda la familia rio, incluido mi padre. Si hubiera sabido cuál sería el destino de mi familia, no me habría atrevido a inventar esa letra.

Mirando los *slide show* olvidé que era de noche en Hakone. En mi

mente no había montaña ni lago, sólo el recuerdo de los días felices. Me sentí aún más infeliz.

54. Juego de cartas

De repente me di cuenta de que no había fotos de los festejos de Año Nuevo de la infancia.

El 1º de enero era un día particular para la familia Katsura. Se percibía una atmósfera diferente, no sólo porque comenzaba el año. Era una fecha muy importante. Todos los habitantes del archipiélago japonés, vivieran solos o en familia, tenían la misma percepción. Todos estaban tensos. Trataban de recibir el nuevo año con una actitud solemne, con la añoranza del año que se fue.

A mí me gustaba el aire frío, transparente, de ese primer día del año. También me daba algo de tristeza. En casa el estilo occidental se adoptó mucho antes que en otras familias y en general me resultaba agradable. Pero en Año Nuevo habría preferido nacer en un hogar japonés común y corriente, para recibir y festejar el Año Nuevo. La familia Katsura no lo festejaba. Se rebelaba, manteniéndose en silencio.

En Navidad, por el contrario, titilaban las luces de nuestro árbol navideño. Mi hermana y yo nos vestíamos con las mejores ropas y la familia en pleno iba a Ginza. En la Nochebuena, Natsuki tocaba en el piano "Noche de paz" y los demás cantábamos. El día de Navidad la mesa de madera prensada –de moda por entonces, aunque después la Madre descubrió que era de mal gusto– se cubría con un mantel blanco reservado para las ocasiones con invitados especiales. Entre ellos, el hermano menor de mi padre, con quien no tenía lazos sanguíneos, y su esposa. Cenábamos comida occidental. Mi padre sonreía bastante.

El primer día del año sólo era un día especial porque se utilizaban *o-hashi* nuevos y se olía el aroma del *ozoni*[74] que preparaba la Madre. El padre, en calidad de jefe de familia, escribía en el sobre de los *o-hashi* nuestros nombres: Noriko, Natsuki y Mitsuki. Aunque en Japón era el día festivo más importante del año, nuestra casa no se decoraba con *kadomatsu* ni con *mochi*.[75] No se preparaban comidas típicas del Año Nuevo como los *osechi ryori*.[76] Ignoro dónde estarán los recipientes heredados de la familia Katsura para la celebración del comienzo de un nuevo año. Como no íbamos a saludar a nadie, tampoco venían a saludarnos. Para mí lo más importante y simpático eran los sobres con palitos de color rojo y blanco, los de la bandera japonesa, para celebrar ese día tan especial. En general la familia giraba en torno a la Madre, la más alegre de nosotros, como si fuera el sol. Pero ese día el

centro lo ocupaba el humor del padre. Por la mañana era especialmente terrible. Mientras tomaba su *ozoni* parecía odiar ese tradicional día festivo japonés. No le gustaba el *mochi* ni el *nanakusagayu*.[77] A mí el nombre de esa sopa me parecía hermoso pero no podía decírselo. A medida que las horas pasaban, el humor de mi padre mejoraba. Al término de la cena iba a buscar la caja roja donde guardaba el *Hyakunin isshu*,[78] un juego de cartas del Año Nuevo que le gustaba.

En el piso de madera se extendían todas las cartas. A veces Natsuki y yo hacíamos trampa acercándonos cada una a sus cartas favoritas. Normalmente el padre leía para que los demás compitieran por conseguir las cartas. A las mujeres les gustaba más la prosa. Al padre le gustaba la poesía, incluso en inglés. Por aquella época todavía muchas personas conocían también poemas chinos. Mi padre leía con bella entonación:

Aki no ta no / kariho no io no / toma wo arami //
waga koromo dewa / tsuyu ni nuretsutsu

Este primer poema de la serie, escrito por el Emperador Tenchi (668 a 672), muestra que conocía la vida de los agricultores:

Siega de otoño.
En mi choza de paja
pasar la noche.
Las mangas del kimono
mojadas de rocío.

La Madre leía con la entonación propia de las estudiantes después de la guerra este poema de la Emperatriz Jito:[79]

Haru sugite / natsu ni kerashi / shirotae no //
koromo hosucho / amano kaguyama

Llegó el verano:
Baja de la montaña
verde fragancia.

La brisa llega y agita
kimono blanco al sol.

Aprendiendo a leer esos textos tan especiales me sentía un poco más adulta.

Konjiki yasha, la obra que hizo famoso al diamante, el rey de las piedras preciosas en Occidente, comienza con la escena del juego de *Hyakunin isshu* en Año Nuevo. Allí aparecía el hombre con el impactante anillo con un diamante. Pero la abuela –la O-Miya san de nuestra casa– no participaba en la ronda de las cartas. Terminada la cena, siempre con su delantal blanco levantaba la mesa y llevaba el té y las mandarinas para todos. Luego se sentaba en diagonal al sillón y dormitaba un poco. Después de leer *Konjiki yasha*, pude imaginar cómo se sentía mientras jugábamos a las cartas:

El 3 de enero todos los miembros de la familia se encontraban en el salón más grande, y todos estaban entusiasmados. Unas treinta personas, hombres y mujeres divididos en dos grupos se entretenían con el juego de las cartas. Algunas mujeres, bienvestidas y maquilladas. Otras, despeinadas, con el maquillaje desprolijo y la ropa arrugada. Los hombres en mangas de camisa, algunos sin la chaqueta kimono. Entre ellos había una joven de bellos ojos rasgados y postura elegante. Esta joven era O-Miya.

Entonces apareció un caballero con bigote. El caballero usaba un anillo de oro con un diamante de un tamaño jamás visto. Uno de los presentes lo vio y exclamó con asombro:

–¡Qué diamante!

Su asombro se propagó entre los presentes, que dijeron a su vez:

–¡Es verdad, qué diamante!

–¿Qué diamante?

–¡Vaya diamante!

–¡Increíble diamante!

–¡Esto sí es un diamante!

–¿Diamante? ¿Dónde? ¡Vayamos a verlo!

–¡Qué gran diamante!

–Extraordinario diamante.

–¡Cómo brilla ese diamante!

La palabra “diamante” se repetía infinidad de veces. Bastaba con leer esas exclamaciones para imaginarlo. La abuela, que por entonces tenía ya más de ochenta años,

¿había olvidado acaso esa significativa escena? ¿Por estar un poco sorda no quería participar en el juego?

La primera vez, cuando llegó mi turno de leer todos se rieron. Con el orgullo herido busqué a la abuela para que me consolara. Cuando ella murió, ya sabía leer con la misma entonación que la Madre. Mi hermana y yo teníamos nuestras poesías favoritas y nos acomodábamos para tenerlas a mano, hasta que las dos nos dimos cuenta y nos enojamos. Nos gustaba mucho esta poesía de Kino Tsurayuki:[80]

Hito wa isa / kokoro mo shirazu / furusato wa //
hana so mukashi no / ka ni nioikeru

Qué sienten los demás,
no, no puedo saberlo
pero en mi pueblo natal
el aroma de la flor de ciruelo
es siempre el mismo.

Las ilustraciones eran hermosas, sobre todo los *juunihitoe*.[81] Y era muy fácil distinguir qué poesías fueron escritas por mujeres como Onono Komachi, que tenía fama de ser la poetisa más bella, aunque princesas y monjas tuvieran semblantes muy parecidos. Para nuestra sorpresa, Ise no Taifu resultó ser nombre de mujer, autora del poema que comienza con la frase *Inishie no narano miyako no yaezakura.*

Como el juego de *Hyakunin isshu* consiste en competir para conseguir la mayor cantidad de cartas, tenía que recordar la siguiente frase automáticamente, antes de que leyera la carta principal con la ilustración en forma completa, y buscar la carta que dijera *Kyo kokonoe ni nioinuru kana*:

Como en la antigua Nara
las flores de cerezo
tienen hoy
un perfume particular.

Después de la guerra todo Japón quiso borrar el pasado. Por eso mi familia no tenía historia. Era muy representativa de lo que sucedía en general. Desde que murió la abuela –siempre apegada al tatami– en casa desaparecieron todos los elementos que rememoraban el antiguo

estilo de vida japonés, como el espejo con tallas de Kamakura, el calentador de porcelana, el *kotatsu*,[82] los *zabuton*.[83] Sólo se conservó el ropero de *kiri*. Después de la guerra los tres elementos más importantes fueron el refrigerador, el lavarropas y el televisor, seguidos de otros utensilios occidentales. Pero aun en esa casa sin pasado histórico, el 1º de enero sonaban las poesías escritas mil años antes, y así mi hermana y yo nos conectábamos con la historia milenaria:

El país fue derrotado
pero aún existen las montañas y los ríos.
Toho, "Shunboo".[84]

En nuestro caso, podíamos decir: "El país fue derrotado pero aún existen las poesías". O las palabras.

El día de Año Nuevo el mal humor de mi padre tenía motivos ideológicos, reforzados por su experiencia personal. Aún quedaban secuelas de la guerra. ¿Cómo celebrar ritos para honrar a las deidades que no habían ayudado a ganarla?

A diferencia de la Madre, que tenía una memoria prodigiosa y podía abundar en detalles, él repetía siempre las mismas anécdotas. Por ejemplo, recordaba que para Año Nuevo visitaban su casa geishas maquilladas de blanco, con sus peinados característicos, vestidas con kimono negro. Según decía, llegaban también algunos jefes de la *yakuza*. La presencia de hombres ataviados con *hakama*[85] y kimono negro con cinco símbolos de clan se debía a que un legislador de Tokio actuaba como fiador solidario de los negocios familiares. El padre del padre murió repentinamente. Los visitantes ilustres desaparecieron y en su lugar aparecieron los cobradores. Para pagar las deudas la familia vendió todas sus posesiones, incluido el sanatorio. Sólo conservaron una casa pequeña adonde el padre se mudó con su madrastra.

No me resultaba difícil imaginar con cuánta tristeza recibieron, en soledad, su primer Año Nuevo en esa casa. Menos aún en la noche de la montaña de Hakone, rodeada del silencio de mi habitación de hotel. Mi padre tenía entonces catorce años. La misma edad de la Madre cuando la abuela y el abuelo se separaron. Tal vez esas dos almas con experiencias similares estaban llamadas a unirse.

Mi padre y la Madre se divorciaron para estar juntos, esa unión hizo infeliz a muchas personas y recibieron muchas críticas de los parientes y allegados. Por eso durante los tres días festivos del Año Nuevo nadie los visitaba. Ellos no olvidaban que tuvieron que

enfrentar a todo el mundo. Tampoco, que el egoísmo de la Madre fortaleció la unión matrimonial.

A pesar de que el Año Nuevo de mi infancia se festejaba apenas con los sobres de los *o-hashi*, fue el período más feliz de la familia Katsura. En la flor de la vida, si Nonko chan no hubiera sido tan desubicada habría podido convertir su existencia en una novela hermosa, entusiasta, y ser su feliz protagonista. Mientras mi hermana y yo crecíamos, la situación social y económica del padre se estabilizó. El matrimonio fue ganando credibilidad y algunos parientes del padre se animaron a visitarlo. Empezaron a funcionar adecuadamente las tradicionales vajillas festivas. El matrimonio, sin embargo, pronto empezó a funcionar mal.

Cuando se acercaba el primer fin de año desde que el padre fue internado en el sanatorio, le dije a la Madre:

–Deberías llevarlo a casa para Año Nuevo.

–No quiero –me respondió.

A partir de entonces, para esa fecha Tetsuo iba a Toride y yo iba a buscar al padre al sanatorio. La infidelidad de la Madre no se hizo pública, ella interpretaba correctamente su rol de esposa si nos visitaba algún pariente, comiendo con sus palitos festivos como si todo fuera normal.

¿Adónde habría ido a parar el juego de las cartas *Hyakunin isshu*? No apareció cuando vaciamos la casa de Chitose Funabashi. El *link* del *slide show* que me envió Natsuki me conectó con el pasado lejano que vivía en mi memoria como una bella leyenda. Nada tenía que ver con el pasado cercano o con el presente.

Esa noche no hubo sueño profundo en el Monte Hakone.

55. Dos posibilidades

Al cabo de tres días monótonos, era de noche. El señor Matsubara no apareció en el *lounge*. Mitsuki volvió a la habitación. Sin cambiarse se dejó caer en la cama y contó los días transcurridos desde su llegada a Hakone. Era la séptima noche. Su reserva contemplaba diez días y nueve noches en el hotel, de las que restaban esa y dos más.

Cerró los ojos. Trató de enfrentar la idea que acechaba su mente. No pudo. No lograba comprender la actitud de Tetsuo. ¿Por qué vacilaba? ¿Por qué no tomaba la decisión de divorciarse? ¿Qué pensamientos y sentimientos había detrás de las dulces palabras de su último e-mail, donde se preocupaba por su salud?

Descartó la posibilidad de que Tetsuo aún la amara, ni siquiera a su manera. La alternativa restante era difícil de aceptar: entre ellos había una intimidad producto de tantos años compartidos, pero Tetsuo no la amaba. No deseaba estar con ella, verla sonreír, nada. Tampoco ella amaba a Tetsuo, sólo sentía por él un vago cariño.

Reconocer esa realidad y actuar en consecuencia no era sencillo. Si Tetsuo ya no la amaba, tal vez se sentía culpable. Con justo motivo: había reemplazado a su mujer cincuentona por otra más joven. Llevaban varios meses separados y prácticamente no se habían comunicado. Probablemente se diera cuenta de que Mitsuki sospechaba un *affaire*. Pero, desde su perspectiva, su inocente esposa no tenía manera de saber que él pensaba en el divorcio. Sin embargo, no era una persona despiadada, indiferente al dolor que causaba y a las consecuencias que tendría su decisión en la vida de Mitsuki.

Ella se preguntó si Tetsuo no se había animado a tocar el tema considerando su frágil salud y la agonía de la Madre. Si lo detenían los sentimientos o la piedad. Y aunque se detestara por hacerlo, contempló otra posibilidad. No podía alejarla de su mente. El motivo era la herencia de la Madre.

Específicamente, la posibilidad de obtener la herencia de la Madre. Esa probabilidad podía hacer que Tetsuo esperara hasta último momento para plantear el divorcio. Aún no sabía de la muerte de la Madre y ya tenía calculado a cuánto ascendería la herencia si moría tempranamente y cuánto le restarían los gastos de la residencia geriátrica.

¿Cuál sería la actitud de Tetsuo si no tuviera posibilidad de recibir la herencia de la Madre?

Necesitaba saberlo.

Pasó un rato mirando el techo. Luego salió despacio de la cama. Tratando de no pensar en nada se sentó en el escritorio para encender la computadora. Levantó la tapa de la *notebook* con las dos manos. Oyó el ruido de inicio, la pantalla se iluminó. No se atrevía a entrar en la casilla de Gmail de Tetsuo. Para no ir al grano abrió algunas páginas de diarios en línea. Durante el año, por haber estado tan ocupada, solo leyó algunos titulares. Recién al llegar a la montaña empezó a leer algunas notas. Los asuntos cotidianos del mundo le parecieron muy lejanos. Después de leer una nota sobre la suba acelerada del valor del yen y su efecto en la economía japonesa, entró en el e-mail de Tetsuo.

Bajando lentamente el cursor encontró el mensaje donde la novia de su esposo analizaba el reparto de los bienes conyugales. Aunque con temor, abrió el archivo adjunto, sabiendo que las previsiones de esa mujer serían muy exactas, en lo referido a Tetsuo y al futuro de su esposa.

En primer lugar se refería al apartamento de 72,30 m2 donde Mitsuki vivía con Tetsuo. Estimaba su valor en unos treinta millones de yenes, de los cuales sólo se debían diez, es decir, quedaban veinte millones. Por no tener hijos ni auto y no jugar golf, los ahorros y acciones sumaban unos dieciocho millones de yenes. En total, la fortuna del matrimonio ascendía aproximadamente a treinta y ocho millones de yenes. Aunque Tetsuo ganaba más que Mitsuki, el hecho de que la familia Katsura hubiera pagado el anticipo para comprar el apartamento, significaba que su hija podía recurrir a ellos. Y como compensación por tener una amante le parecía adecuado que el patrimonio se dividiera en partes iguales. Es decir, diecinueve millones de yenes para cada uno.

A continuación aconsejaba dividir el seguro de retiro de Tetsuo con antelación, para que Mitsuki no tuviera que esperar hasta que él cumpliera setenta años. Le correspondían por ese concepto aproximadamente diez millones de yenes. Por lo tanto, le recomendaba entregar veintinueve millones de yenes a su esposa en el momento del divorcio. Además, Mitsuki podría disponer libremente del dinero acumulado en su libreta de ahorro postal porque no recibiría la pensión de Tetsuo después de su muerte.

La finalidad de estas consideraciones no era resguardar los derechos de su rival sino facilitar el trámite del divorcio. Porque si no se lograba de común acuerdo, tendrían que iniciar una causa legal que no sólo generaría gastos: en el transcurso Tetsuo podía cambiar de idea.

“Hasta el mismo diablo aceptaría estas condiciones”, comentaba

para reforzar su propuesta.

Tetsuo le respondió que la propuesta parecía demasiado generosa. No estaba de acuerdo con ese reparto que sólo le dejaba nueve millones de yenes. Durante toda su vida de estudiante tuvo su escritorio en un pasillo. Pese a todo, llegó a profesor de la universidad. Ahora, con más de cincuenta años, la cifra le parecía escasa como resultado de los esfuerzos de toda una vida.

Ignoraba cuánto dinero tenía su novia. Sólo sabía que por vivir con sus padres podía ahorrar bastante. Sin embargo, por no haber trabajado de manera continua, calculaba que sus ahorros no superaban los diez millones.

Es decir que entre ambos no sumaban veinte millones de yenes.

Pero quedaba algo por considerar: si la Madre de Mitsuki moría, a los treinta y ocho millones de yenes del matrimonio se sumaría la mitad de su herencia, ya que Mitsuki tenía una hermana mayor. Según estimaba, más de treinta millones. Así, la fortuna de Mitsuki y Tetsuo rondaría los setenta millones. Y esforzándose podrían afrontar las cuotas de un apartamento de cien millones de yenes.

El resultado de los cálculos de Tetsuo era el siguiente: si elegía a su novia, debería conformarse con dieciocho millones de yenes. Si vivía con Mitsuki –y sin suegra– la cifra aumentaba a setenta millones de yenes. Una gran tentación. ¿Por eso demoraba la decisión de divorciarse?

Al parecer, la novia tan informada sobre la economía de los Hirayama, ignoraba aún la existencia del terreno de Chitose Funabashi. Mitsuki dudó: si Tetsuo no se atrevía a divorciarse porque se apenaba por ella, podría perdonarlo. Si dilataba la decisión considerando la posible herencia de la Madre, no podría perdonar a un ser tan astuto, vergonzoso y cobarde.

De pronto sintió que su crítica a Tetsuo era exagerada. Porque el dinero suele alentar miserias en todas las personas. Aun suponiendo que cortara la relación con la novia al enterarse de la muerte de la Madre, es posible que él mismo se convenciera de que nunca deseó divorciarse. Así es el corazón de las personas, pensó Mitsuki sin el menor cinismo.

De nuevo respiró hondo. Se acercó a la ventana. La abrió para ventilar la habitación. Observó la oscuridad del profundo lago. En el cielo sin nubes sus ojos comenzaron a distinguir estrellas brillantes. Como si ese telón de fondo fuera una escenografía, tendió sus brazos para aferrar las estrellas. Sintió que ese cielo la absorbía.

En la otra orilla del lago Ashinoko sólo había montañas deshabitadas. Pese a que no era muy tarde reinaba un silencio absoluto. Mientras tendía sus manos hacia el cielo estrellado sonó el

teléfono. Sobresaltada, Mitsuki cerró rápido la ventana y fue al escritorio. Era Masako.

–Como de costumbre, tu voz no es muy alegre –dijo la amiga.

–No tengo motivo para que suene de otra manera –respondió Mitsuki.

–Deberías hacer un esfuerzo por sentirte mejor.

–Lo estoy haciendo. Me siento bastante bien.

Al cabo de unos segundos de silencio, Masako comentó:

–La pareja de Tetsuo está escribiendo un blog titulado

Apacibles días en Vietnam.

–¿Cómo lo supiste?

–Se me ocurrió hacer una búsqueda con las palabras, “Ho Chi Minh”, “sabático” y “divorcio”. Estoy segura de que el blog es de ella.

–Puede ser.

–Aunque no debería decírtelo, se nota que está decidida a quedarse con Tetsuo.

–Ya lo sé.

Por supuesto, Mitsuki no podía decir que lo sabía porque había leído los e-mails.

–¿Qué vas a hacer?

–Proponer el divorcio –dijo sin pensarlo. Su corazón ya había decidido.

–Bravo, Mitsuki.

–Gracias.

Es lo que debía hacer desde hacía tiempo. Lo sabía. Sin embargo, a Mitsuki le sorprendió el reconocimiento de su amiga, poco dada a los elogios. De todos modos, la conversación fue tan concisa como de costumbre.

–Ella no es tan mala, escribe sobre la contaminación del aire en Vietnam y cosas por el estilo.

Mitsuki colgó el auricular y permaneció de pie junto al teléfono.

56. Pobre o con esposo

“Divorcio”, dijo para sí misma. Lo había decidido sin darse cuenta. Y al decírselo a Masako se convirtió en algo real. Murmurando esa palabra Mitsuki se sentó frente al escritorio. Desafortunadamente, no se sintió libre. Como a cualquier mujer que se enfrenta por primera vez al divorcio, la agobiaron las preocupaciones económicas.

¿Cómo viviría de ahora en más? Las cifras presentadas por esa mujer eran correctas. Sólo desconocía que, gracias al cielo, Mitsuki había recibido la herencia de la Madre. No sería pobre aunque se divorciara. Podría mantener su nivel de vida. Mitsuki pensó en otras mujeres que llevaban una vida matrimonial infeliz. Si la familia paterna de repente se empobrecía y no recibían herencia, si no tenían trabajo fijo ni coraje suficiente, tenían que optar entre la pobreza o el esposo, una variante prosaica de “amor o dinero”. Y seguramente elegían al esposo. En general, las mujeres de mediana edad no tenían la tercera opción de la herencia.

Entre las compañeras de secundaria de Mitsuki, muchas optaron por la curiosa modalidad del “divorcio en el hogar”. Por ejemplo, la mujer cocina para los dos, pero él se va a comer a su habitación, mirando la televisión. Entre las compañeras de facultad, una dijo muy tranquila que con respecto a su esposo siempre contempla la posibilidad del “pañuelo mojado”: entre mujeres se rumoreaba que tapando con un pañuelo mojado la nariz y la boca del esposo, se consigue que muera por asfixia.

A otra compañera de la facultad que nunca se quejaba de su marido, cuando le preguntaron si se llevaban bien respondió sin inmutarse: “No, es un violento. Ya me fracturó varias veces”.

Las mujeres de la generación anterior –la Madre fue una rara excepción– aguantaban sin quejas lo que el destino les deparaba sin pensar siquiera en el divorcio. Mitsuki recordó que en una actividad familiar del Golden una señora de unos noventa años, refiriéndose a su marido preguntaba repetidamente a su hija de sesenta:

–¿A qué hora vuelve papá?

–Papá murió hace diecisiete años.

La hija repitió esa respuesta hasta que Mitsuki decidió intervenir.

–Tal vez se tranquilice si le contesta que su padre regresará pronto.

Entonces la hija mostró una sonrisa amarga y dijo:

–Mi madre tiene miedo de que vuelva.

Recordando esas situaciones, Mitsuki se sintió feliz de haber recibido la herencia de la Madre, y de que en su época el divorcio fuera algo normal. Al menos, consideró que debía sentirse feliz.

En el anotador que se encontraba al lado del teléfono Mitsuki escribió veintinueve millones, el importe que recibiría de Tetsuo al momento del divorcio. Abajo escribió treinta y seis millones ochocientos mil, la cifra de la herencia de la Madre. En total, sesenta y cinco millones ochocientos mil yenes.

Reflexionando acerca de la familia del esposo de Natsuki –que a pesar de contar con un patrimonio que superaba los mil millones de yenes siempre decía que "no hay dinero"– recordó a un anciano de expresión muy tranquila, al que a menudo veía salir con una palangana plástica hacia el baño público. Vivía en un edificio de madera de tres pisos habitado en su mayoría por estudiantes chinos. Ella lo llamaba "el abuelito tranquilo".

Cada persona tiene una apreciación particular sobre el dinero. Mitsuki sentía que con la cifra de sesenta y cinco millones ochocientos mil yenes podía comprar un castillo en Francia aunque en realidad, ese importe no permitía demasiados lujos. El brillo de los ceros la deslumbró un instante y enseguida se opacó.

Ella, tan hogareña, decidió que gastaría toda la herencia de la Madre en la vivienda. Elegiría un apartamento en un barrio agradable, cerca de la estación de tren, pero un poco más chico para poder mantenerlo sin afectar su nivel de vida. Deseaba entrar en una casa que reconfortara su espíritu. Quería darse algunos lujos, como lo hizo la Madre.

Además de sus veintinueve millones de yenes, a partir de los sesenta y cinco años recibiría cincuenta mil yenes mensuales por el dinero acumulado en su libreta de ahorro postal, y seguramente alrededor de setenta mil yenes por la jubilación nacional. Si esperaba hasta los sesenta y ocho años podría cobrar un poco más, pero de todos modos no superaría en mucho los ciento veinte mil yenes. No era suficiente, ni siquiera considerando la parte que le correspondería de la jubilación de Tetsuo. Y dado que en Japón las mujeres son más longevas que los hombres, de acuerdo con las estadísticas tenía por delante un promedio de treinta años de vida.

Cuando fallecieron los padres de Masako, con parte de la herencia ella hizo inversiones en instrumentos financieros. Mitsuki pensó invertir diez millones para obtener una renta mensual y ahorrar el resto. Una vez jubilada podría gastar, como la Madre, para darse algunos gustos. Pero antes de retirarse tenía que ser cuidadosa con sus ahorros. Hasta ese momento los ingresos anuales de Tetsuo rondaban los trece millones de yenes. Ella sólo ganaba tres millones de yenes

por año. Tenía muchos años de docencia pero no llevaba mucho tiempo como profesora interina. No era titular, como su marido. Y además sus ingresos incluían las traducciones de patentes. Mitsuki empezó a escribir los números en el cuaderno.

Como empezó tarde a hacer sus aportes, hasta los sesenta y cinco años debía pagar todos los meses cuarenta mil yenes, más quince mil yenes mensuales por la pensión nacional hasta los sesenta y dos años. Además, impuestos, seguro de salud, seguro de vida, expensas del apartamento y otros gastos fijos mensuales que sumaban unos diez mil yenes mensuales. Le quedarían poco más de cien mil yenes.

No podría llevar el mismo nivel de vida. Ya no comería en restaurantes. No iría con la misma frecuencia a la peluquería. Resignaría algunos libros, remedios chinos para calentar el cuerpo y sesiones semanales de masaje y acupuntura. Hacer un viaje al exterior sería una decisión seria. Pero había gastos ineludibles: la mudanza, los muebles y electrodomésticos. Su *notebook* en algún momento dejaría de funcionar. Surgirían imprevistos. Para afrontar esos gastos debería recurrir a los ahorros para su vejez. La única manera de evitarlo era aumentar el volumen de trabajo. Por suerte podía dar clases en la facultad hasta los sesenta y ocho años. Y las traducciones de patentes tenían mucha demanda.

Mitsuki miró de nuevo la cifra de la herencia de la Madre. Antes pensaba que si recibía ese regalo del cielo dejaría de trabajar en la facultad aunque Tetsuo no estuviera de acuerdo y se dedicaría exclusivamente a las traducciones. Ahora, a pesar de la herencia, debería trabajar más. Nunca antes había reparado en la importancia de los ingresos de su marido. Si sólo traducía patentes poco a poco consumiría la herencia de la Madre y la parte de los bienes conyugales que le correspondieran en el divorcio. Cuando ya no pudiera trabajar iría a parar a un sanatorio de la asistencia social o moriría sola en su apartamento.

Resolvió agitar un pañuelo blanco para despedirse de la “moderna clase media” y seguir viviendo humildemente pero haciendo lo que quería.

¿Qué habría hecho sin la herencia de la Madre? Mudarse a un apartamento barato, seguir enseñando en la facultad sin perspectiva de jubilación, aumentar la cantidad de traducciones, trabajar mientras el cuerpo aguante. Esa mujer quedaría en la posición de esposa de un profesor universitario y crearía resentimiento en una mujer mayor. Se enojó con esa mujer, pero enseguida se dio cuenta de que debía enojarse con Tetsuo. Él conocía sus problemas de salud. Y aun así, se permitió considerar que la propuesta económica que sugería su novia era demasiado generosa. Mitsuki dejó el papel con las cifras. Se tendió

en el sillón. Sólo encendió la luz del escritorio, que destacó la oscuridad de los cuatro ángulos de la habitación. En medio del silencio, el enojo para con Tetsuo atravesó su cuerpo. Recordó aquellos días en París, cuando él desplazó a otros hombres para sentarse junto a "la niña mimada". Más tarde, entre las llamas de las velas le declaró su amor diciendo que siempre podría contar con él. ¿Envidiaba su vida acomodada y quería ser parte de ella? ¿Especulaba con recibir ayuda económica de la hermana mayor, casada con un hombre adinerado? ¿Esperaba que la muerte de la Madre le facilitara el camino?

De nuevo sonó el teléfono. Era Natsuki, se la oía muy alterada, como cuando discutía con la Madre.

–¿Qué pasó? –preguntó Mitsuki.

–Discutí con Jun.

Mitsuki imaginó la cara compungida de su hermana. Su actitud infantil le confirmó que no podía contar con ella.

–Está llorando en su habitación –agregó. También ella estaba a punto de echarse a llorar.

57. Noche con estrellas

Tratando de controlarse, Natsuki explicó qué había pasado.

Ella ordenaba las fotos desparramadas en la mesa y se quejaba de la Madre, diciendo que nunca elogió la belleza o la elegancia de sus hijas. Jun levantó la vista de su *notebook* y dijo: “Mi mamá tampoco”.

–Me sorprendí. Nunca quise hablar frente a Jun sobre la apariencia de las chicas para que no padeciera lo mismo que nosotras.

–Sí, entiendo.

–No quería repetir lo que hizo la Madre con sus conceptos sobre la belleza.

–Lo sé.

–Pero ella no lo entiende.

–Si se lo explicas bien, entenderá.

–Lo hice, pero me dijo que era tarde, que como yo no la elogiaba estaba acomplejada por su aspecto y que ya no había remedio.

–Jun es muy bonita. Y tiene buen carácter –dijo Mitsuki.

De pronto recordó los ojitos redondos que miraban desde el cochecito la pelea entre Natsuki y la Madre por aquel arquitecto con flequillo. El bebé del cochecito había crecido y estudiado, tenía un buen empleo.

–Y ahora dice que le molestó que yo no me opusiera cuando decidió dejar sus clases de piano. Entendió que lo hice porque juzgué que no tenía talento. Jura que no va a criar a su hija como lo hizo su madre. Yo pensaba lo mismo... –siguió Natsuki entre sollozos–. ¿Qué debía hacer?

En ese momento lo mejor era no decir nada. Al parecer, era el destino de las madres ser culpadas por sus hijas.

Un poco más calmada, Natsuki continuó:

–Ken es varón, no espero que me entienda, pero creía que con Jun nos entendíamos.

Mitsuki aprovechó para cambiar de tema.

–¿Ken vendrá para las vacaciones de Navidad?

–Sí.

Ken no había vuelto en las vacaciones de verano porque Natsuki estaba ocupada atendiendo a la Madre y porque tenía que rendir exámenes orales.

–¿Hablará mejor el inglés?

–Quién sabe...

Natsuki no siguió con el tema de Ken. De a poco dejó de llorar pero volvió al tema de la Madre.

–Desde que empezó a salir con ese hombre se volvió grotesca. No voy a incluir en los álbumes esas fotos del espectáculo de *chanson* donde se la ve tan extraña, y tan maquillada que es un horror. Ella no me deja en paz, Jun me culpa, ¿cómo puedo sentirme bien?

–Te entiendo.

Mitsuki pronunció mecánicamente palabras de consuelo para su hermana. Cortó el teléfono sin haber podido hablar de su divorcio. Se alejó del escritorio, descorazonada. ¿Podría entenderla su hermana?

Miró el reloj. Eran las diez de la noche. Pensó en las estrellas que parecían tan cercanas. Se abrigó. Quería mirarlas pisando la tierra. Para que nadie siguiera sus pasos al bajar del ascensor evitó las miradas de los empleados, se dirigió a la parte trasera del hotel, salió a una terraza y luego fue rápidamente al jardín. Se veían muchas estrellas que brillaban cada vez más. Mitsuki se alejó del edificio y fue rauda hacia la derecha, donde estaba la capilla. Allí nadie podría verla. Las luces y sombras de la noche estrellada creaban una atmósfera fantástica en la plaza de la capilla y en el agua de la fuente.

"¿Cuántas parejas se casarán cada año en esta capilla?

¿Cuántas mujeres seguirán casadas toda la vida y encontrarán la felicidad en ese matrimonio?", se preguntó. De pronto oyó pasos. Al mirar hacia el sendero empedrado distinguió una sombra. Se sorprendió al ver al señor Matsubara.

También él se mostró sorprendido. No se habían visto desde el mediodía anterior. Matsubara no estaba afeitado. Debajo del abrigo llevaba la camisa mal abotonada, que dejaba ver su pecho. Parecía un alma en pena.

–Vengo todas las noches –dijo, y agregó–: No imaginé que vendría alguien más.

–¿Se casó en esta capilla? –quiso saber Mitsuki.

–No, en esa época todos nos casábamos de la manera habitual.

Mitsuki imaginó la escena: en presencia de las personas que habían concertado el arreglo matrimonial, en el santuario, frente al sacerdote sintoísta hicieron una ceremonia japonesa tradicional. La señora Wakako, con el *uchikake*[86] y el *tsunokakushi*,[87] juntó los tres dedos e intercambió la copa de sake del compromiso matrimonial, tranquilamente sentada con la mirada hacia abajo frente a un biombo dorado. Matsubara llevaba un kimono ceremonial, aunque como de costumbre, de color oscuro.

–A la noche, cuando no sé qué hacer vengo aquí. La gente del hotel

no se da cuenta.

Mitsuki callaba. Matsubara siguió hablando.

–Tal vez cuando nos alojamos en este hotel mi esposa ya lo sabía... que tenía los días contados.

Por un rato los dos observaron en silencio las luces y sombras fantásticas, el agua de la fuente.

–Acabo de decidir mi divorcio –dijo Mitsuki de repente.

Matsubara la miró a la cara, en espera de sus próximas palabras.

–Mi esposo tiene una novia joven.

El señor Matsubara frunció el ceño, su reacción fisiológica habitual cuando oía algo desagradable. Mitsuki hizo lo mismo. No podía creer que lo hubiera dicho. Le pareció vulgar revelar sus miserias. Miró a Matsubara a los ojos. Él registró su mirada y acertadamente preguntó:

–Señora Mitsuki... usted... su marido... ¿aún lo quiere?

–No –respondió ella con frialdad.

La segunda pregunta de Matsubara fue aún más acertada.

–¿Está en condiciones de solventar su vida usted sola?

–Sí, gracias a que se me murió la Madre podré mantenerme –respondió sin querer, mirando el cielo lleno de estrellas.

–Bien –opinó Matsubara sin asombro.

–Pero mi vida está arruinada. Esta vez Matsubara no dijo nada.

–Me hubiese gustado dar lo que me queda de vida a su esposa.

Matsubara bajó la cabeza. Dijo gracias y como si hablara consigo mismo, agregó:

–Los que estamos aquí tenemos que seguir viviendo. Mitsuki rio.

–Usted parece un zombie.

Ahora le tocaba a Matsubara el turno de reír. Empezaron a caminar juntos hacia el hotel. Las estrellas titilaban, invitándolos a cantar.

–¿Qué música le gustaba a su esposa?

–María Callas. Escuchaba a distintos cantantes, pero a ninguno como a ella.

–En realidad, quise preguntar qué le gustaba cantar.

Matsubara se acomodó el cabello que le caía sobre la frente.

–Mi esposa nunca cantó en mi presencia.

Mitsuki lo miró sorprendida.

–Pero estudiaba canto, ¿verdad?

–Sí, pero decía que no cantaba bien. Además era mezzosoprano.

–Una mezzosoprano puede cantar muchas cosas, por ejemplo, el "Ombra mai fù" de Haendel. Hace tiempo fue la música de la publicidad del whisky Nikka.

–Nunca cantó.

–¿Se lo pidió?

–Muchas veces, pero ella se avergonzaba. “De ninguna manera”, me decía.

Mitsuki avanzó en silencio. Le impresionaba la modestia de esa mujer. Se sonrojó al darse cuenta de que tenía ganas de cantar, con la vista fija en las estrellas, mientras giraba alargando los brazos hacia arriba, tratando de tocar ese cielo nocturno. Como habría debido cantar Wakako frente a su esposo.

Mientras esperaban juntos el ascensor, Matsubara se preguntó para quién había cantado su esposa. Y repitió: “Tenemos que seguir viviendo”.

Mitsuki entró en la habitación poco antes de las once de la noche. Aunque era tarde llamó a Natsuki. Quería contarle lo que le había pasado.

–¡Hola! –saludó Mitsuki.

Entonces Natsuki, sin malicia, le contestó:

–¡Qué terrible, tu voz suena idéntica a la de nuestra Madre!

58. Costa de Atami

A Natsuki le dio más detalles que a Masako. Le reveló que en el pasado había descubierto dos *affaires*. Y que según sospechaba, podían ser más.

Natsuki soltó una exclamación de sorpresa. Luego escuchó sin interrumpir. A medida que el relato se acercaba al final, Mitsuki sonaba más animada. Y una vez completo el informe dijo, con la voz de quien se quita un peso de encima:

–Así fue.

–No lo puedo creer –respondió Natsuki con un tono muy opaco. Ya no sonaba como la hermana de la infancia. Era una mujer de edad. Lo sucedido le parecía una canallada hacia su hermana. Pero disimuló el impacto.

–Qué se puede hacer... es la realidad –dijo. Al cabo de unos segundos de silencio, agregó–: Ahora que lo pienso, desde hace tiempo no te veo feliz como cuando eras joven.

–No todo fue culpa de él –replicó Mitsuki, haciendo implícita referencia a la Madre.

–Es verdad –coincidió su hermana con voz baja y vacilante–. Y es verdad también que Ella no siempre hablaba bien de Tetsuo. Decía que era frívolo.

–¿A ti, Natsuki, también te parecía frívolo?

–No lo sé. Frente a Ella, por supuesto, lo defendía aunque algunas cosas me parecían raras. Pero como era la persona que habías elegido, no desconfié de él. Estoy realmente sorprendida, no imaginaba lo que te estaba pasando –respondió Natsuki con mucho cuidado, eligiendo las palabras.

–Entiendo. Por mi parte, ya no hay interés en que sigamos juntos –dijo Mitsuki, restándole gravedad al asunto.

–¿Podrías mantenerte viviendo sola?

Para Natsuki la pregunta que acababa de hacer era muy normal.

–Tengo la herencia de la Madre. Incluso estoy pensando en dejar de enseñar en la universidad –replicó la hermana menor.

–¿Vas a dejar la universidad? –preguntó Natsuki sin ocultar su preocupación.

–Sin ningún problema, voy a aceptar más trabajo de traducciones. Y en caso de necesidad... puedo contar con la familia Shimazaki.

–Te gusta la independencia, por eso te parece que podrías arreglarte sola –comentó Natsuki, que con esas palabras decía, en realidad: "por eso llegaste adonde estás ahora...".

Mitsuki sabía que, en comparación con la Madre y su hermana menor, Natsuki necesitaba más tiempo para adaptarse al cambio. Comprendió que estaba impresionada, desconcertada, y decidió que lo mejor sería dejar el tema para una mejor ocasión. Cuando estaba a punto de cortar la comunicación, la hermana mayor dijo, como si hablara consigo misma:

–Pero, de ahora en adelante, ¿qué será de tu vida? Ni siquiera tienes hijos...

Mitsuki enmudeció. Por unos instantes no supo qué contestar. Luego, en tono alegre afirmó que en el mundo hay muchos tipos de personas y cada uno hace su vida. Así concluyó la conversación entre las hermanas.

Después trató de dormir. Pero en su mente rondaban las honestas palabras de Natsuki. Ella se encontraba en el punto de partida de una nueva vida. Aunque a cierta edad, una vida no puede ser completamente nueva. Pensó que, más allá del fracaso de su matrimonio, moriría sin haber hecho nada. Esa vaga sensación que siempre la había acompañado en ese momento se volvió muy concreta: "Mi vida pasó en vano. Me arrepiento de haber llevado una vida tan insignificante".

En realidad, desde los albores de la humanidad la mayoría de los individuos murieron sin haber hecho algo digno de mención. Ella, sólo por ser hija de esa Madre de la posguerra en Japón, no tenía mucho porvenir. Pero esa circunstancia ajena a su voluntad no le daba consuelo. Una mujer moderna como Mitsuki deseaba dejar alguna impronta en la historia de la humanidad. Cuando era niña anhelaba ser bailarina, cantante o actriz. No lo fue. Tampoco fue como esas grandes mujeres cuyas biografías había leído, Madame Curie, Florence Nightingale, o al menos Murasaki Shikibu.[88] Ni pensó ser exploradora ni aventurera porque fue débil desde pequeña, pero por supuesto tenía adoración por las mujeres malvadas y hermosas como las concubinas y amantes que aparecían en los libros, las películas, las telenovelas y los manga. Sin embargo, su vida no tenía la menor similitud con las historias de esas heroínas. Y su final sería simplemente monótono.

Además, Natsuki estaba en lo cierto: ni siquiera tenía hijos. Sin embargo, siguió rumiando, en su caso tal vez fuera una ventaja. No tenerlos le daba la posibilidad de ser alguien diferente. Por supuesto, nada le aseguraba que fuera mejor pero al menos no cargaría con una rémora de su matrimonio frustrado. Prefería una vida con curvas descendentes a una vida estancada, inmodificable.

Al mediodía siguiente, después del almuerzo, encontró a Takeru frente al ascensor.

–¿Le gustaría dar un paseo en auto? –propuso el joven.

Mitsuki lo miró incrédula. "¿Quiere salir de paseo con esta vieja?", se preguntó. Por supuesto, no lo dijo.

–¿Adónde?

–Adonde sea, y de paso podemos cenar juntos.

–¿Qué hará Kaoru?

–No hay problema –respondió Takeru. Y unos segundos después, agregó–: Fue su idea.

O sea, Kaoru enviaba a Takeru a observar en qué estado se encontraba Mitsuki. Convinieron que en media hora se reunirían en el lobby. Ella regresó a la habitación. Vaciló unos instantes. Luego, sin pensar demasiado, se duchó rápidamente y eligió su lencería de color negro. Pronto se encontró ajustando el cinturón de seguridad del Corolla.

–¿Podemos ir a Atami?

–¿Atami?

–Un lugar que se hizo famoso gracias a la historia de Kan-ichi y O-Miya –explicó. Un penoso escalofrío recorrió su cuerpo–. Una vez me hospedé con mi Madre en este hotel. Fuimos hasta allí en taxi. Un lugar intrascendente que aun así nos sorprendió con su encanto.

–Kan-ichi y O-Miya, oí algo sobre ellos.

A Mitsuki, habituada a la ignorancia de los jóvenes, le pareció promisorio. Explicó brevemente la historia que tenía como protagonistas a esos personajes. Takeru la escuchó y luego condujo casi sin hablar por el camino con curvas que los llevaba hacia Atami. Para sus adentros, Mitsuki lo agradeció. Le resultaba más fácil no decir nada. Al bajar una cuesta el pueblo de Atami se hizo visible.

Una localidad lamentable, tal como la recordaba. Con edificios de estilos discordantes, muchos abandonados, oxidados por el aire marino, invadidos por plantas silvestres. Las tiendas de las calles principales tampoco tenían vida. Las casas de veraneo construidas habían caído en el olvido. Es posible que los lugareños sintieran apego por su pueblito pero difícilmente los turistas reconocieran en él algún encanto.

Mitsuki pidió a Takeru que se detuvieran cerca del "pino de O-Miya". En su excursión con la Madre las dos bajaron del taxi y al ver ese pino lanzaron un suspiro. El árbol se encontraba entre el estacionamiento y la avenida.

El pino original había muerto debido a las emanaciones de los motores. Sólo quedaba el tronco como recuerdo. A su lado plantaron

entonces un segundo “pino de O-Miya”. Rodeado de autos, quietos o en movimiento, daba la impresión de estar totalmente fuera de lugar.

En las ilustraciones, Kan-ichi y O-Miya se veían misteriosos y sensuales. Las figuras del monumento de Atami no hacían honor a esa imagen al representar la escena más importante de la novela: O-Miya acepta el diamante, traicionando a Kan-ichi. Temerosa de su reacción, viaja a Atami con su madre. Él, desconcertado por la actitud de su amada, va tras ella. Caminando por la arena del pinar Kan-ichi confirma sus sospechas. O-Miya se aferra a sus pies pidiendo perdón. Él los suelta con furia. Con su pierna levanta el cuerpo de O-Miya, y lo arroja al suelo gritándole: “¡Puta!”.

La famosa escena fue convertida en ridícula escultura de bronce. Hoy los jóvenes suelen tomarle fotos burlonas con sus celulares. Pocos comprenden de qué habla la antigua canción que se oye a través de un parlante:

Paseaban por la playa de Atami
Kan-ichi y O-Miya, los dos juntos
por última vez caminaban,
por última vez conversaban.

Aquel día la Madre también ridiculizó la escena, entonando “Kan-ichi y O-Miya, los dos juntos…” mientras agitaba las manos. Tal vez para no sufrir por la vulgaridad de esa imagen, tan diferente de la que su imaginación alguna vez construyó.

La trama folletinesca de *Konjiki yasha* fue enriquecida por el estilo de la literatura japonesa previa a la modernidad. El tinte académico de la escritura de alto nivel le dio sentido poético. Más tarde, la apasionante escena crucial de la historia se plasmó de una manera miserable.

Mitsuki se sintió triste. Recordó que la Madre, con su bastón, había recorrido el largo camino hasta la playa, alejada del pino de O-Miya. La caminata se realizaba por una pasarela de madera con parapetos y columnas pintadas de blanco, similar a las de la Riviera y la Costa Azul. La instalación, más grande que la capilla del hotel, le daba al paisaje un aire aún más artificial y barato. Más allá se divisaba la blanca arena de la la playa de Atami.

59. Ni siquiera para novela

–¿Qué es esto? –exclamó la Madre con indignación. A ella, que siempre privilegiaba el gusto occidental, le resultó inaceptable la sinuosa pasarela y la arena artificial, pretendidamente iguales a las de una villa del Mediterráneo. Durante el día el lugar se llamaba Sun Beach. Por la noche, Moonlight Beach. Los nombres en inglés, sin embargo, más que el estilo Mediterráneo imitaban el de California. En invierno nadie se bañaba en el mar. Los jóvenes jugaban con una pelota inflable. Los señores maduros practicaban tiros de golf. Las parejas enseñaban a caminar a sus bebés. Mitsuki no tenía motivo para bajar a la playa. Pero cuando la Madre dijo que ya nunca regresaría a ese lugar la acompañó en su caminata por la blanca arena artificial, mientras la oía quejarse de que Kan-ichi no existía y la abuela tontamente se identificaba con O-Miya san como si fuera la heroína de la novela.

El año anterior la había asombrado una nota que revelaba el origen de *Konjiki yasha*. El autor se había inspirado en un *dime novel* norteamericano, lo que en Japón se llama "novela de tres *mon*".[89] Al día siguiente la Madre no esperó la hora acostumbrada para hacer su llamado.

–La historia original fue escrita por una mujer inglesa o norteamericana. Un folletín barato. Para nuestra familia fue una revelación molesta –comentó.

Después del llamado, Mitsuki leyó el artículo del diario para conocer los detalles. La autora se llamaba Bertha M. Clay. La novela se titulaba *Weaker than a Woman* [Más débil que una mujer]. Koyo Ozaki no tuvo intención de ocultar la novela inspiradora, porque para un novelista de la era de Meiji, no sólo traducir novelas de amor occidentales sino armar una nueva novela japonesa a partir de ellas era algo cotidiano. Sin embargo, muchos japoneses olvidaron totalmente lo que sucedía en su país en el siglo XIX, y la información aparecida en el diario los sorprendió.

–¡Qué tontería! –decía la Madre, mientras apoyada en su bastón recorría lentamente la costa de Atami.

En aquella ocasión Mitsuki no sintió disgusto sino melancolía. Por la tontería de la abuela, por la Madre, por la nostalgia y la sensibilidad que despertaba el pasado. Tratando de resistir su sensación, permaneció en silencio.

Ahora caminaba por esa misma playa de Atami junto a Takeru. En

el mar se distinguían tablas de surf, veleros y lanchas a motor. Catamaranes y barcos de paseo para turistas. Barcas de pescadores. En la orilla muchos jóvenes jugaban a la pelota.

–No envidio a los jóvenes –dijo Takeru.

–Para mí eres uno de ellos –le respondió Mitsuki con una sonrisa.

Como colofón del paseo fueron a cenar al Hotel Hyatt Regency cercano al Hotel del Lago. Subieron la pendiente que habían bajado en el camino de ida. Takeru conducía en silencio. El crepúsculo llegó con nubes oscuras. Sobre el parabrisas empezaron a caer grandes gotas de lluvia. Cuando llegaron al estacionamiento del hotel repleto de Mercedes Benz, BMW, Audi y otros autos extranjeros, diluviaba.

Al entrar, la iluminación propia de los grandes hoteles acentuó la sensación de lujo. Pasaron por el lobby para ir al resturante, un gran salón con cúpula donde muchas personas vestidas con *yukata* movían sus cubiertos occidentales. Todo indicaba que al salir de las termas habían ido a cenar sin cambiarse. Después de comer y beber en exceso también podrían ir a dormir en *yukata*. Tal vez el hotel no exigía otra vestimenta con la intención de otorgarle al salón cierto aspecto local. Antes los hoteles occidentales solían indicar explícitamente: "Por favor, abstenerse de salir de la habitación en *yukata*". Mitsuki se preguntó si en algún lugar la norma seguía vigente, mientras se abría paso en ese paisaje al que no estaba acostumbrada.

Una vez sentados a la mesa, mirando la carta Mitsuki preguntó de repente:

–¿Tienes sangre occidental?

Takeru la miró con melancolía.

–¿Se nota?

–Un poco.

Ella lo había notado debido a la luz de las velas. O porque por primera vez miraba de frente sus cejas, la línea de la nariz, los ojos castaños.

–Un cuarto de sangre francesa –aclaró Takeru.

–¿De pequeño te molestaban?

–Ah, ya se dio cuenta –respondió el joven con sorpresa. Ella ignoraba que en la niñez su cabello era aún más claro.

–Lo supuse –replicó Mitsuki, avergonzada por los cánones estéticos que había empleado para evaluar la belleza de Takeru–. ¿Te molestaban mucho?

–No... no tanto –respondió el joven sin mirarla a los ojos.

Él, con reticencia, empezó a contar su vida. El hermano mayor de Kaoru, becario en París, se casó con una francesa y tuvo una hija, la abuela de Takeru. La madre, que vivió entre Francia y Japón, un buen

día optó por un estilo francamente japonés. Se casó con un hombre nacido en Japón y se propuso criar a sus hijos a la usanza japonesa. Sin embargo, el alcoholismo de su marido hizo que odiara Japón. Regresó a Francia llevando consigo a su hija menor. Takeru por entonces estudiaba en la escuela superior y se quedó con su padre.

–No pude justificar a mi madre. La situación con mi padre no tenía remedio pero nosotros, los hijos, fuimos víctimas inocentes. Primero eligió criarnos al estilo japonés y luego abandonó el país.

Cuando el joven dijo que su madre le puso su nombre en honor a Yamato Takeru no Mikoto, el legendario príncipe de la mitología japonesa, Mitsuki rio sin querer. Takeru habló luego sobre Kaoru. Ella tuvo una hija con un ruso emigrado a Francia. Esta hija, criada a la francesa, ya adulta se enemistó con su madre y cortó la relación, algo inimaginable en Japón. Kaoru no tuvo más noticias de ella. Diez años atrás, cuando la madre de Takeru volvió a Francia, le pidió que la buscara. No pudieron encontrarla. A la fecha habían pasado tres meses desde que por casualidad Kaeru conoció a un inmigrante ruso que hizo una pesquisa. Finalmente se descubrió que habían pasado más de veinticinco años desde que descubrieron su cadáver en un apartamento de la orilla izquierda del Sena. Cuando la encontraron estaba sola, no se supo el motivo de su muerte. Desde entonces Kaoru consideró a Takeru su hijo adoptivo. La señora elegante era en realidad una anciana a quien se le había muerto una hija que la odiaba.

En el Japón de hoy, con su ritmo de vida exigente, es presumible que las personas que se alojan en un hotel fuera de temporada busquen consuelo a una desdicha. Mitsuki reconsideró la frase del médium: “Huele a muerte”.

Takeru habló luego sobre su trabajo. Estaba registrado en una agencia de personal eventual, y cuando se requerían sus servicios trabajaba como técnico de redes. Por supuesto, a menudo por la calle le ofrecían trabajo como modelo, algo que lo incomodaba. Después confesó que Kaoru le había encargado averiguar cuál era el problema que llevó a Mitsuki hasta el Hotel del Lago.

–Es demasiado banal y no tengo ganas de contarlo

–respondió ella con sinceridad.

Aunque en el restaurante del hotel internacional se sentía como en una nave espacial, aislada del mundo, a través de la ventana se podía ver el diluvio. Mientras esperaban el postre Takeru se levantó de la mesa y regresó cinco minutos después.

–En la recepción me dijeron que sólo queda una habitación disponible –informó al sentarse de nuevo a la mesa–.

¿La reservo? –preguntó sin mirar a Mitsuki a los ojos.

Ella tragó saliva. Trató de leer algo en el fondo de esos ojos castaños. Detectó un poco de vergüenza. No sintió en su corazón ese profundo anhelo que le provocaban en la juventud las proposiciones de un hombre. Y aun teniendo presente la ropa interior que estrenaba en esa ocasión, preguntó con sonrisa forzada:

–¿Es peligroso volver en auto?

–Depende del conductor.

–En ese caso, volveremos –respondió mirando fijamente esos ojos castaños. Estuvo a punto de poner a prueba a ese joven, sólo para demostrarse que todavía podía ser un objeto sexual deseable. Tal vez fuera su última oportunidad. Pero en cambio estiró su brazo y ápoyó su palma en la mano de Takeru. Él envolvió con su mano la de Mitsuki. Esa actitud de hombre correcto la impulsó a decir:

–Eres amable, sin duda encontrarás una buena mujer. No se animó a agregar que también era bien parecido, se tragó esa frivolidad.

La lluvia era más intensa de lo que imaginaron. La cortina de agua impedía la visión. Salieron hacia el hotel en medio de la tormenta. Mitsuki observaba el bello rostro de Takeru, que conducía sin hablar. El clima era propicio para un accidente, incluso viajando a baja velocidad. Podría parecer un doble suicidio, sin amor. Ella, también callada, pensaba en su vida. Sintió que había prolongado mucho tiempo su infancia y que ahora le esperaba una vejez sin hijos. En otra época las mujeres ancianas cumplían un papel en la sociedad, servían de comadronas, ayudaban en la crianza de los niños, encendían el fuego, preparaban la comida, buscaban agua, eran útiles a la hora de solucionar problemas. Ahora las mujeres viejas son ignoradas. Aunque se suiciden. El suicidio de una mujer como Mitsuki no despertaría interés. Sólo merece un lugar en televisión, en los diarios, en las revistas, la muerte de una persona joven.

Ni siquiera podría inspirar una novela: siempre las heroínas suicidas de la literatura fueron jóvenes en la plenitud de la vida. Como Madame Bovary, que se envenenó. Como Anna Karenina, que se arrojó a las vías del tren. O como O-Miya, que se ahogó. Mitsuki recordó la estampa *nishiki*[90] que mostraba su rostro pálido, enmarcado por la abundante cabellera, sobresaliendo del agua, sus curvas juveniles, sus manos y sus pies. Pensó que si ella moría en un accidente, lo único sobresaliente sería que la herencia de la Madre quedaría en manos de Tetsuo. Sonó el teléfono celular de Takeru. Él lo ignoró. Poco después se lo oyó de nuevo en medio del estruendo de la tormenta.

60. Noche de tormenta

Cuando el auto llegó al Hotel del Lago dos personas con paraguas corrieron hacia nosotros.

–Nos alegra de que hayan regresado sanos y salvos. Estábamos preocupados –dijo el director. Su expresión confirmaba sus palabras.

Takeru y yo fuimos hacia el *lounge*. El señor Matsubara, que acompañaba a Kaoru, se levantó de su asiento.

La anciana recibió a su hijo adoptivo con una andanada de reclamos. Mitsuki se preguntó si no había atendido el teléfono celular para no cometer una imprudencia o por sadismo. Matsubara sonrió. Kaoru siguió reclamando, al borde del llanto. Luego dijo que estaban buscando a la madre y la hija que parecían tan compañeras. Su auto se encontraba en el hotel, de modo que los empleados rastreaban los alrededores del lago. Si no las encontraban esa misma noche darían aviso a la policía.

–Es la noche perfecta, ¿verdad? –dijo Kaoru en voz baja.

Luego se levantó y fue hacia la escalera. Matsubara me miró. La seguimos. Lo mismo hizo Takeru. A mitad de camino Kaoru dio media vuelta y entre sollozos gritó:

–¡Takeru!

Todos se sorprendieron, incluso los empleados del hotel se miraron unos a otros atónitos.

–Al menos ustedes dos están aquí. Así que nos vamos.

Matsubara conservó la compostura. Takeru, él y yo nos dirigimos al ascensor.

Llegué a mi habitación. A diferencia del restaurante del Hyatt, por estar en un piso más alto se oía claramente el ruido de la tormenta que castigaba el techo y las ventanas. Sin duda, era “la noche perfecta”.

Me quité el gorro, el abrigo y los guantes. Los dejé en la cama. Me lavé las manos y abrí la *notebook*. Busqué unos datos y con mi lapicera los copié en hojas de carta del hotel. Miré el reloj: marcaba las diez y media de la noche. Masako aún estaría despierta, debía encargarle sin demora el tema del divorcio.

–Perdón por llamarte a esta hora. ¿Hay tormenta en Tokio?

–No, lluvia normal. ¿Qué te pasó?

No supe qué decir. Recurría a ella porque su divorcio fue

conflictivo en lo referido a la distribución de bienes, la tenencia de la hija, la cuota alimentaria, etc., y la obligó a entablar un juicio que la convirtió en una especie de experta en derecho de familia. Le expliqué la propuesta de esa mujer para la distribución del patrimonio conyugal del matrimonio Hirayama.

–Parece que la chica está apurada –opinó.

–Bastante.

–Tienes mucha suerte. Si aceptas, recibirás una suma importante. En general la discusión sobre la distribución de los bienes es terrorífica.

Estuve de acuerdo y agregué que pensaba dejar de dar clases.

–¡Qué suerte que puedas darte ese lujo, Mitsuki! –respondió serenamente Masako–. A nuestra edad normalmente no conseguimos trabajo. A lo sumo, limpiando pescado en el supermercado a cambio de un sueldo miserable.

–Entiendo.

–Eres burguesa, Mitsuki, no imaginas lo bueno que es tener trabajo hasta los sesenta y ocho años –soltó Masako, y opinó que todavía no era necesario dar aviso a la universidad.

Por mi parte, pensé que ya no debería viajar en ómnibus o taxi hasta la línea Chuo. Que no tendría que gritar en clase, preparar exámenes y corregirlos. Ni padecer el frío del aire acondicionado. Pero a cambio, debería traducir el doble. Le dije a Masako que estaba dispuesta a aceptar la distribución del patrimonio según el cálculo realizado por esa mujer. Le pedí que ella se comunicara con Tetsuo y que la abogada que había tramitado su divorcio revisara los documentos que firmaríamos. Aceptó con gusto.

–Además, redacté mi testamento –dije sin preámbulos.

–¿En serio?

Le expliqué el miedo que había sentido en el viaje bajo la tormenta. Luego le dije que si muriera de manera imprevista el setenta y cinco por ciento del dinero de la herencia de la Madre, depositado en una cuenta bancaria, le correspondería a Tetsuo. Y estaba decidida a impedirlo. El resto, dado que mi hermana no lo necesitaba, lo donaba a JICA. Así lo declaraba en el testamento que redacté siguiendo un formato que encontré en Internet, con fecha y firma, donde establecí que ella sería mi albacea. Al día siguiente le enviaría por correo un sobre que decía “Testamento”, sellado con un lápiz labial de color similar a la tinta de sello. Si algo me sucedía, debía abrirlo. Masako calló.

De pronto sentí que la herencia era el alma de la Madre. Masako seguía callada. Detrás de ese silencio se veía una sombra: una cuerda

larga y gruesa que caía desde el techo, un cuello doblado, el cuerpo colgante de la esposa que se suicidó porque su esposo, el profesor, la abandonó.

En aquel momento, tanto Masako como yo descalificamos al profesor y nos compadecimos de la esposa. Siendo jóvenes no podíamos imaginar los motivos de un suicidio, pensamos tan sólo que una mujer madura y sola como ella no tenía porvenir. Fue desagradable evocar esa imagen. No deseaba proyectar en ella mi futuro.

–No quiero que ellos dos disfruten la herencia de la Madre –dije entonces con firmeza–. No puedo correr el riesgo mientras se hacen todas las tramitaciones.

–D'accord, llámame mañana a primera hora para confirmar que estás viva –dijo de pronto Masako.

–D'accord.

Ya en la cama, me sentí muy mal. Me dolía la espalda. La sangre no parecía circular por mi cuerpo. El clima acentuaba mis molestias. Al tacto sentí el vientre frío como si la lluvia lo hubiera mojado.

¿Dónde estarían esa madre y su hija? ¿Enredadas en las algas del fondo del lago? ¿Habrían empalidecido en el agua helada los cuerpos alguna vez rosados por efecto del vapor de las aguas termales? ¿Los peces habrían empezado a picarlos dejando sólo huesos blancos?

La primera hija de la Madre había muerto a los doce años, ahogada en un lago. La Madre siempre se enorgulleció de esa niña "increíblemente bella". Imaginé su bella figura flotando. No creía que los niños fueran inocentes pero ese cadáver transmitía una inocencia total. La Madre murió con los ojos muy abiertos. No percibí inocencia en esa figura. De su cadáver frío parecía asomar su maldad, sus pecados, irredimibles porque nunca contempló la posibilidad de revisar sus ideas. Su muerte fue como un milagro que, sin saberlo, esperé durante diez años o más, desde la muerte de mi padre.

Por supuesto, en ese trance estuve sola. Como mi padre declaró que no era necesario un funeral, organicé una ceremonia de homenaje en mi casa. Los televisores aún no eran planos, de modo que cubrí el mío con una seda blanca de la India bordada con hilos dorados, y armé un altar donde coloqué la foto del padre flanqueada por velas. Lo decoré con canastas llenas de lirios blancos, que parecían cantar un himno en honor a su memoria.

El día anterior al homenaje Natsuki me ayudó con la decoración. Cuando se fue observé esas flores grandes y blancas y entonces empecé a sentir de verdad que había perdido a mi padre. Deseando que su tristeza por fin se disipara, y con ella la mía, levanté la hoja verde de un lirio que había caído al piso.

La Madre, que no fue al sanatorio el día de la muerte de su esposo y tampoco asistió a la cremación, decidió tomar un taxi para estar presente en la ceremonia.

–¿De verdad quieres venir, mamá? –le pregunté, incrédula.

–¡Por supuesto! –fue su contundente respuesta.

Cuando aquel hombre desapareció de su vida, decidí no discutir más con ella. El día de la ceremonia, la Madre vestida de negro era el centro de la reunión. Sentada en el sillón donde se apoyaba en su bastón, conversaba con todos. Algunos de los presentes sabían de su historia con ese hombre pero no mencionaron el asunto. Mientras yo ofrecía comida y bebida a los invitados, su voz animada sonaba áspera en mis oídos. Me pregunté cuánto tiempo más viviría esa Madre. El espíritu maligno que emanaba de ella mientras sonreía contrastaba con la pureza de los lirios, semejantes a la flor de loto que simboliza el Nirvana, la liberación del sufrimiento.

61. Destellos desde el fondo del agua

Mis nervios estaban alterados. No podía dormir. Supuse que lo mismo ocurría en cada habitación ocupada por los huéspedes de estadía prolongada. Tal vez Kaoru se culpaba por haber echado a rodar la historia del psíquico y los demás pensaban en la madre y la hija que desaparecieron en medio de la tormenta. Yo, en cambio, reflexionaba seriamente sobre mi vida.

Desde aquel día en que la Madre me llamó anunciando su presencia en el homenaje a mi padre, el deseo de que muriera me había acompañado de manera permanente. Sin embargo, por momentos, cuando la Madre apoyada en su bastón adoptaba una actitud tranquila y humilde, me parecía olvidarlo.

–No es necesario que me traigas lujos para el almuerzo –me dijo un día–. En lugar de *sashimi* de besugo puedo comer *udon*.[91]

Le respondí que no debía privarse de comer lo que le gustara. Ese tipo de reacciones ablandaban mi corazón. Como el día que me llamó llorando porque el empleado de la verdulería le dijo "Abuela, espera un poquito" y tuve el impulso de salir corriendo a consolarla.

Cuando pasaba a visitarla sin aviso a la salida del trabajo su cara arrugada se iluminaba. Me conmovía comprobar que no le quedaban muchas más alegrías que ver a sus hijas. Aunque a veces cuando hablábamos por teléfono me decía cosas como:

–Hoy me sentía bien, compré flores. Desde aquí las veo, son gerberas.

Y aunque se reprochaba el gasto superfluo, se la oía contenta.

De todos modos la Madre seguía persiguiendo, como poseída, la satisfacción de sus deseos. Pero la crueldad de la vejez atentaba contra las emociones intensas, malograba la posibilidad de alcanzar el éxtasis. La Madre que seguía buscando esas emociones empezó a parecerme un niño huérfano, famélico y sediento. La búsqueda de un placer que a su edad pudiera reemplazar la sexualidad era patética. Y al comprobar esa realidad mi rencor por la indiferencia hacia mi padre, mi deseo de que muriera pasaba a segundo plano. Se imponía la piedad.

Mirando el techo, sentí la tormenta en todo el cuerpo. Me animé a preguntarme qué habría sido de mí si la Madre hubiera sido diferente. Los ancianos son una carga aunque hayan sido buenos padres. En algún momento los hijos desean secretamente que su muerte los libere

de esa carga. En el caso de los japoneses, la longevidad de la población alienta, por decirlo de algún modo, esa monstruosidad por parte de hijas o nueras que deben cuidar de sus madres o suegras, tanto en las ciudades como en el campo. No sólo desean liberarse del agotamiento físico sino del sufrimiento psíquico que les provoca la visión de su propio futuro. Cuando éramos jóvenes, no entendíamos más que de manera abstracta qué significaba envejecer. No comprendíamos que además de la mente, los huesos o los músculos también envejecerían el olfato, la vista, el oído, el paladar, el tacto.

¿Es irremediable llegar a ese punto?

Comenzaron a aparecer, sin orden, recuerdos del pasado. Los felices, como los días de vida de la señora Wakako, podían contarse con los dedos. La noche de tormenta traía con más facilidad imágenes negativas. El traqueteo del subte mientras me dirigía al sanatorio del centro de Tokio tras recibir la llamada. La figura del padre, con barba, desaseado en la habitación compartida de ocho camas. La palabra "Katsura" escrita con letras gigantes en el bolsillo del pecho del pijama. La voz de la Madre cuando dijo "Fui castigada". Nuevamente su voz, desagradable en el homenaje al padre. Su llanto infantil cuando decidió ingresar en la residencia geriátrica. Los brazos delgados con que aferraba los DVD en la silla de ruedas. Los dedos resecos, los ojos redondos y negros muy abiertos que hasta el último minuto siguieron buscando algo para llenar el vacío. La espalda de Tetsuo que se iba sin escuchar mi canción en el puerto de Calais. La frustración después de rechazar una inmejorable oferta de trabajo. El llamado telefónico de la primera amante de Tetsuo. El e-mail de la última amante. Las cifras que desfilaban por los e-mails.

Me levanté de la cama, recogí el abrigo y fui hacia la ventana. La abrí. Por supuesto, la lluvia intensa entró en la habitación. Las gotas brillaron a la luz y cayeron ruidosas en el piso. Me asomé. La cortina de agua cayó sobre mi cara, mi cabello, mi abrigo. Me esforcé por abrir los ojos. Las luces del jardín me parecieron resplandores que surgían desde el fondo del agua, invitándome a hundirme en él. Esta vez no miraba el cielo estrellado. Bajé la mirada. Sólo tenía que dejarme caer, ser absorbida por ese universo acuático, como la madre y la hija que imaginé en el fondo del lago.

Si la gente sigue viviendo sin razón, es posible que sin razón muera.

No sé cuánto tiempo pasó. Sonó el teléfono. Recordé que la noche anterior ese mismo sonido me había alejado de la ventana. Miré el reloj. Era medianoche.

–¿Te desperté?

Era la voz de Natsuki.

–No, estaba despierta.

–No podía dormir pensando en ti.

–¿Por qué?

–Porque me preocupas.

–No es necesario que te preocupes por mí.

Aunque no podía decirse que mi hermana mayor fuera muy afortunada, al menos tenía a Yuji, a Jun y a Ken. Pensé que podría seguir viviendo sin mí, y al instante mi propio pensamiento me asombró. Las gotas de lluvia que caían desde mi cabello y mi cara mojaban mi abrigo.

–Dame un momento, por favor. Me estoy lavando la cara –dije. Fui al baño a buscar una toalla para secarme. Cuando volví al teléfono, Natsuki continuó.

–Estaba pensando cómo sería tu vida de ahora en más... ¿Te quedarás con el apartamento de Suginami?

–Seguramente lo venderemos y Tetsuo me dará el dinero que me corresponde.

–¿Cuánto es más o menos?

–Algo menos de treinta millones. Lo sabremos con exactitud cuando se venda –expliqué. En el estado de ánimo en que me hallaba, me daba lo mismo que fueran treinta o trescientos.

–¿Ese hombre te dará tanto?

De pronto Tetsuo también se convirtió en “ese hombre”.

–Tal vez no tenga otra alternativa. Ella quiere que se divorcie lo más rápido posible. Además, me cedería la mitad de su pensión.

–¿Y podrías mantenerte con la herencia de la Madre? Natsuki, aunque perezosa para los cálculos, tiene debilidad por los números. Para satisfacer su necesidad, mientras me secaba con la toalla fui recordando cifras.

–Con la mitad de la herencia de la Madre y con parte del dinero que recibiré de Tetsuo puedo comprar un apartamento pequeño. Me quedarían dieciocho millones de yenes de la herencia y diecinueve millones de Tetsuo. En total, treinta y siete millones. Si gasto cien mil yenes por mes, sería un millón doscientos mil por año, doce millones en diez años. Podría seguir viviendo de esa manera unos treinta años.

–En casa sólo para la cochera, la luz y el gas gastamos cien mil yenes mensuales. No podrías vivir dignamente.

–En algún momento empezaré a recibir la pensión. Hasta entonces pienso traducir más patentes. De cualquier modo, por ahora quiero seguir haciéndolo. A esta edad no es fácil conseguir un trabajo tan bien pago.

–Según decías, no era lo que más te gustaba.

–Es lo normal para las personas que trabajan.

–Con la mitad de la herencia de la Madre no se puede conseguir un buen apartamento. Sólo uno muy chico, en un barrio muy lejos de mi casa –dijo mi hermana, sin prestarme atención.

Sin duda, con mi presupuesto sería muy difícil encontrar una vivienda cerca de Kamiyama-cho.

–Voy a buscar algo viejo y barato –respondí.

–Vivir en esas condiciones, haciendo un trabajo que no te gusta, con tus problemas de salud... ¡sería miserable! –opinó. Después de gritar varias veces "¡Miserable!", preguntó–: ¿Por qué tendrías que elegir algo así?

No supe qué decir. Mi hermana me mostraba con crudeza lo que no me atrevía a ver.

–No es tan malo para una mujer de mi edad. Dispongo de una herencia y gano dinero con mi trabajo. Sólo tengo que llevar una vida modesta.

–Mamá no nos educó para pensar de esa forma. Nos crio para que pudiéramos permitirnos lujos –me recordó. Pero olvidó mencionar que la Madre pudo criar a sus hijas de esa manera gracias a los ingresos que nuestro padre aportaba a la familia. Sin reparar en ese detalle, continuó–: No le gustaban los personajes valientes y humildes de las telenovelas de la mañana de NHK. A mí tampoco. Sólo sé vivir como ella.

62. Pasar el Rubicón

Me sentí aturdida. Poco antes mi mente rondaba el fondo del lago. Me costaba volver al mundo concreto. Además, pensar en el futuro profundizaba el vacío. Considerando que no avizoraba un brillante porvenir, prefería no hacerlo. Durante unos segundos busqué un argumento.

–Desde otra perspectiva, mi vida tendría sus lujos.

–¿Cuáles?

No encontré respuesta a la cruda pregunta de Natsuki. Me vi entrando a mi modesto edificio. Al abrir la puerta de mi apartamento, a través de la pequeña ventana de la sala se divisaba un paisaje feo. Con todas mis fuerzas me propuse alejar de mi mente esa imagen y construir otra que reflejara mi sueño.

–Quiero un apartamento que tenga una cocina comedor y un dormitorio. Cerca de Kamiyama-cho puedo encontrarlo a buen precio. Me imagino el vestíbulo con el florero de Edokiriko que me cediste entre los recuerdos de la Madre. Le daría un aire de la era de Meiji. En la habitación colocaría estantes, como en el Golden, para los adornos comprados en los viajes: el jarro de plata de Toledo, la caja de marfil de Turquía, los platos artesanales de la dinastía Li, el antiguo perfumero veneciano y los frascos de perfume heredados de la familia Katsura que le gustaban a la Madre. Tendría que conseguir un armario para guardar mi parte de la vajilla heredada y deshacerme de la vajilla barata. Los abrigos, pañuelos y prendas de todo tipo que dejó la Madre me alcanzan para el resto de mi vida. La mayoría es de seda, lino, cachemir. Es un lujo estar rodeada de cosas hermosas en el nido propio. Además tengo telas que compré en distintos países. Y ahora que estoy liberada de cuidar de la Madre y de acompañar a Tetsuo, cuando recupere fuerzas tendré la posibilidad de viajar por el mundo, hay ofertas de pasajes y alojamiento a precios muy convenientes. En Bután puedo conseguir telas exóticas y variadas para decorar todo el apartamento.

Seguí soñando en voz alta, como si fuera la princesita de la historia que tantas veces leí siendo niña.[92] Sara, la protagonista, vivía en un ático miserable al que convirtió en palacio decorándolo con telas. Haría el esfuerzo de comprar una cortina de encaje y organdí francés, más liviana que las japonesas, de colores más sutiles, que ondeara elegante con el viento. En la pared colocaría un sari de la India con hilos dorados y cuentas de vidrio brillantes como lentejuelas. En el

piso, una alfombra Ikat de la isla de Bali. Sobre la cama, un manto de Bután y almohadones bordados de la dinastía Ming. Por supuesto, una japonesa no podía dejar de lado las antiguas telas de los kimono: *jofu*, *chijimi*, *tsumugi*, *habutae*, *rinzu*, *sha*, *ro*, *bashofu*, que traían consigo las reminiscencias de su época. En ese palacio tapizado con los colores y texturas de todo el mundo me correspondería a mí definir la combinación sutil que armonizara la diversidad.

Una llama se encendió en mi corazón mientras hablaba. Al otro lado del teléfono Natsuki me escuchaba como una niña escucha al narrador de un cuento de hadas. Su atención avivaba la llama.

–Será un espacio sólo para mí. No habrá trajes de hombre presuntuoso en el armario, ni zapatos gigantes y abrigos pesados en el vestíbulo. Los libros de la biblioteca serán únicamente los que yo elija. Mis favoritos estarán a la altura de la mirada. Por supuesto, estaré liberada de hacer compras de alimentos para dos y de cocinarlos. De limpiar regularmente la casa. De lavar, secar y doblar calzoncillos. Podré disfrutar de la vida. Junto a la ventana colocaré una silla y una mesa muy delicadas, en las que Tetsuo no podría sentarse. En los días soleados, al atardecer tomaré allí té de verbena en una taza de porcelana iridiscente observando cómo el sol se desplaza lentamente hacia el Oeste entre nubes rosadas. Lo comtemplaré con tranquilidad y placer. Lo que siempre deseé se hará realidad.

–¡Eso es un auténtico lujo!

No se podía imaginar algo mejor. Así dijo Natsuki, uniéndose a mi sueño.

Después de cortar el teléfono, seguí inmersa en él. Mi pequeño apartamento de dos ambientes, que en el mejor de los casos alcanzaría los 30 m2, parecía tener capacidad para dos elefantes. El palacio revestido con telas quedó deslumbrante. La sombra de un hombre había desaparecido. También lo que mantenía mi alma cautiva desde aquel día en Calais. Ahora mi espíritu podría volar.

Era la oportunidad para deshacerme de los trastos acumulados en más de medio siglo y contribuir así a mi liberación espiritual. Empezaría una nueva vida conservando sólo las cosas importantes para mí.

Olvidé la tormenta. Afiebrada encendí la *notebook*. Abrí el Gmail de Tetsuo. Sentí que en mi cuerpo se enraizaban y crecían sentimientos que quería cuidar por el resto de mi vida. Me atreví a pronunciar la palabra “futuro”. Sin pensar, reenvié uno por uno los e-mails que habían intercambiado Tetsuo y esa mujer. Click. Click. Click.

Había llegado el momento de pasar el Rubicón. Ya no podía dar marcha atrás. No bien Tetsuo abriera su casilla sabría que todos esos e-mails fueron reenviados a su esposa. Sabría que no solamente los leí

sino que también puedo usarlos como testimonio.

Sin embargo, después del último click me sentí en falta con él. Por su personalidad tan formal y aplomada no podía imaginar que yo fuera capaz de entrar en la casilla de e-mail de otra persona. Una vez confirmado el reenvío murmuré involuntariamente: “Lo siento”.

Tal vez la decisión de vivir sola había disparado en mí una astucia semejante a la de la Madre. Entre risas redacté un mensaje para Tetsuo.

Empecé con el encabezado “Estimado Tetsuo” pero lo borré y escribí un cariñoso “Tetchan”. Quería ser amable en el e-mail de la despedida. El contenido fue muy simple:

Leí los e-mails del pasado. Para tenerlos como prueba los reenvié a mi casilla. Perdón, juntos vivimos cosas divertidas. Mientras estuve ocupada con el cuidado de mis padres ancianos nunca te quejaste. Muchísimas gracias. El 23 de noviembre la Madre partió al otro mundo a causa de una neumonía por inhalación. Por suerte tengo su herencia, que me permite seguir sola, según el cálculo presentado en el archivo del 9 deseptiembre del año pasado. En algún momento pasaré a saludar a tu familia en Toride. Mi decisión está tomada. Cualquier discusión sería inútil. Te pido que de ahora en más te comuniques con Masako Aoki. Su e-mail es maoki@gmail.com. Pronto enviaremos los documentos para el reparto de bienes a través de su abogada. Supongo que todo está claro. Puedes tener la tranquilidad de que no te guardo ningún rencor. Te deseo que seas feliz. Tal vez algún día podamos encontrarnos de nuevo. Hasta entonces, espero que estés muy bien. Adiós.

Lo leí tres veces. Llegué a la conclusión de que no era necesario esperar. Escribí la dirección de Tetsuo como destinatario y la de su amante en el casillero que indicaba “con copia”. Si lo enviaba sólo a Tetsuo, había dos posibilidades. Que lo liberara de la culpa que lo hacía vacilar para pedir el divorcio. O que descubriera que sus vacilaciones se debían a la probable llegada de la herencia de la Madre, y regresara en el primer avión para abrazarse a mis piernas y pedir perdón de rodillas cientos de veces esperando que cambie de idea. Al enviar copia a esa mujer no tendría escapatoria. Por otra parte, más allá de sus cálculos, ella amaba verdaderamente a Tetsuo y lo respetaba. Lo correcto era entonces que Tetsuo se quedara con ella. Y de este modo no tenía posibilidad de hacer algo incorrecto. Tetsuo comprendería enseguida cuál era mi intención.

Antes de apretar el botón de envío, mi corazón se aceleró. No sabía cuándo leería ese mensaje pero era cuestión de días. Y después todo sería distinto. Respiré hondo y abrí Google Earth. Siempre me resultaba asombroso dar la vuelta al mundo de esa manera. Fui hacia

el extremo este de Asia, hasta la península donde se encontraba Vietnam. Hice zoom hasta enfocar Ho Chi Minh. En algún lugar de esa ciudad, Tetsuo y esa mujer leerían mi e-mail.

63. La noche siguiente

–¿Estás viva? Dijiste que me llamarías.

Al día siguiente la despertó la llamada de Masako. Las cortinas filtraban la luz de la mañana. Ya eran las nueve.

–Estoy viva. Dormí hasta que oí el teléfono –explicó.

–Me alegra saberlo.

Masako, siempre lacónica, dio por terminado el extraño diálogo.

Mitsuki se acercó a la ventana y abrió las cortinas. El cielo no podía estar más despejado. El sol brillaba con intensidad. La tormenta nocturna parecía un mal sueño. Sin embargo, en el jardín se veían los destrozos que había provocado. Varios jardineros trabajaban para repararlos, incluidos los "Garden Conductors".

Por fin, en la octava noche desde su llegada al hotel, había dormido profundamente. De pronto recordó a la madre y la hija. Se lavó los dientes y la cara. Alguien golpeó la puerta.

–¿Quién es?

–Soy yo –dijo Kaoru.

Después de secarse la cara abrió la puerta. Kaoru estaba maquillada. Llevaba un pañuelo al cuello. Tenía muy buen semblante, apenas se le notaba el cansancio de la noche anterior. Explicó que después del desayuno esperó que ella apareciera y que pasadas las nueve de la mañana Matsubara, preocupado, le propuso que fuera hasta la habitación. Mitsuki se justificó diciendo que se había dormido tarde y además tomaba pastillas. Luego hizo la pregunta ineludible:

–¿Las encontraron?

–¡Takeru las encontró! –dijo Kaoru con gran alegría.

De repente, Takeru decidió salir a buscarlas. Los empleados del hotel, en auto y a pie, rastreaban la orilla del lago. Él fue con su auto al santuario de Hakone, y al atravesar el *torii* de color rojo las vio refugiadas bajo el alero de uno de los edificios del santuario. La hija, aturdida. La madre, fuera de sí. Les pidió que subieran al auto y desde su celular llamó al hotel para que avisaran a la policía. Las mujeres deseaban regresar al hotel pero considerando que habían pasado tanto tiempo bajo la tormenta Takeru consideró conveniente que las atendieran en la sala de emergencias del hospital más cercano. Como llegaron ateridas y además la hija había tomado algún medicamento, decidieron que pasaran allí una noche, en observación. El personal del hotel estuvo de acuerdo.

A Mitsuki le pareció providencial no haber aceptado la propuesta de Takeru. En el pasillo aparecieron dos sombras. Matsubara y Takeru se acercaban para asegurarse de que las mujeres se encontraran bien. Los dos miraron a Mitsuki, recién despierta, y sonrieron. Ella preguntó cuáles eran los planes de los huéspedes de estadía prolongada.

–La pareja de ancianos se queda hasta pasado mañana.

Los demás partimos mañana mismo.

Acordaron que los cuatro cenarían juntos esa noche y cada uno siguió con sus cosas.

Mitsuki leyó *Madame Bovary* y durmió un poco a la hora de la siesta. Al despertar se dio cuenta de que no lo hacía desde que la Madre tuvo la última fractura, más de un año atrás. No porque le faltara tiempo sino porque sus nervios se lo impedían. Esa tarde disfrutó de un auténtico dulce sueño.

El hotel preparó la mesa del restaurante francés en un cuarto semiprivado como agradecimiento a Takeru. Kaoru, sentada a su lado, cuando aparecieron Matsubara y Mitsuki informó sin ocultar su alegría que ese día también Takeru había hecho un buen trabajo.

Al despertar en el hospital la madre y su hija pidieron que él fuera a buscarlas. Su amabilidad y tranquilidad le resultaban conmovedoras. Habían pasado la tarde juntos, hasta que el hermano de la madre y su esposa fueron a buscarlas.

–Son muy pobres –dijo Takeru.

Mientras la hija dormía la madre contó su historia en voz baja, buscando las palabras adecuadas. Su marido había muerto en un accidente de tránsito cuando ella estudiaba en la secundaria. Al parecer, había acelerado y chocó con el guardarraíl. El abuelo, aunque estaba jubilado, pudo hacerse cargo de ellas. A los veinte años, la hija tuvo síntomas de enfermedad psíquica, tal vez hereditaria. La madre no dijo de qué enfermedad se trataba pero explicó que por su severidad la recuperación era improbable. La hija abandonó sus estudios en la universidad para recibir tratamiento en su casa. Entonces el abuelo también murió. Su pensión no era cuantiosa y además la abuela enfermó de Alzheimer.

La madre, encargada de cuidar de ambas enfermas, no podía comer ni dormir. La asistente social le propuso que internara por unos días a la anciana con Alzheimer para darse un descanso.

Fue entonces cuando la madre ideó su plan: haría con su hija un viaje en el que las dos morirían. El hermano mayor podía encargarse de la anciana madre. Para llevarlo a cabo eligió el hotel donde pasó su luna de miel. La hija, inocente y siempre aturdida por la medicación no entendía lo que sucedía. La madre, al oír los comentarios de Kaoru sobre el psíquico consideró que el momento había llegado.

–Por supuesto, había pensado que se ahogarían en el lago Ashinoko. Pero a último momento comprendieron que no era sencillo –dijo Takeru.

–Hay muchos arbustos, es difícil entrar –agregó Mitsuki.

–Exactamente –confirmó Matsubara, que también solía pasear por los alrededores.

–La mujer descubrió que podía arrojarse desde el gran *torii* del santuario Hakone. Cerca de allí hay un muelle pero en ese paisaje desolador nada invita a un acto como el suicidio, del que se espera la liberación de todo sufrimiento.

Takeru aceleró y fue al santuario. Las encontró en lo alto de una escalinata de piedra empinada, donde nadie las había buscado.

–No puedo creer que Takeru salvara a alguien –dijo Kaoru muy seria.

–No pude salvarlas de la infelicidad –fue la respuesta cínica del joven.

–A ellas, no. Pero a mí... –respondió Kaoru, pensativa.

Para no caer en sentimentalismos Matsubara dijo en tono de broma:

–Takeru salvó a este hotel. Todos rieron.

–Porque el agotamiento nubla la razón de seres humanos –agregó.

–Así es –coincidió Mitsuki, jugueteano con sus finos aros colgantes de plata.

Esa noche, como Kaoru, llevaba un *foulard* de seda negra con hilos plateados. Su favorito. Mientras se maquillaba frente al espejo y se ponía esos aros colgantes sintió que después de mucho tiempo tenía motivo para festejar. Y después de mucho tiempo la imagen que se reflejaba en el espejo la contentaba.

Inesperadamente apareció la pareja de ancianos. Saludaron con profundas reverencias a cada comensal deseándoles una buena despedida del hotel. Luego, el marido se dirigió a Matsubara.

–Muchas gracias, de verdad. Sin falta me comunicaré –dijo palpando el bolsillo interno de su chaqueta.

Matsubara dejó su servilleta en la mesa y se levantó.

–Por favor, no deje de hacerlo.

Los hombres se saludaron con varias reverencias. Cuando los ancianos se perdieron de vista todos miraron a Matsubara. Kaoru le ordenó que olvidara su timidez y les contara todo.

–Sólo le di algunos consejos –dijo.

Luego explicó lo sucedido. A mediodía los ancianos comían un sándwich en el *lounge*. Él se sentó junto a ellos, se presentó y

persuadió al marido para que consultara con un amigo suyo que es abogado. Consideró que habiendo varios hermanos entre el mayor y el menor, aunque no tuvieran una relación muy estrecha les correspondía compartir la deuda. Además el hermano menor tenía hijos mayores de edad. Por otra parte, la deuda restante en realidad no era tan grande y el importe no era imposible de pagar.

–Por suerte el señor comprendió –concluyó Matsubara.

–Fue una buena acción –opinó Mitsuki de inmediato. Las palabras le salieron del corazón. Sintió que así valía la pena vivir, ayudando a las personas con quienes nos encontramos. Wakako debía estar orgullosa de un marido como él.

–¡Bien hecho! –exclamó Kaoru levantando su copa de vino tinto hacia Matsubara.

Todos la imitaron. Cada uno inspirado en sus propios sentimientos brindó por la felicidad de los huéspedes de estadía prolongada en la montaña de Hakone.

64. De las nubes a la realidad

–Somos japoneses, intercambiemos tarjetas.

La voz de Kaoru resonó en el lobby del hotel a la mañana siguiente, a la hora del *check-out*.

Me extrañó que su tarjeta fuera personal, eso implicaba que habría intercambio de tarjetas con Takeru. Yo no suelo llevarlas conmigo. Encontré unas algo ajadas, impresas hacía tiempo. Por supuesto no incluían la dirección de e-mail. Pensé que pronto la dirección y el teléfono no serían los míos pero la entregué sin dar explicaciones. Takeru me dio una tarjeta donde se presentaba como "desocupado". Reí al leerla. Él también me dedicó una bella risa que dejó a la vista sus dientes blancos.

Suponiendo que Matsubara me llevaría hasta HakoneYumoto en auto, la anciana y el joven me saludaron con la mano desde su vehículo. No bien se perdieron de vista Matsubara se acercó.

–Es temprano, ¿le gustaría que almorcemos juntos? Acepté la invitación. Mientras íbamos al restaurante, que se hallaba en otro edificio del hotel, tenía ganas de saltar de alegría. Logré contenerme y caminar con serenidad.

Mi reserva no incluía el menú de ese restaurante y hasta entonces no había comido allí. Nos ubicaron en una mesa junto a la ventana. Por primera vez nos sentábamos uno frente al otro. Desafortunadamente, la luz del sol caía directamente sobre mi cara. Hacía tiempo que lo evitaba, pero esta vez no fue posible. ¿Wakako sería más joven, de la misma edad o mayor que yo? Con la esperanza de que hubiera sido por lo menos un año mayor, empecé a estudiar la carta.

Conversamos de trivialidades. No es posible hablar de temas profundos con una persona que tal vez no volvamos a ver. Aunque la conversación intentaba descubrir si nos encontraríamos de nuevo. Los dos deseábamos saberlo. De cualquier forma, a Matsubara se lo veía muy tranquilo, creó una atmósfera tan cálida como si estuviéramos bajo el sol primaveral.

Le hablé de la noche en que me sorprendió la cercanía de las estrellas en el cielo de montaña. Él contó que en Egipto lo sorprendió la cercanía del sol cuando se ponía en la infinitud del desierto.

Antes de levantarnos de la mesa dije sin rodeos:

–Mi esposo y yo tenemos que arreglar los asuntos legales pero ya

envié la carta de divorcio.

–¡Qué bueno! –exclamó él sonriendo, y sacó de la billetera su tarjeta personal–. Si tiene algún problema, no deje de llamarme.

Recibí la tarjeta con las dos manos y entregué la mía. Sin dirección de e-mail, en poco tiempo sería inútil. Pero yo podría comunicarme con él.

Ese rectángulo blanco, liviano entre mis dedos, tenía mucho peso.

Aquel era el punto de partida de un trayecto de vida que recorrería sola.

Matsubara me ofreció llevarme en su auto a la estación de Hakone-Yumoto. Elegí ir caminando. Esperé que se alejara y salí por el sendero empedrado. Según indicaba el plano turístico que entregaba el hotel, si seguía derecho llegaría a la parada de Hakone-koo. Sabía que era sencillo porque en el viaje de ida el ómnibus había llegado rápidamente. Después de pasar por el gran *torii* de color bermellón que se reflejaba en el lago, aparecieron tiendas que vendían aparejos de pesca, otras de *soba*, *ramen* y pastelería, y algunas de souvenirs, artesanías y dulces de la zona.[93] En un puesto de comida el cartel anunciaba: "Cuenco de arroz con mariscos recién sacados del agua". Vi algunos clientes pero el anuncio, más que atractivo me pareció prosaico. Un poco más adelante el mundo prosaico se hizo tangible. Diez días atrás había llegado de noche a la parada del ómnibus. El lugar tenía un aspecto fantasmagórico. Ahora, bajo el sol, me hizo bajar a la realidad. En diagonal a mí una tienda abierta las veinticuatro horas borraba como por arte de magia mi primera impresión para convertirlo en un sitio popular y cotidiano. No había mucha gente haciendo compras. Sin embargo, en la atmósfera se percibía "humanidad".

Se desplazaban en ómnibus de turismo.

Los ómnibus transportaban gran cantidad de turistas. Fui a ver el horario del mío. El que debía tomar recién había partido. Decidí que no tomaría un taxi y emplearía el tiempo de espera en ir hasta la antigua carretera Tokaido, flanqueada por cedros japoneses que, según se decía, se habían plantado cuatrocientos años atrás. El plano indicaba que comenzaba muy cerca del punto donde me hallaba.

Cinco minutos después caminaba por la carretera desierta, entre los cedros gigantes que impedían el paso del sol del invierno. Eran más anchos y altos de lo que imaginaba. Con los troncos cubiertos de musgo, parecían aún más antiguos. La ruta no se utilizaba desde que apareció el tren a vapor, pero los hombres y mujeres que habían pasado por allí de algún modo habían dejado su huella. Me sentí bien caminando bajo el tibio sol del invierno, deseé que la carretera continuara para siempre, fundiendo en ella el pasado, el presente y el

futuro. Pero sólo quedaba un trecho para que llegara a su fin. Volví a la realidad.

Al dar media vuelta para emprender el regreso vi una mujer que corría hacia mí. No tenía aspecto de heroína de novela. Más o menos de mi edad, vestía ropa deportiva un poco gastada y zapatillas. Supuse que vivía en la zona y hacía su rutina diaria. La miré con atención. Ella no se incomodó. De cerca me pareció más joven, una mujer soltera. Tal vez tenía que estar en forma para cuidar ancianos, como aquellas mujeres que de noche caminaban a paso veloz por el parque. Su figura quedó grabada en mi memoria.

Poco después tomé el ómnibus, luego el Romancecar, y por fin el metro para llegar a la casa de Suginami.

No bien regresé aTokio me puse a buscar un apartamento. Durante cinco días, di vueltas por la ciudad. A la mañana hacía averiguaciones por Internet y después de mediodía visitaba las inmobiliarias. No me trataron bien: era una compradora que buscaba apartamentos baratos. Kamiyama-cho, Setagaya y Suginami resultaron estar fuera de mis posibilidades, de modo que poco a poco me fui desplazando hacia el Oeste de la línea Yamanote.[94] Tenía previsto un gasto de quince millones de yenes que la realidad aumentó a dieciocho millones. En el caso de un edificio nuevo y bien ubicado, podía acceder a una sala de seis o siete tatami, una cocina de tres tatami, un baño y un pequeño vestíbulo. Debía resignarme a conseguir una vivienda más grande en un edificio viejo y alejado.

Sin embargo la recesión contribuyó para que apareciera un LDK con más de 40 m2 a precio conveniente. Traté de pasar por alto la antigüedad, de valorar que estaba bien ubicado y era amplio. Pero no era suficiente para tomar la decisión, tratándose de la vivienda donde terminaría mis días.

Al bajar del tren empecé a descorazonarme. El recorrido hasta la inmobiliaria no se parecía al parque que acostumbraba atravesar. La persona que me atendió señaló el edificio con la mano. Su gesto me inquietó. Fuimos hacia allí, subimos la escalera al aire libre, llegamos a un pasillo compartido, entramos al apartamento. Sentí que todo me era ajeno: el piso de madera descolorida, la pared de textura plastificada que inspiraba rechazo a mis dedos, las luces blancas. La cocina y el baño, minúsculos, tenían en cambio muchos colores. Este tipo de edificios demostraba de manera irrefutable que al cabo de ciento cincuenta años de vida moderna Japón había perdido su identidad. El interior se podía mejorar, como había comentado con Natsuki, pero ¿estaba dispuesta a aceptar ese nivel de vida? La biblioteca, el mueble para la vajilla y la mesa no dejarían ningún espacio para decorar con telas, como había fantaseado. Por otra parte,

el panorama que se veía desde la ventana obligaba a reemplazar las cortinas de organdí por cortinados gruesos y opacos.

En mis oídos resonó el grito de mi hermana mayor: “¡Miserable!”.

Al cabo de cinco días de búsqueda me dejé caer en el sillón, pensando que había corroborado lo que ya sabía. Primero: que llevaba una vida confortable. Segundo: que ya no era muy joven. Tercero: que tampoco era vieja.

Recordé al “abuelito tranquilo” que regresaba a su edificio de madera con la palangana plástica. Si le dijeran que debía mudarse a un apartamento de dos ambientes como los que yo había visitado, se alegraría. Yo sólo veía el costado negativo. Ya no tenía la esperanza de la juventud, pero me quedaba aún mucha vida por delante. En un espacio limitado, debería elegir entre los objetos de valor sentimental y los de uso práctico. Fui hacia el ropero de *kiri* de la Madre. Cuando abrí el cajón con tiradores de hierro apareció el kimono de *Konjiki yasha* que había traído de la casa de Chitose Funabashi en la primavera. Olía levemente a *kyara*.[95] Podía pedirle a Natsuki que se llevara ese mueble, aunque no tuviera interés en el kimono. O abandonar la idea de comprar un armario nuevo para guardar la vajilla de la Madre. Pero de ningún modo podía desprenderme de la biblioteca. De pronto me di cuenta de que era 28 de diciembre. Un año había pasado desde que descubrí el pañuelito florido en el cajón de Tetsuo. Coincidió con el día en que la Madre sufrió su última fractura.

Tenía previsto ver a Natsuki en un par de días. Decidí llamarla.

65. *Sasameyuki*[96] en Ginza

–¿Te gustaría un *Sasameyuki* pasado mañana?

–¿En serio?

–Sí.

En la familia Katsura, cuando la Madre y sus hijas salían de compras vestidas con kimono, aludían a la ocasión como "Sasameyuki". La costumbre se perdió desde que la Madre se relacionó con aquel hombre y más tarde, encorvada como estaba, ya no usó kimono.

–¿No somos un poco viejas para eso?

–Somos totalmente viejas, pero podemos usar un kimono formal de los que usan las señoras, *homongi* o *hitotsumon*.[97]

–¿Es necesario? Me da pereza de sólo pensar en ponerme el kimono.

–¡Hace tanto que no lo hacemos! ¡Será divertido! No había diversión cuando salíamos a Ginza con la Madre apoyada en su bastón. Nos sentíamos sus enfermeras. Ahora quería que disfrutáramos de la salida, liberadas de la Madre. Y por otra parte, necesitaba distraerme de la búsqueda de un apartamento.

Nos encontramos en la confitería moderna de Namikikan, porque la de Wakobekan siempre está repleta. Un té en ese lugar cuesta más de mil yenes pero no quería ahorrar en esa ocasión.

–¡*Itsutsumon*![98] –exclamó Natsuki cuando me quité el abrigo. Ella usaba un kimono *homongi* de color azul profundo con pequeños abanicos Sensu en los bordes, también heredado de la Madre–. Entonces...

–Sí, es el kimono de *Konjiki yasha*.

–¿Cómo lograste acomodarlo?

–Para no perder tiempo lo acomodé en *tsuitate* y coloqué la *obi* más abajo.

–¿*Tsuitate*?

–Sí, como los kimono de hombre, sin pliegue en la cintura. Por eso la manga quedó un poco corta –expliqué, y abrí los brazos como un pájaro abre sus alas–. Tuve que acomodar la manga del *nagajuban*[99] para que no sobresaliera. La faja era un préstamo de la tiíta que la Madre conservó porque con sus bordados de oro y plata era la adecuada para el kimono de la abuela. Ahora no puedo mandarlo a

ajustar, es caro. Además no hay muchas oportunidades de usar un kimono *itsutsumon*. Sin embargo, esta ocasión lo merecía.

–¡Qué bueno! Se nota que te vas a divorciar. ¡Qué envidia! –exclamó mi hermana, como de costumbre, con profunda admiración.

–¿Por qué?

–Porque después de ese llamado empecé a adorar la libertad de tener tu espacio exclusivo, como dijiste. Suena muy bien.

Mi hermana me hizo reír. Olvidé la melancolía de los últimos días.

–Cuando me casé también me envidiaste. Esta vez fue Natsuki la que rio.

–Soy una eterna disconforme –dijo, y sujetando la manga de su kimono agitó el Campari con soda–. Para ser sincera, después de oírte pensé divorciarme de Yuji.

La sinceridad de mi hermana me desconcertó.

Por pudor siguió agitando su bebida mientras explicaba que también ella podía conseguir una vivienda. Contaba con la herencia de la Madre y daba clases. Si aumentaba la cantidad de alumnos le alcanzaría para mantenerse. Y gracias a que la sociedad se había modernizado no les causaría dificultades a sus hijos, podrían casarse normalmente.

Evité comentarios. Natsuki nunca hizo previsiones para cobrar una pensión, siempre vivió de una manera irresponsable, estaba habituada al lujo. Y además su enfermedad de la vista no tenía buenas perspectivas de recuperación. No me parecía posible que viviera sola.

–Pero también pensé que tal vez no lograra mantenerme y que sería mejor seguir con Yuji –confesó mi hermana entre risas–. Aunque engordé mucho desde que tomo esteroides y parezco una cantante de ópera, Yuji sigue diciéndome que soy hermosa. Debo admitir que tengo un buen marido –declaró. De pronto dejó de agitar su Campari para agregar–: ¡Y no es sólo por eso!

La miré intrigada. Ella preguntó de repente:

–¿Cómo va la búsqueda del apartamento? Reflexioné antes de hablar. La realidad había desdibujado mi castillo ideal. Tal vez porque me lo impidió el orgullo, o para no decepcionar a mi hermana, traté de responder con voz normal.

–Me cuesta encontrar algo bueno.

Natsuki abrió la boca, aparentemente con intención de decir algo. Pero al instante la cerró. Siguió agitando la bebida con su varita de vidrio, esperando que yo continuara.

–Por mi edad, necesito espacio para los recuerdos y para la vida cotidiana.

En silencio, Natsuki miró de nuevo su bebida. Ya no fumaba, de lo

contrario habría echado una bocanada de humo.

–Quiero llevar el ropero de *kiri*. Para lo demás las alacenas de la cocina serán suficiente. Pensaba dejarte a ti la mayor parte de la vajilla.

Sin levantar la vista, Natsuki dijo con mesura:

–Decidí entregarte mi parte de la herencia de la Madre.

–No puedo aceptarla.

–En realidad, serán solo veintiún millones de yenes.

–No es necesario.

–Ese dinero no es necesario para mí. Es necesario para ti. Se me ocurrió darte la mitad de mi parte cuando abandoné la idea de divorciarme. Consulté a Yuji y ¿sabes qué dijo? –Natsuki me miró a los ojos. Su rostro se iluminó de alegría–. "¿Por qué no le entregas todo?" Llevo más de treinta años casada con él y no me había dado cuenta de que es un hombre tan bueno.

Después de pronunciar la última frase, su sonrisa desapareció. Natsuki se puso seria. También yo. Nos miramos durante un rato. Al oírse Natsuki comprendió que ella no se consideraba parte de la familia. Para Yuji, el dinero que él ganaba era de ambos.

Mi hermana quería un piano Steinway con la herencia y dejar un poco en una cuenta para gastos personales. Un piano de cola costaba diez millones de yenes, para su cuenta bastaban cinco millones. Es decir que de los treinta y seis millones ochocientos mil yenes restarían veintiún millones.

–No quiero que te molestes –dije.

–No es molestia, en absoluto. Es lo justo, porque tú cuidaste más a nuestra Madre.

–No es necesario… –respondí.

Sin embargo, empezó a rondar mi mente la idea de que tenía razón. Me esforcé por alejar esa idea ingrata.

Me pregunté si Tetsuo habría dicho lo mismo que Yuji. Sabía que no. Lo compadecí y también me avergoncé por haberme burlado de mi hermana que se casó con un hombre adinerado, por haber compartido las críticas de la Madre a la mediocridad de Yuji. Tal vez él no amaba a Natsuki como ella deseaba, pero es común que los hombres no sepan cómo esperan ser amadas las mujeres. Tal vez mi hermana finalmente lo había comprendido.

–Te lo agradezco –dije con un hilo de voz–. No tenías por qué hacerlo.

–No podía tolerar que vivieras de un modo miserable. Con ese dinero podrás encontrar una vivienda mejor.

No pude contener las lágrimas. Mi hermana, que no me veía llorar

desde que éramos niñas, fingió no darse cuenta y giró la cabeza para pedir otro Campari.

Fuimos a cenar a un restaurante de *kaiseki*: Imamura, que se encuentra en el subsuelo de la gran tienda Wako. Dejamos de ir cuando la Madre ya no pudo sentarse en la barra. El dueño murió pero su hijo continuó con la empresa. En ese restaurante siempre nos sentíamos parte de una película de Yasujiro Ozu.[100] Es un lujo total, sirven platos bellos y ricos que se comen con *o-hashi*. Me sentí reconfortada. Esforzándonos por acompañar la elegancia de nuestros kimono, levantamos repetidas veces las copitas de sake con las puntas de los dedos. Un poco borrachas nos subimos a un taxi. Natsuki, que bajaba antes, quiso dejarme el dinero para pagarlo y lo rechacé.

–Qué obstinada –me reprochó, conociendo mi carácter. De todos modos, al bajar deslizó en mi palma lo que correspondía pagar por el viaje hasta su casa. El taxi fue hacia el Norte por la ruta 7 desde la calle Inokashira. Miré por la ventanilla el paisaje que conocía de memoria. Cuando las luces blancas, amarillas y naranjas de los edificios empezaron a verse borrosas me di cuenta de que estaba llorando como una niña.

66. El día que florecieron las *sakura*

Se lo conté a Masako al día siguiente, 31 de diciembre.

–¡Eso es tener suerte! –exclamó. Y comentó que gracias a mi hermana mayor viviría como una aristócrata. Dudé antes de hablar con ella pero quería decírselo porque somos amigas de confianza. Y porque un espíritu libre como el de Masako no sentía envidia de los otros. Aunque su situación no fuera ideal. Tenía una hija anoréxica y también ella cuidaba de su madre anciana. Pero llegado el momento, recibiría alguna herencia.

–¡Qué bueno! –dijo cuando terminé de hablar–. Eres una Cenicienta de nuestra generación. Eso es lo bueno, eres una cincuentona sin madre y sin esposo, sólo tienes mucho dinero. ¡Si lo supieran otras mujeres, se enojarían!

Obviamente, Masako no idealizaba el matrimonio ni soñaba con tazas de té matrimoniales desgastadas por el paso del tiempo. En mi caso el divorcio no se formalizaría hasta marzo, cuando Tetsuo regresara a Japón. Por eso seguía usando el apellido Hirayama. Pero en la casilla de correo frente a mi nuevo hogar, escribí en negrita "Katsura".

–Te invito a comer para festejar –propuse.

–Acepto –respondió con decisión. Luego bajó la voz para agregar–: Tetsuo me dijo que te pidiera perdón en su nombre. Te envió un e-mail pero teme que no lo abras.

–Lo abrí pero no le respondí.

–Ah, bien. Bueno... que el próximo sea un año feliz para ti.

A medianoche, abrí la ventana para escuchar las campanadas de fin de año en el templo Myoho. Recordando todo lo que había pasado durante ese año me pareció haber llegado a un lugar muy lejano. El aire invernal de la noche de Tokio me pareció más templado que en la infancia. Pero las campanadas se oían más firmes y reafirmaban mis sentimientos. Al año siguiente no las oiría. A mediados de enero encontré un apartamento que me gustó en la línea Inokashira. Una antigüedad total que la inmobiliaria pretendía disimular llamándolo *vintage*, frente a una de las plazas más grandes de Tokio que aun en invierno ofrecía el verdor de sus árboles. Fue suficiente mirar por la ventana para alegrarme: enfrente se veía un añoso arce japonés. Y un conjunto de *sakura* rodeaba el estanque. Imaginé que en la primavera los nuevos brotes brillarían al sol y me sentí llena de vida. Si bien

tenía sólo dos ambientes la superficie era de 62,50 m2. El vendedor quería hacer la operación lo antes posible, y con la herencia de la Madre alcanzaba para hacer las remodelaciones necesarias.

Organicé una reunión de homenaje a la Madre. Fui a saludar a la universidad. También a Toride, con una gran caja de dulces. Los padres de Tetsuo pidieron disculpas de rodillas. Por mi parte, les agradecí profundamente todo lo que habían hecho por nosotros. Lo hice de corazón. También a mi cuñada, y le deseé lo mejor y le dediqué una gran reverencia porque sabía que ella cuidaría de la familia en el futuro.

Mientras se acondicionaba el apartamento, con máscara y guantes para protegerme del polvo preparé los embalajes. Dejé las cosas que le gustaban a Tetsuo.

Florecieron los ciruelos y los durazneros. La naturaleza seguía su curso hacia la primavera. Un día, ordenando libros de bolsillo amarillentos en cajas de cartón distinguí el nombre de una editorial. Quedé paralizada. Era la misma que más de diez años antes había encargado a mi profesor la traducción de *Madame Bovary*. Desde entonces no se había publicado una nueva versión en japonés. Por algún motivo el proyecto quedó en suspenso. Había visto varias veces al editor, amigo del profesor. ¿Seguiría trabajando en ese sello? Me propuse visitarlo una vez que terminara la mudanza y estuviera tranquila. Por primera vez me sentía capaz de persuadir a otros de mi capacidad. En la biblioteca orientada al Norte se sentía aún el frío del invierno. Sentada en una caja de cartón seguí mirando los libros. Las patentes me permitirían un mejor nivel de vida, no pensaba dejar de traducirlas. Pero me sobraría tiempo. ¿En qué podía emplearlo? Ante todo, debía atender mi salud. El ser humano no vive sólo para hacer cosas que desea, ser adulto implica reconocer prioridades y límites. Sin embargo, nunca dejé de arrepentirme por haber rechazado aquella oferta de trabajo. Para librarme de ese peso en el corazón, parecía buena idea retomar la historia. Intentaría traducir los primeros capítulos, y si el resultado me parecía bueno me animaría a llevárselos al editor.

Las revistas suelen publicar historias de mujeres divorciadas que crean un gran negocio a partir de su hobby. Yo no esperaba nada grandioso, me contentaba con mejorar mi salud y recuperar el entusiasmo por hacer cosas. Por ejemplo, traducir ese libro. Los libros de bolsillo eran para mí objetos entrañables. Como la novela del periódico para la abuela. Y para la madre, las óperas y el cine. Por medio de ellos habían soñado.

Hoy la computadora permite ver historias de distintos países, de distintas épocas, tantas veces como deseemos. Las imágenes y los

sonidos son sorprendentes. A pesar de ello o tal vez a causa de ello, las páginas impresas sólo con letras volvían a atraerme como en los viejos tiempos. ¿Qué otra cosa, diferente de la letra escrita, podía conservar la identidad del género humano tal como lo conocemos? Y traducir es, precisamente, trabajar con la palabra escrita. El intento de producir una versión en japonés de *Madame Bovary* sería para mí un gran paso adelante. A diferencia de mi Madre –que para negar la vejez empezó a cantar *chanson* a los cincuenta años– me esforzaba por aceptar el envejecimiento. De la misma manera, en lugar de perseguir sueños inalcanzables, quería proponerme metas sanas. Fui al dormitorio. En la cartera busqué la billetera, saqué la tarjeta del señor Matsubara y la rompí en pedacitos.

Miré en la palma de mi mano la montaña de papelitos que el viento intentaba dispersar. Me sentí bien. Ese hombre parecía digno de admiración, de respeto. Amó a una sola mujer durante toda la vida. Wakako nunca cantó frente a su esposo. Un hombre que tanto amó a una mujer despojada de vanidad no me amaría como yo deseaba.

Me mudé el 10 de marzo, poco antes de que Tetsuo regresara a Japón. Cuando los jóvenes de la empresa de mudanza terminaron su trabajo fui hasta la ventana. A través de las cortinas de organdí de suave color dorado, como las alas de una efímera, miré el parque. La transparencia permitía adivinar los verdes jóvenes y brillantes que anunciaban la primavera. Abrí las cortinas para percibirlo en toda su intensidad. Las *sakura* rodeaban el lago. Los pimpollos pronto se abrirían.

Cuando era joven me gustaba el otoño. En la secundaria aprendía difíciles términos botánicos para denominar el proceso de decoloración de las hojas, carecía de preocupaciones y rendía culto a la desdicha. Durante mucho tiempo no me gustó la primavera. Ni las flores. No me gustaban siquiera en las telas floreadas, odiaba verlas en dibujos o pinturas que mostraban flores bellas. Me parecía absurdo representar de esa manera la belleza. A medida que el tiempo pasaba, tratando con ancianos y enfermos aprendí a mi manera qué era la desdicha. Aprendí también a rendir culto a la primavera. Junto a la cama del padre, en el sanatorio, coloqué una lámina con las flores de loto de Monet. Pero hasta ese día no me había dado cuenta de que amaba tanto la primavera. Es la fiesta de la vida que renace.

Sonó el timbre. Natsuki venía a ayudarme. Traía viandas del shopping Tokyu de Shibuya. Sin dejar las cosas, fue directo a la ventana.

–¡Qué envidia! ¡Qué bueno! –dijo. Se dio cuenta de que siempre repetía lo mismo y las dos reímos.

Los días transcurrieron serenos mientras sacaba cosas de las cajas

de cartón. Cuando desarmé con Natsuki la casa de Chitose Funabashi, o la que había compartido con Tetsuo, lo hice con apuro, con inquietud. Esta vez los embalajes llegaron rápido pero yo fui abriéndolos con serenidad y buena disposición. Naturalmente, las cosas que aparecían empezaban a dialogar conmigo desde el pasado. A unas las echaba de menos, a otras las había olvidado al cabo de los años. Me llevó mucho tiempo poner en orden mi nuevo hogar porque me dediqué a apreciarlas con todos los sentidos. Pasaron por mis manos el diccionario de inglés de mi padre, con las esquinas de las páginas curvadas; los dijes de marfil de mi Madre; el moño que usaba cuando iba a la primaria; las novelas juveniles que me enseñaron nombres desconocidos, palabras traducidas desde una lengua y una cultura extranjeras, totalmente nuevas para mí: los árboles de Navidad eran abetos o pinos; el lugar de la sala donde ardía el fuego era el hogar; un carro tirado por cuatro caballos era un coche; un enanito que habitaba en un bosque era un duende.

Gracias a esos objetos, el pasado de pronto parecía materializarse en el presente, como por arte de magia, y en otros momentos parecía aún más lejano.

Durante días me dediqué frenéticamente a desarmar los embalajes. Las cajas de cartón semivacías, los materiales que las rellenaban para amortiguar golpes y los objetos colmados de recuerdos ocupaban toda la cocinacomedor sin dejar espacio para caminar. Aquella noche de tormenta en Hakone los recuerdos eran oscuros. En cambio estos recuerdos, aun sin ser luminosos, no eran deprimentes. Por el contrario, pensando serenamente sentía que haber nacido, vivido y acumulado recuerdos era algo único, milagroso. Perdida en esas reflexiones seguía con mi tarea hasta después de la medianoche.

Pasaron más de diez días hasta que una mañana desperté y fui a la cocina-comedor. A través de las cortinas doradas vi algo semejante a nubes rodeando el lago. Casi sin aliento las abrí: eran las *sakura*. Los rayos del sol que el día anterior calentaban la tierra y el cielo como si fuera verano, hicieron que se abrieran todos los capullos de *sakura*.

–Soy feliz –dije en voz alta. Pedí disculpas a quien correspondiera, y sentí al mismo tiempo que en ese instante la infelicidad sería un pecado irredimible.

A partir de entonces olvidé a Tetsuo. Agradecí a esa mujer porque me obligó a enfrentar mi destino. No desprecié al hombre que había sido mi esposo. Le deseé lo mejor, pero lejos de mí. Le auguré que, donde estuviera, se sintiera como yo: vivo y feliz.

Entonces, sin proponérmelo, dije: “Perdón”.

A su manera, con palabras o sin ellas, la Madre siempre me pedía disculpas por ser como era. Y aun sabiendo que yo deseaba su muerte,

me perdonaba.

Yo, sin saberlo, cuando la enfermera cerró sus ojos redondos y negros ya la había perdonado.

La Madre no puede ver estas *sakura*. Algún día tampoco podré verlas yo.

---

51 Romancecar es una línea férrea de lujo que une Tokio con centros turísticos.

52 Sandalias de madera.

53 Ajedrez japonés.

54 Alusión al cuento “Noche en el ferrocarril galáctico”, escrito en 1927 por Kenji Miyazawa (1896-1933).

55 Especie similar a la “cortadera” (*cortaderia selloana*) de la pampa argentina, de tallo algo más bajo.

56 Menú de varios pasos con platos especialmente elaborados, que originalmente se servían en la ceremonia del té.

57 Cedro japonés.

58 Cita de *El libro de la almohada,* escrito por Sei Shônagon (c. 967-c. 1010), una cortesana del período Heian. En la primera página la autora describe los mejores momentos de cada estación.

59 Distintos sistemas de escritura del idioma japonés.

60 Una de las dos escrituras silábicas del idioma japonés. Se emplea normalmente para la descripción fonética (no conceptual) de las palabras extranjeras. De allí la impresión de “liviano”.

61 Portal de un santuario sintoísta.

62 “Minato ga mieru oka”, canción popular en el Japón de posguerra.

63 Encurtido de ciruelas (*ume*), que se come con arroz blanco. Contiene ácido cítrico que ayuda a prevenir enfermedades.

64 Ropa interior que se lleva debajo del kimono.

65 El *shichirin* es una especie de hornito portátil alimentado con carbón con una pequeña parrilla para asar en la parte superior.

66 En Japón los matrimonios utilizan un juego de “tazas de té matrimoniales” compuestos por dos piezas: una más pequeña para la mujer y otra más grande para el esposo.

67 Cita del capítulo VI de *Madame Bovary,* de Gustave Flaubert.

68 *Musashi*: novela histórica muy popular de Eiji Yoshikawa (1892-1962) acerca de un espadachín del siglo XVI. Se publicó por entregas en el periódico *Asahi Shimbun* de 1935 a 1939. Fue traducida a varios idiomas. Musei Tokugawa (1884-1971): famoso *benshi* (narrador en las películas del cine mudo), que leía *Musashi* en la radio.

69 Forma de teatro japonés tradicional, caracterizado por sus poses y su maquillaje.

70 Hoja de ginkgo.

71 Puchero japonés.

72 *Natto*: granos de soja fermentados, de consistencia viscosa.

73 Kasho Takabatake y Koji Fukiya fueron dos afamados ilustradores desde la era Taisho hasta la era Showa.

74 Sopa de verduras, comida típica del Año Nuevo en Japón.

75 Pastel redondo de arroz cocido al vapor.

76 Conjunto de alimentos que simbolizan la longevidad, la riqueza, la salud o los buenos augurios, que suelen prepararse antes del fin de año (durante los primeros tres días del año no se debería encender el fuego para cocinar). Hoy se venden ya preparados y decorados en cajas apiladas, preparadas especialmente para obsequiar.

77 Sopa de siete hierbas que auguran larga vida.

78 *Hyakunin isshu* (“Cien poemas de cien poetas”): compilación de poesía japonesa *tanka* realizada en el siglo XIII por Fujiwara no Teika.

79 Emperatriz de Japón entre los años 645 y 703.

80 Poeta del *waka* (literalmente: poesía japonesa) del siglo IX.

81 Kimono de doce capas usado por las mujeres de la nobleza en Japón.

82 Mesa baja cubierta por un género acolchado, que tiene debajo una estufa eléctrica. De esta manera las personas que se sientan alrededor de la mesa sobre el tatami conservan las piernas abrigadas.

83 Almohadones para sentarse en el piso de tatami.

84 “Shunboo” (“Esperanza primaveral”): el poema más famoso de Toho “Du Fu” (712-770), poeta de China (por entonces “Too”) que influyó a muchos autores japoneses desde Sei Shônagon hasta Matsuo Bashō.

85 Atuendo tradicional japonés que se usa arriba del kimono, en la parte inferior del cuerpo. Se parece a un pantalón largo, muy ancho y con pliegues.

86 Kimono nupcial.

87 Peinado y tocado característicos de las novias en la ceremonia de boda.

88 Escritora japonesa del siglo X, autora de *Genji Monogatari* [*La historia de Genji*], una obra fundamental de la literatura de Japón considerada la primera novela escrita en todo el mundo.

89 *Mon*: antigua moneda japonesa de cobre. En Japón una novela de tres *mon* ("de tres centavos") es una obra banal, de escaso interés.

90 *Nishiki*: técnica de impresión xilográfica con múltiples colores utilizada en el *ukiyo-e*.

91 Fideos en caldo.

92 *La princesita*, novela de Frances Hodgson Burnett (1849-1924) publicada en 1905.

93 *Soba*, *ramen*: variedades de fideos japoneses.

94 Línea ferroviaria que dibuja un círculo en el centro de Tokio.

95 Especie de árbol difundido en Asia cuya madera produce una resina muy aromática.

96 Título de la novela de Junichiro Tanizaki que relata la vida de una familia con cuatro hijas entre 1936 y 1941.

97 *Homongi*: kimono que usan las mujeres casadas para ir de visita. *Hitotsumon*: kimono con un símbolo de clan, más formal que el anterior.

98 De acuerdo con la cantidad de *mon* (símbolos de clan) que lleva un kimono se denominan *hitotsumon* (un *mon* en la espalda), *mitsumon* (tres *mon*, en la espalda y las mangas) o *itsutsumon* (cinco *mon*, en la espalda, las mangas y la delantera). La mayor cantidad de *mon* indica que se trata de una prenda más formal.

99 Prenda que a modo de enagua se usa debajo del kimono.

100 Uno de los grandes directores del cine japonés.